OPÚSCULOS INÉDITOS

LATINOS Y CASTELLANOS

DEL P. FRANCISCO JAVIER ALEGRE

(VERACRUZANO)

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,
Avenida Oriente 6, núm. 163.

1889

Se han impreso 150 ejemplares.

OPÚSCULOS INÉDITOS

LATINOS Y CASTELLANOS

DEL P. FRANCISCO JAVIER ALEGRE

(VERACRUZANO)

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON
Avenida Oriente 6, núm. 163.

1889

ÍNDICE.

	Págs.
Al lector	V
Vida del autor	XX
Arte Poética de M. Boileau	1
Epístola dedicatoria	»
Canto Primero	5
Notas al Canto Primero	18
Canto Segundo	41
Notas al Canto Segundo	52
Canto Tercero	73
Notas al Canto Tercero	93
Traducción de algunas piezas de Horacio	133
Sátira primera del Libro primero	»
Sátira tercera del Libro primero	141
Sátira sexta del Libro primero	152
Sátira novena del Libro primero	161
Epístola sexta del Libro primero	167
Homerii Batrachomyomachia, latinis carminibus expressa, nonnullis additis, liber singularis	173
In obitu Adolescentis. Epicedium	189
Horti dedicatio Dianæ	191
Ecloga. Nisus	192
In Obitum Francisci Plata	194
In Obitum ejusdem	196
Ad Joann. Berchmans Iconem	»
Ad B. Aloysii et Koskæ Iconem	»
Natalia Munera	»
Prolusio Grammatica De Syntaxi	197
Bibliografía sucinta	206

AL LECTOR.

De lo mucho que en latín y castellano escribió el P. Alegre, es comparativamente poco lo que corre impreso; si bien muy importante. Nuestro bibliotecario Beristain, no sé si por mala interpretación de la biografía latina del autor, ó por informes equivocados que había recibido, considera como impresas obras que quedaron manuscritas. Fuera de los Opúsculos que ven por primera vez la luz pública en el presente volumen, lo impreso hasta ahora se reduce á lo que sigue:

1. «Honras que la Metropolitana de México hizo á su difunto Arzobispo el Illmo. Sr. D. Manuel Rubio y Salinas. Imp. en México, 1765. 4º»

«Las tablas y lienzos originales del Túmulo, con las inscripciones y epigramas que compuso el P. Alegre, se conservaron en las paredes de la iglesia de México, por el sumo aprecio que merecieron.»

Esta es la primera obra que Beristain atribuye al P. Alegre, sin ser suya: le pertenecen únicamente las inscripciones y versos del Túmulo. El verdadero título del libro, abreviado por Beristain, según su deplorable costumbre, es como sigue:

Relacion || del Funeral Entierro, || y Exequias || de el Illmo. Sr. Dr. || D. Manuel Rubio || y Salinas || Arzobispo que fuè de esta Santa Iglesia || Metropolitana de Mexico. || Dispuesta || por el Br. D. Juan Becerra Mo- || reno Presbytero Notario Oficial mayor del || Juzgado de Testamentos, Capellanias,

y Obras || pias de este Arzobispado. || De orden y por mandado del Illmo. Se- || ñor Dean, y Cabildo Sede Vacante. || Con las Licencias necesarias: || Impressa en Mexico en la Imprenta del Real, y || mas antiguo Colegio de S. Ildefonso año de 1766.

[En 4º 5 ff. preliminares. Págs. 1-155. Lámina plegada.]

En la pág. 69 se lee: «Para las inscripciones latinas y castellanas que debían ponerse en el Túmulo, eligieron también al Padre Francisco Xavier de Alegre, de la Compañía de Jesús, Maestro de Letras humanas en el Real Colegio de S. Ildefonso, que con el suceso que después se verá, calificó esta elección por tan acreditada como en las dos antecedentes [las de los dos oradores, latino y castellano.]»

Las composiciones castellanas (todas muy malas) son: un soneto á *La Fortaleza:* una octava á *La Prudencia:* otro soneto colocado á la parte del altar mayor: una octava á la de la Epístola: á la del Evangelio ocho singulares versos, siete de ellos endecasílabos, y uno (el 4º) heptasílabo; asonantados, tanto los pares como los nones, los seis primeros: los dos últimos, consonantes, á saber:

Aquella que de pingües granos rica
La lisonjera frente del Otoño
Noble guirnalda ciñe, rubia espiga
No desdeñando el polvo,
Levanta al cielo la cabeza erguida,
Antes la inclina humilde con decoro.
Tanto ilustran á un genio soberano
Con visos de Deidad, señas de humano.

La empresa á que estos versos correspondían era «Una espiga doblada un tanto hacia el suelo, con este mote: *Depressior, quo pinguior.*»

2. Alexandriados, sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone libri V. Forolivii, 1775. [Reimpresa con la Iliada, 1776. V. infra.]

3. Francisci Xaverii Alegrii Americani Veracrucencis Homeri Ilias latino carmine expresa, cui accedit ejusdem

Alexandrias, sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone, libri quatuor. Bononiæ, Typis Ferdinandi Pisarri. 1776. Superiorum Permissu. [2 ts. 4to.]

Francisci Xaverii || Alegre || Mexicani Veracrucensis || Homeri Ilias || Latino Carmine expressa || Editio Romana || Venustior et emendatior.

[Grabado: un ángel ó genio con una trompeta, sobre dos medallones: en uno el busto de Homero, y en el otro el de Alegre.]

M.DCC.LXXXVIII [1788.] || Apud Salvionem, tipographum [*sic*] Vaticanum. || Superioribus annuentibus.

[En 8º mºr. Portada grabada. En la segunda foja: «Dedicatoria á la Ciudad de México,» firmada *Juan Malo de Villavicencio.* Dice que hacía doce años se había publicado en Bolonia esta versión, con muchas erratas.] *

4. Francisci Xaverii || Alegrii || Presbyteri Veracrucensis || Institutionum Theologicarum || Libri XVIII. || In quibus omnia Catholicæ Ecclesiæ Dogmata, Præcepta, My- || steria, Sacramenta, Ritus adversus Paganos, Hæreticos, || et Recentiores Philosophos asseruntur, et explicantur. || Tomus Primus || .... || Venetiis, || Typis Antonii Zattæ, et filiorum. || Superiorum Permissu, ac Privilegio. || M.D.CC.LXXXIX. [M.D.CC.XCI.]

[7 tomos 4to. mºr, con el retrato y la biografía del autor, anónima. Escribióla el P. Manuel Fabri, su paisano y compañero de destierro.]

5. Historia || de la || Compañía de Jesús || en Nueva España, || que estaba escribiendo || el P. Francisco Javier Alegre || al tiempo de su expulsión. || Publícala || para probar la utilidad que prestará á la América Me- || xicana la solicitada reposición de dicha Compañía, || Carlos María de Bustamante, || Individuo del Supremo Poder Conservador. || A fructibus eorum, cognoscetis eos. J. C. || México. || Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4. || 1841.

[3 tomos 4to.—Tom. I: retrato del autor: el Editor: 7 ff. prel.: páginas 1-460.—Tom. II, 1842. 4 ff. sin numerar: págs. 1-476.—Tom. III, 1842.

* El biógrafo del P. Alegre habla de una edición primera de Forlí, incompleta: no la he visto.

Retrato del General D. José Mª Morelos: págs. 1–4: págs. 1–300, donde termina el texto. Siguen unas adiciones del Editor, hasta la 309. Suplemento primero á la Historia &c. (con noticias del Nuevo México), páginas 1–14.]

El MS. original de esta obra (que perteneció al Illmo. Sr. D. Joaquín Fernández de Madrid) existe hoy en mi poder. Son dos tomos en folio: el primero de 673 págs., y el segundo de 229+2+125 ff. Estuvo á punto de imprimirse en el Colegio de S. Ildefonso; pero la expulsión lo impidió. En Bolonia formó de memoria el autor un compendio de ella.

No hay más impreso. Pasemos ahora á los manuscritos, comenzando por los que hallé en un Códice antiguo en 4°, que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Prolusio Grammatica De Syntaxi (habita ab Auctore Francisco X. Alegre Soc. J. Mexici, anno 1750.)

Alexandriados, seu de Obsidione Tyri ab Alexandro Magno, lib. III. Auctore Francisco Xaverio Alegre, Soc. Jesu. [Muy diverso del impreso en 4 libros.]

In obitu adolescentis. Epicedium.

Horti dedicatio Dianæ, ad imitationem Barclaij.

Ecloga Nisus.

In obitum Francisci Plata, adolescentis, satis immaturum.

In obitu ejusdem.

Ad Joannis Berckmans Iconem.

Natalia Munera.

Homeri Batrachomyomachia, latinis carminibus expressa, nonnullis additis.

Contiene además el Códice las piezas siguientes, de que doy noticia, por si alguna vez sirviere de algo.

Panegyris de N. P. S. Ignacio (su autor el P. Alejo Cossío, supliendo la cátedra en Puebla).

Otras poesías. [Parecen del mismo.]

Poesías de D. Luis Zapata [entre ellas un soneto al día de Corpus en México.]

A un Cura que tenía en una mampara la pintura de una mujer dormida, con una flecha [4 décimas.]

Prolusio de prima Grammaticæ Schola. Auctore Antonio Galiano, S. J. Mexici.

Poema [latino] con que se celebró el segundo Siglo de la Compañía de Jesús en el Colegio de S. Pedro y S. Pablo de México, á 27 de Septiembre de 1740. Por el P. Josef Iturriaga.

Certamen 1º [Clavigero.]

Expresivo Símbolo de la Increada Luz y Verbo Eterno del Padre en el cielo de Betlén, bajo las claras sombras y misteriosos disfraces de la Nube. [P. Coba.]

Panegyris in laudem SSmæ. Virginis in festivitate Anuntiationis. [En octavas castellanas: anónimo.]

Unos romances.

Volviendo de esta digresión á los MSS. de Alegre, he aquí los que se mencionan en su biografía. Pongo los títulos en latín, como allí se dan, sin que se exprese, sino rara vez, en qué lengua estaban escritas las obras.

Lyrica quædam et Georgica etiam in Americanum portentum Mariam V. de Guadalupe.

Opuscula Theologica.

Ars Rethorica ex præceptis Tullii. [Escrita en la Habana. Se envió á Sicilia para que se imprimiese.]

Boelarii Ars Poetica e gallico versu in Hispanum, opportunisque annotationibus ad patriam Poesim accommodatis.

Elementorum Geometricorum libri XIV.

Sectionum Conicarum libri IV.

Tractatus de Gnomonica.

De Mathematicorum Instrumentorum fabrica et usu, ex Bione et Stornio in compendium redactus.

Alvari Cienfuegos de Vita abscondita, in compendium redactus.

Rosaliæ pœnitentis lacrimæ, tribus voluminibus comprehensæ.

Conciones. Vol. III.

Horatii Lyrica, Satyræque nonnullæ.

Bibliotheca critica. Vol. VI.
Miscellanea poetica et oratoria. Vol. II.
Annotationes in Epitomen Azevedi de Legibus Castellæ.
In Decretalium Libros. Vol. I.
Beristain le atribuye además:
Parentalia Elizabethæ Farnesio.
Y los PP. De Backer, con referencia al P. Caballero, añaden:
Poematia (hispana credo) 3 vol. 4to.
Synopsis Grammaticæ Linguæ Græcæ.
Philosophia Novo-antiqua. 2 vol. 4to.
Conciones, Responsa, Literæque quamplurimæ.

De estos manuscritos, unos se habrán perdido ya del todo; otros yacerán en cualquier archivo ó biblioteca de Italia, y solamente he logrado recoger los que ahora imprimo.

Cuando ví que Beristain señalaba como impresa en Bolonia la traducción del *Arte Poética* de Boileau, me dí á buscar el libro por todas partes. En largos años de indagaciones nada pude encontrar, ni siquiera el título ó una mención cualquiera en alguno de los innumerables catálogos y bibliografías que he examinado; por lo cual llegué á dudar mucho de que tal impresión existiera. Al cabo vino á mis manos el tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra (1869), y en el erudito cuanto interesante *Bosquejo Histórico-crítico de la Poesía Castellana en el Siglo XVIII*, que el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto puso al frente de ese tomo, hallé la noticia de que permanecía inédita la obra del P. Alegre, cuyo manuscrito autógrafo paraba en poder del Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Los términos en que un juez tan competente como el Sr. Cueto hablaba de aquella traducción, despertaron en mí el deseo de obtener copia de ella, lo cual, por entonces, juzgué irrealizable. Andando el tiempo y mudadas las circunstancias, acudí á mi estimadísimo amigo

el Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, Secretario de la Real Academia Española, para suplicarle que interpusiese sus respetos á fin de que el Sr. Fernández-Guerra se sirviera permitir que se tomase copia de su manuscrito. La hidalguía y generosidad de este insigne literato le impulsaron á otorgar inmediatamente lo que se le pedía, y tuve la satisfacción de poner entre mis libros la deseada copia. Vi entonces que la traducción no es completa, pues comprende solamente los tres primeros libros ó cantos del original. El traductor expresa las razones que tuvo para dejar el IV, y creo que no anduvo descaminado en ello.

Mi juicio, nada autorizado por cierto, acerca de esta obra del P. Alegre, fué idéntico al del Sr. Cueto, y me propuse publicarla, previo el indispensable permiso del dueño del autógrafo. Obtenido sin la menor dificultad ó condición, tomé nueva copia, de propia mano, á fin de no estropear la otra ó exponerla á un extravío en la imprenta. Este trabajo me obligó, naturalmente, á fijar mi atención de un modo especial en cada palabra, y advertí algunos vacíos y defectos que no podía atribuir al traductor. Temí que si me valía de aquel texto, tal como se encontraba, cargaría probablemente sobre el P. Alegre pecados que no había cometido, en vez de hacerle un servicio con la publicación de esta obrita que le da á conocer como versificador castellano, sobre serlo ya tanto como latino. Persuadido, al cabo, de que muchos de aquellos defectos venían de los copistas, me resolví á abusar hasta el extremo de la amistad de los Sres. Tamayo y Fernández-Guerra, enviándoles mi copia y suplicándoles que tuvieran á bien cotejarla con el autógrafo. Así lo puse en ejecución, y aquellos señores fueron tan bondadosos, que aceptaron y desempeñaron á maravilla la pesada comisión, devolviéndome la copia corregida por el autógrafo, lo cual me da la seguridad de haberle reproducido fielmente.

Trabajo de otra naturaleza hube de emprender en se-

guida, antes de dar el manuscrito á la prensa. En las muchas y á veces extensas notas con que el traductor ilustró su original, cita gran número de autores, y copia versos ó pasajes de sus obras. Nombres y títulos están á menudo estropeados; hay citas anónimas, y por regla general, aunque exprese el nombre del autor citado, omite la indicación del lugar de la cita. Algunas referencias que pude hallar fácilmente, me descubrieron que el P. Alegre se fiaba casi siempre de su memoria, y alteraba el texto alegado, lo que me puso en la necesidad de comprobar y rectificar cuantos pudiera. Grave fué esa tarea, que mi escasa erudición castellana (y menor latina) no me consintió llevar á cumplido término. Hice lo que pude; y apelando después á los benévolos revisores de mi copia, recibí del Sr. Tamayo muchas y preciosas indicaciones que debieron costarle no poco trabajo, y que merecen de un modo muy particular mi agradecimiento. Mi estimado amigo y colega el Sr. D. José María Vigil, digno custodio de nuestra Biblioteca Nacional, me ayudó también eficazmente: allí encontré autores que había buscado inútilmente en otras partes. Entienda, pues, el lector, que salvo contadas excepciones (que llevan la explicación respectiva), ninguna de las notas que van al pie de las páginas es del manuscrito del P. Alegre. A pesar de tantas diligencias, quedaron citas sin comprobar, ya por su extrema vaguedad, ya por lo estropeado de ciertos nombres de autores ó títulos de obras. Para no multiplicar ni repetir con exceso las notas de las páginas, ha parecido conveniente reunir al fin, en una bibliografía muy abreviada, los nombres de los autores que cita el P. Alegre, omitiendo aquellos pocos que no han podido ser identificados.

Me libro del trabajo y del riesgo de formar un juicio crítico de la versión del P. Alegre y sus anotaciones, porque le encuentro hecho ya por autoridades de tanto peso como los Sres. Cueto y Menéndez y Pelayo. Cuando ellos han hablado, no me corresponde más que trasladar sus propias palabras.

El Sr. Cueto, en el *Bosquejo* ya citado (pág. CXXVII) se expresa así: «Entre otros jesuitas expulsados, D. Francisco Javier Alegre, natural de Veracruz, latinista y helenista consumado, si bien de escaso renombre en España, era uno de los literatos más instruidos y de más acrisolado gusto literario de Europa, según el estado de la crítica en aquella era doctrinal. No puedo menos de hacer aquí de él mención honrosa. Tradujo en verso latino la *Ilíada*, y escribió además un poema latino, *La Alejandríada*. Pero lo que nos mueve principalmente á conmemorar los merecimientos literarios de este aventajado humanista, es la notable traducción en verso que hizo del *Arte Poética* de Boileau. Esta versión libre, escrita, por lo general, en gallardo estilo, como de hombre que está familiarizado con las leyes del idioma y de la versificación, no llegó á darse á la estampa, aunque en realidad harto más lo merece que la traducción del mismo Boileau por Madramany y otras obras de semejante índole que lograron en aquellos y en posteriores tiempos los honores de la publicidad. Las eruditas y á veces luminosas notas del P. Alegre á la *Poética* dan clara idea, así de su feliz instinto crítico como del estado del gusto en aquel tiempo, en que por completo dominaban ya entre nosotros las doctrinas de los preceptistas extranjeros. La gran sensatez que reina en la mayor parte de los dogmas de Boileau le cautiva porque cuadran grandemente estos dogmas á su razón, llevada por el estrecho carril de la educación literaria que había recibido. Las letras castellanas del siglo de oro le deleitan. La libertad indisciplinada de nuestro teatro le sorprende, y embaraza su sentido crítico. Se trasluce que su instinto, inclinado á lo grande y á lo bello, le hace amar aquello mismo que las reglas convencionales le obligan á condenar. Así es que no perdona á Luzán que deprima á veces á los escritores españoles, que, á su juicio, no llegó á comprender; y cuando se ve en la necesidad de ser, como traductor, eco de la acusación satírica que

hace Boileau á Lope de Vega en aquellos conocidos versos:

> Un rimeur sans péril, de là les Pyrénnées,
> Sur la scène en un jour renferme des années.
> Là souvent le héros d'un spectacle grossier,
> Enfant au premier acte, est barbon au dernier;

por más que esto no sea sino traducción de lo mismo que Cervantes había dicho un siglo antes, no puede menos Alegre de salir á la defensa del *Fénix de los Ingenios*, disculpando con los versos mismos del *Arte de hacer Comedias* el desvío de la forma clásica.

«Hablando del gongorismo, lo juzga con un solo rasgo, en este bello y exacto pensamiento: *El entusiasmo poético no ha de ser trastorno, sino elevación de la fantasía.*

«Aunque fiel sectario de la doctrina de Boileau, no se ciñe Alegre á una mera y escrupulosa traducción. *Añade, quita, muda*, según lo declara él mismo, y por lo común sustituye á los ejemplos franceses de Boileau alusiones y ejemplos sacados de los autores españoles. Este es el principal interés que ofrece esta obra, más notable aún por las notas que por el texto, y muy adecuada, entre las de su tiempo, para comprender la trasformación histórica de las letras castellanas de aquella época.»

El Sr. Menéndez y Pelayo, en su *Historia de las Ideas Estéticas en España* (tom. III, vol. II, pág. 54) dice: «Tanto ó más que las obras de los antiguos retóricos se divulgaron las de los franceses. No menos que tres traducciones en verso de la *Poética* de Boileau conozco, y sin duda habría otras que quedarían manuscritas. Hizo la primera el escritor valenciano D. Juan Bautista Madramany y Carbonell en 1787, con escaso nervio y corrección en los versos; pero con notas útiles y con aplicaciones á nuestra literatura. Acometió al mismo tiempo idéntica empresa, con éxito muy superior, pero con la desgracia de no haber visto salir su libro de las prensas, el mexicano P. Francisco Javier Alegre, uno de los mayores ornamentos de la emigración je-

suítica del tiempo de Carlos III, varón insigne, á la par como historiador de la Compañía en Nueva España, como autor de un curso teológico en que la pureza clásica de la latinidad corre parejas con la solidez de la doctrina, y como elegantísimo poeta latino, así en su *Alexandreida*, como en su traducción de la *Ilíada*, que Hugo Fóscolo apreciaba tanto, y á la cual yo sólo encuentro el defecto de ser demasiado virgiliana. Como versificador castellano, apenas nos ha dejado otra muestra que esta versión de Boileau (en silva); inédita, en poder de nuestro sabio amigo D. Aureliano Fernández-Guerra. La versificación del P. Alegre es generalmente bizarra, y las notas eruditísimas, formando un verdadero curso de teoría literaria, acomodado principalmente á la poesía castellana. Aun en el texto hace el P. Alegre algunas alteraciones importantes, suprimiendo las que son particularidades de la lengua y versificación francesa, ó alusiones satíricas á autores de aquel país, enteramente oscuros y desconocidos en el nuestro, y sustituyéndolo todo con ejemplos familiares á lectores españoles. En sus notas habla de nuestros grandes poetas con mucho amor, y toma contra Boileau la defensa indirecta de Lope de Vega, trayendo en su abono las concesiones del *Arte Nuevo de hacer Comedias.*

«La tercera versión de Boileau, y la más conocida, por ser de un poeta célebre, y existir de ella multiplicadas ediciones, es la que hizo D. Juan Bautista Arriaza para el Seminario de Nobles de Madrid. Los recursos poéticos de Arriaza eran superiores á los de Madramany y Alegre; pero su traducción está lejos de ser una obra maestra. La hizo en versos sueltos, á los cuales tenía aversión, por lo mismo que los manejaba muy medianamente.»

El Sr. Menéndez y Pelayo tuvo á bien enviarme una nota bibliográfica de la traducción de Madramany, que he cotejado con el ejemplar de la Biblioteca Nacional, hallándola del todo exacta.

«El Arte Poética || de Nicolas Boileau Despreau [*sic*] || Traducida || del verso francés al castellano || por || D. Juan Bautista Madramany || y Carbonell.|| Ilustrada con un prólogo y notas || del traductor.|| En Valencia || por Joseph y Tomas de Orga.|| Año MDCCLXXXVII.|| Con las licencias necesarias.

«En 4to., 60 págs. de prólogo, 89 de texto (las notas van al pie), y 3 págs. más de erratas ó índice.

«Lo más apreciable de este libro es el prólogo, aunque abunda en todos los errores propios de la preceptiva pseudo-clásica de aquel tiempo. La traducción está en endecasílabos pareados, con la pretensión de traducir verso por verso del original. Véase el principio:

«En vano un temerario Autor procura
Del Parnaso llegar hasta la altura
Sin el celeste influjo, y si Poeta,
Benigno y favorable su planeta
Al tiempo de nacer no le ha formado:
Cautivo dentro el genio limitado,
Febo le será sordo, y el Pegaso
Rebelde le será, no dará paso.»

De la primera edición de la traducción de Arriaza (reimpresa varias veces) hay también ejemplar en la Biblioteca Nacional.

Arte Poetica || de Mr. Boileau Despreaux,|| traducida || en verso suelto castellano,|| y dedicada á la clase de Poetica || del Real Seminario de Nobles,|| por D. Juan Bautista de Arriaza.|| Madrid en la Imprenta Real.|| Año de 1807.

En 8º Prel., I-VX; texto, pp. 1-61; notas, 63-90; erratas, 1 p.

Comienza:

Del Pindo, en vano, en la superna cumbre
Aspira á merecer métricos lauros
Temerario escritor. Si no le inflama
Estro divino, ó ya no plugo al cielo
Que naciese Poeta, en corta esfera
Su escaso ingenio arrástrase cautivo;
Y su infeliz clamor encuentra siempre
A Febo sordo, indócil al Pegaso.

Al mismo Sr. Menéndez y Pelayo debo la noticia de otra traducción que me era desconocida:

«Arte Poética de Monsieur Boileau, traducida al verso castellano por el Dr. José María Salazar, quien la dedicó al Señor José Ignacio Pombo, en el año de 1810. Bogotá. Impresa por Valentin Martinez, calle de San Felipe. Año de 1828.

«8º VIII+56 pp., y una hoja sin foliar con notas y fe de erratas.

«Los preliminares carecen de interés: se reducen á la dedicatoria y un prefacio del traductor. La traducción está en romances endecasílabos, y es casi tan desmayada y prosaica como la de Madramany.

«Empieza:

«Piensa en vano subir un mal poeta
A la elevada cima del Parnaso,
Cuando se empeña temerariamente
En el arte de Apolo soberano:
Si no siente del cielo la influencia,
Si su estrella al nacer no lo ha formado,
En aquella impotencia retenido,
Ó de su propio genio siempre esclavo,
Sordo le viene á ser el mismo Febo,
Y de tardías alas el Pegaso.»

La biografía del P. Alegre habla de Odas y Sátiras de Horacio traducidas. No hallo la de ninguna oda. Agregadas al Códice original de la *Poética* se encuentran las traducciones que menciona el Sr. Menéndez y Pelayo en su *Horacio en España* (2ª ed., tom. I, pág. 25), sin manifestar juicio acerca de ellas. Algunos inteligentes opinan que por su escaso mérito no son dignas de la luz pública; otros, sin tenerlas por obras maestras, creen que deben conservarse. En la duda, he seguido el parecer más favorable. Al cabo, poco se pierde con poner al lector en posición de juzgar por sí mismo; y vale más que literatos y bibliófilos sepan de una vez á qué atenerse. Peor sería que trabajasen en buscar esas traducciones, sospechando que su exclusión había sido injusta.

Preciso era conservar también los pocos opúsculos latinos que nos quedan. Tiénese al P. Alegre por mejor versificador latino que castellano; pero estaba tan empapado de los clásicos antiguos, que sus elegías no nos conmueven, porque no hay en ellas ni asomo de verdadero sentimiento, sino puro artificio retórico. Su égloga es enteramente virgiliana. La versión de la *Batrachomyomachia* (al decir de los que pueden juzgarla) revela al elegante traductor de Homero. Se ve que Alegre seguía la opinión común, hoy desechada, de que esa donosa parodia de la *Ilíada* era obra del propio Homero. De este poemita hay varias traducciones latinas: castellana solamente una conozco: la del Dr. D. Pedro Antonio Marcos, en romance endecasílabo, impresa por primera vez en el tomo LXVII de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra.

Y pues el lector tiene á la vista esos Opúsculos, inútil es detenerme á hablar más de ellos. Falta advertir, que no habiendo podido disponer para la edición más que de la copia de la Biblioteca Nacional, ha sido indispensable conformarse enteramente á ese texto, aun en palabras que no parecen latinas. Es de letra del tiempo: mas no sé qué confianza merezca. El Sr. Vigil ha tenido la bondad de ayudarme á la corrección de todas las pruebas, así latinas como castellanas, del presente volumen, que ha revisado por entero, empeñando más con ello mi gratitud.

Por desgracia, el P. Alegre no es muy conocido entre nosotros mismos. Tan insigne humanista no ha merecido un artículo en la *Biographie Universelle*, y la descarnada noticia de Beristain no puede dar idea de lo que fué. Por eso me resolví á poner aquí una traducción de la biografía latina que está al frente de las *Instituciones Teológicas*, obra muy rara en México. La traducción ha sido revisada por mi estimado colega y amigo, el Sr. D. Rafael Ángel de la Peña.

Recuerde, por último, el lector, que se trata de una edi-

ción póstuma, y que por tanto le falta la última y mejor mano que todo autor reserva para las pruebas. Disculpe, pues, algunos yerros que sin duda corrigiera el P. Alegre si cuidara él mismo de la edición. Al emprenderla yo y emplear en ella no poco trabajo, ha sido con el único intento de salvar estas reliquias literarias de un mexicano por mil títulos digno de memoria.

México, Abril de 1889.

JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA.

VIDA DEL AUTOR

(Traducción de la que está en latín al frente de las *Instituciones Teológicas.*)

Al editor de estas *Instituciones*, obra póstuma de D. Francisco Javier Alegre, que muchos deseaban, pareció que se aumentaría el valor de la obra si se le añadía noticia previa de la vida, ingenio y costumbres de este varón ilustre; no porque con eso pudiera acrecentarse su fama, sino para que á sus amigos, y en particular á los mexicanos, quienes en otro tiempo disfrutaron el trato de Alegre y admiraron su vasto ingenio, sirviese de algún consuelo en la pérdida de tan gran sujeto y profesor; y con pocos rasgos de su imagen á la vista, creyesen en cierto modo verle, oirle y conversar con él. No es que yo presuma poner á toda luz una imagen digna de Alegre, sino que al obedecer á quien me confió este encargo, más pudo en mí el deseo de complacer á los amigos, que el temor de descubrir mi propia insuficiencia. Así se conservará la memoria de dos sujetos semejantes en el ingenio, iguales en la edad, émulos en los estudios y unidos por amistad estrecha: Abad y Alegre, que ilustraron con sus escritos la Provincia Mexicana y la literatura.[1]

En la ciudad de la Veracruz, célebre puerto y riquísimo emporio del comercio de la América Septentrional, nació Francisco Javier el 12 de Noviembre de 1729. Fueron sus padres Juan Alegre é Ignacia Capetillo, no menos nobles

1 Alude á la biografía del P. Abad, que precede al poema *De Deo, Deoque Homine Heroica.*—T.

por su linaje que por su piedad, quienes cuidaron, sobre todo, de que sus hijos José, Francisco y Ana fuesen educados desde la primera infancia en la religiosidad, buenas costumbres y honradez que eran como patrimonio de la familia: bien convencidos de que si falta en los hijos la piedad cristiana, son herencia peligrosa para ellos las riquezas, los honores y cuanto el mundo estima. No fueron defraudados los deseos de los padres, porque José el primogénito, de claro ingenio como los otros, acabados con lucimiento sus estudios, abrazó el instituto de S. Francisco entre los que llaman en América *Misioneros Apostólicos*, y pasando á la Provincia Zacatecana, fué electo Provincial de ella, después de haber desempeñado todos los demás cargos. Ana, también de ingenio raro y superior á lo común de su sexo, hermosa además, y bien instruida por su padre en todos los deberes de madre de familia, tomó estado de matrimonio, en el cual, educando santamente á sus hijos y gobernando vigilante su casa, se mostró digna de sus padres y hermanos.

Cuando Francisco Javier hubo salido de la niñez y recibido en su casa la enseñanza propia de aquella edad, pasó por disposición de su padre, á estudiar los primeros rudimentos de la Gramática latina en una escuela pública, donde sobresalió notablemente, aventajándose á todos sus condiscípulos en la prontitud para aprender, en la fecundidad de ingenio, en la admirable memoria; y comenzó á recibir insensiblemente las primeras semillas de las bellas letras, que en tiempos adelante habían de extenderse por campo casi ilimitado. En su patria, como en todas las ciudades marítimas acontece, había siempre gran concurso de navegantes experimentados y de matemáticos insignes. Su padre, por ser proveedor de las flotas, iba con frecuencia al puerto, y llevaba á veces consigo al niño Francisco, ya como premio de sus adelantos en el estudio, ya para estimular su aplicación. Mostraba éste desde entonces grande sed de aprender, é iba abordo, examinaba la aguja y demás instrumentos náuticos, estudiaba una y más veces las regiones demarcadas en las cartas de marear, preguntaba á

los pilotos, y en fin, ponía los primeros cimientos de aquel gran edificio que más adelante había de excitar la admiración de todos.

En esto, cumplidos los doce años, y bien instruido en Gramática, fué enviado al Real Colegio de S. Ignacio de la Puebla para que estudiase Filosofía; mas fuera por no estar aún en edad propia para las intrincadas cuestiones de la Escuela, ó porque no se aficionaba á ellas entonces, fué cierto que no sacó todo el fruto que debía esperarse de tal ingenio. Bastante instruido, sin embargo, para pasar con buena nota á otros estudios, fué enviado á México, cabeza de la Nueva España, á estudiar allí ambos Derechos. Pasado un año, y sin haber obtenido tampoco el éxito deseado, volvió á Puebla y emprendió la Ciencia Sagrada, única digna de un ingenio noble, como él decía después en edad madura. Aplicado totalmente á ella, al cabo, por haberse sazonado su juicio, ó, según otros opinan, por haber adquirido su cerebro el vigor necesario, sintió como que iluminaba su mente una luz súbita; y no tan solo las nociones de Teología, sino también de Filosofía, de Derecho y de otras materias, que antes parecían delineadas ligeramente en su entendimiento, resaltaron al punto con viva claridad, y apareció un ingenio de primer orden, aptísimo de allí en adelante para todas las ciencias; de tal suerte que antes de dos años sustentó acto público con aplauso general. No sin razón decía Verulamio, que en los ingenios tiernos conviene echar semillas de muchas ciencias, así como depositar en ellos á tiempo nociones de toda especie, las cuales, ocultas y como olvidadas en los rincones de la memoria, echan raíces, y luego producirán frutos que colmarán los deseos de los padres y las esperanzas de la patria.

Mientras contemplaba Alegre en sus estudios de Teología los misterios de nuestra Sagrada Religión, y se consagraba enteramente al conocimiento del Dios Uno, sintió inflamarse su amor á Él, y renunciando al mundo y sus vanidades, se acogió á la Compañía de Jesús, para consagrar á Dios y al provecho del prójimo el ingenio y demás prendas del alma, que le habían cabido en suerte. Alcanzado

el consentimiento de su padre, fué admitido Alegre con grande aplauso de todos sus compañeros, y más del Superior de la Provincia, que se ufanaba de tal alumno, y entró al noviciado el 19 de Marzo de 1747. Una vez incorporado en la religiosa milicia, fácil es de pensar con qué inocencia de vida, hija de su excelente natural y de su primera educación, y con cuánto ardor siguió en aquella escuela de santidad el camino de la perfección. Al punto se notó el esmero con que cultivaba la modestia, la obediencia, la altísima humildad que brilló en él todo el resto de su vida, el propio desprecio, la nimia observancia de su regla, y todas las virtudes que le hicieran acepto á Dios y á los hombres; tanto, que pasados apenas tres meses desde su recepción, mereció ser puesto al frente de los novicios, para que con palabra y ejemplo los guiase en el ejercicio de aquella vida piadosa. El tiempo que le quedaba libre le empleaba en la lectura de la Historia Eclesiástica y Vidas de los Santos; y es increíble el número de volúmenes que le hizo devorar, por decirlo así, su temprana ansia de leer. Tanto estudió los libros de S. Francisco de Sales (que fué siempre su encanto), de Fr. Luis de Granada, Pontano, Álvaro de Paz, Nieremberg, y multitud de historias de varones ilustres, que le sirvieron de mucho para robustecer su piedad y allegar grandísima erudición, ya desde entonces, ya después cuando vacaba á otras ocupaciones. Vino acaso á sus manos la Vida de Juan Berchmans, escrita por el P. Virgilio Cepari, y esto bastó para que al par que se esforzaba en imitar las singulares virtudes del joven belga, aprendiese bien la lengua italiana, sin otro auxilio que el nativo vigor de su inteligencia y la comparación con las lenguas latina y castellana. También, durante el noviciado, adquirió cierto conocimiento del hebreo y del griego; porque habiendo conseguido y releído mucho un ejemplar de la Santa Biblia con notas en ambas lenguas para mejor inteligencia de los vocablos, se puso á examinarlas atentamente, tomó apuntes de ellas, las conservó en su felicísima memoria, y salió con su intento; más adelante había de alcanzar mayor conocimiento de esas lenguas. Aprendió asimismo la

mexicana, al grado de poder predicar en ella á un numeroso auditorio de indígenas.

En esto, adornado de tales conocimientos, y adquiridas en el curso del noviciado las virtudes que se les allegan, hizo al cabo de los dos años con gran fervor los votos acostumbrados de la Compañía, y pasó á estudiar humanidades en el mismo Colegio Seminario, donde encontró un sobresaliente profesor de la materia, que atraído por la suavísima índole del joven, por su amable virtud, y por su insaciable deseo de aprender, soltó la rienda á la extremada afición del discípulo á la lectura. Día y noche estudiaba Alegre los principales autores de la antigua latinidad; una, dos y tres veces los recorría, devoraba volumen tras de volumen, y nunca apagaba su sed de leer. Sacó de allí tan admirable facilidad para expresarse en prosa ó verso, que no parecían ser suyos el estilo, los vocablos y los giros, sino de Virgilio ó de Cicerón mismos. Así lo conocerá quienquiera que lea lo que produjo en aquella edad, como la *Alejandríada*, ó sea la conquista de Tiro por Alejandro Magno, que por entonces escribió en verso latino, y corregida publicó después en Italia: las Odas y Geórgicas de la Maravilla Americana Ntra. Sra. de Guadalupe; las elegías en la muerte de Francisco Plata, joven amabilísimo, arrebatado á las letras por temprana muerte; y en fin, la traducción de la *Batrachomyomachia*, de Homero, en versos latinos, comenzada entonces y acabada en México el año siguiente.

Después de emplear dos en el apacible comercio de las musas, enriquecido ya con no vulgar erudición, merced á su continua lectura, le mandaron ir á enseñar Gramática en México. En el desempeño de ese cargo no se limitó á cuidar de la instrucción y moralidad de los jovenes puestos á su cuidado, sino que atendió también á aumentar sus propios conocimientos. Tenía en aquel Colegio varios compañeros, jóvenes de gusto muy delicado y dados á las bellas letras, cuyo trato y ejemplo sirvió de estímulo á Alegre; y asociado con ellos se dió á leer los mejores autores españoles, latinos y franceses (pues había aprendido ya también esta lengua), tomando apuntes de lo que leía, co-

municando á su turno lo que había hallado, y procurando siempre adquirir algo nuevo. Mas aquel asiduo trabajo de escritura y lectura, aquella tensión de espíritu, y las continuadas vigilias, quebrantaron sus fuerzas; escupía sangre y enflaquecía visiblemente, de suerte que parecía tocar ya á la consunción. Por consejo de los médicos (que lo usan como habitual recurso en casos desesperados), hubo que enviarle á Veracruz, para que respirase mejores aires en su patria, con el encargo de enseñar allí Gramática durante dos años; pero cuidando al mismo tiempo de su quebrantada salud. Mejor la habría cuidado antes, si mitigando algo el ardor en el estudio, dejara cobrar fuerzas á su exhausta naturaleza. De todos modos, aliviado ya con el clima nativo, y un tanto repuesto, volvió á México para continuar el comenzado curso de Teología, en el cual formaron todos de él tal concepto, que le creían destinado á sustentar acto público. Mas Alegre, tan ansioso de saber como ajeno, y más entonces, á toda ostentación académica, pidió á sus superiores, que hecho cuanto antes el examen de las materias de Teología, aprendidas ya en Puebla, pudiera abreviar estudios y sufrir aquella prueba en que el Instituto señala á cada uno el grado que le corresponde.

En ese examen debía decidirse si poseía toda la doctrina necesaria para enseñar Teología en una Universidad católica. Alegre se preparó á la prueba valiéndose para los estudios propios del caso, no de otros autores, sino de S. Agustín, S. Anselmo, Sto. Tomás, Escoto, Suárez, Petavio y otros príncipes de la Teología. Durante tres meses enteros, con sumo estudio y aplicación estuvo meditando y escribiendo sobre los argumentos que le ofrecían aquellos autores, hasta componer para su uso varios opúsculos dignos de un doctor graduado y de la luz pública. Nada había en ellos que no fuese doctrina sólida sacada de las mejores fuentes, copiosa y completa: nada que no fuese claro, ordenado, erudito, agudo: en una palabra, perfecto. Provisto de esas armas (suyas sin duda, pues él ordenó las doctrinas), suscitó en los jueces tal sentimiento de extraordinaria admiración, que aun cuando tenían jurado mante-

ner secretos sus votos, todos los circunstantes conocieron por la alegría de los ojos y los rostros, que Alegre alcanzaría en aquel acto, no gloria común, sino grande y singular. Y el presidente mismo del acto escribió confidencialmente á un grande amigo suyo estas palabras: «Nuestros jueces pueden afirmar con juramento, que no han examinado hoy á quien puede enseñar Teología dondequiera, sino á quien dará honra al lugar donde la enseñe, aunque sea la Universidad más famosa.»

Acabado el curso y ordenado ya de sacerdote, como por su flaca salud se viera cada día en peligro de la vida, no queriendo el Provincial dejar nada por hacer, pues tenía en mucho la conservación de Alegre, por la grande esperanza que daba, le envió á la isla de Cuba para que mientras enseñaba Retórica y Filosofía en el Colegio de la Habana, lo cual podía hacer sin gran fatiga, alcanzase la deseada salud. Aquello fué la salvación de Alegre, porque apenas llegó á la ciudad sintió que se iba mejorando más y más, que recobraba las fuerzas, y al cabo se afirmó tanto su salud, que en todo el resto de su vida no volvió á quebrantarse, ni por el estudio ni por el trabajo de leer y escribir. En el ejercicio de su cátedra de Filosofía, enseñaba con el mayor esmero á sus alumnos, y simultáneamente desempeñaba todos los ministerios de la Compañía. No faltaba día á la cátedra, predicaba á menudo, oía confesiones, y empleaba el tiempo restante en cultivar su ingenio y en adquirir nuevas riquezas intelectuales. Tenía por compañero en aquel colegio al P. José Alaña, siciliano, anciano doctísimo, versado en letras griegas y latinas, no menos que en las Matemáticas, quien admirando el agudísimo ingenio de Alegre, y su increible afán de aprender, se unió á él con estrechísima amistad literaria, y se dió á estimularle para que de continuo ensanchase sus conocimientos y siguiese adelante.

Con tal maestro volvió al estudio de la lengua griega, de que ya tenía principios; y prosiguiendo en cuanto se lo permitían los demás estudios y ocupaciones, penetró asimismo los secretos de las Matemáticas. No es de omitirse

lo que en esta materia le pasó con su maestro, quien después lo refería como caso prodigioso. Hallábase Alaña empeñado en resolver un intrincadísimo problema, y llamando al discípulo, porque tenía alto concepto de su ingenio, le expuso la cuestión, le explicó de qué se trataba, le dió los datos, le comunicó los antecedentes y le confesó con ingenuidad que por ningún camino hallaba la solución. Alegre, después de examinar todo detenidamente, y de meditar un rato, dijo: siendo esto así, yo resolvería la cuestión de tal y tal manera. Quedó pasmado el anciano de la rapidísima comprensión del discípulo, no menos que de su facilidad para explicarse; y con tal auxilio venció la mayor dificultad que estorbaba la solución. Alaña estimaba asimismo tanto una Arte Retórica formada por Alegre conforme á los preceptos de Cicerón, que la juzgó digna de ser enviada á Sicilia, donde se diera á la prensa y sirviera para la enseñanza de aquella juventud, no menos que para dar á conocer en Europa los ingenios mexicanos. Y no fué sólo eso lo que Alegre adelantó en el colegio de la Habana, sino que á buena sazón añadió el conocimiento de la lengua inglesa al de las otras que ya poseía; pues como á aquella florentísima ciudad, muy frecuentada del comercio europeo, acudían letrados de todas las naciones y comerciantes entendidos, se los atrajo con su trato suavísimo y admirable erudición; de modo que al par que les comunicaba sus propias luces, adquiría de ellos á su vez lo que creía faltarle.

Había pasado allí más de siete años, con gran fruto de la juventud, y gozando de la estimación general, cuando de improviso ofreció la suerte nuevo teatro á su clarísimo ingenio. Por aquellos días se fundó en la Universidad de Mérida de Yucatán, y á costa del erario, una cátedra de Cánones y Derecho Eclesiástico, pues no la había en la provincia, y convenía para que los jóvenes instruidos en esa facultad dieran lustre á la Academia, ennoblecimiento á la ciudad, y provecho á toda la provincia. El P. Martín Puerto, persona noble, de las mejores familias de la ciudad, y actual Rector de la Academia, que deseaba vivamente la

fundación de la cátedra, conocía á Alegre desde el colegio de la Habana, donde habían sido compañeros y amigos muchos años; y sabiendo que á la sazón estaba libre por haber terminado su curso de Filosofía, pidió al Provincial de México que le destinase á la nueva cátedra.[1] Accedió el Provincial, y ordenó á Alegre que fuese allá. Él, sin dilación alguna, se embarcó en el primer navichuelo y aportó á Yucatán. Es indecible el ansioso afecto con que fué recibido. Luego que llegó á la ciudad acudieron á él los vecinos de todas calidades: iban á porfía comerciantes y particulares á consultarle pleitos antiguos, arduos y de grande importancia: aun el Vicario del Obispo y los demás tribunales acudían á él, como á oráculo, para el despacho de los negocios más graves; y además estaba siempre en la cátedra á disposición de sus discípulos para instruirlos empeñosamente en puntos de Derecho. A todos cautivó de tal modo su maravillosa erudición y amable trato, que los caballeros le tenían por hombre maravilloso, y el vulgo ignorante, que en todo quiere ver milagros, le atribuía ciencia infusa; y ciertamente, en toda aquella provincia y en las otras adonde arribaban los marinos de Yucatán era tenido por un portento de ingenio y de memoria.

Mas no fué dado á la Academia Meridana gozar mucho tiempo de su doctor predilecto, cuyo mérito era tal, que no debía pertenecer á un solo colegio, sino á toda la provincia.

1 No había en Yucatán *Universidad*, propiamente dicha. Los jesuitas entrados en aquella provincia en 1605, fundaron en 1618 el colegio de S. Javier. Por privilegio que Felipe III obtuvo de la Silla Apostólica en 1621, los colegios de la Compañía, cuando distaban setenta leguas de una Universidad, podían conceder, previos los estudios correspondientes, grados menores y mayores, que conferían el Obispo ó el Cabildo Sedevacante. Así quedó convertido aquel colegio en Universidad, bajo el patronato de Santa Catalina Martir. El rey le concedió una asignación de quinientos pesos anuales, la cual parece que cesó después, y con tal motivo quedaron reducidas las cátedras á las de Moral y Gramática. (COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, lib. IV, cap. 13.) El P. Puerto impulsó los estudios, y sería quien procuró la fundación de la cátedra de que habla el texto. *(Nota comunicada por mi venerado amigo el Illmo. Sr. Carrillo, Obispo de aquella diócesis.)*—T.

La historia de ella, comenzada ya, pero interrumpida durante largo tiempo, aguardaba un continuador de juicio firme y maduro, lleno de toda erudición, de gran facilidad y elegancia en el estilo, adquiridas con la inmensa lectura de antiguos y modernos, y avezado en el trabajo de composición: á Alegre, en una palabra. Designado para ese cargo, y habiéndose despedido de los meridanos con gran sentimiento de todos, emprendió el viaje, y fué á morar en el Real Colegio Seminario de S. Ildefonso de México, donde, dejando todo lo demás, se dedicó enteramente á aquel trabajo. Mientras le proseguía tuvo necesidad de consultar no sé qué autor, y entró con tal objeto á una librería. El librero, que tenía de venta un abundante y selecto surtido de obras de todas ciencias, iba enseñándolas á Alegre. Tan pronto como éste las tomaba en las manos discurría acerca del mérito de cada autor, del crédito que merecía y del asunto de la obra; y como hiciese esto repetidas veces, el librero (que veía por primera vez á aquel padre) le dijo: «Vos sois Alegre, sin duda alguna, pues según lo que he oido de él, no hay otro que pueda tener tan vasto conocimiento de las obras capitales y de sus autores.»

De paso referiremos un caso semejante que le aconteció á Alegre en Italia algunos años después. Hallándose en Fano, donde moró varios meses por causa de enfermedad, un caballero de la ciudad, gran cultivador de las letras, que no podía acabar de creer lo que se contaba del saber y de la vastísima erudición de Alegre, quiso desengañarse por sí mismo. Al efecto le convidó á su casa con gran cortesía, y le condujo á su biblioteca particular, bien provista de autores, donde le mostraba ya éste ya el otro libro, raro en su concepto; y como quien consulta, le preguntaba acerca del mérito de los autores y asunto de las obras. Alegre, con darle noticia circunstanciada de cada uno de aquellos libros, le demostró que los tenía ya vistos y bien leídos antes en México; y no sólo eso, sino que también le informó de que existían allá é igualmente había leído otras obras raras y de precio que faltaban en aquella biblioteca y en otras de Italia. No sabía el cortés caballero qué admirar

más: si la inmensa lectura que aquel extranjero dejaba descubrir en su conversación; ó que en América hubiese, de años atrás, aquellos valiosos libros que él creía reservados á Italia, y aun otros muchos. Error por cierto muy arraigado en Europa, y de que ni aun los literatos están libres, es creer que cuando han concedido á los americanos sus inmensos tesoros de metales preciosos y sus grandes riquezas, han hecho bastante por ellos; pero que pueda hallarse entre gentes que llaman bárbaras el amor á las letras y el cultivo de las ciencias profundas, es lo que niegan con gran desenfado. Si en ello aciertan, díganlo quienes saben estimar las cosas en su justo valor, y en estos veinte años han tratado á los así llamados bárbaros y visto sus obras en todas ciencias; entre los cuales (para no hablar de los que aun viven) los tres ilustres mexicanos Abad, Clavigero y nuestro Alegre, en letras griegas y latinas, Historia, Filosofía, Teología y demás ciencias altas, han alcanzado renombre entre los eruditos, así en Italia como fuera de ella. Mas dejando esta digresión, perdonable, creo, á un mexicano, volvamos á nuestro Alegre.

No satisfecho con el trabajo de formar la historia, que para cualquier otro habría sido sobrada ocupación, procuraba con celo la instrucción de los demás. Había en el mismo colegio de S. Ildefonso varios jóvenes aprovechados que, concluidos sus cursos de Artes, de Teología y de Cánones, y habiendo recibido ya sus grados en la Universidad, permanecían allí dando buen ejemplo á otros más jóvenes, y aumentando el lustre de aquel florentísimo colegio, mientras obtenían alguna colocación en premio de sus estudios. Como los viese ya de juicio maduro, de edad competente y ansiosos de aprender, formó con ellos Alegre una Academia privada para cultivar las Bellas Letras y las Matemáticas, con tan buen éxito que, bien instruidos después en la latinidad selecta, se distinguieron en la Oratoria y la Poesía. Y, cierto, salieron de aquella Academia diversos opúsculos que, divulgados, ganaron en todas partes gran gloria para los discípulos y el profesor. Se consagraba mientras tanto, á la obra que se le había encargado, y

en menos de tres años presentó acabada la Historia de aquella Provincia, en dos grandes volúmenes. Ya se ponía empeño en publicarla con elegantes caracteres en la imprenta del colegio, cuando se vió obligado á dejar manuscrito el fruto de tantas vigilias y trabajos, y á navegar para Italia, á consecuencia de la repentina expulsión que sorprendió á todos los sujetos mexicanos.[1] No es pequeña alabanza de Alegre decir que habiendo dejado en México la Historia y cuantos documentos le sirvieron para escribirla, movido de las instancias de sus amigos empleó sus ocios de Bolonia en redactar un compendio de ella; admirando todos con razón, que conservara no solamente los hechos, sino hasta las fechas y muchos pormenores, sin otro auxilio que su estupenda memoria.

Conformándose llanamente con la suerte de sus hermanos y con la voluntad de Dios que le llamaba á trabajar en otro campo, se puso en camino, y embarcándose para Italia, dió el postrer adiós á su familia. En el curso del viaje fué más de una vez ayuda y salvación para pilotos y pasajeros, porque como desde niño, según vimos, conocía la aguja náutica, y adquirió mayor instrucción cuando estudió las Matemáticas, experimentaron su auxilio en los diversos temporales que sufrieron, pues señalaba al timonel disimuladamente el punto en que se hallaban y el rumbo que debían seguir para navegar sin peligro. Llegado á Italia después de varios contratiempos, se fijó primero en S. Pedro, pueblo inmediato á Bolonia, y luego en Bolonia misma, donde pasó casi veinte años hasta el fin de su vida, con gran provecho de sí propio y de los demás. Durante aquel forzoso descanso se consagró á perfeccionarse en la virtud y á adquirir nuevos conocimientos. Cumplidos los principales deberes de la vida activa, era para él lo más

1 El autor, como todos los escritores de la Compañía en aquellos tiempos, evita hablar de la expulsión. Añadiremos aquí unas noticias relativas á Alegre, sacadas del *Catálogo* de Zelis.—Profesó de cuarto voto el 15 de Agosto de 1763. Le cogió la expulsión en el colegio de S. Ildefonso. Se embarcó en Veracruz el 25 de Octubre de 1767 en la fragata de S. M. «La Dorada.»—T.

importante y de su gusto unirse á Dios en íntima comunicación. Decía misa muy devotamente, penetrado de la majestad suprema de Dios: muchos días rezaba de rodillas el Oficio Divino; solicitaba el favor de la Virgen Madre de Dios, como de madre amantísima, consagrándole tiernísimo culto con toda clase de obsequios, y cultivaba las demás virtudes que coadyuvan á la perfección cristiana. Como en otro tiempo, cuando promovía los estudios de la juventud mexicana, y se esforzaba en apartarla de un ocio siempre peligroso, inclinándola á ocupaciones más amenas y útiles, é infundiéndole el amor á las bellas letras, á la Geometría y á la lengua griega, así se empeñaba en enseñarlas á los que se aficionaban á ellas, con no menor celo que cuando sacó tanto fruto de aquella florida juventud.

No por estar metido en tantas ocupaciones dejó de escribir varios opúsculos aquel gran aprovechador del tiempo. Tradujo de verso francés á castellano el Arte Poética de Boileau, enriqueciéndola con oportunas notas aplicadas á la literatura patria. Escribió también por aquel tiempo para sus alumnos catorce libros de elementos de Geometría, cuatro de Secciones Cónicas, y un Tratado de Gnomónica: ya en América había escrito de la fabricación y uso de los instrumentos de Matemáticas, compendiando á Bion y á Storn: abrevió también, arreglándole al método de las escuelas, el tratado de *Vita abscondita*, de Alvaro de Cienfuegos, y compuso, por último, tres volúmenes en verso elegíaco, de las lágrimas de Santa Rosalía penitente. Pero el más importante de los trabajos de Alegre fué la Ilíada de Homero, traducida del griego en verso latino y enteramente virgiliano. La publicó primero en Forli, aunque incompleta, y luego, acabada ya, en Bolonia, juntamente con la Alejandríada, habiendo merecido el aplauso de los eruditos, y los elogios de las actas de Roma y de Bullón. La mayor recomendación de esta obra está en decir, que acaba de imprimirse por tercera vez en Roma, poco después de la muerte del autor.

Estos trabajos, y otros menores que omitimos, no fueron para Alegre sino distracción y descanso de estudios más

graves: porque entregado á Dios y á la contemplación de su perfección infinita cuanto al hombre le es dado, meditaba hacía tiempo otra obra mucho mayor y más digna de aquella elevada inteligencia. Solía decir que el conocimiento de las lenguas y el estudio de las bellas letras eran propios de la juventud; pero que la meditación de las cosas divinas era lo único digno y lo primero en la edad madura del hombre, pues fué criado para la inmortalidad.

Lleno de tales pensamientos, empleó los últimos diez y ocho años de su vida en escribir su *Teología*, en la cual, valiéndose especialmente de los Libros Sagrados, de los Santos Padres y de los Concilios, que son las fuentes principales de la verdadera Teología, expuso con claro método todos los dogmas de nuestra fe y cuanto conduce á conocer y amar la Majestad Divina, desterrando de su obra el método de las escuelas y las cuestiones inútiles é intrincadas, introducidas por los extravíos de los siglos anteriores. Más de treinta años antes se había formado un método para esos estudios, sacado de la preciosa obra de Natal Argonne, *Tratado de la lectura de los Santos Padres*, y luego adquirió grandes tesoros con el uso continuo de los libros de Sto. Tomás, cuya Teología es indudablemente la más delicada flor de los Santos Padres, y alcanzó tal facilidad en el manejo de estos, que podía encontrar sin trabajo los lugares que necesitaba, y consultar aquellos autores que más le convenían para cualquier punto de su obra. Así fué como el autor acertó á compaginar cuanto escribió; lo mismo de estos asuntos sagrados, que de cualquiera otra materia: milagro del ingenio y del arte. Tanto así conviene cimentarse en el verdadero método de aprender: tanto así elegir desde el principio los mejores guías, es decir, los autores de primer orden. Mas, entre los Padres, sentía Alegre particular predilección á S. Agustín y á Sto. Tomás, las dos grandes lumbreras de la Iglesia, porque admiraba en ellos el divino ingenio y la docilidad á los misterios que enseña nuestra religión: ó según él decía, su candor como de niños. Esa predilección se revelaba hasta en sus conversaciones familiares, porque á menudo repetía los mejo-

res textos de esos autores, con que expresaba su ardentísimo amor á Dios. Preparado, pues, á esta magnífica obra con tan inmenso acopio de erudición, se consagró enteramente á escribirla con elegantísimo estilo, dividida en diez y ocho libros y precedida de tres doctísimos prolegómenos. Le daba la última mano, cuando con gran quebranto de la república literaria y dolor de sus amigos fué acometido de la enfermedad de muerte aquel varón digno de ser inmortal.

Desde que en el colegio de la Habana se curó felizmente de la enfermedad que padecía, su salud había sido no sólo buena sino robusta; pero con tanto trabajo, con la aplicación continua á leer y escribir, sin aflojar para nada en el estudio, no pudo menos de rendirse la naturaleza quebrantada, y además de otras incomodidades no pequeñas á que estuvo sujeto hacia el fin de su vida, el año anterior al de su fallecimiento le tuvo varios días entre la vida y la muerte un violento ataque de apoplejía. Recobrados, al cabo, el sentido y el movimiento, pareció haber entrado en convalecencia: ciertamente habría llegado á restablecerse del todo, y gozaríamos aún del amabilísimo Alegre, si advertido por el reciente peligro hubiera atendido más á poner el cuidado debido en caso de tal importancia; mas fuera por el poco amor á esta vida y gran deseo de la eterna que anhelaba, ó porque el torpor de los sentidos que deja tal enfermedad no diera entrada al temor de un nuevo ataque, ni los consejos de los médicos ni las repetidas instancias de los amigos pudieron vencerle para que á tiempo dejase lo que veían serle perjudicial. Decía que estaba bueno y sano: que la vida del hombre no valía tanto para que sin sentir dolor, ni aun ligero, sino solamente por el mísero deseo de vivir, se sujetara á remedios peores que el mal. Sin cuidarse, pues, de ello, y creido de que había recobrado su antigua salud, se puso de nuevo con todo ardor á acabar la obra comenzada; pero el 13 de Junio sufrió otro ataque más fuerte, y ya mortal, que quitó á los afligidos amigos, que por tantos títulos le amaban, toda esperanza de recobrar al amigo querido. Después de recibidos

los últimos Sacramentos de la Iglesia que permitió la enfermedad, vivió todavía dos meses; pero la falta de fuerzas, la extraña pesadez de cuerpo, y la debilidad de la vista, estaban demostrando que el mal existía oculto y que nada perdía de su funesta intensidad. No quedándole ya más que el espíritu, se sostenía únicamente con aspiraciones tiernísimas hacia Dios. Con palabras de la Sagrada Escritura que conservaba en la memoria, cantaba á ratos salmos al estilo de los de David, en que conmemoraba los misterios de nuestra religión y la vida del Hombre Dios; y ojalá nos los hubiese dejado escritos, para monumento ilustre de su ardentísimo amor y acendrada piedad. Al cabo, el 16 de Agosto de 1788, estando á la mesa, le vino el tercer ataque de la mortal enfermedad, y sin valerle auxilio de la medicina, falleció una hora después de puesto el sol, á los cincuenta y ocho años, nueve meses y cuatro días de su edad. Al día siguiente fué trasladado á Bolonia (pues en busca de mejor aire se había retirado á un pueblo inmediato entre sus amigos), y enterrado honradamente en la iglesia de S. Blas, aguarda allí la resurrección de la carne.

Lo que perdieron los mexicanos con la muerte de Alegre bien se conoció por el dolor que á todos causó la noticia, y con mucha razón, porque quien sepa estimar á los hombres conocerá que aquel era dignísimo del amor y del dolor de todos. Dotado por la naturaleza de excelente índole, y educado con grande esmero por sus padres, se atraía á todos por sus limpias costumbres, su trato suave, su exterior modesto, y la copiosísima erudición que descubría cuando se le daba ocasión; de tal modo que á pesar de vivir apartado del comercio con los hombres, como suelen los literatos, con todo, en México, en la Habana, en Mérida, en Bolonia, en Fano y en cuantas partes estuvo, donde muchas personas notables buscaron su trato y le acogieron honoríficamente, mostró, con admiración de todos, que excedía á su reputación y fama. Sumamente afable en su trato, á nadie fué nunca molesto, sino con todos obsequioso; parco en palabras, no era fácil penetrar todo su mérito, si, con sincero deseo de aprender, no se le excitaba repetidas veces á

que hablase. Lleno además de profunda humildad y desprecio de sí propio, se tenía siempre en muy poco, y se admiraba de que hubiera alguno que pudiera alabarle porque se daba á los estudios más serios y únicos dignos del hombre. En el Kempis aprendía de continuo que nada hay alto, nada grande, sino Dios y lo que á Dios pertenece. Como le amaba cordialísimamente, y creía y adoraba rendido los altos misterios de nuestra fe, le causaba lástima y aun risa la audacia de tantos infelices que descubrían su ignorancia y ceguedad con juzgar por el criterio de una necia filosofía los dogmas de la augustísima religión católica. ¿Acaso importa, decía, que excedan á la capacidad de la debil inteligencia humana? ¿Teniendo la seguridad de que Dios ha hablado, dudaré de lo demás? Pues que sé por argumentos irresistibles que Dios ha hablado, nada hace que no comprenda yo los misterios. No es de sabios querer penetrar esa veneranda oscuridad, ni escudriñarla con curiosidad vana: lo es mostrarse dócil á la palabra divina, y reconocer, hasta donde alcanzan nuestras fuerzas, la supremacía de Dios. Cuando tal hago, reverencio con el pueblo sencillo la majestad infinita de Dios oculta en esos arcanos, y doy testimonio de ella, mostrándome mucho más sabio que los soberbios filósofos. ¿Cuál otra razón más alta para pensar así? Y á fe que es prueba certísima de ingenio sublime y de elevada inteligencia, como lo hemos dicho de Sto. Tomás y de S. Agustín.

En lo que toca á letras humanas, fué de ingenio vivo, claro, penetrante y propio para toda clase de ciencias, como lo acreditan sus obras: de gran facilidad para expresarse: de memoria tan tenaz, que lo leído una vez (y leía con rapidez increible) se le quedaba impreso en maravillosa manera: dotes que dieron inmenso vuelo á su talento y le adornaron de refinado gusto. En sus escritos, lo mismo que en sus sermones, de los cuales dejó tres tomos, lució un estilo florido, conveniente y templado, ya por ser más conforme á su carácter suave, ya porque le desagradaba lo vehemente; pero cuando traducía al latin ó al castellano, como en ciertas odas y sátiras de Horacio, sabía conservar

admirablemente la elevación y pureza del original. Pues por lo mismo que la naturaleza y el arte le dotaron de tales prendas, duélense con justicia los mexicanos de esa prematura muerte y de ver apagada la luz de aquel ingenio soberano, digno de ser contado entre los mayores ornamentos de su patria. Conocí á un caballero español de noble cuna y famoso por sus obras impresas, que se consideraba feliz porque un inesperado conjunto de circunstancias le había traído á Italia donde conoció á Alegre, y con eso daba por bien empleados los trabajos que hasta esa hora había padecido: tanto fué el concepto que formó de aquel sabio.[1] Fuera de las obras que hemos ido mencionando, dejó Alegre en México, entre otros manuscritos: Biblioteca Crítica en seis tomos, donde trataba de Lenguas, de Gramática, Retórica, Poesía, Dialéctica é Historia: Miscelánea Poética y oratoria, en dos volúmenes: Anotaciones al Epítome de Acevedo *de Legibus Castellæ*, un tomo: otro tomo sobre las Decretales. Preciso es decir también, que al escribir tantas obras y de tan diversas materias, jamás pidió ayuda á nadie, ni para registrar los innumerables autores que necesitaba consultar, ni para poner por escrito lo que ya tenía presente y clasificado en la memoria. Muy poco era lo que enmendaba ó borraba en sus manuscritos, que parecen haber salido ya limados y casi perfectos de primera intención.

Fué Alegre, en fin, de estatura regular, envuelto en carnes, de nariz delgada y corva, aguileño de rostro, con gravedad amable, y tan bien conformado en todo, que no se le advertía defecto. Pasado aquel primer riesgo de su adolescencia gozó siempre de salud robusta que le permitió dedicarse largo tiempo á un continuo estudio; y ojalá que en sus últimos años, particularmente, hubiera moderado un poco el trabajo, atendiendo algo á sus fuerzas postradas, para que la república literaria no perdiera prematuramente á aquel insigne mexicano y á un varón nacido para dar vuelo á las ciencias con su poderoso ingenio.

1 Parece referirse á D. José Nicolás de Azara.—T.

ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
VI	últ.	expresa	expressa
5	12	Apolo	Apolo.
19	6	Sannazzaro	Sannazaro
28	12	manera	manera.
30	18	Sanazzaro	Sannazaro
39	15	Sannazzaro	Sannazaro
53	5	Joviano, Pontano	Joviano Pontano
58	34	Anacreontici	Anacreontaei
70	3	Sannazzaro	Sannazaro
»	23	tantum	tantum
99	13	Aecio	Accio
124	30	Música	Musica
160	3	albornia	albornía
161	4	LIRBO	LIBRO
177	8	ponta.	ponto.
178	22	unum.	unum
182	8	spolisque	spoliisque
184	9	quo	quos
190	1	manent	manet
191	21	curæ	curæ,
192	10	clarii	clari
195	1	seu	ceu
»	16	colo	collo
212	7	Mediolani	Mediolano
223	24	Berolinii	Berolini
225	9	Pœtarum	Poetarum

ARTE POÉTICA DE MR. BOILEAU

TRADUCIDA Á RIMA CASTELLANA

POR D. FRANCISCO JAVIER ALEGRE.

EPÍSTOLA DEDICATORIA

Á UN AMADO DISCÍPULO DEL TRADUCTOR.

Para divertir algunos ratos melancólicos en el viaje que me fué forzoso hacer aquí á Padua para la impresión de mi latina *Ilíada*, traje conmigo las obras poéticas de Mr. Boileau. Este autor francés, aunque en muy diversa línea, lo comparo yo á Virgilio en que, sin ser original casi en cosa alguna, es de un bellísimo gusto y de un rectísimo juicio para discernir lo bueno de los antiguos autores, y traspasarlo á su idioma. Él hizo con Horacio y con Juvenal, lo que Virgilio con Homero, con Hesiodo y con Teócrito. Muchos años há me había venido al pensamiento, y aun había comenzado á traducir á verso español su *Arte Poética;* pero este, entre otros

de mis pequeños trabajos, pereció en el común naufragio. La soledad y el ocio me empeñó ahora de nuevo en este asunto. Sé muy bien que el genio no te lleva á hacer versos; pero para conocer la utilidad, el arte, el mérito, la gracia y la beldad de la poesía no es menester ser poeta; como no es forzoso ser pintor para conocer y apreciar la belleza y naturalidad de una imagen. Mi traducción no será literal, ni aun casi será traducción. Hago con Boileau lo que él hizo con Horacio, esto es, tomar yo los pensamientos y los preceptos, y vertirlos á mi modo. Añado, quito, mudo, y á los ejemplos y alusiones francesas sustituyo comunmente españolas. Al verso añado notas, en que hallarás noticias muy verídicas y seguras de casi todos cuantos han escrito con alguna loa en este género, así en España, como en Italia, Francia, Inglaterra y Portugal. Hablaré de los autores, no por vagas citas de otros, ni por noticias sueltas tomadas de los diccionarios, sino por lección, observación y estudio propio. El haber escogido un autor francés no es porque en nuestra lengua no haya cosas muy buenas escritas de la poesía. Tenemos la *Poética* de Aristóteles mucho tiempo há traducida é ilustrada con muy juiciosas observaciones por D. José Antonio González de Salas. Vicente Espinel tradujo la *Arte Poética* de Horacio en verso suelto, con bastante propiedad. Donde

conviene observar de paso, que esta especie de verso, de que hoy hacen tanto uso los italianos, era ya conocida más há de dos siglos y usada de los españoles; bien que á mi juicio, sea de quien se fuere este hallazgo, es bien poco digno de estimación y de albricias. *El prólogo de Francisco Medina á una antigua impresión de Garcilaso es de las cosas más bellas que se han escrito de la poesía. Paso en silencio otros muchos de que quizá hablaré adelante. De propósito no he hecho mención de Luzán ni de Rengifo. Ni uno ni otro para mí merece nombre entre los buenos autores. Luzán quiso parecer un gran crítico deprimiendo su propia nación, cuyo mérito él ciertamente no conocía en esta parte. Basta saber, para conocer el gusto del hombre, que una gran parte de los ejemplos que propone son sacados de Tomás Ceva, autorcillo italiano, cuyo poema* De Puero Jesu *es de las cosas más desregladas y más groseras que se han escrito en este siglo, tanto en la dicción como en la sentencia. Rengifo no escribió arte de Poesía, aunque ese nombre dió á su libro, sino arte de versificación pedantesca, de que quizá diré en otra parte. Volviendo á mi propósito.*[1] Elegí este autor porque á los preceptos generales de Horacio añadió lo que demanda en particular la naturaleza de cada poema con más individuación, y su modo de tratar me daba campo para explayarme más en las notas sobre todo

1 Lo que va de *letra cursiva* está borrado en el original.

género de poetas. Distinguiré los autores no por su antigüedad ó por su nación, sino por lo que juzgo de su mérito, pues no hallo privilegio para que Marcial, v. gr. pueda hablar de Homero, y yo no pueda hablar de Marcial. Espero que no te será inútil ni desagradable este mi corto trabajo. Si quisieres mostrarlo á algunos de los amigos, me será de mucho gusto.

Fuscus, et hæc utinam Viscorum laudet uterque....
Prudens prætereo, quibus hæc, sint qualiacumque,
Arridere velim,... Demetri, teque, Tigelli
Discipularum inter jubeo plorare cathedras.[1]

1 Horat., *Sat.*, lib. 1, sat. 10, v. 83, 88-91.

ARTE POÉTICA.

CANTO I.

A la frondosa cima de Helicona
Un temerario autor aspira en vano,
Y en vano la corona
Ceñir pretende de laurel lozano,
Si benigno planeta,
Con misterioso influjo,
Desde el nacer[1] no lo formó poeta.
En su limitación cautivo y solo
El Pegaso para él siempre es tardío,
Siempre á su invocación es sordo Apolo
Vosotros, pues, á quienes este inflama,
Glorioso amor de las esquivas musas
Y de perenne fama,
No, tomando por numen el deseo,
De un empeño os cargueis tan peligroso.
Vuestras fuerzas primero
Consultad muy despacio, y lo que lleva
Vuestro genio bufón, grave ó severo,
Esquivo, blando, austero ó amoroso.[2]

De la Naturaleza el Autor sabio,
Con designio y con arte,
Entre los escritores, sin agravio,
Los talentos reparte.
Villegas[3] pinte una amorosa llama:
Bufón Quevedo[4] aguce un epigrama:
Garcilaso describa los pastores,
Las fuentes y los prados:[5]
Las armas y varones señalados
Cante el Camoens,[6] Virgilio lusitano:
Y émulo del romano
Cisne, entre los del Betis ruiseñores,
Góngora ensalce á España dominante
Desde el francés Pirene[7] al moro Atlante.
Mas tal vez un autor, lisonjeado
Por un falso contento,
Desconoce su genio[8] y su talento,
Y el que apenas con un carbón pudiera
Ensuciar la pared, coplista insulso,
Quiere embrazar la trompa vocinglera.
Canta de Israel la fuga victoriosa,
Y en pos de Faraón, del mar de Arabia
Va á sepultarse en la corriente undosa.
O ya agradable ó ya sublime sea
La materia escogida,
La rima siempre unida
Con el buen gusto y la razón se vea.
Ni el metro ni la rima están reñidos
Con la recta razón, como se piensa,[9]
Antes en los ingenios instruidos
Dóciles se sujetan y obedecen,

Y el pensamiento adornan y enriquecen.
No, pues, el pensamiento á la cadencia
Ha de servir forzado,
Sino ésta á la sentencia.
Cuando se le contempla, se rebela,
Y cautivo y violento
Se arrastra el consonante al pensamiento
Amad, pues, la razón, y á su luz pura
Le deba el verso todo el lucimiento,
La gracia y hermosura.
De un insensato ardor precipitados,
Lejos de ella, conceptos extraviados
Buscan muchos autores,[10]
Y creyeran sus versos menos bellos,
Si pensaran lo que otro
Puede pensar como ellos.
Dejemos á la Italia[11] jactanciosa
Tal modo de pensar extravagante,
De vanos genios necedad pomposa.
Todo vaya arreglado al buen sentido;
Mas para conseguirlo es peligrosa
La senda, y resbalosa.
El menor descarrío
Conduce al precipicio;
Mas la razón y el juicio,
En su marcha reglada y majestuosa,
Un rumbo sigue siempre y un sendero.
Un ingenio no quiero
Que de su objeto lleno y preocupado,
Hasta haberlo agotado,
Descansar no me deja.

Si se encuentra un palacio,
La fachada primero
Pintarme ha muy despacio;
Después por los zaguanes me pasea,
Antecámaras, salas y rincones,
Y de azotea salta en azotea.
Aquí un desván se ofrece, y sin decoro
Pasa de él á pintar soberbiamente
Balcón ceñido de balaustres de oro.
Los arquitrabes cuenta y medallones,
Astrálagos,* volutas y festones.
Sáltome muchas hojas, y por fin
Al través de un jardín,
Su narración escapo impertinente.[12]
Evitad esta estéril abundancia,
Y vuestras descripciones no detenga
Cada vulgar y triste circunstancia.
Lo largo y nimio es siempre muy pesado,
Y todo es largo en siendo demasiado.
El que no sabe refrenar la pluma
Escribir no presuma.
Por huir de un extremo peligroso[15]
Se da en otro tal vez más pernicioso.
Por no hacer flojo el verso se hace duro.
Quiero ser breve, y vengo á ser oscuro.
Por evitar el mucho y nimio arreo,
Sale grosero y feo.
Por no parecer bajo se hace hinchado,
Y por temor de levantar el vuelo,

* Así en el original, por *astrágalos*.

Otro más circunspecto y recatado
Se arrastra por el suelo.
  Si quereis ser del público aplaudido
El discurso variad continuamente.
Lo igual y lo uniforme causa enfado[14]
Al lector más paciente;
La variedad es sola la que agrada,
Y un músico de todos es reido[15]
Si siempre con encono
En un aire persiste y en un tono.
Feliz el que en su canto ameno y suave
Mezcla con lo apacible lo severo,
Lo dulce con lo grave.
Agradable á las Musas y lectores,
Jamás su libro quedará en olvido
Del polvo y la polilla consumido.
  Evitad, sobre todo, la bajeza:[16]
El familiar estilo más sencillo
Tiene también su natural nobleza.
  El burlesco[17] tal vez desvergonzado
Aplauso común tuvo
Del vulgo á novedades inclinado.
De agudezas triviales
El verso se vió lleno.
A vulgares ingenios ninguna hubo
Regla en rimar ni freno,
Y Apolo avergonzado
En Tabarín se vió transfigurado.[18]
De las provincias presto al ciudadano,
Al clero y á la corte pasó el vicio:
El poeta más vil tuvo plausores

Y hallaron Lobo[19] y d'Assoucy[20] lectores.
Después de un tiempo en fin reinó el buen juicio,
Y el hábil cortesano
Desdeñó tan pueril extravagancia,
Distinguió lo soez de lo nativo,
Lo insulso de lo vivo,
Y dejó á las aldeas, que con ansia
El *Typhon* soliciten,[21]
Lo celebren, lo aplaudan, lo reciten.
Jamás vuestros escritos esta infeste
Abominada peste
Del Parnaso y de Apolo.
De Marot[22] imitad, del culto Polo[23]
El burlesco ingenioso,
Y lo demás dejadlo á los truhanes,
Ó á los del Puente Nuevo charlatanes.
Mas tampoco, siguiendo la indiscreta
Musa[24] que hizo peor á un mal poeta,
Vayais á amontonar en las campañas
Y en los valles profundos,
«De cuerpos muertos y de moribundos
«Cien quejosas montañas.»
Seguid tono mejor, y sea en parte,
Sin demasiado afeite, hermoso el verso,
Noble sin hinchazón, simple con arte.
Nada choque al lector, nada le ofenda,
En vuestra poesía;
De la cadencia sed un juez severo,[25]
Y ya dulce, ya grave la armonía
Gusto, encante, sorprenda.
Que siempre en vuestras rimas el sentido,

Las palabras cortando
Suspenda el verso [26] y pausa dé al oído;
Que una vocal con otra hiriendo ruda,[27]
Con trabajo á decir no nos obligue
Que *o peito acende, e o côr ao gesto muda.*
Sed siempre vario en verso y armonía,
Evitando el unítono enfadoso [28]
Como la baja y vil cacofonía.[29]
La más fina expresión ó la sentencia
Más bella desagrada,
Si escabrosa y quebrada
Ofende los oídos la cadencia.
En los siglos pasados
Los viejos romanceros,
Sin más arte, más número ó cesura,
Sus caprichos seguían,
Y el consonante aquí y allí ingerido
Hacía la hermosura
De los versos groseros
Con que al vulgo ignorante entretenían
En plazas y mercados.
El Petrarca, Villón y Juan de Mena
Fueron de los primeros [30]
Que en Francia, Italia, España
A un número de pies determinado
El verso han reducido,
Y á un número de sílabas medido,
Con industria y con maña,
El triste consonante han aligado.
Marot después rimó la enmascarada
Y las danzas sencillas,

Inventor de las simples redondillas.[31]
Ronsard,[32] por reformar con nueva moda
La Poesía toda
Toda la trastornó: tuvo plausores;
Pero hablando[33] en francés, latín y griego
Se le secaron los laureles luego.
Conociéronse presto sus errores
Y de sus voces la arrogancia vana.
Mas la caida de su Musa ufana
Hizo en la edad siguiente
A Bertaut y Desportes más templados.
En fin Malherbe vino,[34] el sol de Francia:
Por él tuvo la justa consonancia
El estilo elocuente,
Y de una voz bien puesta la energía
Su precio y su valía.
Por su industria el lenguaje depurado
Nada chocó al oído delicado:
Estancia sobre estancia
Cayó naturalmente
Con blanda consonancia,
Sin que un verso forzado y mal zurcido
Del verso antecedente
Perturbase el sentido.
Siguió sus leyes el francés Parnaso,
Y siguieron sus huellas
Cuantos las Musas bellas
Del Sena á las orillas cultivaron.
Lope de Vega,[35] Ercilla,[36] Garcilaso,[37]
A la España ilustraron,
Ricos en invención, finos en gusto.

Virgilio, Homero, Horacio,
En Fray Luis de León, Mesa, Velasco,
Parecieron sin asco[38]
Dejar la pompa griega y la romana
Por el verso y la lengua castellana.
Amad de estos autores la pureza,
La claridad, el gusto, la limpieza.
Si en hacerse entender el verso tarda
El lector se acobarda,
Y de pomposas voces espantado
Huye un autor que quiere ser buscado.
Ingenios hay cuyo pensar sombrío,[39]
Siempre de espesas nieblas ofuscado,
De la razón se niega al albedrío.
Aprended á pensar justo primero,
Si de escribir el gusto os lisonjea.
Cuanto más clara es ó más oscura
Nuestra interior idea
La dicción sigue más ó menos pura.
Lo que bien se concibe bien se dice,
Y de un claro y hermoso pensamiento
Nace en los labios la expresión felice.[40]
Que sobre todo os sea respetada,
Como santa y sagrada,
De vuestra patria lengua la pureza.
La imagen más hermosa
Su lustre pierde todo y su belleza,[41]
Si la voz es impropia, si es viciosa
La construcción, ó el verbo forastero.
Evitad el pomposo barbarismo,
Ni de un verso ampollado

Os encante el brillante solecismo.
Sin tal prenda el autor más elevado,
Aun del pueblo grosero,
Se llora despreciado.
Trabajad con despacio,[42] aunque importuno
El mandato de alguno
Os apure, ó el ruego.
Tal rapidez, tal fuego
Más que de ingenio indicio
Seña y carácter es de poco juicio.
Más quiero un arroyuelo que sin ruido
Por un prado florido
Lava la blanda arena
Con corriente serena,
Con regalado son, con paso lento,
Que el ímpetu violento
De un torrente espumoso
Que arrebatando troncos y animales,
Sembrados y zarzales,
Se precipita turbio y cenagoso.
Apresuraos despacio; [43] y sin desmayo,
Por largo tiempo y repetidas veces [44]
Tornad vuestros escritos al ensayo.
Pasad y repasad,
Añadid poco, y mucho más borrad.[45]
Donde hay muchos defectos, poca cosa
Es que de cuando en cuando centellee
Una imagen hermosa,
Un rasgo vivo ó expresión pomposa.
Todo esté en su lugar bien colocado :
Que el principio y el medio corresponda,

Al fin premeditado,
Y que pieza con pieza
Unidas con destreza,
Formen un cuerpo bien proporcionado.[46]
Que por buscar una dicción brillante
Jamás se aparte un punto
El pensamiento fuera del asunto.
Si del común temeis el juicio austero,
Sed de vos mismo un crítico severo.
Á sí solo se admira el ignorante
Ó el soberbio pedante.
Éntre de vuestras obras á la parte
Un caro confidente,
Sincero, inteligente,
Versado en el mismo arte,
Y de vuestros defectos enemigo.
Mas sabed del amigo
Distinguir bien al falso lisonjero
Que con arte y con maña
Parece que os aplaude, y os engaña.
Buscad que en vuestros yerros se os dirija,
Que se os aplauda no, que se os corrija.
Un adulador luego [47]
Extático se queda al escucharos;
Cada verso lo encanta,
Lo trasporta, lo espanta:
Todo asombroso es, todo es divino,
Ni encuentra la manera de alabaros.
Ya con las manos bate la cabeza,
Rompe en exclamaciones de contino,
Salta de gozo, llora de terneza.
Y como los que lloran alquilados [48]

Dan muestras de dolor más vehementes
Que los propios dolientes
Y verdaderamente apasionados;
Así el adulador y el lisonjero
Más os admira que un plausor sincero.
La verdad siempre es seria y recatada,
Modesta y arreglada.
Un sabio amigo [49] siempre rigoroso
Sobre el menor defecto
No os dejará en reposo.
Castiga luego el verso negligente,
Ó el dicho impertinente.
Ya en mejor luz coloca una sentencia,
Corrige la insolencia
De un frasismo ambicioso.
Ya la dicción le choca, ya el sentido
Oscuro ó pervertido.
Aquí la construcción encuentra oscura,
Allí un término apura
Equívoco ó confuso:
Esta es voz nueva, aquella no está en uso.
Así os habla un amigo verdadero;
Mas tal vez un autor soberbio y fiero
Todo excusarlo piensa,
De todo toma á pechos la defensa,
Creyéndose ofendido
De lo que estar debiera agradecido.
—Esta expresión, direis, parece baja.
—No la hay más natural, dejadla os pido.
—Esta dicción aquí está impropia ó fría.
Yo la quitara.—Oh Dios! yo tal no haría.
Ese el pasaje es que más me agrada.

—Aquesta descripción está cansada.
—Jesús! que tal digais! El pasmo ha sido
De cuantos la han leido.—
Así siempre constante
En llevar sus defectos adelante,
Para no reformarlo basta y sobra
Que algo al censor le desagrade en la obra.
A sentirlo parlar sólo procura
Un rígido censor, franco y sincero.
Mudad, borrad; sobre su libro entero
Despótico poder teneis, os jura.
Mas todo este discurso lisonjero
Sólo un pretexto es, sólo es un lazo
Para poderos leer sin embarazo
Su fárrago importuno.
Luego os deja, y pagado de su Musa
Vase á buscar alguno
Más necio que lo aplauda abiertamente.
Cuanto en necios autores
Tanto en necios plausores es fecundo
El siglo que se llama iluminado.
Sin contar la provincia ni la aldea,
Los hay entre los duques y señores:
El claustro más austero, el más dorado
Palacio los procrea:
Los libros más insulsos y asquerosos
Partidarios celosos
Encuentran de la corte en los estrados.
Y porque en fin en sátira se acabe,
Jamás á un zote falta otro más zote
Que lo aplauda y lo alabe.

NOTAS AL CANTO PRIMERO.

1 Se dice comunmente que el Poeta nace y el Orador se hace. Esta controversia la decidió ya muy juiciosamente Horacio:

> Natura fieret laudabile carmen, an arte
> Quæsitum est. Ego nec studium sine divite vena,
> Nec rude quid prosit video ingenium: alterius sic
> Altera poscit opem res et conjurat amice.[1]

Ello es cierto que faltando una cierta libertad y amenidad de genio, todo el gran talento, toda la grande extensión de conocimientos, toda la elocuencia y pureza de estilo y toda la afición y aplicación de Marco Tulio no fué bastante para hacerlo poeta: bien que no faltan autores célebres que le pretenden tal. El genio más á propósito del mundo abandonado á sí mismo, sin arte, sin cultivo, sin estudio, así de la naturaleza y las costumbres como de los buenos autores, podrá formar un charlatán ó un hacedor de coplas; pero jamás formará un Virgilio, un Tasso ó un Camoens.

2 Este es aquel gran consejo de Horacio en su Arte.

> Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam
> Viribus; et versate diu quid ferre recusent,
> Quid valeant humeri.[2]

Y luego:

> Tu nihil invita dices faciesve Minerva.[3]

3 En este lugar Mr. Boileau no cita algún autor determinado. Sólo dice: *L'un peut tracer en vers* &c. En efecto, entre los franceses no hay poeta que se haya hecho célebre en este género de verso, de que por ahora tenga memoria, si no es Fontenelle; pero éste es posterior á Mr. Boi-

1 *Art. Poét.*, v. 408–411.
2 V. 38–40.
3 V. 385.

leau, y sus expresiones y afectos son más estudiados y exquisitos, que delicados, tiernos y naturales. Entre los griegos sobresalieron en esta parte Simónides, Safo y Anacreonte. Entre los latinos Horacio y Catulo, Ovidio, Propercio y Tibulo, de quienes habrá lugar de hablar muchas veces. Las rimas italianas de Jacobo Sannazzaro, del Tasso, del Petrarca, del Zappi y otros muchos poetas de Italia tienen bastante aplauso. En España tenemos mil preciosidades en las canciones del antiguo Boscán, de Bartolomé y de Leonardo de Argensola, de Garcilaso, de Lope de Vega, de D. Diego de Mendoza, de Góngora, de Pellicer, de Solís, de Hernando Mexía, de Camoens, de Barrios, de Candamo, y otros innumerables. De todos ellos pongo aquí por ejemplar á D. Manuel Esteban de Villegas, que á mi parecer, más que algún otro se llega á la dulzura, amenidad y delicadeza de Anacreonte, á quien procuró imitar también en el metro. Suya es aquella canción cuyo exordio quiero poner aquí para darte alguna idea de la suavidad, de la simplicidad y terneza de sus versos:

Dícenme las muchachas:
¿Qué será, Don Esteban,
Que siempre de amor cantas,
Y nunca de la guerra? &c.[1]

Este autor es, á lo que me parece, el primero, ó uno de los primeros, que tentó traspasar á la lengua española la medida de los exámetros, sáficos y otros versos latinos, en que después se han empeñado tan sin fruto algunos ingenios de Inglaterra y de Francia. Los trabajos de Villegas en esta parte se han de mirar como unos ensayos y bosquejos que no pudieron llegar á su perfección desde el principio. La misma dificultad experimentarían sin duda los romanos cuando comenzaron á trasladar á su lengua los metros griegos. El trabajo y la constancia todo lo venció, y se ve el sáfico, el faleuco, el exámetro, el pentámetro de Horacio, de Catulo, de Virgilio, de Ovidio, tan fluido y tan numeroso como el de Safo, de Alceo, de Homero y de Calimaco. La lengua española, que en sus ter-

1 Cant. XXXV, ed. de Sancha, tom. I, pág. 192.

minaciones, conjugaciones é incrementos, ortografía y formación de verbales y compuestos tiene tanta semejanza con la latina, es más á propósito que la inglesa ó la francesa para esta tentativa, que á mi parecer sería más feliz, si conformándose en cuanto fuese posible á la lengua madre, nos conviniésemos todos en principios fijos y reglas invariables de prosodia. Pero de esto se tratará quizá más largamente en otra parte.

4 Aquí tampoco señala autor alguno Mr. Boileau, y cierto que la Francia no es muy feliz en este género. Entre los españoles hay muchos muy ingeniosos. El traductor de Juan Owen pudiera ser su original, á quien regularmente aventaja. Quevedo parece formado de la naturaleza para el epigrama, especialmente burlesco. Nada hay más agudo y más salado que sus dichos, y aun sus hechos. Entre las demás de sus obras sobresalen mucho las que dió á luz con el nombre del Br. Francisco de la Torre. Torres Villarroel, en nuestros tiempos, lo procuró imitar; pero la agudeza y la gracia desmerecen mucho en siendo estudiadas.

5 Nuestro autor francés propone por ejemplar de la Égloga, ó verso pastoril, á Racan; pero quien leyere con indiferencia á uno y otro, hallará tanta diferencia de Racan á Garcilaso cuanta hay de Garcilaso á Virgilio. Garcilaso es incontestablemente lo mejor que tiene la poesía española en el verso lírico. Ojalá una larga edad hubiera madurado sus talentos, y dádole lugar para emplearlos en asuntos heroicos.

6 Así comienza, imitando á Virgilio, su poema Luis de Camoens, famoso ingenio portugués:

As Armas, e os Barões assinalados,
Que da Occidental praia Lusitana,
Por mares nunca d'antes navegados,
Passáram ainda além da Taprobana.

Este poema intituló *Lusiadas:* su héroe es Vasco de Gama, y su acción el descubrimiento de la India Oriental por los Argonautas portugueses. Los siglos posteriores á Virgilio no han dado, á mi parecer, poema heroico más perfecto. La acción es bella, la narración grave y soste-

nida, el estilo majestuoso y formado sobre el plan de Virgilio, como la mayor parte de la fábula; pero con bellezas muy originales. La personalización ó prosopopeya del Cabo de Buena Esperanza es un pasaje digno de Homero. Los episodios, en que se ve casi toda la antigua historia de Portugal, son hermosísimos y bien situados. Tres defectos hallo, sin embargo, en Camoens. El primero es de algunas largas declamaciones contra los vicios de su siglo: contra el poco aprecio que se hacía de las letras y letrados, y otras semejantes, que huelen á Lucano, y tienen no sé qué de pedantismo y de candor fastidioso. Homero y Virgilio jamás hablaron de sí mismos, ni se empeñaron en lugares comunes, en que á los más ignorantes es fácil llenar muchas páginas. En la fábula le noto una feísima mezcla que hace de lo sagrado y lo profano. Los dioses gentílicos forman una asamblea para impedir el viaje de los portugueses. Baco, temeroso de que las hazañas de los héroes cristianos no oscureciesen é hiciesen olvidar sus antiguas conquistas y victorias en la India, perora grandemente contra ellos. Venus, que no sé por dónde se mira como la diosa tutelar de los portugueses, viene en favor del héroe cristiano y lo hace salir victorioso. Lo más gracioso es que el comentador Faria nos quiere hacer reconocer en Venus, y en Venus pintada del modo más lascivo y más chocante á la honestidad; nos quiere hacer, digo, reconocer á la Santísima y Purísima Virgen, Madre de Dios. Gracias á que muy pocos tendrán paciencia para leer los larguísimos comentarios de Faria, el más cansado, el más importuno y el más pedante de los comentadores. El éxito de la acción no es muy desemejante á este nudo. Venus, compadecida de los trabajos de sus amados portugueses, les prepara una isla, donde hiciesen escala y refrescasen antes de volver á Lisboa. El refresco fué digno de Venus. Las Ninfas andaban por aquellas campañas floridas en tanto número cuantos eran los soldados y marineros portugueses. Al principio una resiste, otra se escapa, otra se esconde. El capitán, con más decoro, es llevado al palacio de la principal de aquellas semidiosas, donde es magníficamente hospedado. Ella

le muestra en una esfera de cristal la tierra toda, de que le hace una hermosa descripción: le prenuncia los futuros progresos de su nación en la India, y feliz navegación á la patria. Aquí, no el comentador, sino el poeta, á quien sin duda le quedaba algún escrupulillo, tiene cuidado de advertir, que aquellos lascivos placeres que permitió á sus portugueses no se deben tomar groseramente en el sentido literal, sino en el místico, entendiendo bajo aquellas figuras, ó la satisfacción y el placer de que gozan los sabios y virtuosos después de sus grandes acciones, ó la recompensa que gozarán después de la vida mortal. Bien pudieran los secuaces de Mahoma interpretar de esta suerte las promesas de su legislador, y no que por tomar sus palabras á la letra hacen poco honor á su paraíso. No es más feliz que esta, á lo que me acuerdo, la interpretación que da el Tasso á los amores y encantamientos de que llenó su *Jerusalén.* Volviendo al Camoens, tenemos sus *Lusiadas* traducidos al idioma español por Enrique Garcés, por Benito Caldera y por Luis Gómez de Tapia, que es el más estimado.

7 Este es verso de D. Luis de Góngora en la canción á la armada que el rey D. Felipe II envió contra Inglaterra, que comienza:

Levanta España tu famosa diestra.

Extrañarás, sin duda, que yo aquí llame á Góngora émulo de Horacio, y que lo ponga por ejemplar del verso lírico español: á Góngora de quien muchas veces me habrás oído hablar como de uno de los hombres de más mal gusto que ha tenido España. Todo es verdad. Nada hay más bello y más sublime que Góngora cuando escribe con juicio, que es muy pocas veces. Nada hay más desreglado, más hinchado y más fastidioso, que Góngora cuando se arrebata y vomita desaforadamente:

Luciente honor del cielo
En campos de zafiro pace estrellas.[1]

O el sudor de los cielos cuando liba
De las mudas estrellas la saliva.[2]

1 *Soledad Primera,* v. 5, 6. Ed. Rivad. pág. 463.
2 *Ibid.* Ed. Rivad., pág. 472, col. 2.

y mil otras expresiones de que está lleno. Las más famosas de sus obras son las peores, quiero decir, las *Soledades*, la *Galatea* y las siete comedias: género de poesía para el cual era absolutamente negado. En las *Soledades* afectó oscuridad en las cosas más triviales, á fuerza de expresiones como la que ahora cité, pomposas y sonantes sin sustancia; semejante, como decía Sófocles de otro tal, á un hombre que abre una gran boca é hincha estupendamente los carrillos para soplar en un pequeño pífano. La *Galatea* está un poco más moderada; pero todavía peca mucho. Tiene centenares de sonetos, canciones amatorias y heroicas, romances y letrillas burlescas. En todo abunda lo malo. Sin embargo, seis ú ocho de sus sonetos, dos ó tres de sus canciones, y algunas felicísimas expresiones esparcidas por aquí y por allí en sus obras más viciosas, dan á conocer una sublimidad de ingenio igual, por no decir superior, á cuantos tienen en este género los griegos y latinos. Horacio dijo, por ejemplo:

O fons Blandusiæ, splendidior vitro.[1]

Cotéjese este exordio con aquel de Góngora:

Oh! claro honor del líquido elemento,
Dulce arroyuelo de luciente plata
Cuya agua entre la yerba se dilata
Con regalado son y paso lento. &c.[2]

Aquella hermosa imagen de Virgilio en las *Geórgicas:*

Et nitidum Oceani rubro lavit æquore currum,[3]

míralo en la *Galatea* de Góngora:

Su aliento humo, sus relinchos fuego,
Si bien su freno espumas, ilustraba
Las columnas Ethon que erigió el Griego,
Do carro de la luz sus ruedas lava.[4]

Pudiera traer un centenar de estos lugares en que el

1 *Od.* 13, lib. III.
2 *A un arroyo.* Soneto LVII. Ed. Rivad., tom. XXXII, pág. 433.
3 *Georg.*, lib. III, v. 359. El original dice:
Præcipitem Oceani rubro lavit æquore currum.
4 Ed. Rivad., tom. XXXII, pág. 461.

poeta cordobés excedió infinitamente á los antiguos. Sus *Soledades* corren comentadas por D. José Pellicer.

De Góngora ocurrirá hablar quizá otra vez más adelante. Sigamos ahora á Mr. Boileau.

8 De esto tenemos ejemplares en todas las edades. Ovidio era nacido para la Elegía: quiso meterse á poeta heroico, y sacó el fárrago de las *Metamorphoses*, que no tiene rastro alguno de epopeya. La *Xaveriada* quitó á Parthenio Giannetasio casi todo cuanto había adquirido de reputación con la *Halieutica*, *Bellica*, *Naumachica* y demás poemas didascálicos. Claudiano hubiera pasado por mejor poeta, si no hubiera escrito el *Rapto de Proserpina*. Mr. Boileau pone aquí por ejemplar el *Moisés salvo*, poema infeliz de Mr. de Saint-Amant.

9 Quéjanse ordinariamente los poetas de la esclavitud y servidumbre á que los sujeta la rima ó el metro. Esto dió asunto á la segunda y bellísima sátira del mismo Mr. Boileau, que quizá te daré traducida en otra parte. En efecto, cuántas veces la rima hace á un triste poeta decir lo contrario de lo que querría.

Si acaso nombrar pretendo
Un poeta soberano,
La razón dice Virgilio,
La rima dice Lucano.

Sin embargo, ni Homero ni Virgilio se quejaron jamás de la necesidad del metro, siendo así que la medida del verso griego y latino es para mí de mucha mayor sujeción que el metro y el consonante de nuestros versos. Horacio dijo muy juiciosamente que

....Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.[1]

Por sacudir el yugo del consonante inventaron los poetas de estos últimos siglos el que llaman los italianos *verso sciolto*. No sé ciertamente en qué nación tuvo su origen; lo que sé es que en España se usaba más há de doscientos años, y que en él tenemos traducida la *Eneida* de Virgilio

1 *Art. Poét.*, v. 40, 41.

con bastante propiedad por Gregorio de Velasco; la *Arte Poética* de Horacio por Vicente Espinel, y muchas otras cosas escritas originalmente por nuestros autores ó traducidas de los extranjeros. D. Francisco de Aldana tradujo también á este género de verso español las *Epístolas* de Ovidio. Hase pretendido también quitar absolutamente la sujeción del verso. Entre los Monsiures hubo una reñida disputa sobre si el verso era ó no esencial á la epopeya.

Adhuc sub judice lis est.[1]

Esta controversia parece haberla ocasionado el *Telémaco* del Sr. Fenelón. Nuestros españoles, que han escrito en este género mucho más y mucho antes que los franceses, llamaron *cuentos*, *novelas* y *romances* á este género de historias fingidas, ó serias ó burlescas, y ninguno de ellos llamó jamás *epopeya* ó *poema heroico* á las narraciones de *Amadís de Gaula*, ó del *Caballero del Sol*, ni al *D. Quijote*, ó la *Persiles* de Cervantes y otros millares de semejantes fábulas que hay en todas las lenguas. ¿Quién ha contado alguna vez entre los poetas á Barclayo, ni al autor del *Theagenes* y otros semejantes? Sin embargo, si los ingleses y franceses quieren llamar *poema heroico* al *Telémaco* de Fenelón ó al *Ciro* de Ramsay, no disputaremos de voces. Ellos tienen razón, porque si en todos los otros idiomas es dura la servidumbre del consonante, lo es muchísimo más en estas dos lenguas, á causa de que es en ellas mucho más frecuente y más invariable la rima, porque en su verso heroico cada dos pies van atados con un mismo consonante, que es cosa enfadosísima.

Por otra parte, aunque el italiano y el español colocan poco, coloca menos el francés, y la colocación es infinito lo que ayuda á suavizar la necesidad de la medida ó de la rima. La lengua francesa y la inglesa, digan sus autores lo que dijeren, no es tan abundante y tan copiosa como la española y la italiana, de que podemos dar pruebas palmares: abundan mucho en monosílabos, ó porque lo son en realidad, ó porque se pronuncian como tales casi todos los

1 *Art. Poét.*, v. 78.

disílabos. Añádese, en el francés, la infinita repetición y frecuencia de artículos, que incomoda mucho á la cadencia y á la facilidad de la cesura. Todo esto hacía, como confiesa el mejor de sus poetas heroicos, por no decir el único, en el prólogo de la *Henriada*, que en la Francia se creía imposible arribar á la perfección del poema heroico, por las dificultades de la lengua. Hágase también la observación, que no teniendo la lengua francesa esdrújulos, sino que en todas las palabras la penúltima es larga, y siendo su verso heroico de doce sílabas, su medida y su cadencia es la misma que la de aquel senario que los griegos y latinos llamaron *escazonte*. Este es verso claudicante y poco armonioso. De este se ven algunos retazos en los antiguos españoles como en Lofrasso, Boscán y Juan de Mena, pero los españoles supieron enmendar este defecto tomando para heroico el verso endecasílabo y la octava rima, que es de una mezcla numerosísima. Esto mismo se debe entender de la lengua inglesa, mucho menos armoniosa y más pobre que la francesa, como también más irregular y más anómala. No es mucho, pues, si por tantas dificultades, desesperados unos y otros de tener poemas épicos en su unítono y desagradable verso, han pretendido tenerlos en prosa. La Italia y la España no tienen por qué desesperar teniendo lengua más rica y rima más varia, más libre y más numerosa. Sólo podríamos mejorar, ó introduciendo en el poema heroico la medida y número del exámetro latino que, como arriba dijimos, en nuestro idioma sería mucho más fácil que en algún otro; ó cuando esto no pareciese conveniente, escribiendo la epopeya en este género de rima libre en que ahora escribo, que fué el verso que tomó para sus *Soledades* y sus *Canciones* D. Luis de Góngora. Este verso tiene toda la belleza del consonante y del número, con una variedad que es al lector menos fastidiosa, y deja en mucha libertad al escritor para tomar ó dejar el consonante y el endecasílabo cuando le parece. Ve aquí la proposición de la *Ilíada* de Homero, que me he tentado á proseguir muchas veces;

Canta, oh Diosa, del hijo de Peleo
La cólera orgullosa
Que á los Griegos atrajo tantos males,
Que de hijos de los Dioses inmortales
Tanta alma generosa
Mandó á los tristes reinos del Leteo,
Y de sus cuerpos los despojos graves
Presa á las fieras dió, pasto á las aves.
De Júpiter en tanto se cumplía
El fatal mandamiento,
Mientras cebada en ánimas no viles,
Separó la Discordia
Al noble Agamenón y al fiero Aquiles.

10 Pudiéramos citar infinitos, tanto de los latinos como de los españoles, italianos y franceses. Lucano y Claudiano están llenos de semejantes desvaríos. No hablo de Góngora, de Monroy, del portugués D. Francisco Manuel, de Montalván, de Candamo, que pusieron toda la hermosura de su estilo en un intolerable galimatías, como dicen los franceses, de palabras amontonadas sin juicio:

Sús que penetra piro diente eburno
El múrico diseña.

Ride, si sapis. ¿Qué diré de aquello:

Tonante Monseñor ¿de cuándo acá
Fulminas jovenetos?[1]

Butrón dijo de un signo celeste:

Que á sílabas de luz truena impaciente
Signo indomable entre cadenas de oro.[2]

¿Qué quiere decir este embolismo de grandes voces? No es menor aquel

Perdone el sol, que no es el sol más bello
Cuando los ampos de las cumbres dora,
Dejando en una peña y otra peña
Desmelenar la mal peinada greña
Que á media luz le destrenzó la aurora.[3]

Verdaderamente se puede dudar, dice Luzán, cuál esta-

1 GÓNGORA, Son. CLXVI, ed. Rivad. tom. XXXII, pág. 446.
2 *Harmónica Vida de Sta. Teresa de Jesús*, dedicatoria.
3 CALDERÓN, *Agradecer y no amar*, jorn. I, esc. IV.

ba más desgreñada, si la melena de Apolo ó la fantasía de Calderón cuando prorrumpió en semejantes despropósitos. *Ut pictura poesis erit*, dijo Horacio. La poesía ha de ser como la pintura, que tanto es más hermosa cuanto es más claro, y más parecido al natural lo que se pinta. La verdadera naturaleza del sublime no está en que sea difícil de entenderse lo que se dice, sino en lo contrario, esto es, en que se digan cosas tan naturales, tan justas y sencillas, *ut sibi quivis speret idem*, esto es, que á cada uno parezca que él hubiera dicho lo mismo, y que no podía decirse bien de otra suerte; pero que si se pone á ello, jamás lo hubiera dicho de aquella manera

Ut sibi quivis
Speret idem, sudet multum, frustraque laboret
Ausus idem.[1]

¿A quién no le parece que traduciendo el verso de Virgilio

Dulces exuviæ, dum fata Deusque sinebant,[2]

hubiera dicho así:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

Sin embargo, sólo á Garcilaso se le ofreció decirlo de esta manera, que después de leida en él, á cualquiera le parece que se le hubiera ofrecido: tanto es sencilla y natural la idea.

11 No sé por qué Mr. Boileau condena en este punto á la Italia. La enemiga de los franceses con los italianos, y su competencia en punto de letras humanas, le hizo sin duda prorrumpir en esta expresión no muy justa. Es verdad que como ninguna nación ha dado tantos poetas como la Italia, ninguna tiene tantos malos; pero cuando se habla de una nación en punto, v. g., de poesía, no se ha de tratar de todos los que tiene, sino de aquellos que del cuerpo de la nación están reconocidos y recibidos con aplauso. ¿Sería bueno que se juzgase de la poesía francesa por Cha-

1 *Art. Poét.*, v. 240-242.
2 *En.*, lib. IV, v. 651.

pelain, por Scudéri, por Saint-Amant, por Ronsard, por d'Assoucy, por Villon, por Perrault, y otros muchísimos de oscuro ó ningún nombre, dejando á Cornelio, á Racine, á Malherbe, á Molière, á Voltaire, á Boileau, que la Francia tiene por sus príncipes? ¿Por qué se ha de dar en cara á una nación de un vicio que generalmente condenan sus buenos autores? Fuera de que en los malos poetas de la Italia no es ciertamente el vicio dominante la jactancia, el orgullo y la soberbia de expresiones pomposas. Yo no soy italiano ni prefiero el Ariosto y el Tasso á Ercilla y á Camoens: después de todo conozco que en el orgullo y jactancia pecan más las otras naciones que la Italia: en la pompa de vanas metáforas y de dicción, los españoles: en la soberbia y orgullo de la sentencia, los ingleses y franceses.

12 Las largas y prolijas descripciones son el recurso de poetas pobres y de ingenios pueriles. El P. Ganducio, jesuita, formó dos tomos de descripciones, uno poéticas y otro oratorias, que como los *Gradus ad Parnassum*, *Polyantheas* y *Diccionarios* no sirven más que de comederos de pedantes. Ovidio, que se tiene con razón por el poeta de los niños, como Virgilio de los varones y Horacio de los viejos; Ovidio, digo, está lleno de semejantes descripciones. En Homero y Virgilio no se encuentran descripciones que pasen de cuatro ó seis versos, sino la del carro de Juno en el quinto de la *Ilíada*, y la de la Fama en el cuarto de la *Eneida;* y aun con ser de Homero y de Virgilio no se sostienen, y causan no sé qué fastidio á los lectores. El ejemplar de la descripción prolija de un palacio, que aquí reprende Mr. Boileau, está tomada del *Alarico*, poema heroico de Mr. Scudéri. ¿Qué dijera si hubiera leido en la *Vida de Santa Rosa*, del Conde de la Granja, medio casi el libro octavo empleado en la descripción de la mañana, donde no se escaparon á su pluma, no digo las aves y las fieras, pero ni aun los conejos, las sierpes y los perros? ¿Qué dijera si en la *Vida de Santa Clara*, que se atribuye á la Madre Sor Mariana Sallent..... pero quién, tratando de poesía, hizo aprecio de mujeres en asuntos heroicos? Prosigamos.

13 Es lo mismo que enseñó Horacio:

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.[1]

Brevis esse laboro,
Obscurus fio: sectantem lævia nervi
Deficiunt animique: professus grandia turget:
Serpit humi tutus nimium timidusque procellæ.[2]

14 Esta uniformidad de estilo, es la que hace, entre otras cosas, tan cansados á Lucano, á Claudiano, á Papinio Stacio y Alejandro Donato en su *Constantino*, poema en todo lo demás bien imaginado y arreglado á las leyes de la epopeya. Homero y Virgilio, y aun más este segundo, son los dos grandes maestros en el arte de variar continuamente el estilo y el verso. Por eso mil veces leidos nunca enfadan. En la posteridad son más apreciados los que más han sabido imitarlos, como las *Hesperides* de Pontano, la *Siphilis* de Frascatorio, la *Christiada* y demás composiciones de Jerónimo Vida, obispo de Alba, y sobre todo el poema de Jacobo Sanazzaro, en cuanto á la versificación lo más bello y delicioso que se ha escrito después del siglo de Augusto.

15 Es lo que dijo Horacio:

et citharoedus
Ridetur, chorda qui semper oberrat eadem.[3]

16 Este precepto es importantísimo. Nada choca más en el verso, que la bajeza de la expresión ó del estilo. En el género de poesía más sublime, que es la epopeya, se ven los poetas obligados muchas veces á introducir ó conversaciones familiares ó narraciones de cosas bajas y sencillas. El grande arte está en decir las cosas bajas sin bajeza, y con limpieza y decoro las no muy limpias. El sucio vestido de Caronte, la inmundicia de las Harpías, con qué nitidez está en Virgilio:

Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.[4]
—Virginei volucrum voltus, fœdissima ventris
Proluvies, uncæque manus et pallida semper
Ora fame.[5]

1 *Art. Poét.*, v. 31.
2 *Ibid.*, v. 25–28.
3 *Art. Poét.*, v. 355, 356.
4 *En.*, lib. VI, v. 301.
5 *Ibid.*, lib. III, v. 216–18.

Es menester advertir que para juzgar de la bajeza ó nobleza de una palabra ó de una expresión, conviene entrar en el espíritu del idioma y de la nación en que se habla. La palabra *recular* es bajísima en nuestra lengua, y nadie podría usarla sin incurrir en la nota de grosero, no digo en un poema heroico, pero aun en una conversación familiar de personas decorosas. En la Francia no lo es. Sus autores la usan francamente en las arengas más pulidas, á la presencia de los reyes. Racine, en su *Hipólito*, dijo:

Le flot qui l'apporta recule épouvanté,[1]

y condenándole esta locución por hinchada y soberbia, ninguno la ha tachado hasta ahora de baja y soez. La descripción que hace Homero de la fealdad de Thersites le pareció baja á Jerónimo Vida. La leyó, sin duda, en alguna literal traducción, porque poco entendió del griego, y no penetró la energía de las expresiones originales y el genio de la lengua. Yo no sé qué bajeza haya en esta imagen:

....Oblongum monstro caput, et cava circum
Tempora canities inculta, at cætera calvus,
Pes brevior lævus, magnos curvatur in arcus
Crus geminum, geminoque tument in pectora gibbo,
Contractique humeri in dorsum.[2]

Esto mismo se ha de decir de las comparaciones homéricas tomadas del asno ó de las moscas, que también reprende este autor en su *Poética*, y que atendiendo al genio de la nación, del idioma y del siglo, nada tienen de reprensibles. La comparación tomada de las hormigas no la usará ningún poeta heroico francés, italiano ó español en su idioma, como tampoco la usó en el suyo ningún griego. Para nosotros tiene no sé qué bajeza, y sin embargo no la reprobamos, antes la admiramos en Virgilio y en los otros latinos que de él la han tomado.

17 El burlesco, aunque ayude mucho genio, es difícil que se sostenga en una obra larga ó en un libro entero. Este vicio reinó mucho á fines del siglo pasado y principios de

1 *Phèdre*, act. V, sc. VI.
2 Trad. de la *Ilíada*, por el mismo P. Alegre, lib. II, v. 184-187.

este en Francia y en España. Quevedo le dió un gran vuelo, y después su imitador Torres. Hasta el púlpito llegó la corrupción, y se ve en Garau, S. Andrés y otros oradores pedantes, mil producciones de esta naturaleza, de que pudiéramos llenar tomos enteros.

18 Tabarin era un famoso vendedor de orvietano, que atraía los aldeanos con farsas indecentes.

19 Gerardo Lobo fué un soldado en tiempo de Felipe V, cuyo libro está lleno de cuantas boberías y agudezas triviales son imaginables. Sin embargo, siendo yo niño tenía, y tiene aún su aplauso entre los versificadores pedantes. Ve aquí algunas coplas suyas para que formes, si no lo has leido, alguna idea del buen gusto de sus plausores. Describiendo un templo, dice:

De almagre tiene un calvario,
Y allá en el propiciatorio
Dos almas del purgatorio
Se columpian de un rosario....
Cuando empieza una cuadrilla
De muchachuelos pelones,
A darse de mojicones
Por tocar la campanilla.[1]

Un romance ó epístola tiene todo de este bello gusto:

Como tengo, amigo, amago
De enviar esta llana, llena,
Previniendo tanta tinta
Puse al candil mucha mecha.[2]

Tiene también su rasgo heroico ó descripción en octava rima, del ataque de Lérida; pero su gusto en lo heroico es lo mismo que en lo burlesco.

20 D'Assoucy es un poeta francés que hizo una metafrasis burlesca de las *Metamorfosis* de Ovidio. A semejanza de éste tienen los italianos una metafrasis burlesca de la *Jerusalén* del Tasso, en lenguaje y verso bergamasco.

21 Alude á la *Gigantomaquia*, poema burlesco de un ma-

1 Ed. Rivad., tom. LXI, pág. 43.
2 Ed. 1769, tom. I, pág. 209.

lísimo gusto, compuesto por Mr. Scarron, en que *Typhon* hace uno de los principales personajes.

22 Marot es un poeta burlesco y lírico, de quien varias veces habla con aprecio Mr. Boileau.

23 Jacinto Polo es de lo más pulido é ingenioso que España tiene en lo burlesco. Se me pasaba decir que en este género tienen la Italia y la Francia dos poemas burlesco-heroicos, dignos de aprecio. El *Lutrin* ó el *Facistol*, compuesto por Mr. Boileau, y la *Secchia rapita* de Alejandro Tassoni, obras bastantemente ingeniosas y preñadas de finísima sátira. Nombro estos dos, porque no se hace la mayor estimación del *Bertholdino*, compuesto en boloñés, ni del *Bouts-rimés* de Sarrasin, obra francesa. La *Batrachomyomachia*, ó guerra de ranas y ratones, que escribió Homero, parece ser lo más antiguo en este género de escritos. Guido Vannini, poeta luqués, la tradujo y la añadió en verso latino, y de ella continuada formó también un poema alegórico alusivo á las guerras de su tiempo el P. Balde, y se halla en el Parnaso de los poetas jesuitas.

24 Se alude á Mr. Brébeuf, que tradujo á verso francés la *Farsalia* de Lucano con un estilo más corrompido aún que el del original. Suyo es el verso que aquí se cita, y dice:

Des morts et des mourants cent montagnes plaintives.

En español tenemos también la *Farsalia* traducida en octava rima por Jáuregui. No sé si es el mismo que tradujo bellísimamente la *Aminta* del Torquato. Si lo es, fué lástima que no empleara siempre su talento de traducir en igualmente bellos originales.

24 El número y cadencia en la poesía es como el vestido en el hombre. La mayor hermosura y gentileza se pierde bajo un andrajo asqueroso: así la sentencia más grave ó la expresión más fina desparece en un verso áspero, mal sonante, duro y escabroso. Ennio dijo cosas muy buenas, Lucilio, Pacuvio y otros de los antiguos, que nadie se atrevería á decir ó citar ahora con sus versos, por no causar fastidio á los lectores. Juvenal no competía ciertamente en el genio, erudición y crítica con Horacio. Sin embargo,

las *Sátiras* de Juvenal son mucho más leidas y estimadas que las de Horacio, no por otra cosa que por lo blando, fluido y numeroso del verso.

26 Este es el arte y oficio de la cesura, que tanto en los versos vulgares como en los griegos y latinos debe observarse. Virgilio es, como en todo lo demás, el gran maestro de variar la cesura, y de quebrar de diferentes maneras el verso.

27 El verso que aquí se reprende llamaron los latinos *hiulco*, porque para recitarlo es menester abrir mucho la boca. Este vicio es muy ordinario en Camoens, no por culpa del autor, sino por defecto de la lengua portuguesa, en que es muy frecuente el concurso de vocales, principalmente á causa de que los artículos, tan indispensables en aquel idioma, y aun más que en el francés y el español, comienzan con vocales.

28 El unítono proviene de cortarse el verso á los mismos pies, y con un mismo género de cesura. Cansa el oído por la repetición de un mismo tono. Esto se ve principalmente en Lucano, Claudiano y Stacio.

29 La cacofonía, que en español llamaríamos malsonancia, la hace especialmente un concurso de sílabas semejantes. Tal vez los grandes poetas la usan de propósito para remedar con las palabras el sonido de lo que quieren decir. Así Virgilio en el IV de las *Geórgicas*

....et vox
Auditur fractos sonitus imitata tubarum.[1]

En este verso se cuentan seis sílabas semejantes: *tur, tos, tus, ta, ta, tu;* pero esta que parece cacofonía remeda maravillosamente los semejantes quiebros de la voz en el clarín. ¿Qué diré de aquello

Ergo ægre rastris terram rimantur....[2]

en que la misma cacofonía imita el ingrato rechinar de la reja? Este gusto y delicadeza de expresión no se busque

1 V. 71.
2 *Georg.* III, v. 534.

sino en Virgilio, particularmente en las *Geórgicas*, que parecen dictadas por las Gracias mismas.

30 No quiero decir que estos autores fuesen los inventores de la rima. Esto es difícil de averiguar, y sobre ello han escrito mucho los italianos y los franceses. Santo Tomás compuso algunas rimas latinas, como el *Lauda Sion Salvatorem* y el *Pange lingua*. De S. Buenaventura es el responsorio de S. Antonio *Si quæris miracula*, que es una especie de rima. De las rimas latinas quizá tomaron su origen las vulgares. Las tres propuestas fueron ciertamente de los más antiguos que comenzaron á sujetar á ciertas leyes y especies de versos la poesía vulgar.

31 La redondilla, de que aquí se afirma fué inventor M. Marot, es una especie de cuarteta con dos consonantes, de los cuales uno ata los dos extremos y el otro los dos medios. No disputaremos sobre la invención de este verso, que ciertamente es cómodo y de bellísima cadencia. Los españoles lo han usado y cultivado aun más que los franceses, que se dicen sus inventores. Lo usamos de siete ú ocho sílabas, que es un poco más serio. Ve aquí en siete un buen ejemplar de Góngora:

Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?[1]

El siguiente ejemplar, de ocho sílabas, es, si no me engaño, de D. Luis Zapata:

Que eres hermosa, ni apruebo,
Ni es bien que tú me lo digas:
Si es mentira ¿qué me obligas?
Y si es verdad ¿qué te debo?

32 Ronsard es un poeta francés, autor, entre otras cosas, de unos idilios bárbaros, de que se habla después.

33 Este mismo vicio de Ronsard ocupó algún tiempo la España, por lo cual de los poetas anteriores á su edad dijo Cervantes en una de sus cartas:

1 Ed. Rivad., tom. XXXII, pág. 491, col. 1.

De esta manera andaba la Poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Éste latín, aquél algarabía.[1]

34 Francisco Malherbe es ciertamente el reformador de la poesía francesa, y á quien se debe todo el gusto que después se ha visto en aquella nación. Tiene odes muy sublimes y sonetos muy bien trabajados, de que quizá te daré un ejemplar en otra parte.

35 Lope de Vega es un poeta español, autor de innumerables comedias, de la *Dorotea*, del *Laurel de Apolo* y otras muchas obras. Sus comedias no son ciertamente lo mejor de sus escritos, como diremos en otra parte. En lo lírico tiene cosas excelentes. El *Laurel de Apolo*, escrito en este verso libre, contiene una juiciosísima crítica de todos los poetas españoles que tenían algun nombre hasta entonces. Conoció perfectamente el arte de la poesía; pero no siempre tuvo la docilidad y la paciencia de sujetarse á las reglas.

36 Ercilla, D. Alonso, compuso un poema heroico de la guerra de los españoles contra los araucanos, pueblos de la América Meridional, de que se tratará en lugar más oportuno.

37 De Garcilaso de la Vega hemos ya hablado antes y diremos después.

38 La *Eneida* de Virgilio tenemos traducida con bastante propiedad y energía á verso suelto endecasílabo, por Gregorio de Velasco, y las *Églogas*, parte por este mismo autor, parte por Fr. Luis de León, religioso agustiniano, y parte por Cristóbal de Mesa. Este mismo autor tradujo la *Ilíada* de Homero, y no sé si la *Odisea*. Al contrario, sé de Gonzalo Pérez que tradujo la *Odisea*, y no sé si la *Ilíada*. De las *Odes* de Horacio tradujo algunas más selectas Fr. Luis de León, hombre de gusto exquisito y de profunda literatura, profana y sagrada. La *Arte Poética* la tradujo, como dije en otra parte, Vicente Espinel. En prosa tenemos también la *Eneida* de Virgilio y las *Epístolas* de Ovidio por Suárez de Figueroa, una y otra obra muy cansada, como es

1 *Viaje al Parnaso*, cap. III.

preciso que lo sea toda traducción literal de cualquiera poeta hecha para instruir la juventud. Este es un lugar en que yo querría detenerme mucho, y entrar en una disputa muy particularizada con los franceses y los ingleses, que se tienen por los únicos conocedores y apreciadores del mérito de la antigüedad, y desprecian la nación española como ignorante y bárbara en punto de bellas letras. Pregunto: estas traducciones tan frecuentes y tan antiguas en España, de los príncipes de la poesía griega y latina ¿no prueban que eran los buenos autores apreciados y conocidos en España? ¿Han tenido los franceses ó los ingleses á Homero, á Virgilio, á Horacio, á Livio en su lengua antes que España? ¿Los han tenido en verso hasta ahora que á Homero lo tradujo en Inglaterra Alejandro Pope? ¿Tienen un poema épico de estimación más antiguo que la *Austriada* de Rufo, que el *Monserrate* de Virués, que los *Lusiadas* de Camoens, que la *Araucana* de Ercilla? ¿Hay entre ellos, en lo bucólico, cosa mejor que Garcilaso, en lo burlesco que D. Francisco de Quevedo? Déme la Francia, no digo ya la Inglaterra, cosa más pulida en latinidad por aquellos tiempos, que Antonio de Nebrija, que Moret, que Luis Vives, que Francisco Sánchez ó Francisco Medina: hombre de más extensión en las letras humanas que Luis de la Cerda; historiador más completo, más ameno y más formado sobre el plan de la antigüedad que Juan Mariana, que el dicho Nebrija en la historia de D. Fernando y Dª Isabel, ó que Orozco en la que escribió del rey D. Manuel de Portugal. *Unde ergo, unde hæc sartago loquendi?*[1] ¿De dónde le viene á la Francia y á la Inglaterra, mucho menos culta que la Francia, este orgullo y soberbia con que se mofan de la España, sin haber leido sus autores ni tener más noticias de ellos que sus vagos y superficiales Diccionarios? En los siglos inmediatos al de Augusto ¿se hizo jamás distinguir algún autor inglés ó francés en la poesía ó letras humanas, como los Sénecas, los Lucanos, y los Floros, y los Prudencios? Pero dejemos esto, que, como digo,

1 PERS., I, v. 79.

necesitaba tomarlo muy á la larga, y con otra provisión de libros que la que aquí me acompaña.

39 Discurren algunos que el ser poeta consiste en decir las cosas de un modo que no se entiendan. Si esto fuera así, Homero y Virgilio serían los poetas más infelices del mundo. El entusiasmo poético no es trastorno, sino elevación de la fantasía. Imaginarse á Roma como á un ciprés que se levanta y sobresale entre los demás arbolillos y matorrales del campo, es imaginársela de un modo acomodado á ideas pastoriles. Concebirla con nobleza y con entusiasmo, es figurársela como la diosa Cibeles.

....centum complexa nepotes
Omnis cœlicolas, omnis supera alta tenentis.[1]

Una y otra es idea clara, una y otra bella y expresada con igual felicidad de voces.

40 Es lo que dijo Horacio:

Verbaque provisam rem non invita sequentur.[2]

41 Góngora comenzó la *Galatea* con esta bellísima imagen:

Donde espumoso el mar Siciliano;

pero toda esta hermosura la borró con la siguiente expresión

El pie argenta de plata al Lilibeo,

en que cometió al mismo tiempo un grosero barbarismo, porque *argentar* ni ha sido ni será jamás voz castellana,[3] y un pleonasmo feísimo, porque *argentar* con plata es lo mismo que platear con plata y dorar con oro. Esto es lo que se llama pomposo barbarismo. Entre él y el solecismo hay esta diferencia: que el solecismo, particularmente cuando es por impropia ó trastrocada construcción, tal vez lo santifica y excusa la licencia ó la necesidad poética. Góngora,

1 VIRG., *En.*, lib. VI, v. 787, 788.

2 *Art. Poét.*, v. 311.

3 Se encuentra ya en el Diccionario *de Autoridades*.—V. la nota que puso á este pasaje de Góngora el Sr. D. Adolfo de Castro, en el tomo XXXII de la *Biblioteca* de Rivadeneira, pág. 459.

por decir: su frente es émula hermosa de la perla Erythrea, dijo así:

De su frente la perla es Erythrea
Émula vana.[1]

Esta construcción y esta colocación desusada, pasa por licencia; pero esta licencia jamás excusa un barbarismo.

42 Los versificadores y poetas extemporáneos, que los italianos llaman *improvvisatori*, podrán hacer tal vez buenas coplas; pero jamás de repente y *stans pede in uno* saldrá una cosa que admire á la posteridad. Prometer versos á la elección ajena y para tiempo determinado, es prometer lo que no está en mano del poeta. Aun en los asuntos de propia elección, y muy digeridos ¿cuántas veces se pasan los días y las semanas sin poder dar una plumada? Virgilio, Sannazzaro, Vida, Camoens, el Tasso, emplearon muchos años en pulir sus escritos. A este propósito viene muy al asunto el consejo del citado Jerónimo Vida, en su *Poética:*

Nunquam jussa canas.[2]

El que pide ó manda á otro para tal asunto y tal tiempo alguna composición poética, en mi juicio no sabe lo que es poesía. Otra cosa es cuando por encargo de algún príncipe se emprende un poema en que la materia, episodios y acontecimientos queda á discreción y arbitrio del autor.

43 Este es el *festina lente* de los antiguos en todo género de asuntos.

44 Es lo que dijo Horacio:

....carmen reprehendite, quod non
Multa dies et multa litura coercuit, atque
Præsectum decies non castigavit ad unguem.[3]

Y más adelante

....Si quid tamen olim
Scripseris, in Metii decendat judicis aures,
Et patris, et nostras; nonumque prematur in annum.[4]

1 *Galatea*, ed. Rivad., tom. XXXII, pág. 460.
2 Lib. I, v. 52.
3 *Art. Poét.*, v. 292-294.
4 *Ibid.*, v. 386-388.

45 Los ingenios ó amenos ó floridos ó vehementes y fogosos, que son los más aptos para la poesía, necesitan más de freno que de espuela; más de borrar que de añadir en sus composiciones.

46 .... Sit quodvis simplex dumtaxat et unum.[1]

Este precepto, aunque es universal en todo género de escritos, y mucho más en las obras poéticas; pero singularmente en las dramáticas, como la tragedia, la comedia y epopeya, de que después se trata en particular.

47 Es traducción del bello pasaje de Horacio en su Arte:

Nolito ad versus tibi factos ducere plenum
Lætitiæ: clamabit enim: «pulchre, bene, recte;»
Pallescet super his; etiam stillabit amicis
Ex oculis rorem; saliet, tundet pede terram.[2]

48 El mismo Horacio

Ut qui conducti plorant in funere, dicunt
Et faciunt prope plura dolentibus ex animo: sic
Derisor vero plus laudatore movetur.[3]

49 Es traducción de aquel lugar de Horacio, en el lugar citado:

Vir bonus et prudens versus reprehendet inertes
Culpabit duros, incomptis allinet atrum
Transverso calamo signum: ambitiosa recidet
Ornamenta; parum claris lucem dare coget:
Arguet ambigue dictum; mutanda notabit
Fiet Aristarchus.[4]

1 *Art. Poét.*, v. 23.
2 *Ibid.*, v. 427–430.
3 *Ibid.*, v. 431–433.
4 *Ibid.*, v. 445–450.

CANTO II.

Como un día festivo
La pastorcilla hermosa
Del prado y la campiña
Fácilmente se aliña,
Y sin mezclar el oro á los rubíes
Del rubio pelo á la madeja undosa,
Ata el clavel con blancos alhelíes,
La Égloga[1] con estilo humilde y suave,
Agradable y nativo,
Huye el fasto suntuoso
Y el orgullo ambicioso
De la noble dicción, del verso grave.
Su dulzura arrebata, brilla, encanta;
Ni con sonantes voces los oídos
Amedrenta y espanta.
Mas tal vez un poeta contrahecho
Arroja de despecho
La flauta y la zampoña,
Y con Musa indiscreta
Entre el ganado entona la trompeta.
De miedo Pan, dejando las campañas,
Entre juncos se oculta y espadañas,
Y aturdidas las ninfas zahareñas,
A las fuentes se acogen y á las breñas.
Otro, siguiendo muy contraria idea,
Hace hablar sus pastores
El grosero lenguaje de la aldea.

Su verso inculto, bajo y negligente
Por la tierra se arrastra tristemente.
En sus rústicos pífanos dirías
Que tornaba Ronsard en nuestros días
A rebuznar sus góticos idilios,
Y á mudar, con vergüenza de Amarilis,
En Pierrot y en Toinon, Títiro y Filis.
Entre estos dos extremos el sendero
Difícil hallarás siguiendo el paso
De Teócrito,[2] Virgilio y Garcilaso.
Sus idilios amables, delicados,
Por las Gracias dictados,
Revolved noche y día.
Os mostrará tan acertada guía
Por qué arte y qué camino
Puede una dulce Musa sin bajeza
O revestir[3] á Dafne de corteza,
O mudar á Narciso en flor hermosa;
Cantar castos amores,
O animar al certamen dos pastores;
Pintar á Flora hermosa, y á Pomona,
Las fuentes, las dehesas y los prados,
La sombra y los ganados;
Y también con qué maña
Se hace[4] digna de un cónsul la campaña:
Tal de la Égloga es la fuerza y gracia.
Poco más alto el tono,[5] sin audacia,
La quejosa Elegía,
Esparcido el cabello,
Pálido y traspillado el rostro bello,
Se lamenta sobre una losa fría.

Pinta de amor el gozo y la tristeza;
Acaricia, amenaza, lisonjea;
Enoja y desenoja una belleza.
Mas tan tiernos caprichos delicados
A expresarlos no basta el genio solo,
Y sin punta de amor es yerto Apolo.
No quiero autores vanos
Cuya Musa forzada
De sus llamas me parla siempre helada.
Tristes[6] por arte, y en su juicio locos,
Que muriéndose siempre bien comidos,
Se quejan de los cielos inhumanos,
Como amantes transidos.
Todos tormentos son, todas son penas,
Frenesíes, delirios;
Cárganse y besan siempre sus cadenas,
Adoran sus prisiones,
Bendicen sus martirios,
La razón y el sentido se querellan,
Los gemidos, las voces se atropellan.
No así el amor dictaba
Los versos que Tibulo suspiraba;
Ni fueron tan cansadas las lecciones
Que animando de Ovidio las canciones
En su arte le inspiraba y sugería.
Sólo hable el corazón en la Elegía.
Con igual energía y mayor pompa,
La Ode numerosa,[7]
Levantando con ala vagorosa
Su ambicioso vuelo,
Mantiene su consorcio con el cielo.

Ya á los atletas abre la barrera[8]
A las floridas márgenes de Alfeo,
Y envuelto pinta en glorioso polvo
A un vencedor al fin de la carrera.
Ya al hijo de Peleo
Lleva[9] orgulloso y fiero
Del Simois y del Xantho á las riberas.
Ya hace al flamenco Scald[10] doblar rendido
La cerviz altanera
Del Segundo Felipe al suave yugo.
Tal vez como una abeja diligente
De las flores chupando el dulce jugo,
Las campañas despoja,
De flor en flor saltando, y de hoja en hoja:
Canta el festín, la danza y la botella;
Ó la gloria de un ósculo cogido
De los purpúreos labios de Iris bella,
Que al tiempo de cogello
La blanca mano opone y tuerce el cuello,
Negando entre burlesca y vergonzosa
Lo mismo que codicia,
Porque se le hurte con mayor delicia.[11] *
Tal vez su estilo arrebatado párte
Al parecer sin orden ni concierto,
Y un estudiado hermoso desacierto
Es efecto del arte.
Lejos de tan sublime poesía
Aquel cobarde genio escrupuloso[12]

* Lo que va de *cursiva* está borrado en el original. En su lugar se lee:

Canta el festín la danza y la botella
Y los ojos y labios de Iris bella.

Que el lento paso fija cauteloso,
Atado siempre á la Cronología
Y exacto cual Mariana ó Mézerai,[13]
No toma á Dola sin rendir á Lila,
O sin batir los muros de Courtrai.
Para los tales fué siempre el Parnaso
De sus delicias y su sombra escaso.
  Dicen que Apolo un día[14]
Con industria y con maña,
De los genios de Francia, Italia, España,
Quiso probar el arte y valentía.
La dura ley forjó de los Sonetos,
Que en pies catorce,[15] pocos consonantes,
Forman cuartetos dos, y dos tercetos.
Toda desterró de él pueril flaqueza,
Toda locución dura,
Insulsa, impropia, oscura,
Toda repetición, toda bajeza.
Lo enriqueció de una beldad extrema,
Ajustando su número y cadencia.
Un soneto cabal vale un poema.
En vano mil autores se han cansado:
De Góngora,[16] Gombault, Camoens, el Tasso,
Maynard y Mallevil,
Dos ó tres entre mil
Apenas pueden leerse, y me propaso.
La demás chusma sin aprecio y cuenta,
Con Candamo y con Barrios sirven sólo[17]
Para envolver el clavo y la pimienta.
A la exposición noble y sostenida
De un brillante y sencillo pensamiento

Es siempre larga ó corta la medida.
  Epigrama se dice un bello dicho
En versos explicado,
Agudo ó sentencioso,
Bien serio ó bien jocoso.
En el siglo pasado
De equívocos pueriles el capricho
Nacido más allá del Apenino [18]
Y de nuestros autores ignorado,
Corrompió el gusto fino
De la griega y latina poesía.
  Al aplauso y grosera vocería
Del público ignorante
Todo poeta vil, todo pedante
Cantaba y escribía impunemente.
Ni el Madrigal suave,
Ni fué el Soneto ya pomposo y grave.
La Tragedia doliente,
La llorosa Elegía,
Sin punta ó agudeza
Su espanto no explicaba ó su tristeza.[19]
Los galanes, los héroes, los caudillos,
Y aun los pastores rudos y sencillos,
Se vieron á la argucia más atentos
Que á los nobles ó dulces sentimientos
De amor ó del Estado.
Todo era mal hablado,
Insulso, impertinente,
Si cada voz con viso diferente
Dos sentidos no hacía.
Con puntas erizaba

Su estilo[20] el Abogado
Mientras el triste reo padecía;
Y sin darla tormento á la Escritura[21]
Aun la verdad del Evangelio pura
Rara vez anunciaba
El orador sagrado.
Mas en fin, recobrados ya sus fueros,
La Razón ultrajada,
En los discursos graves y severos
Para siempre jamás les niega entrada;
Y como á gente sin honor ni fama,
En solo el Epigrama
Por gracia le concede tener parte,
Si viniendo al intento,[22]
No sólo de las voces el sonido,
Sino también equívoco el sentido
Hace con gracia y arte
Dando diversa luz al pensamiento.
Con tanto los desórdenes cesaron,
Bien que siempre quedaron
Poetillas de esquina y Turlupines,
Frívolos decidores, de las Musas
Finos cultores no, sino arlequines.
Mas tampoco por esto se condena,
Si tal vez fina y delicada vena
Con sentido diverso
De una palabra juega en prosa ó verso.
Hízolo el orador de mayor fama,[23]
Mas no por esto es bien que cada dicho
Aguce por la cola un epigrama.
Cada especie de verso ó cada pieza

Tenga su gusto y natural belleza:
La redondilla fácil y sencilla,[24]
El madrigal suave,
Traviesa la quintilla,[25]
La octava seria, numerosa y grave:[26]
La seguidilla y baile sea jocoso:[27]
La décima ingeniosa,[28]
La endecha tierna, dulce y amorosa,[29]
El terceto nativo y afectuoso.[30]
De mostrarse el deseo,
Y no de maldecir el fin perverso,
A la Verdad armó del agrio verso
De la Sátira esquiva y enojosa.
En ella floreció Lucilio el viejo,
El primero[31] que á Roma dominante
De sus maldades presentó el espejo.
Vengó de la riqueza altiva y fiera
A la humilde virtud franca y sincera,
Y desterrando la confusa noche
De necios pareceres
Distinguió con sus propios caracteres
Al hombre honrado á pie y al malo en coche.
Horacio le siguió más elegante,[32]
Más chistoso y picante.
En su tiempo ninguno fué malvado
Ni zote impunemente.
Pobre de todo necio y malcriado,
Ó pedante escritor ó juez perverso,
Avaro, libertino ó mal viviente
Cuyo nombre infeliz cupiese en verso.
Persio[33] cerrado, oscuro,

Más sentidos afecta que palabras
En su cortado verso amargo y duro.
Juvenal, en las aulas educado,[54]
Su hipérbole mordaz llevó al exceso.
Docto poeta, urbano, delicado,
Cuya dicción hermosa, cuyo verso
Fácil, pulido y terso,[55]
Con su hiel y la ajena,
La discreción y el seso
Mezcla la sal, el chiste y la dulzura;
Ó ya por un edicto soberano
De Capreas dimanado,
Haga correr la plebe amotinada
A quebrar de Seyano[56]
La estatua antes temida y venerada;
Ó bien por un tirano caviloso
A un consejo ridículo llamado,
Temblando vaya el pálido senado,
Esclavo vil y adulador grosero[57]
De afeminado príncipe orgulloso;
Ó bien con verso envenenado y fiero
Al extremo llevando
La liviandad latina
A los pajes de Roma y ganapanes
Por precio vil les vende á Mesalina.[58]
Lo serio ó lo jocoso
Todo en él es feliz, todo es hermoso.
De tan sabios maestros la elegancia
Siguió Regnier[59] en Francia,
Discípulo ingenioso
Que su estilo rancioso

Con nueva gracia adorna y nuevas sales.
Cuánto más feliz fuera
Si en sus versos temidos
De los castos oídos,
La asquerosa hediondez no se sintiera
De los sucios umbrales
Que el autor frecuentaba.
En un ya muerto idioma,
Como el de Atenas ó la antigua Roma
La deshonestidad no es tan nociva,
Ni tan abierta y clara,
Ni tan grosera y fea
Hace nacer la idea,
Como en la lengua usada y la nativa,
Que por tanto ha de ser más respetada.
Al urbano lector le desagrada
El discurso ó sentencia menos pura,
Si su torpeza y desnudez no tapa
Con vergonzosa capa
De las voces la gracia y la hermosura.
No quiero un escritor inconsecuente
Que imágenes lascivas me presente,
Y por la liviandad y la torpeza
Me quiera hacer amable la pureza.
Sátiras son más breves y sencillas
Las burlescas letrillas,[40]
Agradable indiscreto, á quien el canto
De boca en boca lleva y acrecienta,
Hijo del regocijo y la botella,
A quien la chanza urbana y oportuna,
El festín y la mesa dieron cuna.

Mas nunca pase á tanto
Que pique en impiedad, si de Dios mismo
Y de la Religión burlarse intenta.
Estas mofas que pare el Ateismo
Llevan su autor infame y detestable
Al último suplicio,
Ó á una triste prisión del Santo Oficio.
Nada quiere más arte y más consejo
Que un discreto gracejo.
Tal vez á un genio pobre inspiró el vino
Una copla ingeniosa:
Luego esta contingencia venturosa
Al hombre embriaga, le trastorna el tino
Y de autor de una breve canzoneta
Le hace arrogarse el timbre de poeta.
Jamás andará al lecho
Sin que un par de sonetos haya hecho.
Cada mañana en limpio seis borrones
Pondrá de sus insulsas producciones,
Y aun mucho no será en su poco juicio
Si empleando buriles y cinceles
Se hace grabar de la obra al frontispicio
Coronada la frente de laureles.

NOTAS AL CANTO SEGUNDO.

1 La Égloga, como la más sencilla, así es natural también que después de la Himnodia dirigida á Dios, fuese la primera especie de poesía que se cultivó en el mundo. La vida pastoril es la más natural, la más necesaria y la más antigua de las profesiones. Es al mismo tiempo la más descansada y más ociosa. Divertir la ociosidad con el canto es cosa muy natural al hombre. Un pastor sentado una gran parte del día á la sombra de un árbol, ó caminando á paso lento tras del ganado, es naturalmente convidado á cantar, y así se ve que los egipcios y los árcades, muy dados á la vida pastoril, son de los primeros pueblos que comenzaron á cultivar la poesía. Moisés y María su hermana, nacidos y educados en Egipto, son los autores de los dos más antiguos cánticos que se hallan. Este mismo origen de la Égloga nos conduce también á conocer su estilo y su carácter. De la fantasía y de los labios de unos pastores no podían nacer sino expresiones conformes á su profesión; amables, amenas, sencillas, sin el fausto de grandes expresiones ó de figuras atrevidas. Este carácter es muy difícil de sostener sin caer en alguno de dos extremos peligrosos. El uno, de hacer muy cultos á los pastores y galanes de corte, como los hace Fontenelle: el otro, de hacerlos muy toscos y groseros, como los hizo el citado Ronsard, de quien son los nombres de Pierrot, Catin, Toinon y otros, que en su misma tosquedad y rudeza manifiestan el buen gusto y carácter de su autor.

2 Teócrito es el más perfecto ejemplar en este género de poesía. Fuera de sus gracias naturales, le ayudó mucho el dialecto jónico para afectar una especie de rusticidad muy delicada y amable. Después de él, Virgilio *annuerunt gaudentes rure camœnæ.*[1] Algunas de sus églogas son puras tra-

1 Hor., *Sat.*, I. 10, v. 45.

ducciones de Teócrito. En otras toma la materia, y en las locuciones lo sigue lo más cerca que puede. Después de él son aplaudidos entre los antiguos Calpurnio y Nemesiano, mejor el segundo. De los modernos latinos tienen algunas églogas Jerónimo Vida, Joviano, Pontano, el carmelita Mantuano y Jacobo Sannazaro: este último es el más parecido á Virgilio. Se dice haber sido el primero que en lugar de pastores introdujo pescadores en los idilios. Esto algunos se lo reprenden como impropio y ajeno de esta especie de composiciones: otros se lo aplauden, entre ellos Ludovico Ariosto, diciendo:

Iacobo Sannazar ch' alle Camene
Lasciar fa i monti ed abitar l' arene.[1]

Esta loa ó vituperio está fundada en falso. Si hubieran leído á Teócrito hallarían en este poeta un idilio entre pescadores, y verían que no fué Sannazaro el primero que lo introdujo. Aunque lo fuese, no es cosa reprensible. El largo ocio en que están continuamente los pescadores, los convida, igualmente que á los pastores, al canto. El estilo y frasismo de una y otra gente es igualmente sencillo, y la vista del mar y las riberas los provee de ideas poco más ó menos tan amenas y tan amables como los ganados y las campiñas. En la poesía vulgar se ha escrito mucho en este género, particularmente en Italia. El *Pastor fido* de Juan Baptista Guarini, el *Aminta* de Torcuato Tasso, la *Arcadia* de Jacobo Sannazaro pertenecen á esta clase. El *Pastor fido* lo tenemos traducido á nuestro idioma por D. Cristóbal de Figueroa, y mejor aún el *Aminta* del Tasso por D. Juan de Jáuregui, como arriba he dicho. Entre los españoles podemos reducir á esta especie de poesía la *Diana* de Jorge Montemayor, la de Gil Polo, las *Soledades* de Góngora, y aun también su *Galatea*. En Antonio Lofrasso, poeta antiguo sardo, en Boscán y Juan de Mena se hallan algunas poesías pastoriles. Nada hay en este género tan pulido y tan cabal como el tantas veces aplaudido Garci-

1 *Orl. Fur.*, canto XLVI, oct. 17.

laso. Los franceses tienen, entre otros, á Racan y á Fontenelle; pero al uno le falta lima, y al otro le sobra.

3 Su misma profesión ofrece á los pastores la materia de su canto. Cercados siempre de cuanto tiene de más bello y más amable la naturaleza, en fuentes, bosques, prados, faldas de montes, orillas de rios, sombra, ganados, flores y cosas semejantes, era muy natural que estas fuesen así como la materia de sus conversaciones, así también la de sus versos. Cuantos son inclinados á la poesía sienten luego en las diversiones de la campaña renacer en sí no sé qué espíritu y ardor de poetizar. Por otra parte, es muy natural en la soledad prorrumpir en aquellos afectos de que está penetrado el corazón, y mucho más si se presenta á la vista el objeto que los ocasiona. Las gentes del campo, libres de aquellos cuidados que turban las ciudades y las cortes, no tienen pasión más vehemente que el amor, y algunas enviduelas pueriles. Tales son los asuntos de los idilios de Teócrito y de Virgilio, de quien están tomados los que aquí se proponen.

4 Es alusión al dicho de Virgilio:

Si canimus silvas, silvæ sint Consule dignæ.[1]

En efecto, las antiguas historias y la cuotidiana experiencia nos ofrecen mil ejemplares en que personas ó muy sabias ó muy elevadas por su dignidad y nacimiento, ya por reveses de la fortuna, ya por un desengaño filosófico, ya por divertimiento y condescendencia, hacen el papel de rústicos y de pastores. La Musa que tomase á su cargo describir semejantes lances, no pecaría en tomar el tono un poco más alto. La Clorinda del Tasso no debe hablar el mismo lenguaje que los demas pastores, siendo una dama de cualidad. David y Saul que ungidos reyes de Israel apacientan las ovejas y los bueyes, piden un estilo muy distinto de Coridón y Títiro. Carlos V, retirado del mundo, cultivaba un pequeño huerto en el monasterio de Yuste con aquellas mismas manos que habían regado tantos laureles en las campañas de Italia, de Francia, España y Ale-

1 Egl. IV, v. 3.

mania. Un hortelano tan ilustre bien podía meter la hoz sin reparo en las más delicadas materias de Estado, ó militares ó políticas. Lo mismo digo de aquellos ilustres romanos que del arado pasaron á gobernar los ejércitos, y del triunfo volvían contentos al arado; ó de aquellos Abdolóminos que del huerto pasaron al trono.

5 La Elegía conviene en parte con la Égloga, porque debe ser sencillo y familiar su estilo; pero el pensamiento y la sentencia pueden ser más sublimes y elevados. *Exiguos elegos* los llamó Horacio por la facilidad y simplicidad de la dicción. La materia que aquí le señalamos con Mr. Boileau es la misma que le señaló Horacio cuando dijo:

> Versibus impariter junctis querimonia primum,
> Post etiam inclusa est voti sententia compos.
> Quis tamen exiguos elegos emiseret auctor
> Grammatici certant, et adhuc sub judice lis est.[1]

El más famoso de los griegos es Calimaco, entre los latinos Tibulo, y después de él Ovidio y Propercio. Dirásme; ¿pues por qué en nuestras clases, dejando á Tibulo, se construía sólo á los estudiantes Ovidio? Dificultas bien; pero ve aquí la razón. No era porque Ovidio se creyese el príncipe de la Elegía, pues por Tibulo está Quintiliano y toda la antigüedad, sino porque los versos de Tibulo generalmente son de amores, que no convenía explicar á la juventud sin peligro de las costumbres. Ovidio, entre sus muchas elegías, tiene bastantes en los libros de los *Tristes*, del *Ponto* y de los *Fastos* en que sin riesgo alguno podía ejercitarse la juventud, y por otra parte su verso es más natural y más fácil que el de Tibulo. Las epístolas en verso, como quiera que son de locución familiar, se escriben muy bien en verso elegiaco. De los modernos, en verso elegiaco latino han escrito con aplauso Sannazaro, Vida, Pontano, Fascitello, y muchos otros, de quienes hallarás muy bellas elegías en los dos tomos intitulados *Delitiæ Poetarum Italorum.* Los jesuitas ensalzan con mucha razón á Sidronio Hoschio, á Jacobo Balde, á Becano, á Sautel, á Stephonio

1 *Art. Poét.*, v. 75-78.

y Carlos de Aquino, entre otros que puedes ver en los dos tomos intitulados *Parnassus Poetarum Societatis Jesu.* Si me preguntas qué especie de verso castellano corresponde al elegiaco latino, no lo sabré decir determinadamente. Asuntos fúnebres, amorosos y familiares hallo cantados por nuestros autores en endechas, en madrigales, en tercetos y décimas, en romance lírico, en romance heroico. Muchas epístolas hallarás en Lope de Vega, en Cervantes y otros de los más antiguos, en verso suelto endecasílabo ó en tercetos. Estos usó comunmente Garcilaso, y parece lo más propio. Ve aquí el comienzo de una antigua elegía muy bella:

Siéntome á las riberas de estos ríos
Donde estoy desterrado, y lloro tanto,
Que los hacen crecer los ojos míos.
Si alguna vez por consolarme canto,
Es cosa para mí de tanta pena,
Que tengo por mejor volverme al llanto.[1]

Bartolomé de Argensola y su hermano Leonardo son muy nombrados en este género de escritos. Del primero es aquella elegía que comienza:

Cuando me paro á contemplar mi estado,[2]

á quien dió el primer lugar entre las canciones españolas Miguel de Cervantes cuando dijo:

Cuando me paro á contemplar mi estado
Comienza la canción que Apolo pone
En el lugar más noble y levantado.[3]

Dávila escribió en décimas la Pasión de Nuestro Señor, que es asunto elegiaco. Esta obra por su longitud, que hace un tomo entero de folio, es muy cansada, y está llena de retruécanos pueriles y de agudezas vulgares.

6 Es lo mismo que reprendió también muy graciosamente el mismo autor en la sátira nona, diciendo:

1 Rivad., tom. 35, pág. 308.—Los versos son tomados del «Vergel de Divinas Flores» del Lic. Juan López de Úbeda, Alcalá, 1582.

2 Canc. I.

3 *Viaje al Parnaso*, cap. 7.

Faudra-t-il de sang-froid, et sans être amoureux,
Pour quelque Iris en l'air faire le langoureux;
Lui prodiguer les noms de Soleil et d'Aurore,
Et toujours bien mangeant, mourir par métaphore?

De estas metafísicas de amor están llenos los poetas de España, Italia y Portugal. Ni se quedan atrás los franceses. Basta leer por todos á Fontenelle.

7 En la Ode se comprende todo género de Poesía lírica, ó acomodada al canto de la lira, de donde tomó el nombre. Su estilo es mucho más sublime, elevado y pomposo que el de la Elegía. Ama el hipérbaton, las figuras atrevidas y locuciones alusivas y enfáticas. La materia general de la Poesía lírica señaló Horacio:

Musa dedit fidibus Divos, puerosque Deorum
Et juvenum curas, et libera vina referre.[1]

8 Alude á las famosas Odes con que Píndaro celebró los vencedores en los juegos Olímpicos.

9 Señala otra materia apta para la Ode, en la expedición de Aquiles y en su viaje á Troya.

10 Aquí, en lugar de las victorias de los franceses en la Flandes, se sustituye el famoso asedio y conquista de Amberes por Alejandro Farnesio, general de Felipe II.

11 *Este pensamiento lo tomó Mr. Boileau de la Ode XII del segundo libro de Horacio:*

Dum flagrantia detorquet ad oscula
Cervicem, aut facili sævitia negat
Quæ poscente magis gaudeat eripi,
Interdum rapere occupet?

Mr. Boileau traduce así:

Qui mollement résiste, et, par un doux caprice,
Quelquefois le refuse, afin qu'on le ravisse.

Si mi traducción á alguno le pareciese un poco licenciosa, le diré con el mismo Horacio:

Brachia, et vultum, teretesque suras
Integer laudo: fuge suspicari
Cujus octavum trepidavit ætas
Claudere lustrum.[2]

1 *Art. Poét.*, v. 83, 85.
2 *Od.*, lib. II, 4.—Lo que va de *cursiva* está borrado en el original.

Los griegos tuvieron en este género de poesía autores muy aventajados. Stesicoro, Alceo, Simónides, Safo, de quienes se conservan aún algunos retazos en el primer tomo de los dos intitulados *Chorus Poetarum Græcorum.* A todos estos excedió, con muchas ventajas, Píndaro, de quien dijo Horacio:

Pindarum quisquis studet æmulari
Iule, ceratis ope Dædalea
Nititur pennis, vitreo daturus
Nomina ponto.[1]

Los latinos en la antigüedad no tuvieron más que á Horacio, que sea digno de leerse. Él tradujo al idioma latino casi todos los metros griegos, y en todos hizo Odes de mucha gracia, entusiasmo y felicísimo atrevimiento. En los siglos posteriores al cristianismo florecieron muchos himnógrafos ó compositores de sagrados himnos, entre ellos Prudencio y S. Ambrosio, de quienes son la mayor parte de los que canta la Iglesia, más piadosos que elegantes. En estos últimos siglos de restablecida la bella literatura se ha escrito muchísimo en este género. El Cardenal de Bona y Vida tienen himnos muy piadosos y de bello gusto en poesía. No faltan algunas piezas líricas en Sannazaro; pero no era para este género de verso. Entre los poetas jesuitas son singulares, fuera de otros muchos, Juan Baptista Masculo y Matías Sarbievio, de quien no dudaré decir que pasados algunos siglos, en que la antigüedad haya consagrado su memoria, no dudará la posteridad anteponerlo á cuanto tienen de más exquisito Roma ó Grecia. Entre los de esta nación, célebres en la poesía lírica, se me pasó contar á Anacreonte, dulcísimo y amenísimo poeta. Ojalá no hubiera manchado su memoria y sus escritos con los torpes amores de Batilo. Su metro y su dulzura imitó bastantemente Nicolás Susius, poeta jesuita, en el libro que intituló *Lusus Anacreontici.* De los franceses lo mejor es Malherbe. Los italianos tienen á Juan Baptista Sarpi, Pozzi y otros innumerables. Son generalmente felices en la poesía lírica: pero conforme al genio de la nación y de la lengua, más

1 *Od.*, lib. IV, 2.

dulces y tiernos que sublimes y graves. En España tenemos al comendador Dávila, al príncipe de Esquilache, á D. Antonio Solís, á D. Diego de Mendoza, á Garcilaso, á Lope de Vega, á D. José Pellicer, á D. Francisco Manuel, que hubiera sido más feliz, si no hubiera querido parecerse tanto á Góngora. Este gran genio, nacido para la poesía lírica, tiene algunas canciones amatorias y heroicas dignas de Píndaro, singularmente la que hizo á la toma de Larache, á la armada contra Inglaterra y á la ausencia, que comienza *Qué montes.* D. Manuel Esteban de Villegas es el Anacreonte de los españoles.

12 Los genios nimiamente exactos y metódicos no son los más á propósito para la poesía, y mucho menos para la lírica, que pide más viveza, rapto y entusiasmo que alguna otra. Por eso dijo Horacio que jamás harían buenos versos los que sólo beben agua:

> Nulla placere diu, nec vivere carmina possunt,
> Quæ scribuntur aquæ potoribus.[1]

No porque el beber vino ayude á la poesía, sino porque los genios enemigos de licores son por lo común tétricos, fríos, lentos y flemáticos, y por consiguiente destituidos de aquella amenidad y de aquel fuego que demanda la naturaleza y carácter del verso.

13 Mariana y Mézerai son dos historiadores de España y Francia. Juan Mariana, jesuita, fué de una vasta erudición sagrada y profana, y su Historia es la más elegante, cabal, exacta y completa que hasta ahora ningún autor particular ha escrito de nación alguna. Mézerai fué encargado de escribir la historia de Luis XIV, de cuyas victorias en la Flandes son tomados los ejemplos de la narración que aquí se reprende en el poeta, cuando es digna de alabarse en el historiador.

14 De la invención del Soneto disputan entre sí los italianos y franceses. Mr. Boileau, en este lugar, parece atribuir á su nación este hallazgo, aunque por la invención y número del Soneto finge haber sido su inventor el mismo

1 *Epist.*, lib. I, 19.

Apolo. Un autor italiano que compuso un pequeño libro de las leyes y naturaleza del Soneto, y cuyo nombre ahora no se me ofrece, lo adjudica á la Italia, y esto me parece más verosímil, porque en tiempo del Petrarca eran ya muy corrientes en Italia los sonetos.

15 Los sonetos antiguos eran de cinco consonantes, porque los dos últimos tercetos admitían tres, y así son generalmente los del Petrarca, los de Camoens y todos los de los poetas franceses. Se ven aún muchos de esta especie entre los modernos españoles ó italianos. Hé aquí el ejemplar en uno de los mejores de D. Luis de Góngora.

No os engañen las rosas que al Aurora
Direis que aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que después huyen del que incitan hora,
Y sólo del amor queda el veneno.[1]

Aquí ves en el primer terceto tres consonantes sueltos; y en el segundo, el primero concertando con el segundo de arriba, el penúltimo con el primero, y el último con el tercero. Este género de consonancia es muy raro; por lo común concuerdan primero con cuarto, segundo con quinto, tercero con sexto, en esta forma:

Vete como te vas, no dejes floja
La undosa rienda al cristalino freno
Con que gobiernas tu veloz corriente;
Que no es bien que confusamente acoja
Tanta belleza en su profundo seno
El gran señor del húmido tridente.[2]

Los franceses, de los dos tercetos atan con un mismo consonante los dos primeros pies, y los cuatro últimos con otros dos alternados, así:

Ah! qu'un si rude coup étonna mes esprits,
Que je versai de pleurs, que je poussai de cris!
De combien de douleurs ma douleur fut suivie:
Iris, tu fus alors moins à plaindre que moi.
Et bien qu'un triste sort t'ait fait perdre la vie,
Hélas! en te perdant j'ai plus perdu que toi.

1 Soneto XL, ed. Rivadeneyra.
2 Id. LVII, id. id.

Esta especie de consonancia es muy bella: no sé por qué no la hayan imitado nuestros sonetistas. Si lo han hecho, no me acuerdo, á lo menos, haber leido alguno de esta hechura.

Generalmente hoy en día los sonetos constan de solos cuatro consonantes, alternados dos en los dos tercetos, en esta forma:

Érase un espolón de una galera,
Érase una pirámide de Egito,
Las doce tribus de narices era.
Érase un naricísimo infinito,
Muchísimo nariz, nariz tan fiera,
Que en la casa de Anás fuera delito.[1]

No faltan también de la primera especie muchos, particularmente en Italia, donde es muy común el uso de los sonetos.

16 En los autores aquí citados se hallan innumerables sonetos, á que se pueden añadir tomos enteros del Petrarca, del Zappi, del Pozzi, de Garcilaso, de Montalván, de Malherbe, Despréaux, Desmarets, Voltaire, D. Francisco Manuel y otros autores de todas estas lenguas, fuera de los muchos que cada día se estampan sueltos en todas las ciudades de Italia. D. Francisco de Quevedo tiene muchos, especialmente en las poesías que dió á luz con el nombre del Bachiller Francisco de la Torre. De tantos millares de sonetos no sé si podrá sacarse una docena sin defecto. Sólo pondré aquí uno que no hallarás fácilmente en otra parte, y que por la simplicidad del pensamiento, por la viveza de la imagen, por la naturalidad, hermosura y gracia del estilo lo tengo por la pieza mejor que se ha escrito en este género, y capaz él solo de inmortalizar el nombre de Andrés Rey de Artieda, su autor. Dice así:

Como á su parecer la bruja vuela,
Y untada se encarama y precipita,
Así un soldado dentro una garita
Esto pensaba, haciendo centinela.
«No me falta manopla ni escarcela:
Mañana soy alférez, ¿quién lo quita?

1 QUEVEDO. Ed. Rivad., tom. LXIX, pág. 127.

Y sirviendo á Felipe y Margarita
Embrazo, y tengo paje de rodela.
Vengo á ser general, corró la costa:
A Chipre gano, príncipe me nombro,
Y por rey me corono en Famagosta.
Reconozco al de España, al Turco asombro.»
Con esto se acabó de hacer la posta,
Y hallóse en cuerpo con la pica al hombro.[1]

17 Candamo y Barrios son dos autores de algunos sonetos, cancioncillas y cosas semejantes. El primero tentó también lo heroico, de que tiene un retazo peor que todo lo demás. Sin embargo, como no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, se halla en Candamo un soneto á una dama que le hablaba por señas, agudo é ingenioso, y en Barrios uno ú otro epigrama.

18 Mr. Boileau atribuye con razón á la Italia el abuso de los equívocos, puntas ó agudezas, que tanto reinaron en el siglo pasado y á principios del presente. De esta materia escribió el conde Manuel Thesauro el libro que intituló *Anteojo* ó *Cannochiale Aristotélico*, una de las obras más inútiles y más pedantes que se han escrito en el mundo, en que por los predicamentos ó categorías de Aristóteles va descubriendo las fuentes de semejantes argucias. Mucho contribuyeron Felipe Labbé y Luis Yuglar, que mostró bien que lo era en sus elogios latinos de donde tantos otros tomaron ocasión para disparatar con aplauso de los ignorantes.

19 El estrago que hicieron los equívocos, paronomasias, retruécanos y semejantes juegos de palabras era aún menor en la poesía, que en la historia y oratoria, tanto profana como sagrada. No quiero nombrar autores, ni descender á ejemplares que todos hemos leido ú oido, en una materia que nos llevaría muy lejos del asunto: *especialmente cuando una pluma fina y delicada se ha burlado con tanta gracia de semejante estilo, y corregido en gran parte los desórdenes.*[2]

1 Ed. Rivad., tom. XLII, pág. 540.

2 Borrado en el original lo que va de *cursiva*, y al margen esta nota: «Habla del *Gerundio*, y está prohibido el hablar en pro y en contra de él.» (E.)

20 Un semejante defecto nota Persio en los oradores ó abogados de su tiempo:

> Fur es, ait Pedio. Pedius quid? crimina rasis
> Librat in antithesis: doctas posuisse figuras
> Laudatur.[1]

21 ¡Cuántas veces, decía un orador de mucho nombre en España (á quien algo remordía la conciencia): cuántas veces hacemos decir á la Escritura cosas que jamás pensaron sus sagrados autores!

22 Es ingenioso el equívoco cuando rueda no sólo sobre la voz, sino también sobre la sentencia ó pensamiento. Ve aquí un bello epigrama á la estatua de un grande orador trabajada por varios artífices:

> Ora Myron; humeros Lyssipus; pectora finxit
> Praxiteles: vocem fingere nemo potest.

23 Cicerón usó una ú otra vez de semejantes juegos de voces como *orator*, *arator*, *jus verrinum*, y otras cosas semejantes muy pocas; y aun habiéndolo hecho con tanta moderación, no le perdonaron los críticos. Daniel, en el juicio de los dos viejos de Susana, jugó con las voces σχῖνος, σχίζειν, πρίνος, πρίζειν, porque acomodándose la gracia á la naturaleza, aunque le dió el Señor una discreción muy superior á su edad, lo dejó hablar en el estilo propio de sus años.

24 Boileau no desciende aquí en particular á más especies de versos que á la redondilla, madrigal y baile ó versos propios para la danza. De este último diremos más adelante. De las redondillas hemos ya hablado en otra parte. Los italianos poco ó nada usan de esta especie de verso. El madrigal es común también á los franceses y españoles, aunque con diferente número de sílabas. Ve aquí del madrigal un bello ejemplo de un antiguo español:

> No tiene, amor, tu aljaba
> Flecha más cruda y brava
> Que la ausencia importuna.
> Defensa sólo hay una
> Contra su penetrante vuelo, y esa
> El duro es mármol de una breve huesa.

1 *Sát.* I, v. 85-87.

25 Añado aquí algunas otras especies de versos propios de los españoles ó italianos, ó sólo de nuestra nación. La Quintilla es una de éstas, que sólo se usa en España. Tiene cinco pies de siete y ocho sílabas atadas con dos consonantes, que según su diversa combinación forman diversas especies de quintillas. La primera, más bella y más común, es cuando los dos consonantes se alternan, como en aquella del vizcaino en la historia de García:

Papeles en cuantos das,
Concilio de treinta vienes,
Concilio de treinta vas,
Cabeza quiebras me tienes
¿Hasta cuándo treintarás?

Por segunda especie podemos poner aquella en que conciertan el primer pie con el tercero y cuarto, y el segundo con el quinto, como en aquella antigua:

San Martín, con ser francés
Partió su capa con Dios;
Y vos, Martín portugués,
Si Cristo tuviera tres
Le quitárades las dos.

En la tercera concuerdan primero, segundo y quinto pies, y el tercero con el cuarto, así:

Hubo cuales, hubo quienes,
Para males, para bienes,
Chicoleos, zorroclocos,
Jerigongos, mirlos, cocos,
Con otros mil requenquenes.

En la cuarta conciertan el primer pie con el quinto, y los otros tres entre sí, como esta del ya citado García en su burlesca historia:

Con sus vaivenes se va
La carroza quis vel qui,
Ó errante zaquizamí,
Tras para aquí para allí,
Tras para acá para allá.

En una obra larga, como la de este autor, conviene variar todas estas especies, por que no cause fastidio la uniformidad.

26 La octava es el verso heroico de los italianos, de quienes la tomaron los españoles. En ella sólo deberían cantarse asuntos serios. Se compone de ocho pies endecasílabos y tres consonantes: los seis primeros pies alternan con dos consonantes, y el otro ata los dos últimos. Te daré por ejemplo una de D. Luis de Góngora, en que dice al Duque de Niebla, que suspenda un tanto la caza para atender á su canto. Este breve dicho está perifraseado en esta octava, cuanto cabe hermosa, natural y sublime:

Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma,
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presuma:
Tascando haga el freno de oro, cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma:
Gima el lebrel con el cordón de seda,
Y al cuerno en fin la cítara suceda. [1]

Homero y Virgilio, hablando en castellano, no pudieran haberlo dicho mejor; y este rasgo y otros semejantes, en medio de muchos defectos, me hace estimar á Góngora por uno de los genios más bellos y propios para la poesía que ha tenido el mundo.

27 Los versos acomodados al baile son por lo común de vario capricho. En España se usa generalmente de seguidillas, género de verso retozón, por decirlo así, festivo y alegre. En los autores se hallan muy pocos ejemplares de este verso. Ve aquí uno de un poeta moderno:

Más que en las bajas playas
Son las arenas;
Más que flores da al prado
La primavera;
Más que en el año
Ramas brotan los troncos,
Hojas los ramos.

Debo notar aquí que este género de versos de asonantes es propio de los españoles: á lo menos no me acuerdo haber visto de ellos uso alguno entre los franceses, ingleses é italianos. En él, por ser más libre y desembarazado, se

[1] *Gal.*, oct. 2.

escriben comunmente las piezas de teatro, con un género de cuartetas en el que el primero y tercero pies van libres, y el segundo concuerda el asonante con el cuarto, así:

Cuando la fecunda Ceres
En las crecidas macollas
A las doradas espigas
El pajizo estambre corta.

Este género de verso llamamos *romance*, porque en él se escriben generalmente aquellos sucesos ó aventuras que nuestros mayores llamaron cuentos ó romances. De éstos distinguimos dos especies: uno *lírico*, en que cada cuarteto hace perfecto sentido. En éste están escritas la *Vida de la Santísima Virgen*, de D. Antonio de Mendoza, y la de *Santa Clara*, que se atribuye á la Madre Sor María Ana Sallent, fuera de otras muchas historias que sería infinito referir. En el romance *cómico*, así llamado porque es el que generalmente se usa en las comedias, puede pasar el sentido de una á otra estrofa. Hay también una especie de cuarteta endecasílaba asonantada, que se llama romance *heroico*. He aquí un ejemplar de Candamo:

¿Qué monstruo alado con siniestro vuelo,
El viento inunda perezoso y grave,
Tejiéndole las alas vagorosas
Funestas plumas de nocturnas aves?

28 La décima es una especie de verso que sólo usan los españoles y los franceses, aunque éstos no sé que le den este nombre, ni siguen el mismo número de sílabas ó consonantes. La décima española se compone de diez pies y cuatro consonantes: concuerdan el primero, cuarto y quinto pie, y el segundo y tercero entre sí: á éstos sigue una quintilla de la tercera especie que arriba pusimos, en esta forma:

Sin alma ó vida quedé,
Señora, desde que os ví,
Pues tanto me embebocí,
Que hasta el alma se me fué.
Mi alma en vos pienso que esté,
Y así por cruel que seais

Si en vuestro poder lo hallais
Y restituir no quereis,
Confesad que la teneis,
Y mas que no la volvais.

La décima pide ingenio, naturalidad y fluidez. Se hacen á veces en ellas epigramas, que son de un gusto muy fino y superior á todos los demás versos de este género. Fué loada en este género una décima de Candamo á un jabalí muerto por una reina de España; aunque no de todos igualmente.

Aquí yace un jabalí
A manos de una deidad;
Muriera de vanidad
Si acaso volviera en sí.
Cazador que por aquí
En busca de fieras vas,
Fiera ninguna hallarás
En este bosque con vida,
Que ésta murió de la herida
Y de envidia las demás. [1]

29 La endecha es uno de aquellos versos de asonantes que dijimos ser propios de la nación española. Es propio de asuntos tiernos y amatorios, como el de aquella canción de un antiguo poeta:

1 Como del Dr. Juan de Salinas, publicó D. Adolfo de Castro esta décima en el tomo XXXII de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, pág. 418; pero con tantas variantes que parece otra, de esta manera:

Un jabalí yace aquí,
Muerto por una deidad:
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué sólo el jabalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Quede en la selva con vida;
Que éste murió de la herida,
Y de envidia los demás.

La décima está mejor como la pone el P. Alegre; pero sólo él la cita así. Desde niño la sabía yo de memoria, sin que ahora pueda recordar dónde la aprendí; mas la conservo casi en la forma que le da el P. Alegre, con esta variante en los versos sétimo y octavo:

Vuelve los pasos atrás,
Que ya no hay fiera con vida.... [*E.*]

Estaba Amarilis,
Pastora discreta,
Guardando el ganado
De su hermana Aleja. [1]

La endecha remeda con mucha naturalidad el metro anacreóntico, y en ella se traducen adecuadamente las Odes antiguas, y semejantes composiciones tiernas y delicadas. Aquel antiguo epigrama

Triginta hæc habeat quæ vult formosa videri
Femina, sic Helenam fama fuisse refert,

está con bastante elegancia traducido á este metro por un autor moderno:

Quiero que mi niña
Treinta cosas tenga:
Tres negras, tres blancas
Y otras tres bermejas.

Puede reducirse á una especie de endecha aquel verso lírico que usan mucho en sus arias los italianos, como:

Se un cuor annodi,
Se un' alma accendi,
Che più pretendi,
Tiranno amor?
Vuoi ch' al potere
Delle tue frodi
Ceda il sapere,
Ceda il valor?

Este metro, con igual dulzura y gracia, puede imitarse en castellano: en él recuerdo haber visto traducida una ode de Safo, por uno de los modernos, y por otro los Salmos de David.

30 El terceto es propio para asuntos familiares y afectuosos. Nuestros poetas y los italianos, entre quienes sólo hallo este género de verso, lo usan universalmente en las epístolas y en la elegía, de que puse arriba un bellísimo ejemplo. Uno ú otro se ha servido del terceto para otros asuntos, como quizá diré adelante. El terceto se usa de dos maneras: generalmente *atado*, esto es, cuando el pie de en medio del primero va atado con el mismo consonan-

1 QUEVEDO. Rivad., tom. XVI, pág. 611; y tom. LXIX, pág. 270.

te á los dos extremos del segundo, como en el que arriba te he puesto y repito aquí:

Siéntome á las riberas de estos ríos
Donde estoy desterrado, y lloro tanto,
Que los hacen crecer los ojos míos.
Si alguna vez por consolarme canto,
Es cosa para mí de tanta pena,
Que tengo por mejor volverme al llanto.

Desatado se usa pocas veces, y es cuando un terceto no comunica con el otro en consonante alguno. Ve aquí un retazo del *Beatus ille* de Horacio traducido á esta especie de rima:

Dichoso aquel que al campo retirado,
Ajeno del comercio bullicioso,
Y á inocentes delicias entregado,
Entre las selvas dulcemente pasa,
Feliz imitador del siglo bello
A quien manjar dió el fresno, el roble casa.
Ara tranquilo con no ajenos bueyes
El campo que heredó de sus abuelos,
Sin envidiar su púrpura á los reyes.

No se hace aquí particular mención del soneto, por no repetir lo que ya te he dicho en otra parte.

Volviendo de estas especies generales de verso á la particular del epigrama, de que íbamos tratando, los griegos tienen una colección de epigramas que llamaron Antología, como si dijéramos Florilegio, en que

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura. [1]

De los latinos el príncipe es Catulo, poeta veronés. Si me preguntas por qué en los estudios de España se construía á los niños Marcial y no Catulo, te responderé lo mismo que arriba dije tratando de la elegía de Tibulo y Ovidio. Por lo demás, la latinidad, el gusto, la urbanidad y gracia de Catulo no tiene comparación con ninguno de los latinos. De Navagero se dice que cada año, el día del nacimiento de Catulo, quemaba un Marcial en honra suya. *Ojalá hubiera vivido tantos años, que acabara con todos.* [2] Por

1 Mart., *Ep.*, lib. I, 17.
2 Borrado en el original.

lo general, casi en todos los poetas de todas lenguas hallarás añadidos á sus obras serias algunos epigramas, como en Sannazzaro, Pontano, Vida, el Petrarca, Camoens, Torcuato, Garcilaso, Sarbievio, Santel, Góngora, y así otros innumerables. En los dos tomos que intitulan *Delitiæ Poetarum Italorum* verás muchos de los dos hermanos Amaltheos, de los tres Strozzas, y otros autores. Entre los españoles el de más sal y gracia es Quevedo. Los ingleses tienen, entre otros, á Juan Owen, cuyos epigramas latinos hizo mucho más chistosos, floridos y elegantes su traductor español. Los franceses en este género de composición no sobresalen mucho.

31 "Satyra quidem tota nostra est," dijo Quintiliano, "in qua primus insignem laudem adeptus est Lucilius."[1] Porque aunque entre los griegos escribió algunas invectivas Arquíloco, de quien por tanto dijo Horacio:

Archilochum proprio rabies armavit iambo;[2]

pero las de Arquíloco más son que sátiras, *diras* ó imprecaciones, como las de Ovidio *In Ibin.* Horacio dice que de la antigua comedia de los griegos sacó Lucilio sus sátiras, mudando sólo el metro

Hinc omnis pendet Lucilius, hosce sequutus,
Mutatis tantum pedibus numerisque; facetus,
Emunctæ naris: durus componere versus,
(Nam fuit hoc vitiosus) in hora sæpe ducentos,
Ut magnum, versus dictabat stans pede in uno.
Cum fluceret lutulentus, erat quod tollere velles,
Garrulus, atque piger, scribendi ferre laborem;
Scribendi recte.[3]

Algunos atribuyeron á envidia esta crítica, y aun á Quintiliano no le asienta mucho. Yo me atengo al juicio de Horacio, y me parece es el mismo de cuantos ahora leen á Lucilio en los fragmentos que de él nos restan.

32 Este es el juicio de Quintiliano: "Multo est tersior

1 Lib. X, cap. 1, nº VI, 1.
2 *Art. Poét.*, v. 79.
3 *Sát.*, lib. I, 4.

ac purus magis Horatius, et ad notandos hominum mores præcipuus." [1]

33 Persio compuso seis Sátiras que andan comunmente en las manos de todos con aplauso. La crítica que aquí hago de su verso es la misma que han hecho todos los buenos conocedores, y la que hace el mismo Boileau.

34 Alude á lo que Juvenal dijo de sí mismo en la sátira primera:

> Et nos ergo manum ferulæ subduximus: et nos
> Consilium dedimus Syllæ, privatus ut altum
> Dormiret. [2]

35 Juvenal es mucho más terso, elegante y ameno que Horacio en la sátira. Su verso es más fluido y numeroso. Basta leer á uno y á otro para conocer la diferencia.

36 De esto trata Juvenal en la sátira X, de dieciseis que corren con su nombre; aunque la última es lo más verosímil que no sea suya. Seyano era un valido del emperador Tiberio. Léase la dicha sátira X.

37 Este es el argumento de la sátira cuarta de Juvenal, en que hace concurrir los senadores, llamados de Domiciano, para consultar cómo se había de cocinar un pejo de enorme grandeza que se había cogido en el mar de Ancona, de manera que pudiese venir entero á la mesa.

38 Mesalina Augusta era mujer del emperador Claudio, cuyo imponderable exceso de lascivia describe dicho poeta en la sátira VI, cuyo asunto es disuadir á un amigo de casarse, pintándole los vicios de las mujeres. Sátira bella, pero que apenas pueden sufrirla los oídos honestos.

39 Regnier es un satírico francés de muy buena crítica, y feliz imitador de la antigüedad. Mr. Boileau le moteja muy justamente de la torpeza y deshonestidad de sus versos. En esta parte pecaron también mucho los antiguos, Horacio, Persio y Juvenal, de quien algunas sátiras apenas pueden leerse. Jouvancy lo dió á luz expurgado más de lo que era menester. De los modernos, el príncipe en la

1 Lib. X, cap. 1, nº VI, 1.
2 V. 15, 17.

sátira es Mr. Boileau, de quien es también esta *Arte Poética.* Sus émulos quisieron hacerlo pasar por un plagiario de Juvenal y de Horacio, á cuyo asunto se le hizo este epitafio:

Ci-gît maître Boileau qui vecut de médire,
Et qui mourut aussi par un trait de satyre:
Le coup dont il frappa lui fut enfin rendu.
Si par malheur un jour son livre était perdu,
A le chercher bien loin, passant, ne t'embarrasse
Tu le retrouveras tout entier dans Horace.

Esta acusación la había ya preocupado el mismo Boileau, y no le han faltado partidarios celosos que lo defiendan. Entre los españoles, Quevedo y su imitador Torres hicieron profesión de satíricos; pero más en prosa que en verso, especialmente el segundo. Pitillas presentó á los Diaristas de Madrid una bellísima sátira que anda en uno de los pocos tomos que dieron á luz estos literatos. Ni ellos ni el poeta tuvieron el patrocinio que esperaban, y se deshizo aquella junta que hubiera sido muy provechosa á la nación.

40 De estas letrillas satíricas hay muchos ejemplares en Góngora, Quevedo y otros autores de todas las naciones. Ve aquí un ejemplar del citado Góngora:

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huevo
Al sol bambonea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos. [1]

1 Ed. Rivadeneyra, tom. XXXII, pág. 494.

CANTO III.

Serpiente ó monstruo no hay tan detestable
Que por la arte imitado
No venga á ser gustoso y agradable.
De un pincel delicado
El primor industrioso
Amable hace el objeto más odioso.
Así de la Tragedia el triste llanto,
Imitando la pena
De Edipo[1] ensangrentado,
O el furor y el espanto
De Orestes,[2] parricida desdichado,
Nos encanta, sorprende y enajena,
Procediendo de suerte
Que nos hace llorar y nos divierte.
Si del teatro pretendeis la palma,
Y quereis ser del público aplaudido,
Y más buscado cuanto más leído,
Manejada con arte y con viveza,
La pasión llegue al alma,
La anime, la caliente, la conmueva.
Si una dulce tristeza
Mi corazón no prueba
Al escuchar tu pena y tu tormento;
Si el bello movimiento
De agradable terror no me sorprende;
Si quien á ti te agravia no me ofende,
En vano vienes con pomposa labia

A hacer alarde en una escena sabia
De estoicas y socráticas sentencias.
De tus impertinencias
No pudiendo sufrir el largo hastío,
O me duermo ó me río.[3]
El gran secreto todo y el grande arte
Es hacer al lector que se apasione,
Y éntre de mis afectos á la parte.
Que la acción desde luego preparada
A todo el argumento
Facilite la entrada.[4]
Si el actor es en explicarse lento
Y de la diversión me hace un tormento,
Me burlo y lo abandono: más querría
Que dijese, su nombre declinando:
"Yo soy Agamenón, yo soy Orlando,"
Que venirme con una algarabía[5]
De voces importuna
A aturdir los oídos
Sin decir cosa alguna.
Jamás se peca en explicar cuanto antes,
Sin paráfrasis largas ni rodeos,
La meditada idea.
Fijo y marcado sea
El lugar de la escena; el tiempo, un día.
Más allá de los montes Pirineos[6]
Un autor de fecunda y rica vena[7]
Muchos años envuelve en una escena.
Allí de un espectáculo grosero
El héroe mal buscado
Nace al acto primero[8]

Y al tercero es barbado.
Abusos semejantes
Su autor mismo,[9] después más ilustrado,
Toda arte, toda regla los condena.
Que en un lugar y un día una acción llena
Tenga el teatro ocupado.
Nada al espectador se le presente
Absurdo, inverosímil ó imposible.[10]
No siempre es la verdad lo más creible,
Y de lo que no creo
Ni el temor me conmueve, ni el deseo.
Lo que verse no debe[11]
Sencilla relación lo exponga en breve.
Vista la cosa haría
Acaso en la alma una impresión más fuerte;
Pero, si bien se advierte,
Muchos objetos hay que sin enojos
Los recibe el oído y no los ojos.
Que creciendo el horror de scena en scena,
Llegue al colmo, y sin pena
Por sí mismo se explique y desenrede.
Más agradable golpe y más contento
Sentir la alma no puede,
Como cuando de enredos tenebrosos
Y de afectos dudosos
Tras el contrario y vago movimiento,
La verdad de repente conocida[12]
Da nueva luz á todo y nueva vida.
A los principios ruda aún y grosera,
La Tragedia sólo era
Un coro en que con danzas

A Baco se cantaban alabanzas.
Al que mejor cantaba
Un cabrito por premio se le daba.[13]
Sobre un carro enyerbado
Thespis, de mosto untados los semblantes,
Llevó por las aldeas los danzantes.
De la Grecia el primero[14]
Esquilo sobre un teatro levantado,
Con máscara, real manto, alto calzado,[15]
Presentó en las ciudades los actores,
Y puso en la dicción mayor esmero.
Acrecentó la pompa y la armonía
Sófocles el tercero,[16]
En la acción toda interesando al coro,
Y dando al verso todo aquel decoro,
Elevación y gravedad divina,
Pompa de la dicción, gracia y nobleza
A que llegar no pudo la flaqueza[17]
Y languidez latina.
  En la pasada edad nuestros abuelos
El teatro detestaban.
De vagos peregrinos una tropa
Resucitó, se dice, en nuestro Europa
Su placer muchos siglos ignorado.
Con piedad imprudente
Los sagrados misterios remedaban
Del Salvador y de la Virgen santa,
Hasta que disipada la ignorancia
Cesó aquella devota extravagancia.[18]
De la Fe sacrosanta
Los misterios arcanos y severos

Al púlpito quedaban reservados.
Héctor y Ifigenía
Parecieron de nuevo en los tablados.
Las máscaras antiguas se dejaron,
Y el violón solo hacía
El coro y la armonía.
Luego el amor fecundo en expresiones
Y en tiernos sentimientos
Se apoderó del teatro[19] y las canciones.
De esta pasión los dulces movimientos,
Para ir al corazón han siempre sido
La más derecha senda y más segura.
Amen, pues, vuestros héroes, no lo impido,
Mas no las metafísicas de amores
Querais acomodar á los pastores.[20]
Aquiles ame muy diversamente
Que los Títiros, Tirsis y Filenes;
Ni del Ciro[21] me hagais un Artamenes.
Que de remordimientos
El amor combatido,[22]
Por la fuerza del alma y la nobleza,
Parezca no virtud sino flaqueza.
Evitad de los héroes de romance
Las bajezas soeces;
Mas á las grandes almas, á las veces,
Sus defectos dejarles convendría.[23]
Aquiles tan acepto y tan gustoso
A todos no sería,
Si fuera menos terco y caprichoso.
De odio ó de amor su exceso me contenta;
Quiero verlo llorar por una afrenta.

De sus flaquezas mismas la pintura[24]
Hace que con placer y con viveza
Se reconozca la Naturaleza.
Que sobre este modelo, figurado
Sea Agamenón[25] altivo y ambicioso;
Prudente Ulises sí,[26] pero soldado;
Eneas,[27] más que bravo, religioso.
Observad el carácter oportuno,
El país, clima y siglo de cada uno,
Que hace ordinariamente
Las costumbres y el genio diferente.
No se den á romanos personajes
Espíritus ó genios forasteros,
Ni forasteros trajes.
No quiero ver á Clelia á la francesa[28]
Ni galante á la inglesa
Al buen Catón,[29] ó á Bruto enamorado.
En un romance[30] todo es excusable,
Basta que la ficción corra agradable,
Sin todo aquel rigor de la decencia;
Mas la escena demanda[31]
Mayor exactitud, más consecuencia.
Si de un nuevo héroe presentais la idea,
Cual al principio de la acción parece,[32]
Tal hasta el fin se vea
En estilo, en espíritu y en genio.
Sin pensarlo tal vez un buen ingenio
De sí mismo pagado,
Hace de sí en sus héroes un traslado.
El inglés á la inglesa, y el gascón
A la gascona todo lo remeda:

En un tono hablan Juba y Calpreneda.[33]
Mas la Naturaleza
Fecunda en invenciones
Da diverso lenguaje á las pasiones
Y distinta energía.
La cólera se explica con fiereza;[34]
La tristeza con pausa y cobardía.
Que delante de Troya desolada[35]
Con llanto hinchado y con dolor pomposo,
Hécuba lastimada
No venga á describir por qué camino
Al Tanais espumoso
Con siete bocas bebe el Ponto Euxino.
Para declamadores afectados
Quédense estos frasismos ampollados.[36]
En el dolor es bien que os humilleis,
Y para hacer llorar, que vos lloreis.[37]
Las grandes voces de que henchís la boca
No pueden ser de un corazón nacidas
A quien su pena y su miseria toca.
Las tablas son un campo peligroso
En que hay tanto censor escrupuloso
Cuantos son los oyentes.
De los no inteligentes, de los necios,
Aun más que los aplausos son frecuentes
Las befas y desprecios.
Cuantos pagan la entrada
Tienen para trataros de ignorante,
De insulso y de pedante
La licencia comprada.
Para agradar en modos diferentes

Es menester plegarse,
Tal vez hundirse, á veces elevarse,
Y en nobles pensamientos ser fecundo,
Sólido, fácil, claro y agradable,
Numeroso y profundo.
Que la atención se tenga siempre viva
Con sentencias é imágenes hermosas
Y continuado encanto
De admiración, de júbilo ó de espanto.
Y tal en fin la fábula ó la historia,
Que dejarla nos pese,
Y nos deje de sí larga memoria:
Tal es de la Tragedia dolorosa,[38]
La gracia y la belleza.
Con mayor aire y con mayor nobleza
La Épica poesía
De una[39] acción larga,[40] honesta,[41] noble[42] y grande,[43]
Exponiendo la historia
De pomposas ficciones[44] revestida
Lleva un héroe[45] glorioso á la victoria.
Todo allí tiene fuerza y energía,
Semblante, cuerpo, movimiento y vida.
Cada virtud deidad es soberana:
Minerva es la prudencia,
Venus es la belleza,
Marte el valor, Mercurio la elocuencia.
No es el trueno del viento encarcelado
El efecto estupendo:
Es Júpiter airado
Que la tierra sacude con estruendo.
La tempestad, terrible al navegante,

De Neptuno es la cólera arrogante
Que turba el mar salado.
No es el eco un sonido rechazado
De la opuesta quebrada;
La voz es de una ninfa enamorada,
Que de Narciso ingrato se lamenta.
Así con mil diversas invenciones
De graciosas ficciones
Cualquier cosa[46] engrandece y acrecienta
Un genio soberano,
Y de beldad distinta y de colores
Le brotan á la mano
Frescas siempre las flores.
Que de un contrario viento arrebatadas
De Sicilia á las costas africanas
Sean las naos troyanas,
Es común aventura
Que acontece á cualquiera navegante;
Pero que Juno, en su aversión constante,
Las reliquias de Troya desdichadas
Por tierra y mar persiga con agrura;
Que rompa de los vientos la clausura
Eolo, por la diosa conjurado,
Y que del mar profundo
Venga Neptuno airado
A refrenar la chusma tumultuosa:
Que á su voz imperiosa
Calme luego el furor de mar y viento.
Y que de los escollos y bajíos
Con el tridente arranque los navíos;
Esto es lo que sorprende y lo que encanta.

Sin todo este ornamento
El verso y la dicción es yerta y fría.
Virgilio no sería
Sino un seco orador, grave y sincero;
Ó de una insulsa, fabulosa historia
Compilador grosero.
En vano, pues, dejando estos ornatos
De todo el orbe culto recibidos,
Ciertos autores tímidos é ingratos
Introducen los santos y profetas,
Y al mismo Dios, en métricas ficciones,
Como á Jove y demás dioses nacidos
Del cerebro feliz de los poetas.
El lector se halla en el infierno luego:
Astaroth, Belcebub, entre humo y fuego
Vomitan contra el cielo maldiciones.
¿Y qué tiene de noble ó de ingenioso
Sentir ahullar á Lucifer rabioso,
Y que envidioso de la ajena gloria,
Quiera á Dios disputarle la victoria?
El Tasso, [47] me dirás, con buen suceso
Así lo ejecutó. No quiero al Tasso
Formar aquí el proceso.
Mas por mucho que diga en su alabanza
Nuestro siglo encantado,
El toscano Parnaso
Tanto no habría ilustrado,
Si siempre en oración el buen Gofredo
De Satanás rompiera las medidas,
Y si con los Reinaldos, las Armidas,
La Clorinda y Tancredo

No endulzara con gusto y con belleza
De sus otras ficciones la tristeza.
Mas no por eso en un cristiano asunto [48]
Aprobaré un autor de todo punto
Idólatra y pagano;
Pero en la descripción y la pintura
De un objeto profano,
Dejar del todo la mitología,
Quitarles á las Parcas sus tijeras,
La flauta á Pan, y el prado y las riberas
A las cándidas ninfas y tritones,
É impedir que Caronte en fatal barca
Pase al pastor tan bien como al monarca,
Vano temor sería
Más que piedad y vanas ilusiones.
Al tal censor no faltarán razones
Para quitar su sierpe á la Templanza,
Y á Temis su balanza
É impedir que se dé de la ímpia guerra
Al furor arrogante
Frente de bronce, entrañas de diamante;
Ó que se pinte el tiempo alado anciano
Que huye con la hoz y la ampolleta en mano.
Querrán, en fin, como una idolatría,
Falsamente celosos,
Que se destierre toda alegoría.
Dejemos á estos rígidos censores
Con estos sus fanáticos temores,
Ni hagamos, nimiamente cautelosos,
Con escrúpulos vanos,
Dios de mentira al Dios de los cristianos.

Mil diversos placeres [49]
La Fábula al espíritu presenta
En personas, sucesos, caracteres;
Paris, Ulises, Nestor, Menelao,
Hector, Agamenón, Protesilao,
Helena, Ifigenía,
Hécuba, Hipodamía
Para el verso parecen ser nacidas.
Mal hayan los oídos
Del poeta insensato
Que con sonido ingrato
Bárbaros sobrenombres rebuscando
De tantos héroes canta á Childebrando.[50]
De un solo nombre el son rudo y grosero,
Ridículo, grosero y malsonante
Hace un poema entero.
Si quereis agradarme,
Buscad un héroe propio á interesarme,
En guerra y paz magnífico y brillante,
Y en quien aun [51] el defecto y la flaqueza
Tenga algún aire y sombra de grandeza;
Que al mundo tenga lleno de su fama,
Cual Gofredo,[52] Colón,[53] Vasco de Gama,[54]
César,[55] Tito,[56] Alejandro [57] ó Constantino,[58]
Los Henricos,[59] Fernandos [60] y Luises [61]
No como Polinices,[62]
Y su pérfido hermano,
Ó Herodes el tirano:[63]
Que un vulgar héroe aplauso no merece.
Si en muchos incidentes enredado
El asunto se ofrece,

Mi atención oprimida desfallece.[64]
De Aquiles el furor bien manejado
Al más bello poema [65] dió argumento.
La nimia copia á veces empobrece
Y ofusca y turba el principal intento.
Sed en la narración preciso [66] y vivo,
Pomposo y rico [67] en vuestras descripciones:
Aquí luce del verso la elegancia;
Mas no cualquiera baja circunstancia
Os merezca expresiones:
Ni aquel otro imiteis [68] que sin consejo
Describiendo entreabierto el Mar Bermejo
Y al pueblo de Israel que marcha ufano
Por el enjuto suelo,
Domada la soberbia del jitano,
Se entretiene en pintar de un pequeñuelo
La viveza sencilla,
Que va, que vuelve y salta de contento,
Presentando á su madre una conchilla.
El argumento tenga
Justa extensión,[69] y en todo se sostenga;[70]
Sea claro [71] el exordio, y no afectado,[72]
Ni luego en el Pegaso éntre montado
Con orgullo y espanto:
"Al vencedor [73] de vencedores canto."
¿Qué dirá este buen hombre de estupendo?
Después de tanto estruendo
Y expectación tamaña,
Saldrá un ratón de toda esa montaña.[74]
¡Cuánto mejor aquel [75] que con nativo
Fácil estilo, suave y vergonzoso,

Sencillamente dice:
"Canto las armas y el varón piadoso,
Que de Troya, su patria, fugitivo,
Siguiendo de los hados el destino,
Al país arribó del rey Latino."
Su Musa artificiosa, desde luego,
Para dar mucho [76] nos promete poco,
Ni con orgullo loco
Desde el principio rompe en humo y fuego.
Presto embestida [77] de un furor divino
Vos la vereis de Roma dominante
Prenunciar el destino,
Describir de Plutón el reino duro,
De Stige y de Aqueronte el vado oscuro,
Y en los Elísios llanos
Errantes ya los Césares romanos.
Todo el poema ofrezca á los lectores,
Con diversas figuras variado [78]
Un cuadro delicado.
Se puede juntamente
Ser instructivo, amable y majestuoso:[79]
Un sublime severo es enojoso.
Más del Ariosto [80] quiero
El cómico burlesco é impertinente,
Que un autor melancólico y austèro
A quien jamás las Gracias
Desarrugan la frente.
De la Naturaleza doctrinado,
Direis que el culto Homero á Venus bella
Su cíngulo ha robado.[81]
Su libro es de beldades un tesoro,

Todo su Musa lo convierte en oro,
Todo en su boca adquiere nueva gracia,
Deleita, mueve, enseña y nunca sacia.
Un calor dulce anima su discurso,
Y sin seguir escrupuloso el orden,
Siempre insiste en su curso.
De su asunto feliz la tela hermosa
Por sí misma se explica y desenvuelve
Sin pena cuidadosa.
Cada voz, cada verso al fin deseado
Va siempre encaminado.
Revolved siempre, pues, y amad á Homero;
Mas con amor sincero.[82]
Apreciarlo es ya haber aprovechado.
  Un poema excelente,
En que todo arrebata, instruye, luce,
No es de aquellos trabajos
Que un capricho produce,
Ni partos tan felices
Fueron jamás ensayo de aprendices.[83]
Mucho tiempo es preciso y mucha lima.
Algún triste poeta,
Hinchado y lleno de su propia estima,
Porque tal vez lo favorece Clío
Quiere entonar la heróica trompeta.
La Musa desreglada, en cuanto canta
Sólo á brincos y saltos se levanta;
Mas falto de lectura y de talento,
Sin pábulo y fomento,
Se desvanece luego,
Y en humo poco acaba todo el fuego.

En vano el vulgo pronto á despreciarlo
De su opinión querrá desengañarlo;
Á sí mismo se da con mano ciega
Los impulsos que el público le niega.
En su comparación nada entendía
De invención el poeta Mantuano,
Ni Homero de la noble poesía.
Si contra su sentencia se rebela
Todo el siglo presente,
De la posteridad al juicio apela.
Mas en tanto que espera
Que para él el buen gusto resucite,
Y la edad venidera
De tan graves injurias lo desquite,
Lidiar dejemos sus trabajos vanos,
En los almagacenes olvidados
Con la humedad, el polvo y los gusanos.
El suceso feliz de la Tragedia
Dió en Atenas principio
A la antigua Comedia.[84]
Allí el griego, bufón de nacimiento,
Con mil juegos burlescos y picantes,
Por entretenimiento,
Destilaba venenos mordicantes.
El talento, el honor y la decencia
Presto de la poética licencia
Fueron indigno asunto.
Allí se vió un poeta celebrado [85]
Del público grosero y maldiciente,
Enriquecerse del honor burlado,
Y pintado con negros coloridos

El hombre más honesto y decoroso
En presa á los escarnios y la risa
Del vulgo licencioso.[86]
En fin, metió la mano el magistrado,
Y con leyes discretas
El furor refrenó de los poetas.
Cesó del teatro la desenvoltura,
Y á mofarse sin hiel y sin agrura
La Comedia aprendió bien regulada.
De Menandro [87] en la Musa delicada
Cada vicioso, como en un espejo,
Retratado con arte y con gracejo
Se miraba, y mirarse no creía.
El avaro en aquella fiel pintura,
De un avaro trazado á su figura
Gustaba, y de sí mismo se reía; [88]
Y sin pena ni enojo un mentecato
Mil veces se burló de su retrato.
Que la Naturaleza sola sea
De quien en la arte cómica se emplea
El estudio y la guía.
El que del pecho humano
Penetrado tuviere el seno arcano,
Y de un avaro la infeliz manía,
Ó el genio conociere de un celoso,
De un zote, de un ridículo, un vidrioso,
Podrá en el teatro al vivo retratarlo,
Y hacerlo, sin enojos,
Vivir, obrar y hablar á nuestros ojos.
Presentad siempre con colores vivos
Ejemplares nativos.

En cada genio la Naturaleza,
Siempre fecunda y varia en invenciones,
Se graba con diversos caracteres
De diversos talentos y pasiones,
De varios gustos, varios pareceres:
Un gesto la descubre, un movimiento,
Un arranque improviso y repentino;
Mas para conocerla
No tienen todos tino.
El tiempo, que con ímpetu violento
Todo lo arrastra y todo lo trastorna,
También nuestros humores
Altera y muda en buenos ó peores.
Cada edad [89] sus placeres,
Su genio tiene y propios caracteres.
Un joven [90] es de cera,
Y fácilmente en vicios degenera;
En sus discursos vano,
Voluble en sus deseos,
Loco en sus devaneos,
Violento, incauto, ufano,
Difícil é impaciente á la censura.
La varonil edad, ya más madura,
Aire más sabio inspira.
Al establecimiento
De su fortuna atento,
Sólidas amistades,
Riquezas busca, honores, dignidades;
A los grandes adula,
Contra improvisos golpes se mantiene,
Los probables previene,

Lo que vengar no puede, disimula. [91]
La vejez pesarosa
Riquezas acumula
Que desperdicie un nieto;
Es lenta, helada, triste, quejumbrosa; [92]
Las presentes usanzas vitupera,
Las pasadas ensalza y exagera;
É inhábil é incapaz de los placeres,
De que la loca juventud abusa,
Condena las dulzuras
Que ya su edad rehusa.
  No hablen vuestros actores
Sin tino y sin consejo,
El viejo como joven,
El joven como viejo. [93]
Estudiad bien la corte y bien la aldea
Y presentad su natural idea,
Que es una y otra fértil en modelos.
Molière así sus obras trabajando,
Á Menandro y Terencio diera celos,
Si en sus doctas pinturas
El aplauso buscando
Del triste populacho,
No hiciera con empacho
Bajas tanto y groseras sus figuras,
Por lo bufón dejando
Lo agradable y lo fino;
Y uniendo con Terencio á Tabarino,
En el saco ridículo y grosero
En que Scapin se envuelve, yo no tópo [94]
Ni conozco al autor del Misantropo.

Del cómico, enemigo de amarguras,
De llantos y de penas,
Las trágicas desgracias son ajenas.
Mas tampoco es su empleo
Entretener del público las heces
Con burlas indecentes y soeces.
Que los actores sean
Bufones noblemente,
Que el nudo se desate fácilmente,
Y que la acción marchando
Donde el buen arte y la razón le guía,
En una escena inútil y vacía
Á perderse no venga:
Que humilde, terso y fácil el estilo,
Con dignidad y agrado se sostenga:
Que ensartadas á un hilo,
Una escena disponga á la otra escena.
De bellos dichos y de afectos llena,
Manejadas con arte y con finura:
Que las mofas, las gracias y las sales
Sean juiciosas, honestas, naturales.
Mirad cómo en Terencio un padre honrado,
De un hijo enamorado
Reprende la imprudencia,
Con qué aire el hijo escucha estas lecciones,
Y cómo de su bella corre á casa
Á sacudir tan tristes aprensiones.
No es un retrato ó imagen semejante:
Es vivo un padre, un hijo y un amante [95]

NOTAS AL CANTO TERCERO.

1 Edipo, rey de Tebas, es el sujeto de un drama de Sófocles, que Aristóteles en su *Poética* puso por ejemplar de la perfectísima tragedia. Séneca tiene otra del mismo asunto. *Sed quam dispar ingenium, bone Deus!*

2 Orestes fué hijo de Agamenón, que mató á su madre Clitemnestra, lo que dió asunto á otra tragedia del mismo autor, y á otras latinas. De una de ellas se burla Juvenal en la sátira primera.

3 Es lo mismo que dijo Horacio:

> tunc tua me infortunia lædent
> Telephe vel Peleu, male si mandata loqueris,
> Aut dormitabo, aut ridebo. [1]

4 No quiere decir este precepto que desde la primera escena haya de ejecutarse, ni aun promulgarse, el fin y el paradero del drama, antes bien el arte está en tener suspensa siempre hasta el fin la atención de los oyentes, haciéndoles esperar muchas veces fin muy diverso del que se tiene meditado. Lo que quiere decir es que desde la primera palabra se ha de caminar derechamente á la acción, sin introducción de narraciones, personajes ó aventuras impertinentes.

5 *Quid est enim tam furiosum quam verborum, vel optimorum atque ornatissimorum, sonitus inanis, nulla subjecta sententia, nec scientia?* como dijo Cicerón.[2] Estos son hombres del carácter del Tersites homérico, que tanto aborrecía Catón *in quibus multum loquentiæ, sapientiæ parum*, como está en Salustio.[3] Cicerón dijo bellamente: *Neque infantiam ejus, qui rem norit, sed eam explicare dicendo non queat, neque inscientiam illius, cui res non suppetat, verba non*

1 *Art. Poét.*, v. 103–105.
2 *De Orat.*, I, 12.
3 *Cat.*, V.

desint, esse laudandam: quorum si alterum sit optandum, malim equidem indisertam prudentiam, quam stultitiam loquacem.[1]

6 Escribiendo Mr. Boileau en Francia, dice "más allá de los Pirineos," para denotar los reinos de España.

7 Este autor es Lope de Vega. Boileau no le da esta alabanza; pero aunque se le censuren algunos defectos, no se le ha de negar su fecundidad de ingenio, su bellísima expresión y facilidad en el verso. El mismo Lope de Vega dice que con una que había acabado aquella semana, tenía ya escritas cuatrocientas y ochenta y tres comedias, y Montalván por todas le atribuye mil y ochocientas. En tanta multitud no podía dejar de abundar lo malo.

8 *Jornadas* llaman los españoles lo que los antiguos llamaron *actos*. Esta crítica que aquí hace Mr. Boileau de Lope de Vega es muy justa; pero no es justo que se haga tan generalmente de todas sus obras, y mucho menos de todo el Teatro español, como si en España no se vieran sino semejantes monstruos. ¿Sería justo que por el *Scapin* y otras semejantes se juzgara de todas las comedias del Molière, ó por el *Agesilas*, de todas las tragedias de Cornelio? ¿Gustarían los Monsieures, que por Quinault, por Chapelain, por Saint-Amant, por Scudéri y otros semejantes nos burlásemos de toda la poesía francesa, y los tuviésemos por bárbaros é ignorantes de toda Arte Poética? ¿El Teatro francés siguió algunas leyes ni tuvo alguna forma hasta Cornelio y Racine? ¿Estos mismos en todas sus composiciones son igualmente regulares? Añádase que esta censura no la hacen ellos por observación propia, que si hubieran hecho alguna de los autores buenos de España, acaso no los tendrían por tan bárbaros en materia de poesía. Esta censura, digo, se la dió hecha á los franceses y extranjeros el juicioso autor del *Don Quijote*. Óigase cómo habla el Cura en el capítulo 48 del libro primero: "¿Qué "mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos "(esto es, de la comedia), que salir un niño en mantillas

1 *De Crat.*, III, 35.

"en la primera escena del primer acto, y en la segunda sa-
"lir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintar-
"nos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retó-
"rico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa
"fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan
"en los lugares[1] en que pueden ó podían suceder las accio-
"nes que representan, sino que he visto comedia que la
"primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia,
"la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro
"jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera
"hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que
"la imitación es lo principal que ha de tener la comedia,
"¿cómo es posible que satisfaga á ningún mediano enten-
"dimiento, que fingiendo una acción que pasa en tiempo
"del rey Pepino y Carlomagno, al mismo que en ella hace
"la persona principal le atribuyan que fué el emperador
"Heraclio que entró con la Cruz en Jerusalén, y el que
"ganó la Casa santa, como Godofre de Bullón, habiendo
"infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la come-
"dia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y
"mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes perso-
"nas y tiempos; y esto no con trazas verisímiles, sino con
"patentes errores de todo punto inexcusables?.... ¿Pues
"qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros
"falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendi-
"das, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun
"en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más res-
"peto ni consideración que parecerles que allí estará bien
"el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que
"gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo
"esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las
"historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; por-
"que los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan
"las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é igno-
"rantes, viendo los absurdos y disparates de las que hace-

1 Es notable que todas las ediciones del *Quijote* digan aquí *tiempos*, en vez de *lugares*, como acertadamente corrigió el P. Alegre.

"mos. . . . De haber oido la comedia artificiosa y bien or-
"denada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado
"con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las
"razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejem-
"plos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que
"todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en
"el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que
"sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar
"y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas
"estas partes tuviere, mucho más que aquella que care-
"ciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que
"de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa
"desto los poetas que las componen, porque algunos hay
"dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben
"extremadamente lo que deben hacer; pero como las co-
"medias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen
"verdad, que los representantes no se las comprarían, si
"no fuesen de aquel jaez. . . . Y que esto sea verdad, véase
"por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un
"felicísimo ingenio destos reinos (habla aquí del mismo
"Lope de Vega), con tanta gala, con tanto donaire, con tan
"elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves
"sentencias, y finalmente tan llenas de elocución y alteza
"de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por
"querer acomodarse al gusto de los representantes, no han
"llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la
"perfección que requieren." He querido copiar aquí, aun-
que algo largo, todo este pasaje de Miguel de Cervantes,
para que por él se vea cuán conocidas eran en España á
principios del siglo pasado la arte y leyes del teatro, de
que nos quieren hacer tan ignorantes los franceses, y cuán
injustamente quieren hacer ver como un vicio general de
la nación aquello mismo que los autores juiciosos de Es-
paña han sido los primeros en reprender con el mayor
ardor.

9 Óigase cómo habla de sí y de sus comedias el mismo
Lope de Vega:

Me pedís que escriba
Arte de hacer comedias en España,
Donde cuanto se escribe es contra el Arte;
Y que decir cómo serán ahora
Contra el antiguo, que en razón se funda,
Es pedir parecer á mi experiencia,
No al Arte, porque el Arte verdad dice,
Que el ignorante vulgo contradice.... [1]
Mas ninguno de todos llamar puedo
Más bárbaro que yo, pues contra el Arte
Me atrevo á dar preceptos y me dejo
Llevar de la vulgar corriente adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.
Pero ¿qué puedo hacer, si tengo escritas,
Con una que he acabado esta semana,
Cuatrocientas y ochenta y tres comedias,
Porque fuera de seis las demás todas
Pecaron contra el Arte gravemente? [2]

Estas seis comedias que Lope no nombra, deben ser aquellas por los cuales había antes dicho:

Verdad es que yo he escrito algunas veces
Siguiendo el Arte que conocen pocos;
Mas luego que salir por otra parte
Veo los monstros de apariencias llenos,
Adonde acude el vulgo y las mujeres
Que este triste ejercicio canonizan,
A aquel hábito bárbaro me vuelvo:
Y cuando he de escribir una comedia
Encierro los preceptos con seis llaves,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio. [3]

Finalmente, después de esta solemne confesión, nada enmendado, concluye su nuevo Arte de esta manera:

Sustento en fin lo que escribí, y conozco
Que aunque fueran mejor de otra manera,
No tuvieran el gusto que han tenido:
Porque á veces lo que es contra lo justo
Por la misma razón deleita el gusto. [4]

1 Ed. Rivadeneyra, tom. XXXVIII, pág. 231, col. 1.
2 Ibid., pág. 232, col. 2.
3 Ibid., pág. 230, col. 1.
4 Ibid., pág. 232, col. 2.

10 Es lo que dijo Horacio:

Ficta voluptatis causâ sint proxima veris:
Nec quodcumque volet, poscat sibi fabula credi:
Neu pransæ Lamiæ vivum puerum extrahat alvo. [1]

11 Precepto importantísimo del mismo Horacio:

Aut agitur res in scenis, aut acta refertur:
Segnius irritant animos demissa per aurem,
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus, et quæ
Ipse sibi tradit spectator. Non tamen intus
Digna geri promes in scenam; multaque tolles
Ex oculis, quæ mox narret facundia præsens:
Nec pueros coram populo Medea trucidet;
Aut humana palam coquat exta nefarius Atreus;
Aut in avem Progne vertatur, Cadmus in anguem. [2]

12 Estas mudanzas son las que los griegos llaman catástrofe, en que el héroe pasa de feliz á infeliz ó al contrario, y suele ser más de una vez en todo el discurso del drama.

13 A esto aludió Horacio cuando dijo:

Carmine qui tragico vilem certavit ob hircum. [3]

14 Es lo que dijo Horacio:

Ignotum tragicæ genus invenisse Camænæ
Dicitur, et plaustris vexisse poëmata Thespis,
Quæ canerent agerentque, peruncti fæcibus ora. [4]

15 Lo que dijo Horacio:

Post hunc, personæ pallæque repertor honestæ
Æschylus, et modicis instravit pulpita tignis,
Et docuit magnumque loqui, nitique cothurno. [5]

El coturno y la máscara eran para representar á los personajes de un talle y gentileza superior á la común de los hombres, según la opinión en que estuvo toda la antigüedad, de que los héroes y los hombres de los primeros siglos

1 *Art. Poét.*, v. 338-340.
2 Ibid., v. 179-187.
3 Ibid., v. 220.
4 Ibid., v. 275-277.
5 Ibid., v. 278-280.

eran de una mayor corpulencia y robustez que los después nacidos. Esquilo tiene una bella tragedia de *Agamenón*, de la cual cita uno ú otro pasaje Longino en su famoso tratado del *Sublime*.

16 Aristóteles aligó los preceptos todos de la Tragedia á los dramas de Sófocles, como los de la Epopeya á la *Ilíada* de Homero; y aludiendo á la pompa y sublimidad de la dicción de Sófocles dijo Virgilio:

Sola, Sophocles, tua carmina digna cothurno [1]

17 La lengua latina, aunque tan expresiva y pulida, es muy débil y tierna para las expresiones trágicas, respecto á la griega. Por esto los latinos, después de las infelices tentativas de sus antiguos poetas, Accio, Nevio y Pacuvio, desesperados de poder imitar á los griegos en la majestad y número de la dicción, omitieron casi del todo este género de composiciones, de que nada nos dejó apreciable el floridísimo siglo de Augusto. Séneca, ó fuese el filósofo ó el declamador, procuró suplir en el siglo siguiente lo que faltaba de verdadera grandeza y sublimidad con una hinchazón enfadosísima. Sin embargo, sus tragedias son lo mejor que hay en latín. Después de la restauración de las bellas letras, se han escrito algunas tragedias latinas con mejor arte, aunque no con mejor dicción. El *Crispo* de Stephonio, jesuita, es á mi juicio lo más perfecto. El *Philotas* de Nicolao Succhi, como sus demás composiciones poéticas, está muy defectuoso. Las de Petavio nada saben á la erudición, juicio y crítica de aquel gran jesuita. *Non omnia possumus omnes.*

18 No cesó tan del todo, que en España no se conservasen por mucho tiempo, y hasta nuestros días, las que Cervantes llamó comedias divinas ó sagradas, en que se introducían personas canonizadas, los ángeles, y aun el mismo Dios humanado. Tales son las de *S. Franco de Sena*, *S. Gil de Portugal*, *el Purgatorio de S. Patricio*, *S. Ginés*, *la Perla del Sacramento*, y otras innumerables de esta naturaleza,

1 *Egl.* VIII, 10.

de que cada uno juzgará según su sistema. Mr. Boileau creyó más ésta una devota extravagancia, que una verdadera piedad. Lo mismo se puede decir de los *Autos Sacramentales.* D. Pedro Calderón, se dice que arrepentido del escándalo que acaso habrían causado sus comedias profanas, le quiso reparar con este género de comedias á lo divino en que los personajes son ordinariamente la Fe, la Esperanza y la Caridad, las Virtudes Cardinales, la Religión, la Iglesia y cosas semejantes. Sea quien se fuere su autor, ni los vicios ni las virtudes son personas capaces de representarse en los teatros, ni pueden atribuírseles cualidades ó aventuras que satisfagan y entretengan la atención de un hombre cuerdo. ¿Qué diré de las tragedias sagradas, esto es, de aquellas en que la pasión de algún santo mártir se quiere hacer argumento de un drama trágico, como si la muerte padecida por Jesucristo fuese una materia de lástima y de compasión, y no antes de gloria y de santa envidia?

19 En los antiguos poetas, así épicos como trágicos, el amor no hacía juego principal en el drama. Homero cantó veinticuatro libros de la *Ilíada*, y otros tantos de la *Odisea*, sin introducir jamás en el discurso de su narración un héroe enamorado. Es cierto que Helena dió ocasión á la ruina de Troya, y Briseis es el motivo de la cólera y dolor de Aquiles, como Penélope de los esfuerzos de Ulises por volver á su patria; pero estos son amores que el poeta supone, no los canta ni los inculca estudiosamente. Lo mismo puede observarse en las tragedias de Sófocles, Esquilo y Eurípides casi todas. Apolonio, á lo que me acuerdo, en sus *Argonautas* insistió sobre los amores de Jason y de Medea, que allí forman todo el nudo de la empresa. De este ejemplar nació, á despecho de la cronología, la Dido virgiliana, de que después se han valido los poetas posteriores; y con más exceso que ningún otro, el Ariosto y el Tasso entre los épicos. Nada digo del Teatro moderno en que los lances de amor hacen los principales y aun casi los únicos enredos.

20 Como hizo malamente Mr. de Fontenelle.

21 Aquí es tácitamente reprendido Ramsay, autor inglés que compuso el romance, ó llámese poema en prosa, de los viajes de Ciro. Este príncipe, y aun los famosos sabios del Egipto, en aquella novela hacen un papel de amantes embelesados que causa compasión. Las huellas de Ramsay procuró seguir en esto el autor francés del *Ocio de Ciro*, romance también lleno de amores filosóficos.

22 Virgilio, el gran Virgilio, no carece de culpa en esta parte. El piadoso Eneas, sin algún miramiento ni atención á la voluntad conocida de los dioses, que lo llamaba á la Italia, en la primera ocasión que se le presenta abusa furtivamente del afecto, acaso inocente, de una reina infeliz que pretendía asociarlo á su trono por medio de un legítimo matrimonio. Se ve en él una frialdad, una insensibilidad, una dureza que hubiera sido buena para no dejarse vencer; pero no es verisímil en quien se había tan fácilmente rendido. Rompe finalmente los lazos, es verdad; pero para romperlos es menester un mandato expreso de Júpiter, por medio de Mercurio, y los rompe cuando ya á Dido no le queda otro recurso que el de acabar tristemente sus dias á mano de la desesperación y del sonrojo. En esto son mucho más cuerdos Ulises y Telémaco en el poema ó novela de Fenelón, y aun el Reinaldo del Tasso. Quiero que el héroe, si llega á sentir la pasión del amor, luche contra ella y salga victorioso: que el amor forme nudo y no parezca fin principal de la acción. En esto no procedió muy ajustadamente Voltaire, poeta de la Francia muy conocido en nuestros días, porque dejando los amores de su héroe Enrico IV para lo último del poema, antes parecen éxito y perfección del argumento, que nudo de él.

23 Presentar un héroe absolutamente cabal y perfecto en lo natural, es querer presentar una idea quimérica y del todo inverisímil. Las grandes virtudes jamás se hallan en el hombre sin que declinen á alguno de aquellos dos extremos contrarios en cuyo medio consisten; ni anima con su ejemplo á la imitación una virtud que se aprende imposible de alcanzar.

24 Aquiles se representa como un monstruo de valor y

de fortaleza militar. A estas cualidades sigue naturalmente la indocilidad, la obstinación y dureza de juicio. Aquiles es en todo extremado. Si da en que ha de llorar á Patroclo, lo llora hasta el exceso de anteponer su pérdida á la de su padre Peleo y su hijo Neptolemo. Si da en aborrecer á Agamenón, no quiere ni verlo ni tratarlo jamás para cosa alguna. Si da en que no ha de tomar las armas, no hay para lo contrario miserias ni elocuencia que lo persuada. Si da luego en que ha de pelear, quiere acometer desde aquel momento, sin dar tiempo á la tropa aun para tomar el necesario refuerzo.

Impiger, iracundus, inexorabilis, acer,
Jura neget, sibi nata, nihil non arroget armis. [1]

Son muy diferentes las lágrimas de Aquiles y de Eneas. Este llora comunmente por una cierta blandura y terneza de corazón que no es muy propia de un hombre valeroso y acostumbrado á los reveses de la fortuna; Aquiles llora de rabia y de soberbia, de no poder vengar una injuria, lo cual proviene de la misma altivez y fiereza de su genio.

25 Los caracteres de Homero han sido el ejemplar de toda la antigüedad, y la admiración de todos los buenos conocedores. Las grandes riquezas fomentan por lo común un orgullo insensato; el temor de perderlas envilece los ánimos, especialmente para los peligros de la guerra, crían el despotismo, y aumentan el deseo de sí. Tal es el carácter de Agamenón; hombre, por otra parte, de más que un mediano valor y de docilidad á los consejos de los prudentes.

26 La prudencia humana declina comunmente en astucia y engaño. Tal es el carácter de Ulises en Homero. Hombre sagaz, astuto, trascendente, y por eso no muy pronto de mano, aunque hallándose en el aprieto no deja de mostrar grande ánimo, ayudado de las reflexiones que le sugiere la capacidad y el honor.

27 Tal es el carácter de Eneas en Homero. A Virgilio le convenía darle más valor del que había mostrado en la

1 Horat., *Art. Poét.*, v. 121, 122.

guerra de Troya; pero con todo su artificio no me parece que ha podido salir con que el mundo forme de Eneas otra idea que aquella de que estaba ya preocupado por la pintura de Homero. En la *Ilíada* se ven los héroes caracterizados por la edad, por el estilo, por los diversos grados de valor, y aun por la fisonomía corporal. Si es en el sueño, Nestor, como tan viejo, á la media noche está aún despierto. Ulises, de edad madura que inclina ya á la vejez, duerme, pero con un sueño ligero que sacude fácilmente á la primera voz. Diomedes, como joven, aunque armado y á cielo raso, acostado sobre sus armas duerme un sueño profundo, y es menester moverlo con el pie para despertarlo. Si es en la elocuencia, á Nestor, como viejo, se le da un estilo pausado, suave y dulce: á Ulises, maduro, una elocuencia vehemente, majestuosa y sublime: á Menelao, como más joven, un estilo y manera de hablar agudo, conciso, penetrante y verdaderamente lacónico. Al mismo Menelao, nada llevado por las armas, le da un cabello azafranado: á Juno, litigiosa y celosa, le da un rostro abultado, unos ojos grandes, lentos y de buey: á Minerva, de áspero natural y colérico, le da unos ojos azules y ceja blonda, los que en nuestro vulgar llamamos garzos, que eso suena propiamente γλαυκῶπις. ¿Qué diré de las diversas especies de valor que da á sus guerreros? Sería alargar infinito esta nota si quisiera apuntar todas las particularidades con que Homero diversifica y varía sus caracteres, todos naturales é hijos de una filosófica observación y profundo estudio de la naturaleza y del corazón humano.

28 La *Clelia*, famosa heroína romana, dió asunto á un romance de Mad. Scudéri, donde entre otros se nota este defecto de haber dado el aire y espíritu francés á sus personajes.

29 Este defecto se nota en el *Catón* de Lord Addison, una de las tragedias más aplaudidas que tienen los ingleses. Catón, Bruto, Marcia y demás personajes se ven allí pintados enteramente á la inglesa, demasiadamente galanes, pulidos y tiernos, y muy lejos de aquella austeridad de que nos dan idea sus acciones. Esto mismo es fácil de

notar en muchas composiciones semejantes de escritores modernos.

30 Los romances ó novelas son un género de composición caprichosa, como aquel de las pinturas de monstruos y gigantes con que no se pretende sino entretener á gente ociosa. Tal es de la antigüedad el *Asno de Oro* de Apuleyo, y en los posteriores siglos la historia de los doce Pares, *Guerras civiles de Granada* y todos los libros de caballería andante, como también la *Dorotea*, de Lope de Vega: por tales tengo igualmente á la *Diana* de Montemayor, y las monstruosísimas fábulas de Ludovico Ariosto, á que injustamente se ha dado nombre de poema heroico. Son mucho más regulares, aunque en prosa, la *Argenis* de Juan Barclayo, el *Telémaco* de Fenelón y el *Ciro* de Ramsay; y en lo burlesco el *D. Quijote de la Mancha.*

31 Lo que se dice de la escena y de la tragedia y comedia que se hace para representarse en teatros, debe igualmente entenderse de la epopeya y de todo poema dramático, ó en que se introducen hablando variedad de personas, aunque sea un drama pastoril.

32 Es lo que dijo Horacio:

Si quid inexpertum scenæ commitis, et audes.
Personam formare novam, servetur ad imum
Qualis ab incepto processerit, et sibi constet. [1]

33 Juba y Calpreneda son personajes de un mal poema francés intitulado la *Cleopatra.*[2]

34 Lo que en Horacio:

Tristia mœstum
Vultum verba decent; iratum plena minarum:
Ludentem lasciva: severum seria dictu.
Format enim natura prius nos intus ad omnem
Fortunarum habitum. [3]

35 Es reprensión de Séneca, que en la tragedia intitulada

1 *Art. Poét.*, v. 125–127.

2 Aquí padeció equivocación el P. Alegre. Calprenède no es personaje de la novela (no poema) *Cleopatra*, sino el autor. Lo que Boileau quiso decir fué, que hablan de igual manera el autor y el personaje creado por él á su imagen y semejanza.

3 *Art. Poét.*, 105–109.

las *Troades* hace prorrumpir á Hécuba llorosa en aquel pomposísimo verso

Septena Tanain ora pandentem bibit [1]

36 Lo que está en Horacio:

Telephus et Peleus, cum pauper et exul uterque
Projicit ampullas et sesquipedalia verba,
Si curat cor spectantis tetigisse querela. [2]

37 Si vis me flere, dolendum est
Primum ipsi tibi: tunc tua me infortunia lædent. [3]

38 Para concluir lo que pertenece á la tragedia, debo insinuarte lo que han producido más perfecto en este género los siglos posteriores. Cuatro autores son los más dignos de estimarse: dos franceses, que son Cornelio y Racine; italiano Pedro Metastasio, é inglés Addison. Es más sostenido, más grave y más exacto en lo que toca á los caracteres, Cornelio: es más patético, insinuante y diestro en manejar los afectos, Racine; más suave, dulce y natural en los nudos, Metastasio; más instructivo, sentencioso y pomposo, Addison. Otros formarán mejor juicio.

39 Este breve verso comprende todas las cualidades que debe tener la acción para ser argumento de una epopeya ó poema heroico. La unidad ó simplicidad de la acción es sumamente necesaria.

..... Sit quodvis simplex dumtaxat et unum. [4]

De donde se ve que la vida toda de un hombre, que es un contraste de acciones y pasiones diversísimas, no puede ser asunto de una epopeya, y así deben ser excluidas de este número la *Vida de la Virgen*, y el *San Ignacio*, de D. Antonio de Escobar y Mendoza; la *Santa Rosa*, del Conde de la Granja; la *Santa Teresa* de Butrón; la *Francisciada*, de Macedo, el *Moisés Viator*, de Antonio Millico, la *Santa Catarina* y demás poemillas del Carmelita Mantuano; la *Santa Clara* de la monja Sallent, y otras innumerables de esta naturaleza.

1 Act. I, v. 9.
2 *Art. Poét.*, v. 96-98.
3 Ibid., v. 102-103.
4 *Art. Poét.*, v. 23.

40 La acción épica debe ser, en segundo lugar, de una proporcionada longitud. Una grande empresa no es verosímil que se prepare y se ejecute en pocos días, ni por otra parte es fácil que la prudencia humana lleve encaminados siempre á un solo y simple término los incidentes y aventuras de muchos años. En esta parte se peca igualmente por defecto, que por exceso. En los antiguos poetas no se halla regla fija. La acción de la *Ilíada* se concluye en cincuenta ó pocos más días: la de la *Odisea* en tres ó cuatro meses. La de los *Argonautas* en Apolonio y en Valerio Flaco dura cerca de un año. Un año entero emplea Virgilio: casi lo mismo Luis de Camoens y Alonso de Ercilla. Una campaña basta á Torcuato Tasso en su *Jerusalén*, y á Juan Rufo en su *Austriada*. Estos dos autores, como del autor del *Telémaco* dice Ramsay, escogieron un buen medio entre la rapidez y la violencia con que corre á su fin el poeta griego, y la lenta y majestuosa marcha de Virgilio. Así que generalmente la acción épica, ni debería pasar de un año, ni concluirse en menos de dos ó tres meses. Ni se me proponga por ejemplar en contra la *Christiada* de Jerónimo Vida, que se concluye en dos días, esto es, desde la última Cena de Nuestro Salvador hasta su muerte. La sabiduría de un Hombre Dios podía bien preparar y concluir en un momento la mayor empresa, ó dirigir, como dirige efectivamente, á un solo y simplicísimo fin los sucesos diversísimos de todos los siglos; pero es imposible á la prudencia humana. La divinidad y sus obras en el orden de la Gracia no deben traerse á cotejo jamás, ni quererse limitar á la traza y arte de las composiciones y artificios humanos. ¿Diremos que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, es el héroe de aquel poema, y degradaremos con este nombre profano y ridículo á la segunda Persona de la Augustísima Trinidad? ¿Querremos ajustar á las leyes de la verisimilitud las acciones estupendas, milagrosas y sobrenaturales que antecedieron, acompañaron y siguieron á la muerte del Salvador? La cruz, objeto de adoración para los cristianos, no era para los ojos del mundo sino un objeto de abominación y de infamia. Conocer la grandeza y sublimidad de aquel

misterio es un acto de fe que no debe ajustarse á los naturales conocimientos y sentimientos que tienen los hombres por la razón y por el sentido. Estos géneros de composiciones llámense con otro nombre ajustado á ellas, ó como las llamaban nuestros mayores, versos á lo divino; pero no se llamen epopeyas, ni poemas heroicos, ni se quiera por ellas ajustar ó medir las composiciones poéticas á lo humano de que aquí tratamos. Lo que he dicho del Jerónimo Vida digo igualmente del *Partus Virginis* de Jacobo Sannazaro, obra preciosísima en cuanto á la versificación y el estilo; del *Puer Jesus*, ó fuga á Egipto, del jesuita Tomás Ceva; de la *Casa Lauretana* de Carlos de Luca; del *Rodulfo Aquariva*, ó poema de los cinco Mártires, de Bencio, y de los *Misterios de la Vida de Jesucristo y de la Virgen* de Antonio Chanut y de Constancio Pulcharelli, con todas las otras obras de este género. Volviendo á nuestro asunto, peca también contra este precepto, como también contra otras muchas reglas de la epopeya, Milton, poeta inglés, en su *Paraíso perdido*, que algunos de sus nacionales pretenden comparar y aun preferir á la *Ilíada*. Peca, digo, porque la perdición del *Paraíso*, ni es acción ni demanda tiempo alguno, ni tiene alguna de las otras cualidades que pide la acción épica, como se verá por lo que diremos adelante.

41 Si la acción no es honesta y virtuosa, no puede ser noble y grande, porque sin la virtud no puede haber verdadera y sólida grandeza. Aquí pregunto á los admiradores de Milton, ¿qué honestidad tiene la culpa de Adam para ser argumento de un poema? Por este mismo capítulo, entre otros, jamás tendré por poemas heroicos, ni la *Farsalia* de Lucano, ni la *Tebaida* de Stacio, ni el *Rapto de Proserpina* de Claudiano, ni la *Herodiada* de Bidermann. La guerra civil de César ni es una acción ni es honesta, si se atiende de parte de César el invasor, ni tiene determinada longitud, habiendo durado más de veinte años; y si se mira de parte de Pompeyo, tuvo un tristísimo éxito para ser asunto de epopeya. Stacio Papinio, en dos poemas que escribió, fué igualmente infeliz. En la *Tebaida* le falta uni-

dad del héroe, le falta la honestidad de la acción, que es la guerra entre los dos hermanos Eteocles y Polinice, y la felicidad del éxito, que es la muerte desastrada de uno y otro príncipe: en la *Aquileida* guardó la unidad del héroe, pero quebró en la de la acción, que es la historia toda de Aquiles. El *Rapto de Proserpina* ni es acción virtuosa, ni, aunque lo fuera, un dios puede ser un héroe proporcionado de un poema heroico. De Bidermann diremos en otra parte.

42 Aunque toda acción virtuosa es acción noble, aquí por esté epíteto entendemos una acción hija no de vulgar virtud, sino de virtud heroica. En esto faltó Cristóbal de Virués, poeta valenciano, autor del *Monserrate.* Quien oyere esto pensará que así se llamase algún famoso capitán cuyas hazañas canta Virués. Nada menos. Canta la fundación de un monasterio de monjes benedictinos: acción laudable, piadosa, honestísima; pero que la puede hacer cualquiera que deje mucho dinero, sin mucha elevación de pensamientos y heroicidad de espíritu.

43 Mas aun no basta que la acción sea noble, es menester que sea esplendorosa, lustrosa, brillante. Dar la otra mejilla á quien me hiere es un acto heroicísimo de paciencia. Sin embargo, esta acción no sería un buen argumento de una epopeya, porque á considerarla en lo humano, no es acción gloriosa de brillo y esplendor. Por eso no tendré jamás por epopeya el *Job* del portugués Sousa, ó del francés Vavasseur.

44 La ficción no es esencial á la poesía. Píndaro, Horacio, Juvenal, Persio, Catulo, Ovidio, Tibulo y otros han sido excelentes poetas, sin fingir cosa alguna. Mas epopeya, tragedia, comedia no puede haber sin ficción y sin fábula. El fundamento y fondo de la acción sería mejor que fuese siempre una historia verdadera, como el establecimiento de Eneas en Italia, la toma de Jerusalén, &c. Pero este fondo es menester que lo varíe la vista y lo adorne la fábula, si no, será una historia puesta en verso, como los Evangelios por Arator, Juvenco, y por Nonno. Una epopeya, una comedia ó tragedia es una larga parábola que

para instruir y mover sin fastidio se vale de los adornos de la ficción, inventando aventuras y acontecimientos naturales, y en cuanto puede ser, semejantes á la verdad. La debilidad del entendimiento humano es la que dió origen á la ficción que le hace agradables y sabrosas las instrucciones que de otra suerte le serían pesadas y enfadosas. Esto explicó bellamente Lucrecio con aquel símil que tradujo Torcuato Tasso.

Così à l' egro fanciul porgiamo aspersi
Di soave licor gli orli del vaso:
Succhi amari, ingannato, intanto ei beve,
E dall' inganno suo vita riceve. [1]

Por consiguiente, cuando la ficción no sea ó conducente para la verisimilitud ó para hacer sensible alguna verdad y agradable alguna instrucción, como la conversión de las naves de Eneas en ninfas, no debe tener lugar entre las ficciones heroicas, aunque sea de Homero ó de Virgilio. La poesía es como la pintura, en que toda imagen, por bella que sea, si no nos significa alguna cosa, se atribuye á ociosidad ó liviandad del pincel:

..... fortasse cupressum
Scis simulare: quid hoc, si fractis enatat exspes
Navibus, ære dato qui pingitur? [2]

45 El éxito de la acción épica debe ser feliz, no como el de la *Tebaida* de Stacio ó el *Paraíso perdido* del citado Milton. Los conatos, aunque honestos y grandes, pero que no tienen un éxito glorioso, no son los más á propósito para mover á la imitación, ni para inspirar el amor de la virtud á los hombres, que no califican las intenciones comunmente, sino por el suceso que tienen. Grandes y muy laudables fueron las dos expediciones de S. Luis á la conquista de la Tierra Santa; pero no habiendo tenido sino un éxito á los ojos humanos desgraciado, no tuvo buena elección Le Moyne en tomarlas por argumento de su *Luisiada*. Pe-

1 *Gerus. lib.*, cant. I, oct. 3.
2 HORAT., *Art. Poét.*, v. 19-21.

ro prosigamos después de tan largo paréntesis nuestra traducción.

46 No solamente las virtudes y pasiones humanas, sino aun muchas otras cosas insensibles é inanimadas personalizan con gracia los poetas, para hacer más bellas y más sensibles é instructivas las ideas. En el paso del Rubicón, cerca de Rímini, finge Lucano que á Julio César se le aparece en sueños Roma llorosa, persuadiéndole á deponer las armas. Esta ficción es ingeniosa, es natural y envuelve un fondo de alegoría y de moralidad muy bella. César es muy verisímil que al entrar con armas en un territorio prohibido sintiese en sí mismo algún choque de afectos que lo acusasen de ingrato y de enemigo de su patria. Estos interiores remordimientos era muy natural que lo turbasen aun en el sueño, y el poeta los hace pasar por voces y súplicas de su afligida patria. Por otra parte, estando, como estaba, grabado en piedra á las márgenes del Rubicón un edicto de la República para que ningún general de ella pasase de allí adentro con armas, la ficción es instructiva, porque poniendo aquella exhortación en boca de la misma Roma, da á conocer que la voz de las leyes es voz de la patria, cuyo amor debe preferir el corazón de los buenos ciudadanos á cualesquiera resentimientos y particulares intereses. El promontorio ó Cabo de Buena Esperanza, en la punta más austral de la África, es un pasaje de mar borrascosísimo, y que después de muchas tentativas se creía impracticable. Esto dió ocasión á Camoens para fingir allí un monstruo marino de enorme deformidad y grandeza, que se deja ver á Vasco de Gama prohibiéndole el pasaje por aquel su territorio, y amenazándole con un cierto naufragio. Saberse valer de esta manera, ó de la naturaleza, ó de la historia, ó de la naturalidad, para levantar de ahí vivas ficciones ó imágenes hermosas, es lo que prueba y discierne un genio á propósito para la poesía épica.

47 Torcuato Tasso hace á Lucifer convocar un consejo de todos los príncipes de las tinieblas para oponerse á los piadosos intentos de Gofredo de Bullón, é impedir la liberación del Santo Sepulcro. El Tasso tiene aquí mil belle-

zas, traducidas de Homero y de Virgilio, en la descripción del infierno. Este pasaje han imitado otros autores modernos, singularmente el Conde de la Granja en su *Santa Rosa.* Milton está lleno de esto en su *Paraíso perdido.* Allí se ve la genealogía del Pecado, la Muerte, y las diversas cualidades y empleos de los espíritus infernales; complexo de ideas el más feo, más melancólico, más fastidioso que ha podido ofrecerse á humana fantasía. Es verdad que los diablos de Milton no son tan tristes como los del Tasso. Aquellos tocan la harpa, el violín, la flauta, luchan, tiran al blanco, danzan, cantan y se ocupan en otros varios ejercicios del cuerpo y del espíritu. ¡Qué trastorno y desreglamiento de imaginación! ¡Y esto se quiere comparar á Homero y á Virgilio! *O seclum insipiens et inficetum!* [1]

48 Así como sería un vano escrúpulo desterrar del verso todos los adornos de la Mitología, así por el contrario sería una especie de impiedad mezclar en un asunto cristiano y formar los principales nudos de una epopeya sagrada con los dioses del gentilismo. Estoy muy lejos de aprobar en Camoens que venga Venus á favorecer á Vasco de Gama, y en Sannazaro que Proteo cante los milagros de la vida de Jesucristo.

49 En aquellos héroes y asuntos que por su antigüedad están, digámoslo así, fuera del favor y de la envidia, se discurre con más libertad, y se finge con mayor verisimilitud. Por eso, según el consejo de Horacio, es mejor y más seguro hacer materia de sus versos la guerra de Troya ú otros semejantes sucesos antiguos de Grecia ó de Roma, que no meterse á formar héroes y aventuras nuevas y desconocidas de los lectores.

> Difficile est proprie communia dicere: tuque
> Rectius Iliacum carmen deducis in actus
> Quam si proferres ignota in dictaque primus. [2]

50 Childebrando es el héroe de un mal poema moderno francés.

1 Catul., 43.
2 Horat., *Art. Poét.*, v. 128-130.

51 Ciertos defectos hay, que aunque absolutamente reprensibles, tienen sin embargo su origen de una cierta grandeza y elevación de espíritu en lo natural; como la demasiada profusión en el gasto, la intrepidez y audacía, el apetito de nombre y fama; y así, de atribuirle á un héroe alguna flaqueza, más se le debería atribuir v. g. la prodigalidad que la avaricia, que arguye cierta bajeza y pequeñez de espíritu.

52 Gofredo de Bullón es el héroe en la *Jerusalén* de Torcuato Tasso: argumento bien escogido, en que concurren la grandeza, la piedad y todas cuantas prendas pueda tener la acción de un poema heroico.

53 Colón ó el descubrimiento del Nuevo Mundo es el asunto de la *Colombiada*, poema del jesuita Obertin Carrara, en que nada hay recomendable, fuera del argumento.

54 Vasco de Gama es el héroe de los *Lusiadas* de Camoens, de quien hemos hablado en otra parte.

55 César dictador es uno de los más famosos generales que ha tenido el mundo. Lucano pudo haber escogido de él acciones mucho más gloriosas y laudables que la guerra civil.

56 Tito es el héroe de un antiguo poema de la destrucción de Jerusalén, que se halla en una antigua colección de poetas latinos, y no me acuerdo ahora de su autor.

57 Alejandro el Grande dió asunto á las malas poesías de Cherilo, poeta antiguo, de quien dijo Horacio en su *Arte:*

> Sic mihi, qui multum cessat, fit Chœrilus ille,
> Quem bis terque bonum cum risu miror.... [1]

Un genio de los más raros que ha dado la Naturaleza y que hizo tanto aprecio de los buenos poetas, merecía ciertamente mejor fortuna.

58 La famosa victoria de Constantino contra el tirano Maxencio cantó en un poema heroico el jesuita Alejandro Donato, con más regularidad que elevación y genio.

59 Enrico IV, rey de Francia, es el héroe de la *Henriada* de Voltaire, de que hablaremos adelante.

1 V. 357, 358.

60 Fernando, rey de Nápoles, dió asunto á un poema español, cuyo autor es el príncipe Esquilache.

61 La expedición de S. Luis á la Tierra Santa es la acción de la *Luisiada*, poema del jesuita Le Moyne.

62 Es reprendido aquí Stacio Papinio que tomó por asunto de su *Tebaida* la guerra entre los dos hermanos Eteocles y Polinice.

63 Es rasgo crítico contra Jacobo Bidermann, autor de la *Herodiada*, cuyo héroe es Herodes, y la acción digna del héroe: el degüello de los Inocentes; si no se pretende que sean los héroes unos niños sin uso de razón; ó el Mesías, que como recién nacido no hace papel alguno en todo el poema.

64 Esto acontece en el *Orlando* de Ariosto, de quien nadie habrá que pueda referir en un día la enredosísima historia.

65 La *Ilíada* de Homero, de que se dirá por extenso adelante.

66 Las narraciones deben ser claras, y de un estilo cuanto más se pueda conciso y lacónico, como que son propiamente para instruir como de paso en algún suceso, que aunque no absolutamente necesario, pero es sin embargo conducente al argumento que se trata. Digo esto de las narraciones que se introducen como episodios. Por donde se verá cuán lejos van de toda arte aquellos de nuestros poetas españoles que en las narraciones ó relaciones, como las llaman comunmente, emplean la mayor gala y pomposidad de sus desaforadas expresiones.

67 Las descripciones son el pasaje en que más luce la fantasía de un poeta; pero no por eso se da licencia ni para metáforas hinchadas ni para una prolijidad enfadosa. ¿Quién puede sufrir que en la descripción de una mañana, ó de un brioso caballo, ó de una hermosura, se empleen á cada paso muchísimos versos, y que no queden perlas, ni rubíes, ni flores, ni estrellas, ni nieve, ni aljófar, ni alguno de los cuatro elementos, con todo cuanto producen, que no se hayan de traer á colación? ¿Dónde se ve esto en Homero, en Virgilio ó en otro de los buenos poetas? La descrip-

ción más difusa de Homero, que es la del carro de Juno, en el libro quinto de la *Ilíada*, y la más larga de Virgilio, que es la de la Fama en el libro cuarto de la *Eneida*, son brevísimas respecto á las que usan muchos cómicos. La de Homero no llegará á veinticinco versos y la de Virgilio á diez y seis; y con ser de Homero y de Virgilio, se resienten, sin embargo, de un no sé qué de nimiedad y de pedantismo. Esto es propio de poetillas principiantes y niños que comienzan á aprender la amplificación, á quienes por eso agrada tanto Ovidio, viciosísimo en sus descripciones.

68 Es un rasgo crítico de Mr. Boileau contra Saint-Amant, autor del *Moisés salvo*, de quien se ha dicho ya en otra parte.

69 La extensión la ha de dar el argumento, la ficción ó la fábula. Pero ésta debe ser nacida y fundada de los mismos incidentes de la acción, que por tanto debe ser fecunda y susceptible de los adornos de la poesía, como las guerras, los descubrimientos de nuevas regiones, y semejantes sucesos famosos en que entra multiplicidad de aventuras y de personas. La necesidad de valerse de la ficción en un asunto en que toda ficción era poco decente, puso á Jerónimo Vida en el empeño de introducir á S. José y á S. Juan abogando por el Salvador ante sus inícuos jueces. Prescindiendo de que el Santo José, según toda apariencia y común opinión, había ya muerto al tiempo de la Pasión; prescindiendo, digo, de este anacronismo, estas ficciones son impropias y poco decorosas. Impropias, porque uno que pasaba por padre, y otro conocido discípulo del Salvador, no eran á propósito para ser oídos en su causa. Indecorosas al mismo Señor que jamás quiso otro patrocinio que el de su conocida inocencia, y que si hubiera querido, ó con doce legiones de ángeles santos, ó con una sola palabra, hubiera roto todas las medidas de sus perseguidores.

70 Que el estilo se sostenga quiere decir que nunca se abata á expresiones ó frasismos ó palabras, ó frías ó vanas, ó soeces ó pueriles. En toda la extensión del poema es necesario muchas veces mudar los tres estilos: el familiar, el medio, el sublime; pero en todos ellos se ha de conservar

siempre el mismo carácter de variedad, limpieza, claridad y decencia. Se puede decir simplícimamente con dignidad y hermosura

Portitor ille, Charon; hi, quos vehit unda, sepulti. [1]

71 La proposición debe ponerse en estilo fácil, sencillo y natural, con claridad y con limpieza. Algunos poetas comienzan con invocación, como Prudencio en la *Psychomachia:*

Christe, graves hominum semper miserate labores. [2]

Este ejemplo siguió Jerónimo Vida en la *Christiada:*

Qui mare, qui terras, qui cœlum numine comples,
Spiritus alme, &c. [3]

Virgilio abiertamente comienza con la proposición, á quien siguieron Silio Itálico, Lucano, Stacio, Valerio Flaco, y casi todos los latinos. El Tasso á la letra:

Canto l' armi pietose e' l Capitano
Che' l gran sepolcro liberò di Cristo.

Lo mismo Camoens:

As armas e os barões assinalados.

Homero comenzó proponiendo su argumento en un apóstrofe á las Musas, como á las que debían cantar por su boca. Cualquiera de estos modos es igualmente bueno y digno de imitarse.

72 La afectación é hinchazón de voces, que es tan reprensible en cualquiera parte del poema, lo es mucho más en la proposición, que es lo que debe informar de todo el argumento al lector.

73 Horacio reprendió semejante pomposidad de palabras en la proposición de un poeta de su tiempo:

Nec sic incipies, ut scriptor cyclicus olim:
"Fortunam Priami cantabo et nobile bellum." [4]

1 Æneid. VI, 326.
2 V. 1.
3 V. 1, 2.
4 *Art. Poét.*, 136-137.

¿Qué hubiera dicho el buen Horacio si hubiera llegado á leer

Inferni raptoris equos afflataque curru
Sidera Tænario caligantesque profundæ
Junonis thalamos audaci prodere cantu
Mens congesta jubet? [1]

¿Qué hubiera dicho si hubiera oido tronar al desaforado Butrón:

Hórridamente trágico al Tonante
Montes erice Encélado altamente,
Arda Tipheo en ira fulminante
Y Anteo al Flegra oprima la ardua frente? [2]

Mr. Boileau pone aquí por ejemplar de una proposición hinchada y arrogante la del *Alarico* de Mr. Scudéri, que comienza así:

Je chante le vainqueur des vainqueurs de la terre.

74 Es lo que dijo el mismo Horacio, después de los versos citados:

Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?
Parturient montes; nascetur ridiculus mus. [3]

75 Horacio puso por ejemplar de una proposición sencilla la de la Odisea de Homero:

Quanto rectius hic, qui nil mollitur inepte?
"Dic mihi, Musa, virum captæ post tempora Trojæ,
"Qui mores hominum multorum vidit et urbes." [4]

Mr. Boileau, por variar, toma la bella proposición de la *Eneida:*

Arma virumque cano &c.

76 Es lo que de Homero dijo Horacio:

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem
Cogitat. [5]

1 Principio del *Rapto de Proserpina* de Claudiano.
2 *Harmónica Vida de Sta. Teresa*, Oct. 1.
3 *Art. Poét.*, v. 138–139.
4 Ibid., v. 140–142.
5 Ibid., v. 143–144.

77 ..... ut speciosa dehinc miracula promat,
Antiphaten, Scyllamque, et cum Cyclope Charybdim. [1]

Los ejemplos que aquí se ponen en lugar de estos, están tomados del libro VI de Virgilio, que con el II y el IV, hace la más bella porción de la Eneida.

78 No basta que los caracteres sean propios: es menester que sean varios. Esto lo hace la fecundidad y la viveza de la imaginación, y la observación de la Naturaleza. En un cuadro, si se representan muchas imágenes, aunque representadas al natural, pero de un mismo semblante y en unas mismas actitudes, no darán mucho que admirar. En esto es incomparable el exceso de Homero sobre todos los poetas. Nestor y Ulises son dos hombres prudentes; pero la prudencia de Nestor en nada se parece á la de Ulises. La de Nestor es hija de una larga experiencia: él es un viejo ingenuo y franco que en sus dictámenes lleva siempre por delante la justicia, el honor y la verdad. La de Ulises más es parto del ingenio que de la experiencia, y para obtener sus designios no hace mucho escrúpulo de la disimulación y de la doblez. En una palabra, Nestor es prudente; Ulises político. Aquiles, Ayax, Diomedes, son tres hombres valerosísimos; pero ¡qué caracteres tan diversos de bravura! Ayax peleando á pie firme no cede al mismo Aquiles, fortísimo para sostener el ímpetu de los enemigos. Así se compara, ya á un asno que tala una sementera á costa de muchos palos que sufre, ya á un dique ó compuerta que sostiene el ímpetu de un rio caudaloso. Diomedes, más joven, es al contrario: es más propio para asaltar con atrevimiento, que para sostener con fortaleza. Aquiles es igual en todo, en todo grande y perfecto, como lo sumo de la fuerza y del valor. Estos ápices, esta finura y delicadeza de pincel en variar las imágenes, es el gran talento de Homero y el grande arte de la epopeya.

79 Lo que dijo Horacio:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci. [2]

1 *Art. Poét.*, v. 144-145.
2 Ibid., v. 343.

80 Luis de Ariosto es un famoso poeta de Italia que compuso el *Orlando furioso*, fábula de fábulas, y enredo de enredos, heroicos, amatorios, ridículos y de cuantas especies pueden ofrecerse á humano discurso. De él tenemos en España tres traducciones. Véase el *Don Quijote* de Miguel Cervantes.

81 Alude á la misma ficción del mismo Homero, en el libro XIV de la *Ilíada*.

82 No se han de amar tan ciegamente los autores, que se quieran creer absolutamente perfectos. Esto es pedir una cosa sobre las fuerzas humanas. Horacio mismo, uno de los mayores admiradores de Homero, conoció que algunas veces se dormía. ¿Quién puede negar en Homero algunas repeticiones, ya de embajadas, ya de transiciones, ya de epítetos enfadosísimos? ¿Quién puede dejar de conocer la impropiedad en algunas larguísimas arengas y diálogos de los héroes, en medio del calor de las batallas? Esto, digámoslo así, en lo material, y en lo formal algunas ficciones sin fondo alguno de verisimilitud, ni de instrucción. Para introducir á Diomedes como un aventurero de honor, que picado de las palabras de Agamenón hacía prodigios de valor, ¿era menester hacerlo herir también á Venus y á Marte? Para que ardiera la pira de Patroclo ¿era menester que Iris hiciera un viaje y fuera á llamar los vientos? Sobre todo, ¿á quien no le causa fastidio el grosero y ridículo combate de los dioses en el libro XXI de la *Ilíada*?

> Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
> Offendar maculis. [1]

Y á pesar de estos pequeños defectos, es preciso mirar á Homero como el más perfecto dechado de la poesía épica, y decir como dijo el otro de Cicerón para la elocuencia: "Tantum in re poetica te profecisse puta, quantum placere tibi ac sapere Homerum intellexeris."

83 Autores épicos, ó que han pretendido serlo, fuera de los muchos de que hemos hablado en las notas antecedentes, hay muchos otros de que te daré aquí una breve noti-

1 Hor., *Art. Poét.*, v. 351-352.

cia. Apolonio griego es uno de los más antiguos. Cantó la expedición de los Argonautas, y de su Medea nació la Dido virgiliana. Es autor de mérito, aunque su estilo es duro, y poco naturales sus imágenes. Quinto Smirneo ó Quinto Calabro es nombre, á lo que parece arbitrario, con que es conocido un poeta griego, autor de una obra intitulada *Paralipómenos*, esto es, narración de todo lo restante de la guerra de Troya, que omitió Homero. Se le parece bastante en el estilo; pero su obra más es una narración fabulosa que un poema. Pocos ó ningún autor se verá de esta especie de suplementos que tengan la misma fortuna de Maffeo; aquel que añadió el libro décimotercio á la *Eneida* de Virgilio.

A Nonno Panopolitano se le metió en la cabeza hacer tantos ó más versos que Homero, como si el número y no la calidad de los versos decidiera del mérito de los poetas. En efecto, compuso una obra que llamó *Dionysiaca*, esto es, de las conquistas y hazañas de Baco, en cuarenta y ocho libros, tantos como hacen juntas la *Ilíada* y la *Odisea*. Este autor es el Lucano de los griegos. Después, convertido á la fe católica, tradujo á verso griego, igualmente ampollado y pesante, el Evangelio de S. Juan. Este pensamiento de poner en verso la historia evangélica tuvieron en los primeros siglos algunos latinos, como Arator y Juvenco, presbítero; ni van muy lejos los versos de Sedulio y Alcimo Avito: todos tan piadosos escritores como malos poetas. Mejor que estos Abad modernamente en su obra *De Deo et de Deo Homine*.

Del mismo argumento de Apolonio, esto es, de la expedición de los Argonautas, tenemos un poema bastantemente regular de Valerio Flaco. Entendía bien el arte del poema y del verso; pero le falta fuerza, majestad y brío. Esto mismo se puede decir de Silio Itálico, llamado por su nimia adhesión á Virgilio, la Ximia Virgiliana.

Los dos libros de la *Psychomachia* de Prudencio son una especie de poema en que personaliza las virtudes y los vicios. El estilo es hinchado, y la dicción y la construcción no muy latina. Después hasta la *África* del Petrarca no

hay cosa considerable, y aun ésta es más un ensayo del buen gusto que comenzaba á reflorecer, que una obra perfecta. De la restauración de la literatura acá ha habido en todas lenguas una multitud de poemas.

En latín el *Constantino* de Donato, la *Herodiada* de Bidermann, el *Aquariva* de Bencio, la *Christiada* de Vida, la *Siphilis* de Jerónimo Fracastorio, la *Francisciada* de Macedo, el *Partus Virginis* de Sannazaro, el *Moisés Viator* de Antonio Millico, el *Jesús Niño* de Tomás Ceva, el *Rapto Manresano* de Werpæo, y otros muchos que sería en vano referir, habiendo ya hablado en las notas de los más considerables. En español hay de los antiguos la *Araucana* de D. Alonso de Ercilla, la *Austriada* de Juan Rufo, y el *Monserrate* de Cristóbal de Virués. Estos tres poemas, aunque llenos de grandes defectos, tienen bellezas muy originales. Y son, dice el Cura en D. Quijote,[1] "los mejores que "en verso heroico en lengua castellana están escritos, y "que pueden competir con los más famosos de Italia: guár- "dense como las más ricas prendas de poesía que tiene Es- "paña." En lo moderno no hay cosa que merezca el nombre de poema heroico, si no queremos contar en este número el *Fernando* de Esquilache, ó el *Hernando Cortés* de Ruiz, ó la *Santa Teresa* del Butrón, ó el *Ignacio* de Escobar, ó el *San Juan Nepomuceno* de Reina, y otras mil historias puestas en verso. Los franceses tienen el *David*, el *Jonás*, el *Moisés*, el *Alarico*, el *Clodoveo*, el *S. Luis*, la célebre *Pucela de Orleans* de Chapelain, y algunos otros de ningún nombre, y cuyo suceso infeliz hizo creer la lengua francesa incapaz de un poema heroico, hasta que Voltaire escribió su *Henriada*, ó toma de París por Enrico IV. Sin embargo, á pesar de todo el genio de este autor, se ve en todo su poema una sequedad, un género de sentencias abstractas, especulativas, metafísicas y afectadas, y una descripción de caracteres, nimia, frecuente y prolija. No se presenta héroe alguno en el teatro de quien antes no se diga, era de este carácter ó del otro: Catarina de Médicis, Enrico III,

1 Pte. I, cap. 6.

Sixto V, los Duques de Guisa, de Mayena, de Joyosa, d'Aumale, Mornay. Pero esta pintura de caracteres especulativa y filosófica es buena para un ético, para un historiador; no para un poeta. Homero ni Virgilio jamás dicen: Ulises ó Agamenón era de este genio; Nestor, Eneas ó Turno de este otro, sino que en su mismo modo de hablar y de obrar dan á conocer las buenas ó malas cualidades y el espíritu de cada uno. La afectación de máximas políticas y militares es sensibilísima en Voltaire, como la hiel y amargura satírica. Cuando lo leo, más me parece leer á Persio y Juvenal, que á Virgilio. Las comparaciones ó símiles, que deben ser naturales, sencillas, como que son inventadas para explicar con ellas las cosas, son muchas veces en Voltaire tomadas de la historia romana, ó semejantes sucesos, más oscuros en vez de ser más claros. La navegación de Enrico á Inglaterra se compara al pasaje de César del Epiro á Nápoles: el brío que inspira á las tropas con su presencia, con el que en semejante lance inspiró Rómulo á sus romanos. Este vicio lo tomó Voltaire de Milton, cuyos símiles son tomados muchas veces de la máquina neumática, de la colípila, de la refracción de la luz y semejantes fenómenos, traidos más para una ostentación pedantesca de física ó de historia, que para explicación poética. No menos que en los símiles son estos autores afectados, ingratos y absolutamente inverisímiles en sus ficciones. Si Homero hubiera dicho á sus griegos: "Salió el mar del fondo de las aguas, y habló de esta manera," su ficción sería la cosa más fría é irrisible del mundo, sabiéndose que el mar es cosa inanimada, incapaz de hablar y obrar por sí misma. Pero diciendo "salió Neptuno del fondo de las aguas," su ficción era agradable y verisímil, porque hablaba con una nación que efectivamente reconocía y creía á Neptuno como á dios tutelar de los mares. Así que decirnos que vino la Discordia á curar las heridas; del otro Monsieur, que fué á buscar á la Política; que ésta le dijo, que la Religión hizo ó que tornó, son ficciones tan frías, tan insulsas y tan impropias como aquellas de los *Autos Sacramentales* en que hablan la Voluntad, el Entendimiento, la Fe, la Esperan-

za y semejantes personajes, de que se burlan los mismos franceses. Personalizar las virtudes ó los vicios es la mayor gala y hermosura de Homero; pero en aquella creencia, en aquella teología, en aquella religión en que estaba entonces la Grecia era bellísimo lo que no lleva la religión y la creencia del mundo hoy en día. Hablé de Milton y de Voltaire; pero las ficciones del primero son, fuera de impropias é insulsas, infinitamente más groseras é ingratas. No hay estómago que no se revuelva al leer el razonamiento que el Pecado hace al Diablo, y el pacto de la Muerte. Los demonios, para caber en la gruta del Infierno, se hacen enanos. Los ángeles pelean con balas, pólvora y cañones. Los diablos tajados en piezas, se unen y se incorporan otra vez, cantan, bailan, tocan instrumentos, luchan, y están sin embargo en continua pena de fuego, de humo y desesperación. De todos los nombres bárbaros que los antiguos pueblos de Palestina daban á sus ídolos se forman otros tantos diablos príncipes: se distinguen con mucha exactitud los caracteres de Belial, de Belcebúb, de Moloch, de Astaroth: caracteres puramente especulativos, y que nada influyen en las operaciones que en el poema tienen aquellos personajes imaginarios. De los más de ellos no se vuelve á hacer mención en todo el poema; y como el fido Acates, el fuerte Gías y el fuerte Cloanto, no sirven más que para llenar algunos versos. Allí andan juntos con el infierno verdadero el Flegetón, el Lete y la laguna Estigia, el vacío filosófico y el caos poético. Satanás hace un viaje á los espacios imaginarios, cae en el vacío, y caería más abajo si una nube no lo repeliera: que en el vacío bien podía haber nubes. De este rechazo salta al caos, y de allí al paraiso de los locos, donde encuentra los Agnus Dei, los rosarios, medallas, capillas, escapularios y todos los órdenes regulares. ¿Puede haber en el mundo imaginación más desreglada, fantasía más monstruosa? ¿Y estos son los grandes hombres que tienen por desreglados á Calderón y á Góngora? Cuando veo comparar estos autores con Homero, me parece cosa tan extraña y ridícula como le pareció á Lilio Giraldo el sepulcro del carmelita Juan Baptista

Mantuano, que *juxta Virgilii tumulum pia quidem sed ridenda comparatione conspicitur.*

Los italianos no tienen cosa mejor que el Tasso; pero no carecen de mérito el *Orlando* de Ariosto, el *Josef* del Dante y la *Italia liberata* del Trissino, autor también de la *Sophonisba* que se dice haber sido la primera tragedia escrita en lengua vulgar.

Mr. Boileau no trata en particular de aquellos poemas que se llaman *didascálicos*, esto es, de aquellos en que sin introducción de personajes ó de ficción se explica ó enseña alguna cosa. Como este género de obras nada tienen de poema, si no es la versificación, basta el conocimiento de las reglas que para formar el verso y el estilo se dieron en el canto primero. Pero como en esta materia hay bellísimos poetas, haré aquí una breve reseña de los más célebres.

Un estampador de buen gusto podría hacerse un nombre inmortal y traer mucha utilidad á la literatura y á sí mismo, imprimiendo casi todas las artes y ciencias escritas en verso por muchos autores escogidos. De agricultura v. gr. un tomo y más que compondrían los *Días y Obras* de Hesiodo, las *Geórgicas* de Virgilio, el *Hortus Hesperidum* de Pontano, los *Huertos* de Rapin, la *Granja* ó *Prædium rusticum* de Vanière, y del mismo argumento el italiano Luis Alamanni. En la historia natural entrarían los seis libros *de Rerum Natura* de Lucrecio, de Polignac, el tratado *de Rerum principiis* de Scipión Capece, con el *de Eruptione Vesuvii*, el Lagomarsini *de Fontibus*, el *Bombix* ó Gusano de seda de Jerónimo Vida, el tratado de Horacio Burgundo *de Cursu fluminum*, y el del mismo *de Incessu Animalium*, el Cossart *de Palmis*, el Segaud *de Thermis et Aquis mineralibus*, el Cerceau *de Pullis Gallinaceis*, y el *Rusticatio Mexicana* de Landívar. En la Física entrarían los tratados *Mundus Cartesianus* de Coedic, *de Animarum præexistentia* de Jacobo Everardo, *adversus Wolfium et Leibnitium*, *de dilatatione et condensatione aeris* de Juan de la Faye, el tratado *de Ventis* de Carlos Malapert, la *Philosophia novo-antiqua* de Tomás Ceva, *de Phosphori gemmi et luce barometrica* de Bartolomé Fulero. Los tratados *de Ha-*

lieutica, ó de la Pesca, griego de Opiano, y latino de Nicolás Parthenio. En la Matemática se halla la *Mathesis* de Tomás Ceva, los *Phenomenos* de Arato, griego, los libros *Astronomicorum* de Manilio, antiguo, y de Boscowich, moderno. A la Medicina pertenecerían las obras de Celso y y de Sereno, que se hallan entre los poetas antiguos; la *Syphilis* ó tratado *de Lue Venerea:* los libros *Botanicorum* de N. Sebastiano: el tratado *de Hyginia ó de Valetudine tuenda* de Constancio Pulcharelli; [1] la *Escuela Salernitana.* De las Artes se hallan un poema de N. Lucas *de Arte Declamatoria* ó Retórica: Horacio, Vida, Boileau, *de Arte Poética:* Duhalde, Juan, *de Arte Dramático:* Carlos Porée *de Arte instituendæ juventutis in litteris humanioribus.*

Nicolás Parthenio, *de Arte Bellica.*
El mismo, *de Arte Nautica.*
El mismo, *de Naumachica.*
Marovil, *de Cuniculis*, ó Minas.
Houdry, *de Arte Typographica.*
Aumaitre, *de Bibliotheca.*
George Vionnet, *de Arte Nummaria.*
Masselot, *de Ænigmatis.*
N. Roze, *de Aucupio.*
Darchio, *de Canibus Venatoriis.*
Imberdis, *de Charta Papyracea.*
Charleval, *de Navibus.*
Francisco Grimaldi, *de Vita Urbana.*
El mismo, *de Vita Œconomica.*
Prudencio Amalario, *de Opificio Sacchari.*
Lebrun, *de Bellariis*, ó Arte de Confitar.
De Arte Música Francisci Feburai.
De Arte Scribendi Rainerii Carsughi.
De Pictura ó Arte de pintar, Francisco Marsy.
N. N. *de Optica, Dioptrica, Catoptrica* &c. &c.
N. N. *de Barometro, Thermometro* &c.

1 En el códice no se dijo primitivamente quién fuese el autor de este tratado: añadióse después la cláusula "de Constantino Pulcharelli." No se encuentra listado entre sus obras.

A la historia natural se pueden añadir los poemas *de Vampyris* Jacobi Wartensii, y el tratado *de Iride et de Aurora Boreali* Francisci Noceti.

Al tratado de Ética se reduce el poema de Brumoy *de Motibus Animi;* el de Antonio Bernardi, *de Prudentia.*

Las obras que aquí he citado sin nombre de autor se hallarán en la Colección y traducción de poetas jesuitas comenzada á hacer en Nápoles por un escolapio. Otras muchas se hallarán en otras obras de que ó no tengo noticia ó no me acuerdo. Charleval tiene también un tratado *de Simiis.*

A este mismo género de composiciones se pueden reducir los *Himnos* de Homero, el *Escudo de Hércules* y la *Theogonía ó Genealogía de los Dioses,* de Hesiodo, los *Fastos* de Ovidio, y aun sus desregladísimas *Metamorfosis,* las *Silvas* de Stacio, los *Panegíricos* de Claudiano, los *Misterios de Nuestro Salvador y de la Virgen,* de Antonio Chanut, de Constancio Pulcharelli, y otros muchos autores de este género, aunque en algunos de los citados hay alguna ficción ó introducción de personas que pueden hacerlos pasar por poemas dramáticos. Añadid el *Kempis* ó tratado de desprecio del mundo, que puso en verso francés Pedro Cornelio, en su mayor edad; y otros dos famosos poetas de estos tiempos de quienes no puedo dejar de hacer especial mención por lo raro y particular de sus asuntos. Son estos Luis Racine el joven, llamado así para distinguirlo del famoso Juan Racine, compositor de excelentes tragedias de que antes hablamos. Este compuso dos tratados en verso, el uno de la *Religión* y el otro de la *Gracia,* casi al mismo tiempo que Alejandro Pope en Inglaterra dió á luz, en verso también, sus *Ensayos sobre la Naturaleza del Hombre.* Estos dos autores han tenido entre sí una correspondencia muy celebrada. El inglés, con el especioso motivo de ensalzar la providencia y sabiduría del Criador, y ennoblecer la naturaleza humana, quiere hacer ver como bueno todo cuanto hay en el hombre; pero tratando como puro filósofo, y como filósofo pagano, de la naturaleza del hombre, y prescindiendo de lo que la fe enseña, no supo dis-

tinguir lo que es en el hombre don del Criador y lo que es castigo del pecado: lo que es el hombre contemplado en su primera origen, y como salió, digámoslo así, de las manos del Omnipotente, y lo que es el hombre después que por la prevaricación desfiguró en sí la imagen de Dios á cuya semejanza fué criado; la felicidad natural del hombre, y la felicidad sobrenatural á que está destinado y á que aspira. En todo el tratado de Pope no se ve sino una continua contradicción de máximas, y un contraste de ideas semipaganas, semicristianas y semifilosóficas; se confunde á cada paso lo físico con lo moral, lo natural é innato con lo racional y lo electivo, el hombre puro con el hombre elevado, y el elevado con el caido. Racine, por ensalzar fuera de propósito la Revelación y la Gracia, trastorna la naturaleza, á quien la Revelación y la Gracia no destruye sino eleva y perficiona. Todo lo halla malo en el hombre considerado en sí mismo, como si la naturaleza no fuera don de Dios, y careciera de orden en todas las demás criaturas incapaces de la Gracia. Uno y otro erró por falta de sólida teología y sobra de arrogancia: discípulos de Milton, cuyos diablos se entretienen en disputar con semejantes principios, del misterio de la predestinación y de la eficacia de los auxilios divinos. Pero volvamos á nuestro asunto.

84 Estos dos géneros de comedia distinguió Horacio diciendo:

> Succesit vetus his comœdia, non sine multa
> Laude: sed in vitium libertas excidit, et vim
> Dignam lege regi: lex est accepta; chorusque
> Turpiter obticuit, sublato jure nocendi. [1]

85 El poeta aquí citado fué Aristófanes, de quien diremos más abajo.

86 Sócrates, filósofo celebérrimo y hombre honestísimo, de quien públicamente se burló Aristófanes en la comedia de las *Nubes*.

87 Menandro fué el príncipe de la Nueva Comedia, como Aristófanes lo había sido de la antigua.

1 *Art. Poét.*, v. 281-284.

88 Alude á lo que dijo el otro:

Quid rides? mutato nomine, de te
Fabula narratur. [1]

89 Lo que está en Horacio:

Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores,
Mobilibusque decor, maturis dandus et annis. [2]

90 Esta descripción de las edades está tomada del mismo Horacio, que dijo:

Cereus in vitium flecti, monitoribus asper,
Utilium tardus provisor, prodigus æris
Sublimis, cupidusque, et amata relinquere pernix. [3]

91 Conversis studiis, ætas animusque virilis
Quærit opes et amicitias, inservit honori:
Commisisse cavet quod mox mutare laboret. [4]

92 Dilator, spe longus, iners, avidusque futuri
Difficilis, querulus, laudator temporis acti
Se puero, censor, castigatorque minorum. [5]

93 Lo que dijo el mismo:

Ne forte seniles
Mandentur juveni partes, pueroque viriles. [6]

94 *Les Fourberies de Scapin* y el *Misántropo* son dos comedias de Molière, de diversísimo caracter: la una muy grosera y soez, la otra muy fina y sabia, y en las cuales, por tanto, no se reconoce un mismo autor. De Molière y otros célebres cómicos diremos después.

95 Los autores más famosos en la comedia son, entre los griegos, Aristófanes y Menandro. El primero es más bufón, el segundo más natural y vivo en sus imágenes. Plauto, de los latinos, se parece más á Aristófanes; Terencio á Menandro, de quien en muchos pasajes y aun piezas, casi es traductor. Nicolás Cruchio, jesuita, compuso un tomo

1 Horat. *Sat.*, lib. I, 1.
2 *Art. Poét.*, v. 155-156.
3 Ibid., v. 163-165.
4 Ibid., v. 166-168.
5 Ibid., v. 172-175.
6 Ibid., v. 176-177.

de comedias en que procura remedar el estilo plautino. En lenguas vulgares se ha escrito infinito en este género. Camoens, que fué tan feliz en lo épico, degeneró en lo cómico. Los italianos tienen muchos autores, entre los cuales tiene hoy mucho aprecio Goldoni. Los franceses tienen por príncipe á Molière, de quien se dijo arriba. Estas dos naciones son las que con más regularidad y arte componen sus comedias. Los españoles admiran á Lope de Vega y á Calderón. La infancia y progresos de la comedia en España pintó Miguel de Cervantes. Este autor murió el año de diez y seis del siglo pasado. "En el tiempo de este célebre "español (habla de Lope de Rueda) todos los aparatos de "un autor de comedias se encerraban en un costal, y se "cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de gua- "damecí dorado y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro "cayados, poco más ó menos. Las comedias eran unos co- "loquios como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna "pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres en- "tremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo, y ya de "vizcaíno.... No había en aquel tiempo tramoyas ni de- "safíos.... No había figura que saliese ó pareciese salir "del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual com- "ponían cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas "encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni "menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. "El adorno del teatro era una manta vieja tirada con dos "cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llaman ves- "tuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando "sin guitarra algún romance antiguo.... Sucedió á Lope "de Rueda, Navarro, natural de Toledo.... Este levantó "algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el "costal de vestidos en cofres y en baules, sacó la música, "que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, "quitó las barbas de los farsantes.... inventó tramoyas, "nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas; pero "esto no llegó al sublime punto en que está agora.... que "se vieron en los teatros de Madrid representar los *Tratos* "*de Argel*, que yo compuse, la destrucción de *Numancia*, y

"la batalla Naval, donde me atreví á reducir las comedias "á tres jornadas, de cinco que tenían..... fuí el primero "que representase las imaginaciones y los pensamientos "escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, "con general y gustoso aplauso de los oyentes.... Entró "luego el monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Ve- "ga, y alzóse con la monarquía cómica &c." Hasta aquí Miguel de Cervantes en el prólogo á sus *Comedias*, tan desconocidas generalmente y desaprobadas, cuanto es aplaudido y famoso su *Don Quijote*. De esta relación pasa á difundirse en alabanzas de Lope de Vega. Cervantes, ciertamente, no ignoraba el arte de la comedia. Plauto y Terencio no eran desconocidos en España, donde, fuera de otros muchos, florecieron en aquellos tiempos, y poco anteriores, los Vives, los Nebrijas, los Sánchez, los Medinas, los Leones, los Canos, hombres de tan bello gusto en letras humanas, que no los ha dado ciertamente mejores en la siguiente edad Francia ni Italia. El mismo Cervantes conoce los gravísimos defectos y la irregularidad de Lope de Vega, y toda la España confiesa lo mismo en D. Pedro Calderón. ¿Cómo, pues, al mismo tiempo han tenido en una nación iluminada estos autores tanto aplauso? Esta misma objeción se opuso Voltaire en su Ensayo sobre la Poesía Épica, cuyas palabras quiero traducir, porque al tiempo mismo servirán para darte idea del más famoso cómico que tienen los ingleses. "Por lo que á mí toca, dice "Voltaire, cuando leo á Homero y veo aquellas faltas gro- "seras y aquellas bellezas mayores que sus faltas, apenas "puedo persuadirme á que un mismo ingenio haya com- "puesto los diversos cantos de la *Ilíada*. En efecto, nos- "otros no conocemos entre los latinos ni los franceses au- "tor alguno que haya caido tan bajo después de haberse "elevado tan alto. Cornelio, genio por lo menos igual al "de Homero, compuso, es verdad, el *Pertharito*, el *Surena* "y el *Agesilao*, después de haber dado á luz el *Cinna* y el "*Polincto*. Pero el *Pertharito* y el *Surena* son asuntos an- "tes mal elegidos que mal manejados. Ellas son tragedias "débiles, pero no llenas de absurdos, de contradicciones

"y de faltas groseras. En fin, yo hallé entre los ingleses "lo que buscaba, y la paradoja de la reputación de Home- "ro me fué descubierta enteramente. Shakespeare, el pri- "mer poeta trágico, casi no tiene en Inglaterra otro epí- "teto que el de *divino*. Yo jamás vi en Londres el teatro "tan lleno en la *Andrómaca* de Racine, aunque tan bien "traducida por Philips, ó en el *Catón* de Addison, como en "las antiguas piezas de Shakespeare. Estas piezas son "monstruosas en materia de tragedias. Algunas hay que "duran muchos años: allí se bautiza en el primer acto el "héroe, que muere de vejez en el quinto. Se ven hechice- "ros, paisanos, borrachos, bufones y cavadores que abren "una fosa y cantan tonos burlescos, jugando con las cala- "veras de los muertos. Finalmente, imagínese cuanto se "quisiere de monstruoso y de absurdo, todo se hallará en "Shakespeare. Cuando yo comencé á aprender la lengua "inglesa, no podía comprender cómo una nación tan culta "podía admirar un autor tan extravagante; pero cuando "tuve mayor instrucción en el idioma conocí que los ingle- "ses tenían razón, y que es imposible que toda una nación "se engañe en punto de gusto, ó finja de tener placer don- "de realmente no lo halla. Ellos veian como yo las faltas "groseras de su autor; pero conocían mejor que yo sus be- "llezas tanto más singulares cuanto ellas son rayos de luz "que brillaron entre las más densas tinieblas, porque há "más de ciento y cincuenta años que Shakespeare goza de "su reputación. Los autores que han venido después no "han servido más que á augmentarla, en vez de disminuir- "la. El gran juicio del autor del *Catón* y sus talentos, que "lo han hecho un secretario de Estado, no han podido co- "locarlo al lado de Shakespeare. Tal es el caracter de un "verdadero genio: él se abre nuevos caminos por donde "nadie ha marchado antes de él: corre sin guía, sin arte, "sin regla: tal vez se descarría y pierde en su carrera; pero "deja muy lejos tras de sí todo lo que no es sino regulari- "dad y nimia exactitud. Tal ha sido poco más ó menos el "caracter de Homero."

La *Guerra Púnica* de Silio, y los *Argonautas* de Valerio

Flaco, están escritos ciertamente con más arte y observancia de los preceptos, que la *Eneida* de Virgilio. El *Clodoveo* de Desmarets y la *Pucela* de Chapelain, poemas famosos por su ridiculeza y su frialdad, están, con vergüenza de las reglas, conducidos con más exactitud y escrupulosidad que la *Ilíada:* como el *Píramo* de Pradón es más regular que el *Cid* de Cornelio. Pocas habrá de las más viles novelas en que los sucesos no estén mejor manejados, preparados con más artificio y dispuestos con mil veces mayor industria que en Homero. Sin embargo, diez ó doce versos de la *Ilíada* son tan superiores á toda la perfección de estas bagatelas, cuanto un grueso diamante, obra bruta de la Naturaleza, es superior á todas las obras de fierro ó de latón, por bien trabajadas que puedan estar por manos industriosas. Hé aquí puntualmente la idea que yo me había formado de Lope de Vega y de su competidor D. Pedro Calderón. Llenos están de defectos y de irregularidad; apenas tienen pieza trabajada con reglas y con arte; sin embargo, supieron acomodarse y remedar bien el genio de su nación. Aquellas etiquetas de honor, aquellos amores metafísicos, aquellos desafíos, aquellos enredos, son muy del gusto de los españoles: nación seria, honrada, desinteresada y orgullosa. El lenguaje de uno y otro autor es terso y puro: su verso fácil, armonioso. Tal vez pecan de agudos, y tal vez de hinchados; pero en esto mismo agradaban mucho á las personas cultas de aquel siglo. Léase la vida del Gran Capitán, la del Duque de Alba, y aun las historias de los reyes Felipe II, III y IV, y se verá en todas ellas una grande pasión por los dichos agudos é ingeniosos, al mismo tiempo que en puntos de honor, de guerra y de intereses amaban las expresiones arrogantes, hijas de la altivez y nobleza de sus genios. La Comedia, más que alguna otra de las composiciones poéticas, es obra antes que del arte, del genio y del capricho. Su gran mérito es ser pintura viva de la vida familiar y doméstica, y de las acciones privadas, como la Tragedia debe serlo de las acciones públicas. Ahora, si el hombre en toda su conducta es un monstruo de irregularidades y de anomalías á que

lo llevan ya estas ya las otras pasiones, esto se manifiesta mucho más en las operaciones privadas que en las públicas, en que se procede siempre con más tiento, con más regularidad y con más orden. Es de desear, pues, la unidad de la acción ó de la escena, la duración de horas ó de días, y cosas semejantes. Pero no es esto sólo lo que debe decidir de la bondad de la Comedia. Los *Litigantes* de Racine ó el *Misántropo* de Molière no se repetirían muchas veces en Inglaterra ni en España, como ni el *Conde Lucanor* ni el *Licenciado Vidriera* en Francia. Cada nación tiene, como cada hombre, sus irregularidades y las ama, ó á lo menos gusta de ver el retrato de ellas. En la citada comedia del *Conde Lucanor* se ve el caracter de un noble español enamorado y pobre, á quien lucha por abatir la necesidad y á quien no deja envilecer la nobleza de su educación. Muchos defectos tendrá esta y otras semejantes; pero este carácter extravagante bien sostenido las hará siempre muy dignas del aprecio de la nación. Hablando de Calderón y de Lope de Vega, no pretendo justificar igualmente á otros innumerables escritores de comedias que ha dado España: ni á Candamo, ni á Góngora, ni á Cervantes, ni á Montalván, ni á Quevedo, ni á Monroy, Zapata, Zayas ó Salazar, aunque en ellos no faltan cosas apreciables; pero D. Agustín Moreto se merece lugar distinguido entre los buenos autores.

El libro ó canto cuarto de Mr. Boileau no me pareció conveniente traducirlo, respecto á no dar allí advertencia ó documentos algunos que no se hayan tocado ya en los cantos antecedentes.

TRADUCCIÓN

DE

ALGUNAS PIEZAS DE HORACIO.

SÁTIRA PRIMERA DEL LIBRO PRIMERO.

Dí, Mecenas, ¿qué será
Que nadie vive contento
Con la suerte que ha obtenido
Por fortuna ó por su empeño,
Antes envidia á los que
Van por un rumbo diverso?
«Dichosos los mercaderes,»
Dice el soldado ya viejo
Y cansado del trabajo;
El mercader, al opuesto,
Cuando á la nave en el viaje
Combaten contrarios vientos:
«La milicia es mejor. Qué?
Cierra, zis, zas, en un vuelo
A la muerte ó la victoria,
Despojos, honor, ascensos.»

Al labrador tiene envidia
El doctor en los Derechos,
Cuando al canto de los gallos
El litigante molesto
La puerta viene á batirle.
El que por fianza que ha hecho,
De su campaña distante
Viene á la ciudad violento,
Felices llama á los que
En ciudad viven de asiento.
De esto hay tanto, que con ser
Tan hablador, Fabio mesmo
A decirlo no bastara.
¿En qué viene á parar esto?
Para no cansarte, escucha:
Si algún Numen desde el cielo
«Heisme aquí, dijera, pronto
A cumplir vuestros deseos:
Tú que eras soldado sé
Mercader: deja los pleitos
Tú, abogado, y ve á cuidar
De la viña y del majuelo.
Trocadas así las suertes,
Id en paz, vivid contentos.
Hola! ¿Lo pensais? No quieren.
¿Pues no pensabais con esto
Ser dichosos y felices?»
¿Y no fuera muy bien hecho
Que hinchados ambos carrillos,
Júpiter, con ira y ceño,
Jurara no ser tan fácil

En dar oído á sus ruegos?
  Mas para que no parezca
Que trato en tono burlesco
(Aunque también las verdades
Se pueden decir riendo,
Como á los niños confites
Les suelen dar los maestros
Para que aprendan con gusto
Los elementos primeros):
Dejadas, digo, las chanzas,
De cosas serias tratemos.
Este que con grave arado
Trabaja el duro terreno,
El bodegonero infame,
El soldado, el avariento
Navegante que los mares
Corre con peligro extremo,
Con este ánimo trabajan
Para tener cuando viejos
El descanso asegurado
Y seguros alimentos,
Como la pequeña hormiga,
(Que es de gran fatiga ejemplo)
Cuanto puede arrastra y lleva
A su cueva para aumento
Del granero que prepara,
Lo futuro previniendo
Con cauto y prudente arbitrio;
Cuando después en Enero
Acuario contrista el año
Con las lluvias y los hielos

De su rincón no se mueve,
Y usa con prudencia y tiento
De lo antes ya prevenido.
Bien. Pero á ti ni el invierno,
Ni el estío caloroso,
Ni el fierro, ni el mar, ni el fuego
Te apartan del logro infame,
Y todo te viene á cuento,
Como otro no haya más rico.
¿De qué te sirve un inmenso
Tesoro de plata y oro
Esconder con mil recelos,
Y meter bajo la tierra,
Si á menudos pedazuelos
Es fuerza que lo reduzgas
Para el gasto? Y si no es esto,
¿Qué provecho ó qué placer
Te da enterrado el dinero?
Que en tu era cargas de trigo
Se trillen miles de cientos,
¿Acaso más que en el mío
Cabrá en tu vientre por eso?
Como si venal al hombro
Llevas una red ó un cesto
De panes, no comes más
Del que no lleva tal peso.
Al que entre los fines vive
Que Naturaleza ha puesto
¿Qué le aprovecha el arar
Mil yugadas ó arar ciento?
—Ah! que es cosa muy sabrosa

Coger de un montón muy grueso.—
Mas cuando de otro menor
Me quedare á mí lo mesmo,
¿Por qué á mis arcas prefieres
Tus espaciosos graneros?
Esto es lo mismo que si
De un vaso de agua teniendo
Necesidad, ó de un cántaro,
Digas: «Quisiera cogerlo
Más de un rio caudaloso
Que de un manantial pequeño.»
Así acaso por querer
Más de lo justo, violento,
Con parte de la ribera
Entre sus ondas envuelto,
Ofanto te arrebatara:
Mientras quien vive contento
Con lo preciso, ni bebe
La agua turbada con cieno,
Ni pone á riesgo su vida.
Mas por un capricho ciego
Buena parte de los hombres
«Nada basta, dicen, puesto
Que tanto es el hombre cuanto
Tuviere.» ¿Qué harás con estos?
Déjalos ser infelices,
Pues lo quieren. En un tiempo
Se dice que hubo en Atenas
Un muy rico y avariento
Que solía despreciar
Las malas voces del pueblo

Con decir: «Ellos me befan,
Mas yo me gozo y me alegro
Cuando á solas abro mi arca
Y los doblones contemplo.»
El raudal que le huye busca
Siempre Tántalo sediento.
¿Te ries? Mudado el nombre
De ti se habla. Del dinero
Duermes sobre el saco, ansioso
De tocarle tienes miedo
Como de cosa sagrada,
Y no sacas más provecho
Que el que goza una pintura.
¿No sabes para qué es bueno
El dinero, y cuál es su uso?
Cómprese pan, berzas, huevos,
Barril de vino, y aún
Todo lo que, si la niego,
Siente la Naturaleza.
Estar siempre con recelos
De ladrones noche y día,
Andar atisbando y viendo
No te roben los criados,
Temer acasos é incendios,
¿Esto te agrada? De tales
Bienes como estos yo quiero
Ser el más pobre del mundo.
Mas si penetrado el cuerpo
Del frío, te da un dolor
Ú otro mal te rinde al lecho,
¿Tienes quien esté á tu lado?

¿Quien te prepare fomentos?
¿Quien ruegue al médico que
Te levante sano y bueno,
Para el bien de tu familia,
De tus amigos y deudos?
Ni tu mujer y tus hijos
Quieren sino ver tu entierro:
Los vecinos, conocidos,
Muchachos, niños y viejos
Te aborrecen. ¿Qué te admiras,
Si pospones al dinero
Todo cuanto hay en el mundo,
Que hagan los otros lo mesmo,
Y el amor que no mereces
Nadie tenga á tu respecto?
Ahora, si los deudos que
Sin trabajo te dió el cielo
Quieres conservarte amigos,
Inútil será tu empeño,
Como el que en campaña abierta
Quisiera, obediente al freno,
Hacer dar giros á un asno.
  Finalmente y en compendio,
Pon ya fin á tu codicia,
Cuanto más tienes, ten menos
Miedo de llegar á pobre;
Comienza á tener sosiego
Habido lo que buscabas,
Y no hagas (no es largo el cuento),
Lo que Umidio, hombre tan rico,
Que pesaba los talegos,

No los contaba: tan ruin,
Que el esclavo más grosero
No andaba peor vestido.
Hasta la vejez con miedo
Vivió de que le faltase
Lo necesario al sustento.
A este, pues, en una noche,
Con una segur, por medio
Le partió una sierva suya,
Más fuerte de lo que fueron
Allá las hijas de Tíndaro.
—¿Quieres, pues, que como Menio
Viva, ó como Nomentano?
—Ya vas á dar á un extremo
Del todo opuesto. No porque
La avaricia te reprendo
Quiero que pródigo seas,
Desperdiciado y disuelto.
Es algo lo que de Tanais
Hay al suegro de Visello.
Hay modo en todas las cosas,
Hay meta y límites ciertos,
Que más acá ó más allá
Se peca por más ó menos.
Vuelvo á mi primer asunto.
¿Que ninguno satisfecho
De sí esté, como el avaro?
¿Que siempre alabe lo opuesto?
¿Que tenga envidia de que
La cabra de otro cabrero
Tiene más llenas las ubres?

¿Que no haga de sí cotejo
Con los muchos que hay más pobres?
¿Que sea todo su anhelo
Sobrepujar á este y este?
Siempre otro más opulento
Así le estorba el camino,
Como cuando con estruendo
Van despedidos los carros
No lleva en mira el cochero
Sino á los caballos que
Van por delante venciendo
A los suyos, y no atiende
A los que vienen postreros.
De aquí es que raro se halla
Que haber sólido contento
Diga; y como un convidado
Harto ya y bien satisfecho,
A los que vienen detrás
Les ceda con gusto el puesto.
Basta, y para que no pienses
Que copiar aquí pretendo
A todo Crispino Lippo,
Añadirte más no quiero.

SÁTIRA TERCERA DEL LIBRO PRIMERO.

Casi á todos los cantores
Es muy común este vicio,
Que nunca quieren cantar
Rogados de sus amigos;

Pero si nadie les ruega
Cantan hasta dar fastidio.
Así era el sardo Tigelio.
Por su amistad requerido
De Cesar y de su padre
Nadie jamás cantar le hizo;
Mas si le daba la gana,
Del huevo dando principio,
Viva Baco! hasta la fruta:
Ya con el tiple más fino,
Ya de la más baja cuerda
Acompañando el sonido.
No tuvo igual aquel hombre:
Como quien del enemigo
Va huyendo, á veces corría,
Otras veces muy pasito,
Como va la procesión
De Juno á los sacrificios;
Tal vez doscientos, tal vez
Diez criados tenía consigo.
A tiempos todo era reyes,
Tetrarcas y señoríos
Lo que hablaba. A tiempos: "Como
Tenga yo un salero limpio,
Una mesa de tres pies,
Y una toga que del frío
Me defienda, aunque grosera...."
Diérasle á este hombre bendito,
Tan parco y tan moderado,
Un millón, á días cinco
Yo aseguro que una blanca

No tendría en el bolsillo.
Velaba la noche, el día
Se lo pasaba dormido.
Nadie hubo más desigual
Ni más contrario á sí mismo.
—"¿Y qué? ¿tú (me dirá alguno),
En ti no hallas algún vicio?"
—Los tengo, y quizá mayores.
Ni yo, como Menio, digo,
Que mordiendo á Nevio ausente,
Y siendo reconvenido,
Si á sí mismo se ignoraba,
Ó creía que en el corrillo
Ninguno le conocía,
"Yo á mí me perdono," dijo.
Este es un amor muy necio
Y de condenarse digno:
Que hayas de ser tan cegato
En lo que toca á ti mismo,
Y que para censurar
Las faltas de tus amigos
Seas de vista y alcance
Más perspicaz y más vivo,
Que el águila ó que la sierpe
De Epidauro: así tus vicios
Los otros en recompensa
Motejarán á su arbitrio.
"Sempronio no se acomoda
Al pulimento, al cultivo
De estos tiempos: es fogoso,
Va malamente vestido,

La toga le cuelga á un lado,
Mal peinado y sin aliño,
Le náda el pie en el zapato,
Todos hacen de él platillo."
Pero es bueno, y tal que apenas
Lo hay mejor; pero es tu amigo;
Pero bajo un mal pergeño
Oculta un talento fino.
En fin, sacúdete á ti,
Y mira si en ti algún vicio
Plantó la Naturaleza,
Ó después ha introducido
La mala costumbre; pues
En el más fértil plantío
Crece también mala yerba,
Si se desprecia el cultivo,
Sólo buena para el fuego.
Añado á esto que aun los mismos
Defectos sabe ocultar
Un amoroso capricho,
Y aun los lunares tal vez
Agradan de positivo;
Como el pólipo de Agna
Le cayó en gracia á Balbino.
Quisiera que en la amistad
Erráramos asimismo,
Y que á este error la virtud
Y el porte más compasivo
Honesto nombre le diera.
Ello es que como de un hijo
Las faltas á su buen padre

No le dan algún fastidio,
Así debiéramos ver
Las faltas de los amigos.
Cegatoncillo, su padre
Llama al feamente bizco;
Su pollito al que es enano,
Como al Sísifo abortivo;
Del monstruosamente zambo
Dice que es estevadico;
Débil de piernas le llama
Al de talones torcidos
Que en pie puede estar apenas.
¿Es poco largo el amigo?
Pues dígase que es frugal.
¿Es importuno en sus dichos,
Y algún tanto jactancioso?
Piensa que por ser festivo
Con los amigos, lo hace.
¿Es arrebatado, es vivo,
Ó más libre de lo justo?
Por franco ha de ser tenido,
Y por hombre de entereza.
¿Es ardiente y mal sufrido?
Dígase de genio fuerte.
Concilia y conserva amigos
Aquesta moderación.
Mas nosotros invertimos
Las nociones, y queremos
Al barro puro y sencillo
Encontrarlo. Ticio es bueno;
Se dice que es muy mezquino

Y de bajos pensamientos.
Es flemático, es tardío;
Se dice que es perezoso.
Es cauto y de todo tiro
Procura estar á cubierto,
Viviendo en un triste siglo
En que la agria envidia reina
Y hay tanta licencia al vicio;
Se dice que es un doblado,
Es un astuto, un fingido.
Si un hombre es llano y sincero,
Cual muchas veces contigo
Yo lo habré sido, Mecenas,
Que viendo á otro pensativo,
Ó leyendo, le interrumpe,
Sin reflexión y sin tino
Con importunos discursos;
Es un necio, y de sentido
Común, decimos, carece.
¡Ay cómo á nosotros mismos
Duras leyes nos forjamos!
Ninguno nace sin vicios;
El que menores los tiene
Es mejor. Un buen amigo
Balanceará mis defectos
Con mis prendas, y si ha visto
En mí más bienes que males,
A lo mejor compasivo
Debe inclinarse, si quiere
Ser pesado y ser medido
Él con la misma equidad.

Quien sus grandes lobanillos
Quiere que le disimulen,
Las verrugas de su amigo
Procure disimular.
Perdón tiene merecido
Quien á los otros perdona.
En fin, si el siniestro ó vicio
Ó de ira ó de otro cualquiera
No puede ser corregido
Ó tolerado sin daño,
La razón con recto juicio
Lo mida y pese, graduando
Según el yerro el castigo.
Si porque llevando el plato
De la mesa el pajecillo
Comió las sobras del pez
Ó se lamió el pebre tibio,
Le crucificara el amo,
¿No debiera ser tenido
Por más loco que Labeón
Entre personas de juicio?
Cuánto es más irracional
Que porque faltó un amigo
En no sé qué bagatela,
Que si no fueras de vidrio
Debieras disimular,
Lo tengas aborrecido
Y lo huyas como á Drusón
Su deudor, que si al principio
Del mes, de aquí y de acullá
Dineros no ha recogido

Con que pagarle la usura,
Se ve obligado el mezquino
A escuchar, gacha la oreja
Y con el cuello tendido,
Sus ridículas historias,
Como un infeliz cautivo.
Manchó acaso el canapé,
Ó quebró, alegre del vino,
Un plato que al rey Evandro
Pudiera haberle servido;
Por esto ó porque el pichón
Que estaba del lado mío
Tomó ansioso, ¿menos caro
Habrá de serme un amigo?
¿Qué hiciera si me robara,
Negara lo prometido,
Ó al secreto me faltara?
  Los que iguales los delitos
Pretenden ser, no sé cómo
Se las avengan, si al vivo
Se llega de la disputa.
Las costumbres, el sentido
Común y la utilidad,
Que cuasi madre y principio
Es de lo recto y lo justo,
Repugnan á un tal capricho.
Cuando arrastrando por tierra
En los tiempos primerizos,
Como mudos animales,
Errantes y fugitivos,
Vagueaban por las campañas

Los hombres, y por los riscos,
Ya por la bellota y ya
Por el lecho, entre sí mismos
Con las uñas, con los puños
Y con garrotes macizos
Peleaban; después con armas
Que el uso hubo introducido,
Hasta que inventaron nombres
Con que explicar sus designios:
Así cesaron las riñas,
Cerráronse con recinto
Las ciudades, y con leyes
Se prohibió el latrocinio,
La rapiña, el adulterio;
Que aun antes de Helena siglos
El amor de las mujeres
Fué de agrias guerras motivo;
Sino que los que seguían
Venus vaga, y sin destino,
Como las fieras silvestres
Tuvieron un finiquito
Desconocido é infame,
Cediendo á la fuerza y brío
De un rival más poderoso,
Como por fin el novillo
Cede al toro en el ganado.
  Si de los tiempos antiguos
Quieres revolver la historia,
Hallarás que siempre han sido
Las leyes y los derechos
Por temor establecidos

De lo injusto, y que no puede
Entre lo justo y lo inicuo
La sola Naturaleza
Discernir, como ha sabido
Distinguir el bien del mal,
Y lo útil de lo nocivo.
Ni jamás me harán creer
Que sea tan grande delito
Tomar alguna hortaliza
De la huerta del vecino,
Como el asaltar de noche
Los templos. Haya orden fijo,
Haya regla que á las culpas
Proporcione los castigos.
Merece una disciplina:
¿Por qué quieres afligirlo
Con mortales latigazos?
Pues que á la contra, al que es digno
De mayor pena le des
La menor, no contradigo,
Ni pienso que así lo harías,
Pues rapiña y latrocinio
Por cosas iguales tienes,
Y amenazas que lo chico
Y lo grande has de cortar
Con hoz igual, si el dominio
Y el mando á obtener llegares.
Pero si el que es sabio es rico,
Zapatero, hermoso, rey,
¿Cómo lo que has ya obtenido
Pretendes? «¿Y que no sabes,

Me dirás, lo que Crisipo
Dejó escrito, nuestro padre?
Aunque el sabio jamás se hizo
Zapato, ó trabajó en suela,
Con todo, el sabio, te digo,
Es zapatero. ¿Mas cómo?
Como aunque calle es perito
Cantor Hermógenes: como
Alfeno, aunque haya el oficio
Y la tienda abandonado,
Es zapatero; asimismo
Es artesano y es rey
El sabio.» Mas los malditos
Chicos te pelan la barba,
Y si no te abres camino
Con un buen palo, serás,
Rey de reyes, oprimido
De la chusma, aunque más clames,
Y aunque revientes á gritos.
En fin, mientras que tú al baño
Vas por un sueldo, rey mío,
Sin más comitiva que
La del molesto Crispino,
A mí al contrario sabrán
Perdonarme mis amigos
Si en algo les ofendiere:
Yo haré con ellos lo mismo,
Y más que tú, rey glorioso,
Viviré quieto y tranquilo.

SÁTIRA SEXTA DEL LIBRO PRIMERO.

No porque de los antiguos
Lidios desciendes, Mecenas,
Que ocuparon la Toscana,
Ni porque en tu alcurnia cuentas
Mil gloriosos generales
Que mandaron en la guerra,
Tanto de materna parte
Como de parte paterna:
No por eso digo, como
Otros de inferior ralea
Suelen hacerlo, la pobre
Y humilde gente desprecias,
Cual yo soy, de un libertino
Nacido en cuna grosera.
Persuádeste que no importa
Fuese mi padre quien fuera,
Si yo soy bueno y honrado,
Y muy justamente piensas
Que antes del reino de Tullo
Hombres de muy baja esfera
Llegaron á ser famosos
Por sus cargos y sus prendas.
Por el contrario, á Levino,
Aunque de sangre Valeria
Que á Tarquinio la corona
Le quitó por su soberbia;
A Levino, digo, en poco
Aun el vil pueblo lo aprecia:
El pueblo, que sabes bien

Cuán fácilmente se deja
Llevar de títulos y armas,
De estatuas y de consejas,
Y tantas veces á indignos
Honores grandes acuerda.
¿Qué habremos, pues, de pensar
Los que á la plebe grosera
Miramos desde tan alto?
Mas bien: doy que el pueblo quiera
Engrandecer á Levino,
Y no, por familia nueva,
A Decio, y que Apio el censor
Es quien las teclas menea.
¿Qué importa si mal nacido,
Que me estire y me hinche es fuerza
Adonde mi piel no alcanza?
Tal vez atrailladas lleva
La Gloria en su carro ufano
Con la plebe la nobleza.
¿De qué, Tulio, te sirvió
Tomar la insignia depuesta
Del clavo ó del tribunato,
Sino de dar más materia
A la envidia, que á un privado
Menos perniciosa asesta?
Verás que luego que alguno
Se calza hasta media pierna
La negra bota, y que al pecho
El ancho clavo presenta:
¿Qué hombre es éste? dicen todos;
¿Qué familia? ¿Qué ralea?

Como cuando alguno da
De Barro en la necia tema
De que es galán y buen mozo,
Do quiera que ver se deja
Incita á que las muchachas
Le observen con diligencia;
Qué cara tiene, qué pelo,
Qué pie, qué dientes, qué pierna.
Así aquel que: «Ciudadanos,
Dice con la voz muy hueca,
La Ciudad queda á mi cargo,
Los templos, la Italia entera,
El Imperio,» luego pica
A que pregunten ó inquieran
Quién es su padre, ó si es hijo
De madre menos honesta.
¿Pues qué? ¿tú, hijo de Dionisio,
De Dama ó Siro, atropellas
A un ciudadano romano,
Y á Cadmo infame lo entregas,
Ó precipitarlo mandas?
—Yo aquí á Novio mi colega
Tengo un grado más abajo,
Porque él es lo que ya fuera
Mi padre.—Bien. Paulo luego,
Ó Mesala te parezca
Que eres ya. Mas este Novio,
Aunque doscientas carretas
Con tres entierros, á un tiempo
En la plaza concurrieran,
Gritará de modo que

Venza cuernos y trompetas.
Esto al menos hace bien.
  Pero á mí es razón que vuelva,
Que hijo soy de un libertino,
Y dale á la cantinela
Del hijo del libertino,
Ahora porque soy, Mecenas,
Tu contertuliante, y antes
Porque tribuno en la guerra
Fuí de una legión romana.
Pero hay mucha diferencia
De lo uno al otro: el honor
Envídienlo enhorabuena,
No tu amistad; y más cuando
Te portas con tal cautela
En admitir las personas
Sin ambición ni bajeza.
Yo no atribuyo al acaso,
Ni á suerte ó fortuna ciega
Ser tu amigo. El buen Virgilio,
Y Varo después, quien yo era
Te informaron: presentóme,
Y en breve, pues la vergüenza
Y el respeto me turbaban;
No soy, dije con franqueza,
De ilustres padres nacido,
Ni á la campaña doy vueltas
En calabreses caballos.
Dije; y tú con la modestia
Que sueles, hablaste poco.
Pártome, y á tu requesta

A los nueve meses vuelvo:
Que en el número me tenga
De tus amigos, me dices.
Yo tengo á grande honra aquesta
De haberte agradado á ti
Que tienes tan justa idea
De lo honesto y de lo torpe,
Y alucinar no te dejas
De imaginaria hidalguía;
Que el pecho sincero aprecias,
Y la vida honesta y pura.
Por lo demás, si á flaquezas
No graves, expuesto me hallo,
Y si por lo demás recta,
En algunas cosas pocas
Falta mi naturaleza,
Pequeños lunares que
Tal vez la belleza aumentan;
Si una sórdida avaricia,
Si adulación ó bajeza,
Ó mal años no habrá quien
Con verdad me reprehenda;
Si inocente, si sencillo
(Bien que en mi alabanza sea)
Amado de mis amigos
Me paso una vida quieta,
Todo lo debo á mi padre
Que pobre, de una pequeña
Campaña dueño, no quiso
De Flavio enviarme á la escuela,
Donde los niños ilustres

De las familias primeras
Del lugar, andar solían,
Bolsón y tabla á la izquierda
Cargados, y de ocho en ocho
Meses pagando la cuenta;
Sino quiso enviarme á Roma
Para que en ella aprendiera
Lo que cualquier senador
Ó caballero quisiera
Que deprendieran sus hijos,
Con tal modo y tal decencia,
Que si alguno en la ciudad
Cuánto era grande advirtiera
En mi vestido y mis pajes,
Creyera que de abolengas
Entradas eran rezagos
Aquellos gastos: él era
De todos mis preceptores
La guarda más circunspecta.
¿Qué más? Supo conservarme
Puro y libre, que es la prenda
De la virtud más sublime,
Aun de la torpe sospecha,
Y no sólo de acción torpe;
Ni aun temió que alguien le diera
En cara, si yo después
En cortedad y en pobreza
Pasara de pregonero
Ó de cobrador de rentas,
Que era su oficio; por tanto
Mayor alabanza es fuerza

Que se deba á su conducta,
Y que yo más lo agradezca.
Jamás estando en mi juicio
Será bien que me arrepienta
De tal padre, y que como otros
Con la excusa me defienda
De que no fué culpa mía
No ser de otra descendencia,
Ni tener padres mejores.
De todos estos diversa-
Mente yo pienso y me explico,
Porque si posible fuera,
Al cabo de algunos años
Nacer á una vida nueva,
Y escogerse cada uno
Los padres según su idea
Para el fausto, con los míos
Me quedara, y no escogiera
Otros cargados de hieles
Cuanto de honor y nobleza.
Necio según piensa el vulgo,
Mas según tú acaso piensas,
Cuerdo en rehusar una carga
Muy pesada y muy molesta
A hombros desacostumbrados,
Pues desde luego era fuerza
Más renta, muchas visitas;
Y si acaso irme quisiera
A la campaña ó viajar,
Esta compañía y aquella,
Que andar solo no es decoro:

Eran menester calesas,
Mantener caballos, mozos:
Ahora, siempre que quiera,
Hasta Tarento puedo ir
En corto mulo que apenas
Cargue al jinete en la espalda,
Y en las ancas la maleta.
Ninguno como á ti, Tulio,
Podrá imputarme bajezas,
Cuando vas muy de pretor
Por la Tiburtina senda,
Y van cinco cargadores
El bacín y la frasquera
Llevando en tu seguimiento.
Yo más cómoda y más quieta
Que tú, senador ilustre,
Y que otros de tu ralea
Paso la vida: voy solo
Por cualquiera callejuela;
Si se me antoja, pregunto
Qué vale el farro ó las yerbas;
Ya por el Circo embustero
Doy ocioso algunas vueltas,
Ó más tarde por la plaza:
Asisto con reverencia
A las santas ceremonias;
Voime á casa y á una cena
De puerros y de legumbres,
De garbanzos y otras yerbas;
Tres criados tengo conmigo,
Que me sirven á la mesa:

Dos vasos y una redoma
Sostiene una blanca piedra,
Una grosera albornia
Y un pichel con su bandeja;
Toda loza de Campania:
Al lecho me voy sin pena
De pensar en levantarme
Muy temprano, porque tenga
Que ir á visitar la estatua
De Marsias, que no se deja
Ver sino con grandes costos
De los Novios: las cubiertas
Dejo á la cuarta hora y salgo
A las forzadas haciendas;
Ó bien leo, ó bien escribo
Lo que á solas me divierta.
Después con aceite me unto,
No como se le moteja
Al avariento de Nata,
Del que en el candil le queda.
Cuando ya el sol más activo
La hora del baño me acuerda,
Huir procuro la estación
De la canícula horrenda.
Cómo sin ansia lo que
Basta para que no tenga
El estómago vacío.
Descanso en mi casa: aquesta
Es la vida de quien libre
De ambición y de soberbia
Se halla: así me lisonjeo

Pasármela más contenta,
Que si mi padre cuestor,
Ó mis bisabuelos fueran.

SÁTIRA NOVENA DEL LIBRO PRIMERO.

Iba por la Vía Sacra
En no sé qué bagatelas,
Como suelo, meditando,
Todo embebecido en ellas;
Cuando uno á quien no conozco
Sino de nombre, me encuentra,
Y asiéndome de la mano,
—Adiós ¿cómo estás, mi perla?
—Por ahora bien, digo, y quiero
Para ti cuanto deseas.—
Como vi que me seguía,
—¿Algo en que servirte pueda
Mandas?—digo, y él entonces:
—¿Conócesme? Soy á letras
Grandemente aficionado.—
Aquí yo: Por esa prenda
Tanto más te estimaré.—
Triste de mí, en mil maneras
Buscando cómo escapar,
Ya camino muy de priesa,
Ya me paro, ya al lacayo
Digo no sé qué á la oreja,
Y sudando de congoja
De los pies á la cabeza,

Bien haya, dije á mi sayo,
Bolano tu genio y flema.
Como sin cesar hablase,
Elogiando la belleza
De la ciudad, de los barrios,
Sin sacarme una respuesta,
—Rato ha que conozco, dijo,
Que escapárteme deseas;
Mas nada haces: yo he resuelto
Seguirte por donde quiera
Y gozar tu compañía.
¿De aquí para dónde ir piensas?
—No vengas por mí á cansarte.
Lejos de aquí ver quisiera
A uno que tú no conoces,
Y hacia los huertos de César,
Allende del Tibre, habita.
—A mí el andar no me pesa,
Dijo, y no tengo qué hacer;
Te sigo en todas maneras.—
¿Qué he de hacer? Como un ruin asno
A quien le cargan á cuestas
Un peso descomunal,
Agacho así las orejas.
Aquí él, tomando la mano:
—Si el propio amor no me ciega,
No tendrás amigo alguno,
Aunque Visco ó Vario sea,
Que á mí debas preferir.
Porque ¿quién habrá que pueda
Hacer más versos que yo,

Y hacerlos con tal presteza?
¿Quién con más aire y más garbo
Los brazos mueve ó la pierna?
Canto de suerte que envidia
A Hermógenes darle pueda.—
Aquí era de interrumpirle
Oportunidad muy buena.
—¿Y tienes madre ó parientes
Que en tu salud se interesan?
—Ninguno me queda, dijo:
Con todos he dado en tierra.
—Dichosos. Yo quedo ahora.
Acábame, que me espera
Desde niño un signo triste,
Pues una sabina vieja,
Movida la urna divina,
Me cantó de esta manera:
«A este ni el triste veneno,
Ni la espada en cruda guerra,
Ni algún dolor de costado,
Ni la tos con fiebre lenta,
Ni la gota ha de matar.
Do y cuando quiera que muera,
Un hablador importuno
De sus huesos dará cuenta.
Por tanto, en llegando á edad,
Evite con diligencia
Todo hablador y pedante.»
En esto al templo de Vesta
Llegábamos, y del día
Más de las cuatro horas eran.

Acaso estaba él citado
Para que compareciera
En juicio aquella mañana,
Y de no hacerlo era fuerza
Perder de contado el pleito.
—Si bien me quieres, espera
Aquí un momento, me dice.
—Si puedo aguardar, perezca
Yo aquí: si quiero mezclarme
En civiles trabacuentas,
Y en priesa voy donde sabes.
—No sé qué hacerme, si deba
Dejarte ahí, ó dejar antes
De hacer esta diligencia.
—A mí.—No haré tal, me dijo,
Y tomó la delantera.
Yo, como es duro porfiar
Con el vencedor, paciencia;
Lo sigo. Pregunta entonces:
—¿Cómo te va con Mecenas?
Entre los muy raros hombres
De talento y de prudencia,
Ninguno ha de la fortuna
Usado con más destreza.
Un gran compañero habrías,
Y que siempre te cediera
El primer puesto, si á mí
Introducirme quisieras.
Mal á mí, si á los demás
Todos no echases por tierra.
—No se vive allí, le dije,

De la manera que piensas.
No hay trato en Roma más limpio,
Ni casa que más ajena
Esté de tramas é invidias;
Cada uno según sus prendas
Su propio lugar ocupa.
—Gran cosa es la que me cuentas,
Y que apenas es creible.
—Pues es así como suena.
—Con esto me enciendes más
Para que yo ser pretenda
Uno de sus familiares.
—Seráslo, si tú te empeñas,
Pues es tal su condición,
Que no dudo que lo obtengas;
Y más con un hombre que
Muy fácilmente se deja
Doblegar, aunque es difícil
Con él la entrada primera.
—Haré cuanto quepa en mí.
Con cohechos y promesas
Me ganaré sus criados,
Y no porque una vez sea
Despedido ó desairado
Abandonaré la empresa.
Buscaré oportunidades
En las esquinas con treta,
Sabré hacerme encontradizo,
Me mezclaré con destreza
Entre la su comitiva.
Nada en el mundo sin pena,

Y sin trabajo se logra.—
En esto, hete aquí que llega
Tusco Aristio, amigo mío,
Y que conocía la bernia.
Parámonos, y—¿de dónde
Vienes, y adónde la llevas?—
Pregunta, y responde: yo,
Para que me redimiera,
Ya le pellizco los brazos
Insensibles como piedra,
Ya con el codo le doy,
Mil ademanes, y muecas
Mil haciendo, y retorciendo
Los ojos en mil maneras.
El mal bufón, como si
Mi congoja no entendiera,
Disimulaba y reía.
A mí el riñón se me quema
De la cólera y la rabia.
—¡Ah! sí, digo, se me acuerda
Que en secreto no sé qué
Días pasados me dijeras
Que hablar conmigo querías.
—Sí, dijo, pero no es esta
Ocasión de esto; hablaremos,
Que hoy es el sábado treinta.
¿Acaso quieres burlarte
De los ritos y neomenias
De los cortados judíos?
—Yo no hago escrúpulo de esas
Observancias.—Pues yo sí,

Que en esto soy de conciencia
Delicada, uno de tantos.
Excúsame, y esto deja
A tiempo más oportuno.—
¡Que una mañana tan negra
Para mí haya amanecido!
El socarrón con presteza
Se me escapa, y á mí triste
Bajo el martillo me deja.
Pero por fortuna mía
En el camino lo encuentra
Su adversario, y con mil gritos,
—¿Adónde vas, sinvergüenza?—
Y vuelto á mí:—¿Podrás serme
Testigo tú?—Doy la oreja
Yo prontamente: arrebata
Con él, y á juicio lo lleva.
La plebe, de todas partes
Acude en tropa, y lo cerca.
Gritos, algazara: así
Apolo me sacó de esta.

EPÍSTOLA SEXTA DEL LIBRO PRIMERO.

No admirar ni extrañar nada
La única cosa es, Numicio,
Que hacer el ánimo humano
Puede y conservar tranquilo.
Este sol, estas estrellas
Y estaciones que con fijos

Y reglados movimientos
Van y vuelven en sus giros,
Muchos hay que sin espanto
Ni admiración las han visto
Y las ven. ¿Pues qué diremos
De los frutos exquisitos
De la tierra y del mar, que
Enriquece árabes é indios?
¿Qué los juegos y teatros?
¿Qué los aplausos del circo?
¿Ó los magníficos dones
Con que un ciudadano rico
Tal vez galardona el pueblo?
¿Con qué ánimo, con qué juicio
Y sentimiento han de verse?
El que del pueblo los silbos
Teme, ó que busca su aplauso,
Se inquietan de un modo mismo.
La admiración y el espanto
Le es á uno y otro nocivo,
É igualmente los aturde
Cualquier objeto improviso.
Por gozo ó por dolor sea,
Ó por temor ó apetito,
¿Qué importa? si cuanto ve,
Mejor que lo había creído,
Ó peor de lo que esperaba
Lo admira, con ojos fijos
Sorprendido en alma y cuerpo.
De justo pasará á inicuo,
Y de cuerdo á loco el que

Con más ardor que el preciso
Sigue aun la misma virtud.
  Anda ahora y mira aturdido
La plata, el oro y los bronces,
Ó los mármoles antiguos,
Ó las artes ó las piedras,
Ó los colores de Tiro.
Gózate de que mil ojos
Te contemplen de hito en hito
Cuando en público discurres.
Levántate muy solícito
De andar al Foro temprano,
Y después de anochecido
Vuelve á casa cuidadoso,
No coja Mucio más trigo
Que tú en tus dotales campos.
¿Pues no es bueno, siendo él hijo
De padres muy inferiores,
Que objeto de envidia digno
Él te sea, y no tú á él?
Todo cuanto está escondido
Bajo de la tierra el tiempo
Dará á luz en algún siglo,
Y consumirá lo que
Parece hoy con mayor brillo.
Después que por la Vía Apia
Muy bien te la hayas lucido,
Ó en el pórtico de Agripa,
Ir te resta donde ha siglos
Que pasaron Numa y Anco.
Si el costado adolorido

Sientes, ó el riñón, ¿no buscas
A tu mal algún alivio?
¿Quieres vivir bien? ¿Quién no?
Pues si no has de conseguirlo
Sin la virtud, date á ella,
Con fortaleza y con brío
Sojuzgando las pasiones.
¿Esto de virtud has creído
Que sean palabras al aire
Y sólo nombres distintos,
Como los leños son bosque?
Pues mira no halles cogido
Por otro mercante el puerto,
Y quede perdido el tiro
Cuanto en Cibira has empleado,
Ó en el negocio Bitinio.
Ajústense mil talentos,
Luego otros mil, luego el triplo,
Luego cuádrese el montón.
Esposa con fondo rico,
Nobleza, fidelidad,
Belleza, fortuna, amigos,
Reina la riqueza da;
La persuasiva á los ricos,
Y las Gracias acompañan.
De esclavos están proveidos
Los reyes de Macedonia,
No de dinero efectivo.
No has de ser así; Luculo
Rogado dar cien vestidos
Talares para una farsa,

«¿Cómo he de dar tantos?» dijo.
«En fin, veré los que tengo,
Y os daré luego el aviso.»
De allí á poco envió á decir
Cómo de aquellos vestidos
Cinco mil tenía en su casa;
Que según fuese preciso
Todos ó parte enviaría.
Así te quiero. No es rico
A quien mucho no le sobra,
Y tanto, que el dueño mismo
Lo ignore, y no le haga falta
Lo que se va en desperdicios
Y en provecho de ladrones.
Si hacer dichoso y tranquilo
Al hombre puede el dinero,
Éste el único principio
Sea y fin de sus acciones.
Mas si el esplendor, el brillo
Y la estima de los hombres
Es lo que al corazón mío
Hace bienaventurado,
Venga un paje á mi servicio
Que conozca las libreas,
Sepa nombres, apellidos
Y grados de cuantos pasan;
Que de todo me dé aviso
Hurgándome el lado izquierdo,
Y que tal vez, si es preciso,
Al través de una carreta
Ó de un cargado borrico

Me obligue á extender el brazo.
—No dejes de hacer cumplidos
A este, que en la tribu Fabia
Tiene mucho poderío,
Como en la Velina estotro.
Éste reparte á su arbitrio
Las haces á quien él quiere,
Y haciéndosele enemigo,
El asiento de marfil
Le puede dar por perdido.—
Según su edad á cada uno
Adóptalo con cariño,
Dile padre, dile hermano,
Trátale de nieto ó hijo.
Si quien bien cena bien vive,
Luego que haya amanecido
Vamos donde de la gula
Nos lleva el infame vicio,
A la pesca ó á la caza,
Como el bueno de Gargilio,
Que por la mañana hacía
Atravesar con gran ruido
La plaza de pueblo llena,
Las gentes de su servicio
Con perros, redes, venablos,
Para á vista del gentío
Volver después con un mulo
Cargado, el resto vacíos,
De un jabalí que comprara.
Vámonos al baño ahitos,
Con el estómago crudo,

Y pongamos en olvido
Lo que es decente ó no lo es,
De eterna ignominia dignos;
Como los malos remeros
De Ulises, que por su vicio
Prefirieron á la patria
Un deleite prohibido.
Si como Mimnermo piensa,
Todo es desabrido y frío
Sin pasatiempos y amores,
Pasa la vida en cariños
Y en juegos. Adiós en fin,
Y si algo has mejor sabido,
Dame parte, si no, observa
Conmigo lo que te he dicho.

ΗΟΜΕΡΙ ΒΑΤΡΑΧΟΜΥΟΜΑΧΙΑ,

LATINIS CARMINIBUS EXPRESSA, NONNULLIS ADDITIS, LIBER SINGULARIS.

Eja age, Castalidum modulis, Regina, sororum
Belligeris inflare tubam, jam tempus, et acres
(Quas mihi, Cyrrhæo starem cum forte sub antro,
Multisona nuper cithara modulatus Apollo est),
5 Ranarum fraudes, muresque in bella coactos
Dicere Terrigenum furias imitata Gigantum.
Immemori tu, Diva, precor, succurre, Ducumque
Et rabiem refer intrepidam, atque exordia pugnæ.
Mus quondam sitiens, felem indignatus amaram,
10 Quam pavido nuper trepidans eluserat astu,
Forte super viridi projectus gramine curas
Volvebat varias; placidæ cum grata paludis
Equora conspexit; rapido tum littora cursu
Protinus adproperat, tenerumque in gurgite mentum
15 Immergens, lavit ora latex; stetit inscius undam
Aspectans, liquidis quem forte adspexit ab antris
Garrula Limnocharis, subitoque arrepta furore:
Quod gemis, Hospes? ait, qui Patres? limina quidve
Nostra petis? fare, et verum ne absconde roganti:
20 Nam tecum stabili conjungar fœdere dextræ,
Inque domum ducam, ac regalia munera promam.
Rex equidem veneror Phisignatus; omnibus uni
Cui Pater ex ranis lata ditione regendum
Contulit imperium, quantum stagna ampla paludis

25 Istius abscondunt, quantum pulcherrima circum
Fundit humus, servantque cavis arbusta sub antris.
Me Hydromedusa olim Peleo genitore sub auras
Luminis Eridani peperit labentis ad undas.
Te nunc optatum adspicio, namque ora, manusque,
30 Eximiumque decus formæ, torosaque membra
Sceptriferum ostendunt Regem, belloque superbum:
(Lumina ni fallunt.) Nomen, quapropter, amice,
Et natale solum memora, dulcesque parentes.
Dixerat, atque olli placido mus pectore fatur:
35 Tene latet tantum genus, o Rex maxime, nostrum?
Gloria pennato quod vexit ad æthera curru:
Et Divis notum, notum mortalibus atque,
Alituum soboli dedit immortale per orbem.
Psicharpax vocor, et soboles generosa parentis
40 Troxartæ, me autem tuguri sub cespite fudit
Lychomilo proles ditissima Pternotroctæ
Magnanimi Regis; puerum me enutriit antro
Ficubus, ac blandis nucibus, pomisque tenellis.
Ast cum prima genas pinxit mihi flore juventa,
45 Victus erat res quæque dolo furata maligno;
Quas mortalis edat quisquam, nec me latet unquam,
Seu Cereris texto crustum servetur hibisco,
Libaque seu patulæ bellaria grata placentæ.
Nec tumidum jecur, aut præpinguis sectio pernæ,
50 Caseus aut presso niveus modo lacte rigescens,
Donaque vel Divis mensis optata secundis.
Et quæcumque penus, dapium quæcumque Magistri
Condivere, placent; et solum vivere rapto.
Nec tamen in bellis minor est mihi gloria: nunquam
55 Martis me strepitus, fortis nec lancea dextræ
Terruit; ac conferre manum juvat, altaque propter
Signa movere animos factis, pugnasque ciere.
Non hominem timui, quamvis se immane ferentem
Mole gigantea; sed cum sopor alligat artûs,
60 Ad lectum properans, digitum vel crura momordi:
Nec niger infixus penitus dolor artubus hæsit,
Me mordente, gravis neu fugit lumina somnus.

Accipiter tantum, felisque cruenta timorem
Incutiunt mihi; nam luctus mortemque minantur.
65 Decipulæque, gravesque epulæ, cum forte latenti
Decipimur ferro, premimur seu pondere iniquo.
Dii taleis perdant homines, Ditisque ministros.
Optima nuneque mihi felis minitatur, et usque
Insequitur, servatque foramina proxima, dudum
70 Qua tacitum molibar iter, victumque parabam.
Qui tamen absimiles jungemus fœdera? namque
Te lacus, atque juvat steriles habitare paludes.
Est mihi culta domus, pratumque virentibus herbis.
Non raphanis pascor, nec natis caulibus unda.
75 Nec mihi beta placet, longove cucurbita flexu,
Queis vos perpetuam traducitis æquore vitam.
Sic Mus, cui contra Phisignatus ore profatur:
Ne tu epulis nimium jacteris, amice; sub undis
Vescimur et multis; et multis vescimur agro.
80 Ancipitemque dedit vitam Pater optimus olim,
Seu saltu lustrare vago frondentia prata,
Mergere seu placido volumus sub gurgite membra.
Ast age nunc humeris te per chrystallina velox
Antra feram, forsanque opibus mirabere nostris.
85 Hic vitreasque domos, vitreasque ex ordine valvas
Aspices passim, vivoque sedilia vitro,
Et larium famulas, primoque in limine vernas.
Dixerat, atque humeros oneri, spatiosaque primum
Terga parat: celer ille manus, caudamque pedesque
90 Implicat, ac ranæ tenero de tergore pendet.
Jam liquidas tranabat aquas, muscosaque circum
Littora cantanteis ranas, plausuque natantes
Conspiciebat ovans; et jam Phisignatus antra
Ima petens humeros submergere cæperat undis,
95 Cum nigro submersa lacu sua colla, manusque
Conspicit, et fati sortem indignatus iniquam.
Pœnituit cœpti frustra barbamque decoram
Convellens, pedibus se strinxit, aquasque repellens
Remigio caudæ, ter circum litora torvos
100 Contulit adspectus, terque obcæcatus ab unda est.

Corripit hic artus subitus tremor, altaque cœli
Sidera testatur, Divosque infanda videntes;
Multa gemens, vitamque optans et amabile littus;
Taliaque effatus medio tum verba dolore est:
105 Non secus ætherei quondam regnator Olympi
Taurino Europam deduxit in æquora vultu,
Ac prius invectum ripa me duxit ab alta
Rana levans cano pallentia tergora ponta.
Ecce autem mediis altum caput extulit undis
110 Hydrus, et intorquens per longa volumina fluctus
Ingreditur, laterique assultans lympha remugit.
Hunc procul ut vidit Physignatus ilicet imum
Carpit iter, vada salsa ruens, nigrasque sorores:
Cum fugeret trepido mentem obcecata pavore,
115 Imprudens medias socium projecit in undas.
Ille autem statim pedibus, manibusque supinis
Volvitur in fluctus, stridensque immane sub imum
Sæpe ferebatur, nigrum visurus avernum:
Sæpe iterum pedibus nitens surgebat in auras.
120 Nec fatum vitare datur, pellisque decora
Jam nimium madefacta suo se pondere mergit.
Sic tandem ille minis, et fletibus interruptis,
Ultima verba dabat: Totne jam occumbere bellis
Non potui, o Superi? Quod si mihi fata parabant
125 Dira necem, cur non forti prærupta lacerto
Fortia corda olim pulchris cecidere sub armis?
Horrida cum juvenis miscebam prælia diris
Felibus, et rigno manarent sanguine campi,
Sarcobori exuviasque tuli cum victor opimas?
130 Haud mors illa fuit gestorum indigna meorum.
Nec sectus hoc superis poterit, Physignate, solique
Omnia lustranti tenebris celare barathri:
Perfide, non unquam mecum contendere campo
Pancratio, cæstuque gravi, ferroque valebas.
135 Ecce ego deceptus moriar resupinus in undis.
Muribus ast tandem solves crudele superbis
Supplicium: fandi testis Deus, atque nefandi.
Talia dum jactat, suspiria longa fatigant

Pectus anhelantemque animam sub gurgite fudit.
140 Hunc procul adspexit, morientis et ultima verba
Lychopinax molli considens littore magnum
Ingemuit, miseri mortæ indignatus amici.
Tunc celeri cursu (pedibus dolor addidit alas)
Castra petit, tristemque necem, fraudemque malignam
145 Exponit propere mœsti genitoris ad aures.
Vix ea, cum subito plebes turbata furore
Arma fremit; jamque inflexo nox frigida cœlo
Stelligeris invecta rotis nigram explicat umbram.
Conciliumque vocant proceres ad limina magni
150 Troxartæ miseri Patris, cui pignora lymphis
Innabant mediis, tumulique honore negato.
Nondum autem roseis aurora jugalibus almos
Jungebat currus, nondum sua rura colonus
Sulcabat rastris, densis non garrula lucis
155 Ulla canebat avis, rapido cum tota tumultu
Plebs ruit, et magni circumstat limina Regis:
Tum medios inter lacrimis dux fatur obortis:
O socii, neque enim solus tam tristia Ductor
Funera perpetior, vobis nam incommoda ranis
160 Multa feris veniunt, tamen e mortalibus unum.
Numina sæva premunt, postquam tria pignora diræ
Postravere neci; primus nam nocte foramen
Cum peteret, felis cecidit miserandus in ungues.
Alterius versuta virûm fallacia corpus
165 Artibus infandis, epulas cum quæreret audax,
Decipula oppresit, generis quæ maxima nostri
Pernicies; ranæ nunc denique tertia proles
Plus dilecta mihi, miseræ plus chara parenti
Concidit ob fraudem, nigramque supernatat undam.
170 Eja age, securum vestris pater orbus ab armis
Auxilium precor, et manes Psicarpagos orant.
Sic ait, et statim consurgit in æthera clamor
Bellicus, attoniti passim per limina cursant:
Muscarum gens nigra velut, cum forte puellæ
175 Ludentes vertere cado fragrantia mella;
Undique discurrit propere, circumque supraque

Perstrepit, et raucum circumvolat atria murmur.
Corpora tum pictis onerant generosa sub armis:
Cruribus hinc aptant ocreas, quas nuper in antro
180 E viridis fabæ crustis, nulla arte magistra
Aptarant; rutili stant fortia pectora circum
Thoraces miseri maculoso tegmine felis,
Quem raptum nuper pelle excoriaverat omni
Psicarpax, modo, qui mediis miser enatat undis;
185 Et lento circum curvarat vimine in orbem.
Scuta gerunt læva, tristeisque ad sidera flammas
Sole vomunt percussa; micat lux dira sub auras:
Namque orichalchæas nacti sub nocte lucernas,
Postquam adipe exsaturata fames, rutilo ære lamellas
190 Arripuere leves, clypeosque ex ordine turmis
Aptarunt; neque enim ollis mens ignara futuri.
Prægravis tunc dextras acus armat, et horrida totis
Horrendum procul irradiat seges ærea campis.
Testa nucis capiti tremit ardua; crista colore
195 Multiplici variata nitet. Jamque arva tenebant
Armati, cum dira procul sibi bella parari
Cernentes ranæ, turmatim ad littora toto
Exsiluere lacu, turmasque virosque parabant.
Tunc, quæ gens, quæve arma forent, quæ causa tumul-
200 Accedit præco dubitantibus; aurea fulgent [tus,
Sceptra manu, pulchris corpus splendescit in armis,
Embasichyatriadum soboles, fortissimus heros,
Tyrogliphus pugnam indicens, sicque ore profatur:
Me, o ranæ, vobis mures notissima bello
205 Gens misere, necem campis, pugnasque minantes:
Namque ducem videre lacu Psicarpaga, vester
Quem rex occidit Physignatus: eja age, fraudem
Nunc vestris crudelem animis cogitate malignæ.
Sic fatus, mures repetit; verbisque superbas
210 Ranarum mentes, et fortia pectora movit:
Conveniuntque ducem indignantes pectore factum.
Ast ollis placido Physignatus ore loquutus:
Non murem occidi, o socii, nec pectore nobis
Tam fera corda rigent: solus cum forte natantes

215 Aspiceret ranas, toto se corpore in undas
Projecit temere, fluctuque oppressus iniquo est.
Nunc vestrum exoptant mures superare maligna
Fraude ducem; vos hostili neu credite dicto.
Nunc age, mendaces possim quo perdere mures
220 Consilium adjiciam, mentes adhibete benignas:
Agmine composito pariter nunc protinus omnes
Propter aquæ latices, et littora curva paludis
Consistamus, ubi præceps et lubricus alto
Stat cœno locus, et fallit vestigia tellus.
225 Cum tamen irruerint collatis impete signis,
Correpta prout quemque furor prope littus adegit
Casside, nutantes cœnoque, armisque gravatos
Mergere firmatis conemur viribus omnes
Gurgite tranandi ignaros, et perdere saxis;
230 Tunc hilares littus complebimus omne trophæis.
Dixerat; hæc cunctis hæret sententia ranis:
Armarique juvent omnes; ferit sævit Erinnys.
Tunc malvæ foliis aptant sibi tegmina crurum;
Et virides betas pallentia pectora circum
235 Constringunt; clypeos lato dat cortice pinguis
Brassica; tum dextris effulget juncus acuta
Cuspide; littoreisque nitent cava tempora conchis.
Ordine tum longo circum sua littora, circum
Roscida prata sonant, manibusque hastilia quassant.
240 Jamque propinquabant mures, cum Jupiter alto
Æthere despectans acies, et corda furentûm;
Astrigeram in sedem Divos vocat; ilicet omnes
Accurrunt, magnusque Pater fulgentia monstrant
Agmina bellantûm, populosque utrinque superbos;
245 Multosque, ingenteisque viros, hastasque trementes;
Centauri veluti, aut immani mole gigantes
Gramine Phlegræo Thresis seu montibus acri
Succedant animis pugnæ, cœloque minentur.
Suaviter hic ridens ranis aut muribus æquum
250 Quis ferat auxilium exposcit, loquiturque Minervam:
Muribus auxilium numquid, mea nata, per auras
Ferre paras? Tua nam semper per templa, per aras

Exultant nidore gravi, dapibusque fruentes.
Illa autem: numquam, Genitor, mea muribus arma
255 Subvenient, miseris quamquam, nam sæpe coronas
Evertunt, causaque olei sub nocte lucernas.
Præterea peplum, tenui quod stamine nevi
Sidonio textum filo, Phrygioque labore
Floribus aspersum variis, nocteisque dieisque
260 Adproperans taciti, dente arrosere maligno,
Multaque nocturni fecere foramina tela.
Nec tamen aut sævis possim succurrere ranis:
Namque olim e bello rediens, cum forte sub altis
Arboribus, gratæ per opaca silentia noctis,
265 Propter aquæ tacitum jacuissem fessa susurrum;
Haud molli si vere oculos componere somno,
Insano priscas geminantes ore querelas:
Sic autem insomnis jacui, sævoque dolore
Armatum transfixa caput, dum Gallus in auras
270 Predixit Titana canens, lucemque propinquam.
Nunc autem abstinere juvat, neutrosque juvare:
Ne telo vestrum quisquam transfixus acuto
Indoleat, conferre manum nam cominus ardent.
Spectantes potius lite oblectemur inani.
275 Dixerat; hæc cunctis animo sententia Divis
Grata sedet: tum nube cava speculantur amicti.
Hic rapidus præco medio per gramina cursu
Purpureum campo labarum locat, horrida belli
Signa trucis, vestis fragmen, quod nuper ab arca
280 Traxerat arrodens, tacitoque aptaverat ori.
Tunc pariter culices liquidum super aera longis
Insonuere tubis, sonitumque dedere minacem.
Atque etiam cœlo intonuit Pater optimus alto.
Eja agite, o Musæ, campis quæ funera mures
285 Ediderint, nomenque ducum et pulcherrima facta
Pandite, vix seros perlabitur aura nepotes.
Primus in adversos hastam contorsit acutam
Hypsiboas, vacuas stridens volat illa per auras,
Hepar et in medium Lychenora percutit; ille
290 Vertitur in terram pronus, maculisque decoram

Pulvere deturpat pellem; tum robore multo
Troglodytes telum intorquens Pileona superbum
Oppetit, eque manu fugiens subit inguina fortis
Lancea, sed fati rabie tamen actus acerba
295 Per medias hostem turmas sequiturque petitque.
Deficit ast cursu in medio, tristisque cadentem
Parca premit vultu servantem irasque minasque.
Troglodytes ferus exultat, spolisque potitus
Per campum ingreditur; mortem sed fata parabant.
300 Embasychritus erat, campis illustria patrum
Gesta sonans, nomenque suum, sua bella recensens.
Non tulit hanc speciem Polyphonus, et acer in hastam
Insurgit, cædem illa ferens, crudosque dolores
Tranat, et hostilem sugit pleno ore cruorem
305 Pectoris: at corpus spolians Polyphonus, acerbum
Incidit in fatum; campo namque obvius olli
Constitit Artophagus, laterique minatur, et alto
Transadigit ferro costas: tum flumine rubro
Tingit humum, plagaque animam profudit hianti.
310 Eminus hæc cernens, sortem miseratus amici
Lymnocharis saxum arripuit, fortique minatus
Troglodyti jecit; gemit aere vasta molaris,
Inque ruit collum, atque oculos mors nigra recludit.
Lymnocharim sequitur jam littora curva legentem
315 Lychenor, teloque premit: premit æquore in ipso
Crambophagum, atque hasta super impulit; ille supi-
Vertitur et largo promiscet sanguine lymphas [nus
Frigidus, ac placidas jacuit prope littoris undas.
Tyroglyphum stravit, clypeique umbone peremit
320 Acer Lymnisius. Sævit tunc gramine toto
Pternoglyphus, timuitque virum Calaminthius, antrum
Projecto repetens clypeo, gratamque paludem.
Pternophagum Hydrocharis regemque, et dira furen-
Haud tulit, et saxo percussum extendit in herba: [tem
325 Naribus at cerebri tabus stillabat, et omnem
Sanguine fœdabat campum, tum lumina tristis
Mors tenebris premit, et nigris circumvolat alis.
Lychopinax justum crudelis Borborocœtem

Cuspide transfixit, juris rectissimus unus
330 Qui fuit in castris, et præstantissimus armis
Prassiphagus juvenem traxit pede Cuissodiocta,
Inque lacum rapidus mersit, manibusque superbam
Cervicem adstringens, verbis ita pungit amaris:
Eja age ranarum fraudes ulciscere, et antris
335 Te spoliis satura nostris, i, perfide, in undas;
Cumque domum Stygiam, et torrentia flumina ditis
Advenias, comes æternus Psicharpagos esto.
Sic loquitur; strictos quatit æger anhelitus artus
Muris, et invitus multam bibit ore paludem.
340 Psicarpax autem defuncti fratris amore
Inferias diris ranarum cædibus offert;
Pelusiumque necat cunctantem, et multa gementem;
Sub pedibusque tenet luctantem, et viscera retro
Ore eructantem, donec sub tartara tristi
345 Effudit cum fletu animam, lucemque reliquit.
Pelobates procul hunc cernens, crudele minantem,
Infremuit, glareamque hostis conjecit in ora,
Fœdavitque comas, frontemque oculosque minaces:
Vixque excæcabat; frendens tamen ille nigrantem
350 Excussit terram; saxumque immane sub auras
Emisit facile, quem dextra avellere multi
Haud alii possent, sævumque superjacit hostem.
Confregitque artus; nusquamque in corpore toto
Corpus erat: mœsta horrendi spectacula Martis!
355 Craugasides tamen in pugnam ruit impete toto
Corporis immensi, juncumque immane trementem
Conjicit; ille autem volitans per inane furentem
Delusit, lætus vero mus protinus altum
Insilit, ac toto transfigit pectora ferro.
360 Vertitur ille tremens, pedibusque cruore madentem
Fundit humum, vultûs at jam morientis amici,
Conspiciens, claudus quamquam, properabat ad amnem
Psitophagus pugnam effugiens, nigrasque sorores.
Jam passim riguo manantes sanguine campi
365 Ocurrunt, sectique pedes, crinesque manusque
Pugnantûm, ac tristes voces, gemitusque cadentûm.

Talia per campos edebat funera victor
Psicharpax; parte ex alia furit æquore toto
Troxartes genitor; si qua Physignatus ulli
370 Cernatur. Quondam veluti cum nocte silenti
Sollicitante fame, nemorum per opaca leæna
Quam catuli siccis expectant faucibus, antro,
Dentibus infrendens aprum, pinguemve juvencum
Affectat, trepidat saltu, fremituque remugit;
375 Quod ruat in latus illa furens quo appetat armos:
Sic Troxartiades, genitorque in gramine sævit.
Tunc obiter senior spoliantem corpora passim
Prassæum cernens, transcursu in pectore ferrum
Condidit. Hic tandem Physignatus ampla per arva
380 Muribus occurrit; clamant, subitoque tumultu
Sese illi adglomerant; ille ut cognovit, in altum
Insurgit, multosque ferit, laceratque necatque.
Hæc procul, ut vidit Psicarpax, acer in illum
Procurrit, ferrum intendens; cum, siste parumper
385 Pone (Pater clamat), mihi nunc Physignatus uni
Debetur: stetit ille furens, seniorque profatur:
Non hæc in lymphis, Physignate, pugna, nec ullos
Decipies, iterumve dolis; stant gramine mures,
Bellatorum acies, non mollia prata vagantes
390 Ranæ, aut in ripis noctesque diesque canentes.
Dixerat, et stridens liquidum super aera telum
Conjicit; ast facili flexu vitavit acerbam
Rana necem; volat usque tamen, regisque ministrum
Armigerum sternit; tum protinus ille sub auras
395 Bis, terque intorquens immani turbine juncum
Expediit; clypeum Troxartes ilicet altum
Extulit, ac sæva corpus protexit ab hasta.
Illa volans alto clypei sonat ære repulsa,
Fractaque nigranti resplendet cuspis arena.
400 Infremuit cernens Physignatus, atque paludem
Contendit propere: toto tamen impete cursus
Troxartes sequitur, stomachumque hastile sub imum
Infixit: stetit ille tremens, artusque labantes
Sustinet ægrescens, quæritque in funere honorem.

405 Non secus ac riguis Cybeleia pinus in hortis
Florentûm juvenum sæva percussa bipenni,
Usque labat, nutatque diu, ramosque superbos
Substinuisse cadens vellet, frondisque decorem.
Troxartes sævus jam vulnere singultantem
410 Conficit, atque caput terræ applicat, et pede calcat.
Ille nihil; proprio tantum cum sanguine mixtam
Mordet humum, donec quassatos plumbea claudit
Nox oculos, nigrasque fugit Phlegetontis ad undas.
Jamque triumphatis repetebant hostibus agros
415 Belligeri mures, cum non procul arma tenentem
Artepibuliadem cernunt, genus omne natantûm
Perdere pollicitum ranarum ad littoris undas.
Cominus hic ferro Meridarpax nomine nulli
Cedebat Princeps, Martique simillimus armis.
420 Constiterat ripis, atque impiger antra petentes
Sternebat ranas; ac finem forte dedisset
Inviso generi, ni sors adversa fuisset.
Namque virûm Divûmque sator miseratus ab alto
Ranarum exitium, quassato et culmine cœli
425 Motavit caput, ac Divos sic fatur ad omnes:
Magnum opus, o superi! mirabar namque, per agros
Ut furit invictus Meridarpax, et genus omne
Belligerûm, quamvis ranarum interficit ardens.
Eja age, vel Martem curruque, rotisque superbum,
430 Gorgoneove feram clypeo Tritonis alumnam
Mittamus; furit ille nimis, tamen usque furentem
Hi cohibere parent, viridique avertere ripa.
Sic Pater: at Patris contra sic filius orsus
Mars hominum pestis: Non ulla potentia ranis
435 Auxilium ferat, o Genitor; seu sæva Minerva,
Sive ego: jam nimium viresque animique superbis
Muribus in bellum rebus crevere secundis.
Aut igitur cuncti pariter veniamus in arva,
Disjice seu fulmen, totum quod sedibus imis
440 Concutiat mundum: Phlegræ quo immania quondam
Monstraque Titanasque feros, ipsumque ligasti
Enceladum ingenteis jaculantem ad sidera truncos.

Dixerat; hæc magno placuit sententia Patri.
Ægida tum primum quassans per nubila, dirum
445 Insonuere poli, cœlum tremit omne boatu.
Tum rapidum dextra fulmen jaculatus in unda
Intonuit, cunctique armis fugere relictis.
At non magnanimus Meridarpax territus unquam,
Discesit ripis, tremula nec cuspide ranas
450 Perdere cessavit, donec Deus æthere ab alto
Auxilium immisit ranis, nam monstra per undas
Exeruere caput; medio queis tergore surgunt
Incudes, retroque ferunt vestigia, curvis
Unguibus armata, et sub pectore tristia fulgent
455 Lumina (quos Latii cancros dixere vocantes),
Blæsi, lati humeros, armatique ora recurvis
Forficibus: fulget lævi testudine tergus:
Nervosis tecti cervicibus, octipedesque:
Qui manibus sterni nequeant, aut vulnera pelle
460 Dura pati, rigidamve aciem; nam ferrea quamvis
Tela repulsa sonant tergo. Timuere furentes
Belligeri mures; tum saltibus antra quietæ
Grata petunt ranæ; venienti occurrere turmæ
Muribus haud placitum: memori tamen ante trophæo
465 Signavere locum. Cancri petiere paludem
Mirati ranarum exitium, muresque superbos.
Ast olli ingenti repetunt sua castra tumultu:
Et convivantes, fessosque profunda premit nox.

AUCTORIS EPISTOLA DE HOC OPUSCULO

Marian. Loyzag. Antonio suo.

Habes Homericam Batrachomyomachiam diu a me elaboratam, partim ut vulgatas nonnullas versiones studiosa juventus contemneret, ex quibus non tam gloria in Poetarum Principem, quam dedecus derivatur. Quod quidem, etsi me nequaquam omnino assequutum agnosco, cum ob mei ingenii mediocritatem, tum ob græcæ dictionis majestatem atque elegantiam, nativumque candorem, quibus

omnibus latina minime respondet; tamen quin omnibus aliis hæc versio sit studiosæ juventuti gratior, nullus dubito, cum quod politiori, tum quod ligata oratione, et accuratissime scripta est. Fateor plura non ad verbum e græco fonte trastulisse, Flacci nostri præceptum sequutus; imo et in aliquibus extra Homeri vestigia exorbitasse. Nonnulla enim addidi minime ut puto extra rem; verum in hoc tuum plusquam meum judicium exopto. Ad te igitur advolat cum spongia: adhibe sis; neu te mihi Antonium, sed Aristarchum exhibeto. His autem te tricis immergis? inquies. Utique, mi Antoni; nec quare id mihi vertendum vitio sit, satis video. Ut enim antiqui gladiatores, antequam proprius manum consererent, inani velitatione corpus et brachium exercebant, ut certius postmodum ictus dirigerent, ita vel Poetarum optimos memoriæ proditum est, in minutissimis quibusque prolussisse, antequam opus aliquod illustre molirentur, unde sui nominis memoriam apud posteros vellent immortalem futuram. Humiles sylvas Statius antequam tumidam Thebaidem; parvulum Culicem Virgilius antequam ingentem Æneidem; hanc ipsam Batrachomyomachiam Poetarum Princeps Homerus antequam divinam scripsit Iliada. Quid ergo, si Æneam, si Achillem alium graviore postmodum tuba sonaturus, in his calamum et stylum exerceo, in quibus se Apollinis mystam exercuisse, haud fuit reprehendendum. Quem autem Æneæ et Achille majorem apellem, sat nosti; in eo nunc perficiendo et castigando insudamus. Quod ipsum in hoc opusculo, et in aliis meis omnibus, quæ ad te deinceps, tu ut facias, per si qua est mihi tecum necessitudo, etiam atque etiam rogo. Tu vero quid? anne ea versio absoluta est? Age sis, et ad me. Immane enim est, quantum tuarum lucubrationum cupiditate excrucior; quantaque earum lectione afficior voluptate. Vale, et in me amando, siquando occœpisti, pergas operam. Ex ædibus nostris, postridie Kalend. Maj. ann. M.DCC.LI.

Index Græcorum Nominum Propriorum quæ in Homerii Batrachomyomachia continentur.

Ut non minimum studiosum juvenem lateret Homerici ingenii argumentum, ipsa Murium et Ranarum nomina, quæ non sine magno judicio apposita, placuit hic cum ipsorum ethymologia et significatione referre ordine alphabeti, duobus subjunctis numeris, quorum paginam primus, carmen secundus denotabit.

Artophagus.—Panem devorans.
Artepibulus.—Insidians pani.
Borborocœtes.—In cœno jacens.
Calaminthius.—Jacens inter arundines.
Crambophagus.—Caules devorans.
Crangasides.—Cauli similis.
Cnisodioctes.—Nidorem sequens.
Embasychitros.—In ollam irrepens.
Hydrocharis.—Aqua gaudens.
Hydromedusa.—Aquarum Regina.
Hypsiboas.—Alte clamans.
Lychomile.—Lingens molam.
Lychopinax.—Paropsides lambens.
Lymnisius.—Palustris.
Pelusius.—Cœnosus.
Pelobates.—Plutum incedens.
Pternotrocta.—Pernam arrodens.
Pternoglyphus.—Idem pene.
Pternophagus.—Pernam devorans.
Prasiphagus.—Porros comedens.
Prassœus.—Caulis colorem referens.
Polyphonus.—Quasi multisonus.
Physignatus.—Maxillas inflans.
Psicarpax.—Micarum raptor.
Meridarpax.—Particulas rapiens.
Psitophagus.—Cibos absumens.
Tyroglyphus.—Casei excavator.
Troglodytes.—Foramen ingrediens.
Troxartes.—Panem arrodens.

Pilion, sive ut aliis in editionibus legitur *Pelion*, ex quibus componatur non invenio; si autem in Homero legendum est *Pelion*, descendere potest ex Pelio montis nomine, ubi Murem natum Poeta fingat.

LECTORI.

Hanc ipsam Homeri Batrachomyomachiam quinque libris amplificavit P. Jacobus Baldæus, nostræ Societatis. Eamdem autem eo loco quo Homerus et nos desivimus, prosequutus est Guido Vanninius, Lucensis Civis, haud contemnendo quidem carmine, ut videri potest inter ejus opuscula, carm. libro 1º

In obitu Adolescentis. Epicedium.

Huc Thimbreæ chelym seu te Patarea morantur,
Seu facunda Claros, aut quæ circunflua ponto
Te suscepit humus, dulcive cacumine Pindus
Detinet, auritique sonant tua carmina montes.
Huc age formosos conspectus lumine crines,
Dejectosque imo fundens e pectore questus:
Te qualem Ismariis crudelia funera Nati
Deflevisse ferunt campis, ac fulmina magni
Obtrectasse Jovis, manesque vocasse gementem.
Squalidus, incultusque veni, nec tempora cantus
Munera florentes hederæ, nec laurea cingat;
Laurigera pro fronde comas præcinge cupresso.
In planctus revocare juvat, quæcumque per altum
Concinuere lyra graciles Helicona sorores.
Ipsæ adsint flores, ferrugineosque hyacinthos,
Portantes calathis, ac muneribus funestis.
Tu tamen ante alios niveos discissa capillos
Numine Appollineo melior Dea, funera tanta
Advenias casto Pietas mœstissima vultu.
Talia clamabam mœstus, noctesque diesque
Ad cineres, Francisce, tuos, cum percutit altus
Ecce aures sonitus, fallor, vel Diva per auras
Ad tumulum e cœlo descendit, frigida quando
Saxa revulsa jacent, niveoque in marmore Musis
Associata sedet, tragicoque induta cothurno
Melpomene exequias lugubri sic concinit ore:
Heu, miserande, jaces! quis te, puer optime, Divûm
Abstulit? Heu, crudele nefas! Quis talia cernens
Lumine persistat sicco? Næ ferreus ille.
Scilicet hoc nobis etiam post aspera rerum

Fata manent? Proh! magna Deûm, atque injuria Parcæ.
Scilicet hoc teneræ nobis decor ille juventæ
Hoc oris roseum florente in corpore lumen?
Hoc oculis afflatus honos, hoc fervida monstrat
Ætas? O volucri quam mors vaga pervolat ala!
Os jam voce caret, cujus mihi dulcia possent
Verba dolente graves e pectore pellere curas.
Heu, quoties tenero dicentis ab ore pependi!
Dictaque proh quoties servavi in corde reposta!
Heu, miserande, jaces. Quis te, puer optime, Divûm
Abstulit? En gravido torpent jam membra sopore?
Ferrea Nox oculis, æterna silentia labris:
Pondera mortis habent aures; ac corpore monstrat
Horrendos toto regnans Mors pallida vultus.
Flos veluti, postquam duro contusus aratro est,
Quem coluit Lucina comes, coluere sorores,
Occidit ægrescens: picto ceu grandine prato
Lactea marmoreum demittunt lilia collum.
Nos tibi Castalii supremo e vertice montis
Frondibus insolitis doctæ redimicula frontis
Serta parabamus: Andino carmine posses
Altera dulcisono complere cacumina cantu;
E vacuoque jugo Phœbum superare canentem.
Jam lauro vates Philyraque, hederaque revincti
Fausto plaudebant cantu, pulsumque sonabat
Per montes, Francisce, tuum, et nemora ardua nomen.
Stamina, sed postquam scivit Libitina feroci
Forfice, spemque meam crudelis Parca fefellit,
Funereum intonsi montes, aurique cavernæ
Responsant silvis; tantum clangore querelas
In cœlum repetunt vates; atque aurea tristi
Sidera percutiunt gemitu; Parcamque cruentam,
Crudelesque Deos, atque impia fata vocantes.
Hos tibi nunc flores, nexasque e fronde corollas
Inferias tumulo cum carminibus supremis
Adportant. Eheu! Quis te, Francisce, Deorum
Invidus, ah, puerum nostro sic substulit orbi?
Sic cum prima genas vestibat flore juventa

(Infandum) moritur dignus quoque Nestoris ævo?
Talia Melpomene fatali affixa sepulchro
Irrita jactabat ventis; cum candida crines
Apparet Pietas, placida veneranda senecta.
Mox hæc: Quid vanis, frustra quid questibus auras
Imples? Flebilium jam, Virgo, desine vocum.
Tot lacrimas pueri, tot questus funera nolunt,
Sint breviora licet. Lumen Franciscus Olympi
Jam videt; exsuperant lætum nova gaudia pectus
Illic gemmato volitans super ardua curru
Oceanum, terræque plagas, ventûmque recessus
Ortusque occasusque vagos, Lunæque labores,
Pleiadasque Hiadasque, et frigida plaustra Bootæ
Attonito similis pedibus supposta videbit.
Carpet odoriferos cœli per amœna vireta,
Quos non ustus Arabs, nec fallax Græcia jactat,
Quos nec Hymettus alit, formoso pollice flores.
Tunc Dea marmoreis nova libans oscula saxis,
Sic loquitur verbis, ac fletibus interruptis.
Fortunate puer, si qua tibi pectora flamma
Ardescunt nostri; si quid mea carmina curæ
Sis memor, ante suis confusis legibus anni,
Tristis hyems flores, æstas tractavit olivas,
Quam taceat, Francisce, tuas mea fistula laudes.
Nunc tandem ingrato figam monumenta sepulchro,
Quæ manes, cineresque diu testentur amatos,
Marmoraque invisens tremulo legat ore viator:
Hoc tumulo juvenis lætho jam præcoce condor;
Quisquis adest, valeat, teneris nec fidat in annis.

Horti dedicatio Dianæ, ad imitationem Barclaii.

Alma parens nemorum, quæ nunc per Mænala cursum
Præcipitans, celeri præverteris aera gyro;
Seu pavidum ramis tollentem cornua cervum
Sors dedit, aut sociis læto clamore fatigas
Infrendentem aprum, spectasve ad tesqua leonem;

Dulcis Io nemorum custos, si sacra dicatur
Silva tibi, Medique tepet pia thuris acerra,
Huc ades, et cœptis faveas pede, Delia, dextro.
Non indigna precor: tu castis annue votis.
Hæc tibi silva viret, crescat tibi munere semper
Diva tuo: satyrûm relega procul usque furentûm
Faunorumque greges, procul absint arma Priapi:
Quandoquidem sanctum colitis sine labe pudorem.
Huc Dea, seu molli sociæ pede tegmina quærant,
Seu cupis ipsa, veni, clarii cum fervida fratris
Desuper acta polo flavas rota torret arenas.
Hæc tua pinus erit, quæ sanguine culta recenti
Sit semper, semperque tuis veneranda trophæis.
Hic, seu Caucaseæ fulgentia tergora tigris,
Seu pellem panthera dedit, dentesve recurvos
Marsus aper, ramis nemori suspende triumpho.
Sive jubet Nymphis coreas agitare pudicas,
Huc Dryadum festiva cohors, et Oreades una
Implicuisse manus cupient; tibi, Cinthia, passim
Virgineo molles decerpent pollice thyrsos,
Seu juvat hac lauro, seu cingere tempora myrto.
Nosque plaga simul tereti, quem gramine damam
Compellemus agris, tumulo quem justa feremus
Formosi Daphnis, venias manifesta precamur.
Hunc tu, Diva, polo superûm digneris honore,
Munere nec tantum pluvius micet altus Orion.
Hanc Erymanthæo, Cinthive cacumine semper
Posthabito, Tenedoque colas, nec silva bipennem
Sentiat ista feram, aut ultorem Numinis aprum.

Ecloga. Nisus.

Hos Niso, mea Nympha modos concede roganti.
Niso silva placet, placeant et carmina silvæ.
Incipe, sollicitum Nisi cantemus amorem.
Dum nemora arboribus rident, dum floribus agri
Ille petit silvas, solusque per avia rura
Ingeminat questus: Quis te, meus ignis Amynta,

Ah, loca grata nitent? aut quæ via ducit euntem?
Huc ades, alme puer, tondent dum prata capellæ,
Gramina dum vaccæ carpunt, hædique petulci
Subsultant, patiturque novi clementia veris.
O, modo jam tecum liceat mulcere canendo
Auras, atque unum responset saltus Amyntam.
O, tecum liceat Panos de more cicutas
Tangere, et imparibus calamis aptare labellum.
Linqueret herbosum depascens buccula campum,
Arrigeretque ovis aures, et tua carmina circum
Attoniti exciperent stantes sua tesqua leones.
Linqueret antra lupus, teneroque immixtus ovili
Poneret antiquum rabido de corde furorem,
Allectus formaque tua, vocisque sonore.
Pangere seu nolles, audires dulce canentem
Arboribus stratum sublatis Alphesibæum.
Huc pecus ille suum conducit sæpe sub oras,
(Nam procul hinc degit gelida sub rupe Lycæi)
Et calamis cera junctis mecum ille revolvit
Seu tristes elegos, Teii seu ludicra buxi,
Sive suas Daphnin flammas, sua funera Daphnin.
Namque erat ille tuæ icon perfectissima formæ;
Nuncque pari, ah fatum! tecum floresceret ævo:
Sic mentum, sic ille oculos, sic ora ferebat.
Candidior sed enim pulchroque colore juventa,
Lutea seu roseo pinguntur poma rubore,
Et crocei nivea ludebant fronte capilli;
Tu niger, et nigri resplendent vertice crines,
Sole velut blandæ resplendent terga columbæ.
Tu niger; ast etiam vaccinia nigra leguntur.
Tu niger; ast etiam nigri fulgent hyacinthi.
Hunc quoque nunc resonat, quamvis ego sæpe querelas,
Et lacrimas cohibere parem; sed me quoque (verum
Si fatear, vero nec tu offendaris Amynta)
Ah fatum, infelix urebat me quoque Daphnis;
Et me multoties tetigit dolor Alphesibæi.
Huc ades o, nam si venias, mea maxima cura,
Nec me, nec socium tanget dolor Alphesibæi.

Marcet ager, marcentque relicta fronde capellæ;
Atque eadem pecus et pastorem cura peredit.
At simul ac solito venias manifestus odore
Sponte virebit ager, pinguescent fronde capellæ;
Atque erit, et pecori, et pastori summa voluptas.
O crudelis amor, repetunt in tecta coloni
Te tamen expecto. Fallor, vel colle propinquo
Descendit: puer, i, lactis fac Thestilla cymbas,
Seu velit illa nigram, aut pictam mulgere juvencam.
Preparet hirsutasque nuces, depictaque poma.
Obvius ire paro, brevis est via, flumine longe.
Duc age, Mopse, gregem. Nox imminet: ite, capellæ.

In obitum Francisci Plata Adolescentis satis immaturum.

Phœbe Pater, si fata virûm te tristia tangunt;
  Si qua potest hominum cura movere Deum:
Huc age Turutulos *(sic)* elegeia passa capillos,
  Flebilis incultos gutture solve modos.
Hic citharæ sonitus desint, modulamina vocum
  Non bene conveniunt luctibus ista meis.
Nunc lacrimas siquando pias, nunc fundite planctûs
  Si vos permittit lumina flere dolor.
Nunc gemitus, tristes præcordia rumpite questus:
  Justa magis nunquam causa doloris erit.
Quisquis adest, teneris jungat suspiria nostris.
  Mœror erit socio forte dolente minor.
Occidit, ah mortis non exorabile ferrum!
  Pectore quid vetuit figere tela meo?
Hei mihi, nec licuit languentia lumina leto
  Claudere: quid properas, Parca, cruenta necem?
Hei mihi, nec licuit spirantis ponere corde
  Lingua postremos deficiente sonos:
Nec lacrimis madidos extremis tergere vultus,
  Jungere nec tremula pulchra labella manu.
Heu miser expectans securum forte periclo;
  Ferrea me ranca tympana voce monent.

Candida seu tonitru volitat turbata columba
  Aere corripiens, sed sine lege viam;
Sic ego tristisono turbatus pectora ferro,
  Præcurro, monstrat qua timor ipse locum.
Jamque propinquabam cupidus, timidusque videndi,
  Auribus en resonat vox inimica meis,
Occidit: O quisnam vocem præmissit ad auras,
  Multa nec extimuit sic dare corda neci?
Obscura sub nocte videns ceu forte viator
  Percussum comitem fulmine sistit iter:
Sic ego correptus subita formidine gressum,
  Subsultant gravido viscera pulsa metu.
Mox ubi verba dolor permissit faucibus arctis
  Insanus ventis talia verba dedi:
Invida, quid prohibet Pylios deducere in annos
  Stamina formoso, Parca superba, colo?
An, juvat halami *(sic)* surgentem caudice florem
  Scindere? Forma oculis displicet anne tuis?
Huic, si certet Hylas, Narcissus, pulcher Adonis,
  Narcissus cedat, pulcher Adonis, Hylas.
Nunc tamen, o Superi! Quæ mentibus hæret imago,
  Nos fati memores reddere sola valet.
Proh! quoties pictæ delusus imagine formæ,
  Te loquor, et verbis te dare verba puto!
Te mihi, heu quoties adstantem somnia fingunt
  Atque jocis teneros inseruisse jocos!
Heu risus quoties oculis, ac cætera nostris
  Occurrunt, solitis non male picta locis!
Tristia quid vero memoro? Mihi maxima quondam
  Gloria, nunc tantum vel memorata dolor.
Sit satis Helyadum plusquam flevisse sorores
  Non tantum Icarides flevit amara Patrem.
Non tamen hæc proles meruit Clemencia luctus,
  Icari pueri non male sanus amor.
Sit, puer alme, satis; gemitus jam fistula raucos
  Fundit et arenti gutture lingua silet.
Nunc ego quam vellem, quos vel niger Indus odores,
  Vel metit ardenti tramite tostus Arabs!

Vos tandem Manes, cineres salvete sepulti,
  Vobiscum posthac contumulatus ero.
Jam mihi sordet humus, sordent mortalia, tantum
  Ante oculos perstat mortis imago meos.
Nulla videre placet, renovant mihi cuncta dolorem.
  Auribus ac nostris sic mihi visa loqui:
Quid pretiosa soli cupiens, insane, laboras?
  Omnia morte cadunt: pulvis et umbra placet?
Interea dum Chloto meis nova stamina nectit,
  Et donat tristes posse videre dies:
Dum penitus tepida languescunt pectora febri,
  Æthera, dum dabitur, teque videre, vale.

In obitum ejusdem.

O fatum! Ah! nostræ cecidisti gemma coronæ:
  Occidit ante suum noster Apollo diem.

Ad Joann. Berchmans Iconem.

Ecce datur casti juvenis placida ora tueri:
  Cur tacet? ast quæris. Religione tacet.

Ad B. Aloysii et Koskæ Iconem.

Nascitur hic dum Koska jacet; nam fata, diemque
  Præstitit ignis idem, præstitit annus idem.
Nil mirum, Koskam referat Gonzaga secundum:
  Phœnicis Phœnix nascitur e tumulo.

Natalia Munera.

Si pronus superum, Terane, donis
Exoptas Arabum lenire pulchris
Aras, et nitida cremare acerra
Flaventes Cilicum, Syrumque rores;
Si vis coccineis nitere sertis,
Quæ vel Attica docta, vel viretis
Optatas apibus dat Hybla flores;

Atque artus nivea micare veste,
Ut cæca Ausonidum tulit vetustas:
Huc, huc auricomos solute crines
Adsis, Phœbe parens, lyramque tantam
Fer, Pæan, modulis in astra lucem.
Huc tecum, Charites simul novenæ
Blandis adveniant modis sorores.
Hem! Pæan, fuge, gratiæ novenæ
Hinc blandis fugiant modis sorores.
Mortis numina, Tenarique nugæ,
Mundi spectra furentis et caduci.
En Jesus pelagi, polique rector
Considet rutilo videndus auro.
Huic offer liquidas, Terane, acerras
Offer pectoris unicos amores.

Prolusio Grammatica De Syntaxi Habita ab Auctore Francisco Xav. Alegre, S. J. Mexici, Anno 1750.

Gratias a me repetere juremerito Mexicani istius cœli clementissima temperies potest, quæ me non solum mihimet hodierna die vegetiorem vividioremque restituit, verum etiam, hoc frequentissimo Musarum Theatro sapientissimorum virorum nobiliumque adolescentium corona circundatum, iterum in Apollinis templo prorsus dissidentem collocavit. Altissimum namque Romanæ Eloquentiæ culmen, cujus in clivo Sysiphium quasi saxum evolvens jamdiu laboraveram, cum ipsa animum difficultate oblectaret, meas simul ita vires exhauserat, ut cum tanto oneri substinendo par ultra non essem, ab eloquentiæ studiis ad inania ferme oblectamenta desperantem, non fastidientem animum avocarim. Quo quidem temporis intervallo, diu multumque per medicorum manus jactatus, ea me tamen interdum spe consolabar una, fore ut cœli regione mutata quæsitissime, sospitatis inventione gauderem. Verum enimvero, cum de Majorum jussu Mexicum meditarer, non tantum hæc jamdudum mente præconcepta spes animum

recreabat, quantum quod rursus ad optatissimum Eloquentiæ studium, non tam perficiendi facultate, quam parendi alacritate fretus venirem. Quapropter, ut quod toto istius anni curriculo, magna cum animi mei voluptate sum acturus jam nunc agere incipiam illud primum vobis, Adolescentes optimi, paucis comprehendam, quis verborum delectus habendus sit: ex quo candor ille latini sermonis mirum quam efflorescit ac dignitas: deinde ut vestros animos honestissime latinæ linguæ penitus agnoscendæ ardore succendam, paucis item, quantam de Mexicanæ juventutis ingeniis animo opinionem conceperim meo, altero orationis capite prælibabo.

Enimvero, religiosissimi AA., cum mihi sese ille divinus Eloquentiæ vultus, decoro prorsus ac matronali ornatu ante oculos proponit, quo aureis illis temporibus a romano populo donata efloruerat, quamvis omnia vehementer admirer; cum sententiarum dispersa lumina, auream elocutionis copiam, argumentorum vires, facetiarum veneres, quibus quasi fabulosa illa Hesiodi Pandora, Deorum omnium decorata muneribus, in Quiritum scenis visebatur; tamen hoc toto jucundissimo conspectu plus se mihi exhibet admirandum, partium omnium nitidissimus cultus, decoraque, atque pro rerum dicendarum genere modulata concinnitas. Quam quia majorum præceptis explicandam aggredior, illud vobis primum spei Adolescentis, prius necesse est adaperiam, unde istius dispositionis, seu græco et communi mavultis nomine σύνταξεος, dignitas atque splendor concilietur? Si vos tamen illud ante edocuero, non me solum verborum elegantiam, aut, ut ille inquit, canoras nugas expetere, id enim potuit contendo, ut omnis puritatis amore imbuti, majoribus deinde (quæ ad me non attinent) præceptis instructi, virilis tandem et plane romanæ orationis fastigium assequamini. Ejus, igitur, majestatis cum plures ab aliis causæ fuerint assignatæ, illa mihi potissimum sententia hæret, eam in verborum delectu absolutissime constare. Quapropter illud vobis latinæ linguæ candidati persuasum velim hac maxime ab initiis cura, omnem latinæ orationis cultum, olim temporum injuria defædatum, quem-

admodum ab aliis summa cum laude, hac nostra ætate, sic etiam a vobis per consequentes deinde ætates iri restitutum, aut sibi, suaeque dignitati, per alios ornatissimos sapientissimosque viros jam redditum, hac cura, ac diligentia ne rursus eadem dehonestetur barbarie facile conservandum. Cæteros enim eloquentiæ ornatus, sæpe vel temporum motus labefactat, vel oratorum ingenia permutant, nec tamen ideo sua præcipua munia atque vigorem deperdit oratio. Defuerit sane Marc. Tullio facetiarum lepor, ut aliqui criminantur; an non semper erit admirabilis beata illa sententiarum ac verborum volubilitas, qua veluti aurea Mercurii catena, auditorum animos adstringit? Defuerit suavitas Senecæ, cujus ut aliqui putant, quasi per abrupta et confraga raptatur oratio; an non semper apud eruditos in pretio erit largus ille ingenii fluvius et argutissima elocutio? Defuerit ubertas Frontoni, cujus prorsus ingeniosa jejunitas ansam aliquibus tribuit maledicendi; an non ideo fortissimi argumentorum nervi, et adhuc ipsa efficax acrimonia semper laudabuntur? Defuerit moderatio Simmacho, cujus amœnissima semper oratio, quasi rivulus inter flores luxurians, plus, ut inquiunt, Sybaritam sapit quam Romanam; an non ideo illius suavitas atque ad aures Principum aptata mollities æstimabitur? Denique defuerint Oratori partes aliquæ, verbosa sit oratio aut sterilis, interrepta aut volubilis virili sententiarum succo, aut solo argutiarum flore comperta, vitia sunt hæc temporum. Fateor; at multis summis viris ita adhuc ex antiquis scribere placuit et in præsentem hucusque diem, eorum in eo dicendi genere alumnos, defensoresque conspicimus. Etsi autem varia inter se dicendi ratione pro suo quisque ingenio decertarunt, ea tamen omnibus una mens fuit, ut purissimus latinæ linguæ candor servaretur, nihili ingenii flumen et saluberrimos sententiarum latices (ut lyrici vatis similitudine eloquar) æstimantes, si eos peregrinorum verborum involutos cœno profunderent. Ad hæc reliqua orationis ornamenta varia ingeniorum omni tempore efflorentium indole facile possunt, ad pristinum splendorem revocari. Enituit quidem ante Tullium priscos inter Quirites, asperius illud

et strigosum dicendi genus, in quo seniorem illum Catonem principem scimus effloruisse. Accessit deinde aurea illa reipublicæ et eloquentiæ lux, Tullius inquam, cujus splendidissimus ille stylus, et plane asiaticus, antiquorum omnium latinorum extinxit lumina, sed nec ipse diu stetit. Neronis namque imperio pressus et laconicus ita signit, ut effussam illam et cothurnatam Ciceronis pompam obscuraret, quam suorum temporum injuriam juremerito deplorat Quintilianus, in eoque genere principem Lucium Senecam fuisse cognovimus. Quid plura? sub Vespasiano et reliquis omnis Græculorum præceptorum luxu deturpatum, nimium molle et gracile sub Theodosio fuisse conspicimus, donec tandem eruditissimorum virorum studio ac diligentia virile illud robur Ciceronianæ facundiæ orationi rursus accessit, rursus argutus Senecæ stylus apud aliquos præstantes viros effloruit. Denique nihil ita oblivionis tenebris consepultum, ut ab posterorum ingeniis non iterum in lucem possit proferri. Nec enim omni tempore iidem sunt hominum mores, cui sese debet oratio adaptare. Hic autem latinitatis candor, tot jam peregrinorum verborum alluvione pæne submersus, cum non ab hominum ingeniis possit effingi, eumque ab antiquorum fontibus necesse sit derivare qui quotidie turbidiores ad nos promanant, quam maxime debet providere, ne ita prærancidis fœdissimarum vocum sordibus inhærescant, ut nulla iterum lima possit expurgari.

At quoniam duobus maxime adversariis hæc latinæ orationis puritas solet labefactari, vel enim nimio antiquitatis amore, squallidis ac longo veterno inquinatis vocibus sordescit oratio vel recentibus verbis excussis aut peregrinis aliquibus, nescio quo jure Civitate donatis, intemeratus latinæ linguæ pudor quam fœdissime deturpatur, pauca de utroque levi brachio perstringam, si vos, religiossisimi AA., Mexicanique juvenes, ea qua hucusque benignitate me pergatis attendere. De prioris autem turpitudine vosmetipsos testes appello, ne me ac vos dicendo defatigem. Cujus enim vestrum subactissimum judicium atque non nisi ad florentissimorum oratorum voces aptatæ atque

assuetæ aures turchinabundos *(sic)* illos aut bovinatores non perhorrescant atque e ponte detrudant? Atqui earum vocum antiquior Cato Luciliusque feruntur auctores. Valeant cum suis cadaverosis nominibus et hirsuta eloquentia auctores ii atque ut ille inquit Evandro et Numa apud *Plutonem colloquantur. More foliorum*, ait Horatius, verba permutantur; nec tanto apud in pretio antiquitas esse debet, ut olidissima quæque et putrida, quæ jam posterorum hominum ac disertissimorum opinione absolverint in usum revocare velimus. Quamvis nec ea quidem omnino verba velim improbari, ut enim romanæ eloquentiæ, non minus quam reipublicæ princeps M. Tullius scripsit, suoque non uno in loco confirmavit exemplo, ex suavioribus aliqua oratione dispersa, nescio quid dignitatis atque amplitudinis elocutioni conferunt e sacratissimo alias vetustatis sinu deprompta. Verum utinam, utinam Auditores benevoli, hoc tantummodo sese telo percussam lugeret Eloquentia. Duriusculæ quidem, ut Tullius inquit, illæ voces, et quasi monumentorum cineribus squallentes, at sane suas antiqua Roma, quamquam invita et verecunda cognosceret, et usu denique emollita durities minus forte aures offenderet aliquando. Aliud est tamen, quod altius penetravit, quoque jucundissimus ille romanæ orationis decor, ita emarcuit, ut si quando in scenam altiori innixa cothurno, tanquam opum fortunarumque suarum maxime gloriabunda se dare velit a frequentissimo eruditorum cœtu non plausa secundaque admurmuratione excipiatur; sed plenis commiseratione verbis deploretur. Loquor de innumeris vocibus quæ nescio qui in Latias tabulas irrepserint, nuncque perfricatissima fronte in theatrum audent procedere, quas equidem etsi personato prodeuntes vultu facile sibilis explodunt sapientes viri; propterea quod non illam latini sermonis ad omnem majestatem compositam personam, sed inanem quandam latinitatis larvam, facientemque mimos sibi videre videantur. Loquor de nescio quo, Oratorumne dicam, aut impudentissimorum graculorum genere, qui tum se auream Ciceronis eloquentiam cogitant assequutos, cum magnam græcolatinorum, aut omnino græcorum nominum conge-

riem ore profuderint, eo se cultiores in dicendo existimantes, quo magis græcam atque latinam, sapientissimas linguas et scientiarum omnium thesauros purissimos, ineptissima mixtura corrumpant, suam utriusque inscitiam palam profitentes. Equidem quod iniqua temporum conditione in theatris evenire novimus, ut qui in eis spectantur actores tanquam domi coragium satis instructum non haberent peregrina quæque adsciscant ornamenta, ut nulla re minus hispanum cognoscas, quam veste ornatuque corporis; sic etiam traducta ad sermonem pessime consuetudine, ita peregrinis barbarisque vocabulis orationem convectiunt, ut Geticam vel aliam quamlibet potius quam Latinam intelligas. At scio (quod in me aliquis jamdudum posset objicere), scio, inquam, ad nova verba cudenda, aut ex aliis linguis transferenda, licentiam a doctissimis viris concedi. Scio Ciceronem, Quintilianum, Senecam, Horatium, omnis eloquentiæ magistros, et eam libenter præbuisse, et ea multis in rebus usos fuisse. Scio facultates multas propria desumpsisse sibi ex græcis nomina, inter quas Sacra Theologia ad divina arcana depromenda, plus quam omnes ab illis fontibus diduxit. Nova sunt sane permulta, et latinis sermonis artificibus ignota perquam; propterea quod, aut omnino recens inventa sunt, aut si quæ eorum semina antiquitus extiterunt, tanquam insitione quadam, novarum accesione rerum, in aliam prorsus speciem formamque mutata sunt. His quidem dicendis, explicandisque, nova fingendi verba veniam qui neget, nemo erit prudens. Quapropter Horatius ille, etsi alias nasutus latinorum criticus, si forte necesse est, inquit

> Indiciis monstrare recentibus abdita rerum;
> Fingere cinctutis non exandita Cethegis
> Continget; dabiturque licentia sumpta pudenter.

Quod etiam de iis nominibus intelligendum duco, quorum jam in rebus sacris usus invaluit. Hoc enim meritissimo tribuendum est illarum facultatum nobilitati, et præcipue Sacræ Theologiæ, ubi aut Sanctorum Patrum, aut doctissimorum virorum verbis discedere religio est. Placet porro hac super re sanctissimi facundissimique viri judicium in me-

dium vobis auditores proferre. Edmundus ille Campianus (video vos ad spem tanti nominis aures atque animum arrexisse), ille igitur vir romanæ linguæ peritissimus si quis alius, Tullioque adictissimus, de his nominibus disputans, quæ in rebus sacris usurpamus, nempe, inquit, apud Ciceronem *perpessio*, non *passio* invenitur: num propterea christiani non audebimus Christi passionem totidem litteris ac syllabis enuntiare? Per me quidem potius in Tiberim omnia Ciceronis opera projiciantur, quam hujus unius dictiuncnlæ jactura fiat. Quare? sic enim increbuit jam significatio rei sanctissimæ et maximæ, ut non sit tutum abolere. Deinde, cum alias subjecisset voces, ut pœnitentia, sacramentum, Novum Vetusque Testamentum eo intellectu, quo a nobis accipiuntur, quid ergo, ait, nomen antiquabimus? Consensio fidelium, et verbi religio vetat. Hæc magnus Campianus, non eruditione minus quam pietate mirabilis, quæ quidem juremerito constituuntur. Quid autem est cur vulgarissimis quibusque rebus explicandis, ad Athenas homines isti confugiant, et cum latina suppetant verba, integerrimam utriusque linguæ corrumpant castimoniam? Quam non vident pessimæ istius libertatis auctores eisdem veniæ armis quibus se satis tutos atque defensos arbitrantur, eisdem vehementius inulto impeti ac jugulari? Quid enim jure sibi deposcerent, quod Campianus noster non concedat? At hic ipse christianæ libertatis Brutus quam merito inter ipsos romanorum Reges statua donaretur? Qui in ipsis de christianis rebus orationibus, in quibus persæpe horum verborum usus est ita caste integreque, et plane ad Augusti aures eloquitur, ut aucta ab ipso Roma, sibique restituta videatur. Quapropter injustus certe ille habendus est, qui cujus venia utitur, ejusdem exempla non imitetur. Procul, procul igitur a vobis sit, Adolescentes optimi, pernicies illa, quæ per speciem tuendæ libertatis omni Latinorum nationi imminet; quin potius præclarissimi hujus viri exemplo, insolens et infrequens verbum, quod Cæsar ille, non minus litterarum quam armorum gloria apud posteros immortales ajebat, tanquam scopulum refugiendum existimare. Habetis eximium latini sermonis spe-

culum M. Tullium, cujus ea fuit hac in re moderatio, ut cum plura posset nomina (quæ ipsius erat in romanam linguam auctoritas) civitate donare, erat tamen, inquit A. Gellius, verborum diligentissimus, quamvis nec ita quidem effugere potuit quin ab aliquibus importuna sane calumnia, nimis in novis verbis cudendis, aut e Græcia transferendis liber haberetur.

Quapropter in illud totis animis incumbite, Mexicani juvenes, ut romanæ eloquentiæ nitor his duobus præcipue telis in presentia confossus per vos aliquando valeat recreari. Jamdiu enim Urbs hæc magnis gloriæ stimulis lacessita, in summum eloquentiæ culmen suos adolescentes conatur adducere. Vos, Americæ spes, vestraque florentissima ingenii indoles, etiam me tacente adhortantur, in hac quoque non ignobili arte sicut et in aliis Mexicani Regni nomen extollatis. Neque minus vos movere debet præclarissimorum, doctissimorumque hominum consensu probata opinio, apud quos jamdiu sic invaluit: ingenio præstantes adolescentes, et ad maxima quæque litterarum studia miri habiles, quod his latinitatis studiis minus instructi sint, sæpe in cursu desistere, et jam prope metam, non sane in tempore, quid sibi desit intelligentes desperata palma perveniendi spem omnem amittere. Quod sane tanto ægrius ferunt, quanto ætate jam adulti severioribusque disciplinis idonei, sermonis architectis iterum se committere, rursusque palestram repetere, ignominiæ larva territi gravius reformidant. Huic igitur malo, nunc cum per ætatem licet, obviam eundum vobis est præsentissimo remedio: præsertim cum id ætatis quæ vestra propria laus est præmaturescente ingenio, atque ad hæc studia suscipienda alacri, expeditoque, annos ipsos antevertere videamini. Quoque hoc libentius faciatis, cæterarum nationum in his colendis litteris studia et conatus vobis ante oculos proponite. Aspicite Italiam, quæ post Augustæum illud aurumque sæculum, cum omni pæne luxu et barbarie suæ eloquentiæ vultum defedatum agnosceret, ita laboravit, ut Leonis X et Urbani VIII temporibus, ad pristinam ferme dignitatem honoremque restituerit. Galliam attendite, quæ antehac re

omnino ignobilis, critici alicujus jaculis appetita, ita se ut ille ait, ab humo tollere connixa est, ut a Magni Ludovici tempore usque in præsentem diem, magna ex his studiis collecta laude efflorescat. Hispaniam denique contemplamini, quæ ab antiquis romanis non uno in loco sugillata, magnis postea viris omni litterarum genere claruit, nuncque hoc eloquentiæ et latini sermonis cultu, doctissimorum virorum perstricta acculeis ita viget, ut vel ipsi Italiæ palmam e manibus arripere contendat. Ergo, qui scientiarum omnium properatis ad metam, nolite his florentissimis omnium disciplinis, ita animum despondere, ut hanc vestro nomini, vestræ nobilitati, vestræ denique patriæ æternam maculam inuratis. Et de vobis quidem ita mihi semper promissi; de me autem illud unum, nullum tam arduum fore laborem, curam nullam, nullum studium, quod pro vestri amore et charitate me non pollicear libentissime susceptum. Dixi.

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

DE LOS AUTORES CITADOS EN LA TRADUCCIÓN

DEL

ARTE POÉTICA.

La primera fecha es la del nacimiento: la segunda, la de la muerte del autor.

Por regla general se menciona una sola edición de la obra citada: la primera ó la mejor, y se omiten los demás escritos del autor, no citados por Alegre.

ABAD *(P. Diego José)*, jesuita mexicano. 1727–1779.

De Deo Deoque Homine Heroica. Editio tertia. Cesenæ, 1780. 4to.

La sexta edición es de Cesena, 1793.

ACCIO *(Lucio)*, historiador y poeta latino. 170–83 A. C.

Fragmenta. Apud *F. H. Bothi Poetarum Latii scenicorum fragmenta.* Halberstadii, 1823–24. 2 ts.

ADDISON *(José)*, escritor inglés. 1672–1719.

Cato, a tragedy.—Works. Birmingham, 1761. 4 ts.

ALAMANNI *(Luis)*, poeta florentino. 1495–1566.

La Coltivazione. Parigi, 1546. Reimpresa muchas veces.

ALCEO, poeta lírico griego. 600 A. C.

Fragmenta, apud *Pindarii Olympia &c. Cæterorum octo lyricorum Carmina, græce et latine.* Parisiis, 1560.

Los fragmentos de Alceo han sido traducidos al castellano por D. José y D. Bernabé Canga Argüelles. (Madrid), 1797.

ALDANA *(El Capitán Francisco de)*, muerto al servicio de Portugal en la batalla de Alcazarquivir, 8 de Agosto de 1578.

Primera Parte de las Obras que hasta agora se han podido hallar del Capitán Francisco de Aldana. Milán, 1589.—*Segunda Parte*, Madrid, 1591.

AMADÍS DE GAULA.

Los cuatro libros del muy esforzado caballero Amadís de Gaula. Nuevamente emendados historiado. (Roma) 1519. &c.

AMALARIO.— AMARAL *(P. Prudencio do)*, jesuita portugués, natural de Río Janeiro. 1675–1715 ó 1725.

De Sacchari Opificio. Imp.

AMALTHEOS (Hermanos).—*Cornelio;* médico y poeta italiano. 1530–1603.—*Jerónimo;* médico, filósofo y poeta, 1506–1574.—*Juan Bautista;* poeta, hombre de estado. 1525-1573.

Hay poesías de los tres en el tomo I de la colección de Grutero *Deliticæ CC. Italorum Poetarum* (Francofurti), 1608. 2 ts.

ANACREONTE, poeta lírico griego. 530 A. C.

Odæ, græce, ab. H. Stephano luce et latinitate nunc primum donatæ. Lutetiæ, 1554. &c.

APOLONIO DE RODAS, poeta griego. 276–186 A. C.

Argonauticon libri IV græce. Florentiæ, 1499. &c.

APULEYO *(Lucio)*, escritor latino. 114–184.

Opera. Vicentiæ, 1488. &c.

Florides: De Deo Socratis: De Dogmate Platonis: De Mundo: Apologia: Metamorphoseon (el Asno de Oro).

AQUINO *(Carlos de)*, jesuita napolitano. 1654–1737.

Carminum tomus I (II, III). Romæ, 1701, 1703, 1708. 3 ts.

ARATO, poeta griego. 270 A. C.

Phænomena, græce, Ciceronis interpretatio. Parisiis, 1540.

ARATOR. Siglo VI.

Tradujo en verso latino los *Hechos de los Apóstoles.* Mediolani, 1470.

ARGENSOLA *(Lupercio Leonardo, y Bartolomé Leonardo)*, poetas aragoneses. 1564–1613; 1565–1631.

Rimas de Lupercio y del Dotor Bartolomé Leonardo de Argensola. Zaragoza, 1634. &c.

ARIOSTO *(Luis)*, uno de los *cuatro* poetas italianos. 1474–1533.

Orlando furioso. Ferrara, 1532. &c.

ARISTÓFANES, poeta cómico griego. 427– A. C.

Comœdiæ novem græce. Venetiis, 1498. &c.

ARISTÓTELES, filósofo griego. 384–322 A. C.

Opera, græce. Venetiis, 1495–98. 5 ts.

El Arte Poética de Aristóteles en castellano (y griego) *por D. Joseph Goya y Muniain.* (Madrid) 1798.

ARQUÍLOCO, poeta satírico griego. 700 A. C.

Archilochi, iambographorum principis, reliquiæ, quas accuratius collegit. I. Lebel. Vindobonæ, 1818.

ASSOUCY *(Carlos d')*, poeta burlesco francés. 1604–1679.

Ovide en belle humeur. Paris, 1650.

AUMAÎTRE *(P. Francisco)*, jesuita.

«Les Mémoires de Trévoux, Juin 1703, p. 1012, citent de lui: *La Bibliotèque*, poëme latin qui n'a pas été imprimé.» (PP. De Backer.)

AVITO *(Alcimo)*, Obispo de Viena, en Francia. Siglo V–VI.

Autor de seis poemas latinos sobre asuntos religiosos. Imp. Strasburgo, 1507. &c.

BALDE *(P. Jacobo)*, jesuita alemán. 1603–1668.

Batrachomyomachia Homeri Tuba Romana cantata, et æro nostro accomodata. Monachii, 1647.

Opera poetica omnia. Monachii, 1729. 8 vol.

BANCES. V. CANDAMO.

BARCLAY *(Juan)*, escritor francés. 1582–1621.

Euphormio, sive Satyricon. Lugduni Batavorum, 1637.

Argenis. Paris, 1622.

BARRIOS *(Miguel de)*, poeta judío español, llamado también Daniel Leví de Barrios.

Las Poesías famosas y Comedias. Segunda impresión. Amberes, 1708.

BECANO.—VAN DER BEKE *(Guillermo)*, jesuita belga. 1608–1683.

Idyllia et Elegiæ. Antuerpiæ, 1665, &c.

BENCIO *(P. Francisco)*, jesuita italiano. 1542–1594.

Quinque Martyres Societatis Jesu in India. Carmen heroicum. Venetiis, 1591. &c.

Incluido en el tomo II del *Parnassus Societatis Jesu*.

Rodulfo Aquaviva fué uno de los cinco mártires.

BERNARDI *(P. Juan Antonio)*, jesuita paduano. 1670–1745.

Prudentia. Prolusio Didascalica. Venetiis, 1709.

BERTAUT *(Juan)*, natural de Caen, Obispo de Séez. 1552–1611.

Œuvres. Paris, 1602.

BIDERMANN *(P. Santiago)*, jesuita alemán. 1578–1639.

Herodiados Libri III. Dillingæ, 1622. &c.

BOILEAU-DESPRÉAUX *(Nicolás)* poeta francés. 1636–1711.

Doce sátiras, doce Epístolas, el Arte Poética, el Facistol, Poesías sueltas, escritos en prosa, traducción del Sublime de Longino, Cartas.

Œuvres diverses. Paris, 1674. &c.

BONA *(Juan)*, cardenal, natural de Mondovi. 1609–1683.

Rerum liturgicarum libri II. Augustæ Taurinorum, 1747–55. 4 ts.

BOSCÁN *(Juan)*, poeta barcelonés. 1500–1543.

Las Obras de Boscán, y algunas de Garcilaso de la Vega, repartidas en cuatro libros. Barcelona, 1543. &c.

BOSCOWICH (*P. Rogerio José*), jesuita ragusco. 1711–1787.

De Solis ac Lunæ defectibus Libri V.—Ibidem autem et Astronomiæ Synopsis et Theoria Luminis Newtoniana, et alia multa ad Physicam pertinentia versibus tractantur. Londini, 1760. &c.

BRÉBEUF (*Guillermo de*), poeta francés. 1618–1661.

Lucain travesti, ou les Guerres Civiles de César et de Pompée en vers enjouez. Paris, 1656.

La Pharsale de Lucain en vers françois. Leyde, 1658.

BRUMOY (*P. Pedro*), jesuita francés. 1688–1742.

De Motibus Animi Libri XII. Parisiis, 1741.

BURGUNDO.—BORGONDIO (*P. Horacio*), jesuita italiano. 1679–1741.

De Fluminibus. MS.

Pœmata IV, nempe, de Volatu, de Natatu, de Incessu, de Motu Sanguinis. Romæ, 1721.

BUTRÓN Y MUXICA (*P. José Antonio*), jesuita español. 1657–

Harmónica Vida de Santa Teresa de Jesús, Fundadora de la Reforma de Carmelitas Descalzos y Descalzas. Madrid, 1722.

CABALLERO DEL SOL (EL).

Espejo de Príncipes y Caballeros. En el cual en tres libros se cuentan los inmortales hechos del Caballero del Febo y de su hermano Rosicler. Por Diego Ortúñez de Calahorra. Zaragoza, 1562.

CALDERA (*Benito*), poeta portugués, mencionado por Cervantes en el *Canto de Calíope.*

Los Lusiadas de Luis de Camoes. Traducidos en octava rima castellana. Alcalá de Henares, 1580.

CALDERÓN DE LA BARCA (*D. Pedro*). 1601–1687.

Comedias. Madrid, 1640–1691. 9 ts. &c., &c.

Autos Sacramentales. Madrid, 1717. 6 ts.

CALLIMACO, poeta griego. –270 A. C.

Hymni, græce, cum scholis græcis, cura Jo. Lascaris (Florentiæ, 1494 ?)

CALPRENÈDE (*Gualterio de Costes*, señor de la), escritor francés. –1663.

Cléopatre, roman. Paris, 1648. 12 ts.

CALPURNIO (*Marco*), poeta latino. Siglo III.

Eclogæ XI. (Romæ, 1471.) &c.

CAMOENS (*Luis de*), poeta portugués. 1517–1579.

Os Lusiadas. Lisboa, 1572. &c.

CANDAMO (*Francisco Bances*), poeta asturiano. 1662–1704.

Poesías Cómicas. Madrid, 1722. 2 ts.

Obras Líricas. Madrid, 1729.

CANO *(Melchor)*, dominico, Obispo de Canarias. 1505?-1560.
Locorum Theologicorum libri XII. Salmanticæ, 1562. &c.

CAPECE *(Escipión)*, poeta latino italiano. -1562?
De principiis rerum libri II. Venetiis, 1546. &c.

CARRARA *(P. Hubertino)*, jesuita italiano. 1625-1716.
Columbus. Carmen Epicum. Romæ, 1715.

CARSUGHI *(P. Rainerio)*, jesuita italiano. 1647-1709.
Ars bene scribendi. Carmen didascalicum. Romæ, 1709.

CATULO *(Cayo Valerio,)* poeta lírico latino. 86-56 A. C.
Catullus, Tibullus, Propertius et P. Papinii Statii Sylvæ. Venetiis, 1472. &c.

CELSO *(Aulo Cornelio)*, escritor latino. Siglo de Augusto?
De Medicina libri VIII, ex recensione Leon. Targæ. Lugduni Batavorum, 1785.
Celso escribió en prosa su tratado de Medicina. El poema á que el P. Alegre se refiere será el de J. F. Closs *A. C. Celsi de tuenda sanitate volumen elegis latinis expressum.* Tubingæ, 1785.

CERCEAU *(P. Juan Antonio)*, jesuita francés. 1670-1730.
Gallinæ. Carmen. Parisiis, 1696.

CERDA *(P. Juan Luis de la)*, jesuita toledano. 1560-1643.
Autor de muchas obras en latín, cuyo catálogo puede verse en la *Bibliothèque des Écrivains de la Compagnie de Jésus*, por los PP. De Backer (hermanos) y Sommervogel, ed. en fol., tom. I. col. 1173 et seq.

CERVANTES SAAVEDRA *(Miguel de)*. 1547-1616.
El ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha. Madrid, 1605-1615. 2 ts. &c., &c.
Novelas ejemplares. Madrid, 1613, &c.
Viaje al Parnaso. Madrid, 1614.
Comedias. Madrid, 1615.
Los trabajos de Persiles y Segismunda. Madrid, 1617.
La Galatea. Alcalá, 1585.

CEVA *(P. Tomás)*, jesuita italiano. 1648-1737.
Jesus Puer. Mediolani, 1690.
Philosophia Novo-antiqua. Ibid., 1704.

CLAUDIANO *(Claudio)*, poeta latino. 365-
Opera. Vicentiæ, 1482.
De Bello Gildonio: In Eutropium: In Rufinum: De Rapta Proserpinæ, &c.

COEDIC *(P. Pedro)*, jesuita francés. -1754.
Mundus Cartesii, en los *Poemata Didascalica.*

CORNEILLE *(Pedro)*, dramático francés. 1606-1684.
Théâtre. Paris, 1684. 4 ts. &c.

V. KEMPIS.

COSSART *(P. Gabriel)*, jesuita francés. 1615–1674.
Orationes et Carmina. Parisiis, 1675.

CRUCHIO. Será *Luis* CRUCIUS ó DA CRUZ, jesuita portugués. 1558–1604.
Tragicæ Comicæ actiones a Regio Artium Collegio Societatis Jesu datæ Conimbricæ in publicum Theatrum. Lugduni, 1605.

CHANUT *(P. Antonio)*, jesuita francés. 1592–1662.
Præcipua Septem Augustissimæ Virginis Mysteria. Tolosæ, 1650.

CHAPELAIN *(Juan)*, poeta francés. 1595–1674.
La Pucelle, ou la France délivrée, poëme heroïque en douze chants. Paris, 1656.

CHARLEVAL *(P. Carlos Francisco)*, jesuita francés.
Naris. Carmen. Rhedonis, 1695.
Simius. Carmen. Ibid.

DARCHIO.—DARCCI *(Juan)*, poeta francés. 1595–1676.
Cancs. Parisiis, 1543.

DÁVILA *(Mtro. Juan)*.
Pasión del Hombre-Dios, referida y ponderada en décimas españolas. León de Francia, 1661.

DESMARETS *(Juan)*, poeta francés. 1595–1676.
Clovis, ou la France Chrétienne. Paris, 1657.

DESPORTES *(Felipe)*, poeta francés. 1546–1606.
Œuvres, avec une introduction et des notes. Paris, 1858.

DESPRÉAUX *(Juan Esteban)*, parisiense; poeta, autor dramático, bailarín. 1748–1820.
Mes passe-temps, chansons, suivies de l'Art de la Danse, poëme en 4 chants. Paris, 1806. 2 ts.

DONATI *(P. Alejandro)*, jesuita italiano. 1584–1640.
Constantino Romæ Liberator. Poema Heroicum. Romæ, 1640.

DU HALDE *(P. Juan Bautista)*, jesuita francés. 1674–1743.
De Arte Dramatica. Poema latino, al parecer inédito.

ENNIO *(Quinto)*, poeta latino, trágico y cómico. 239–169 A. C.
Fragmenta. Neapoli, 1590.

ERCILLA *(D. Alonso de)*, natural de Madrid. 1533–1595.
La Araucana. Primera, segunda y tercera partes. Madrid, 1590. &c.

ESCOBAR Y MENDOZA *(P. Antonio)*, jesuita español. 1589–1669.
San Ignacio. Poema heroico. Valladolid, 1613.
Historia de la Virgen Madre de Dios María, desde su Purísima Concep-

ción sin pecado original, hasta su gloriosa Asunción. Poema heroico. Valladolid, 1618. &c.

Hay una reimpresión mexicana: *Imprenta de la Bibliotheca Mexicana,* 1759, 2 tomos en 8vo.

ESCUELA SALERNITANA, fundada en 1150.

Schola Salernitana, sive de conservanda Valetudine præcepta metrica, auctore Joanne de Mediolani. Roterodami, 1649.

ESPINEL *(Vicente)*, clérigo, natural de Ronda, poeta y músico, 1544–1634.

Arte Poética española. Varias Rimas. Madrid, 1591.

ESQUILACHE *(D. Francisco de Borja*, Príncipe de), poeta español. 1581–1658.

Nápoles recuperada por el Rey Don Alfonso. Zaragoza, 1651.

El héroe de este poema es el rey D. Alfonso V de Aragón, aunque en él figura su hijo D. Fernando.

ESQUILO, trágico griego. 525 A. C.

Æschili tragœdiæ sex, græce. Venettis, 1518. &c.

FASCITELLI ó FACITELLI *(Honorato)*, poeta latino italiano. 1502–1564.

Carmina. Neapoli, 1776.

FEBURAI. Debe ser LEFEBURE, ó LE FEVURE, ó LE FEVRE *(Padre Francisco)*, jesuita francés. 1670–1737.

Musica. Carmen. Parisiis, 1704.

FÉNÉLON *(Francisco de Salignac de Lamotte)*, Arzobispo de Cambrai. 1651–1715.

Les Aventures de Télémaque, fils d' Ulysse. Paris, 1699, &c.

FIGUEROA *(Cristóbal Suárez de)*, vallisoletano: poeta, historiador, jurisconsulto y soldado.

El Pastor Fido. Tragicomedia Pastoral de Battista Guarino. Nápoles, 1602.

FLORO *(Lucio Anneo Julio)*, historiador latino. ?

Epitome Historiæ Romanæ. (1472.) &c.

FONTENELLE *(Bernardo)*, escritor francés. 1657–1757.

Les Œuvres diverses. La Haye, 1728–29. 3 ts.

FRACASTORO *(Jerónimo)*, filósofo, médico y poeta veronés. 1483–1555.

Syphilis, sive morbus gallicus (Poema). Veronæ, 1530. &c.

GANDUCIO *(P. Juan B.)*, jesuita romano. 1602–

Descriptiones Poeticæ ex probatioribus Auctoribus excerptæ. Parmæ, 1666.

Descriptiones Oratoriæ ex probatissimis Auctoribus excerptæ. Parmæ, 1666.

GARAU *(P. Francisco)*, jesuita español. 1640–1701.
Declamaciones Sacras. Valencia, 1708. &c.

GARCÉS *(Enrique)*, natural de Oporto, vecino de Lima.
Los Lusiadas de Luis de Camoes. Traducidos de portugués en castellano. Madrid, 1591.

GARCÍA *(Marcos)*, cirujano en Madrid.
La flema de Pedro Hernández. Discurso moral y político. Madrid, 1657.
(Conjeturo que esta es la obra á que se refiere el P. Alegre, cuando cita «la burlesca historia de García.» Convienen el género de la obra y el apellido del autor; mas nada puedo afirmar, por no haber logrado ver el libro.)

GARCILASO DE LA VEGA, toledano. 1503–1536.
Obras de Garci Lasso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera. Sevilla, 1580. &c.

GIANNETASIO *(P. Nicolás Partenio)*, jesuita napolitano. 1648–1715.
Halieutica. Neapoli, 1689.
Naumachica. Ibid., 1715.
Bellicorum Libri X. Ibid., 1697.
Piscatoria et Nautica. Ibid., 1685.
Xarcrius Viator. Ibid., 1721.

GIRALDI *(Lilio)*, poeta latino italiano. 1499–1552.
(?) Dialogi duo de Poetis nostrorum temporum. Florentiæ, 1551.

GOLDONI *(Carlos)*, poeta dramático italiano. 1707–1793.
Raccolta di tutte le sue opere teatrali fra le quali molte finora inedite. Venezia, 1794–95. 44 ts.

GOMBAULD *(Juan Ugero)*, escritor francés. –1666.
Endymion. Roman. Paris, 1624.
Amaranthe. Pastorale. Ibid., 1631.
Poésies. Ibid., 1646.
Sonnets. Ibid., 1649.
Epigrammes. Ibid., 1657.

GÓMEZ DE TAPIA *(El Mtro. Luis)*, poeta granadino.
La Lusiada de el famoso poeta Luis de Camões. Traducida en verso castellano, de portugués. Salamanca, 1580.

GÓNGORA Y ARGOTE *(Luis)*, cordobés. 1561–1627.
Obras, comentadas por D. García de Salcedo Coronel. Madrid, 1636–1648. 3 tomos. &c.

GONZÁLEZ DE SALAS *(Jusepe Antonio)*, madrileño.
Nueva idea de la Tragedia antigua, ó Ilustración última al libro singular de Poética de Aristóteles. Madrid, 1633.

GRANJA *(Conde de la)*.
Vida de Santa Rosa de Santa María. Madrid, 1711.

Hay una reimpresión mexicana, casi desconocida. Hé aquí su descripcion:

Vida || de la Esclarecida Virgen || Santa Rosa || de Santa Maria || Natural de Lima, y Patrona || del Peru.|| Poema Heroyco,|| por || Don Luis Antonio de Oviedo, y || Herrera, Cavallero del Orden de Santiago,|| Conde de la Granja.|| Dedicado || A la Serenissima Reyna de los Angeles || Maria Santissima,|| En su Milagrosa Imagen del Rosario,|| que se venera en el Convento Grande de || Predicadores de la Ciudad de Lima.|| En Madrid, por Juan Garcia Infanzon, Año de 1711.|| Y por su original reimpresso en Mexico, con licencia,|| En la Imprenta Real de el Superior Govierno,|| de los Herederos de la Viuda de Miguel de Rivera Calderón,|| en el Empedradillo. Año de 1729.

(Bibl. Nac.)

En 4to., orladas todas las páginas. Preliminares XLIV pp. Estampa de Sta. Rosa. Texto 484 pp.

Las últimas siete de las fojas preliminares contienen aprobaciones y elogios añadidos en México.

Escribió también el Conde de la Granja *Poema Sacro de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en un romance castellano, dividido en siete Estaciones.* Lima, 1717. Reimpreso en México, por D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, sin año (circa 1780), en 4º

GRIMALDI *(P. Francisco)*, jesuita italiano. –1738.

De Vita Urbana Libri V. Romæ, 1725.

De Vita Œconomica Libri III. Romæ, 1738.

GUARINI *(Juan Bautista)*, poeta ferrarense. 1537–1612.

Il Pastor Fido. Vinegia, 1590, &c.

HELIODORO, *escritor griego*, Obispo de Tricca en Tesalia. Siglo IV.

Historiæ Æthiopicæ Libri X. Basileæ, 1534.

Traducciones castellanas:

Historia Ethiopica de Heliodoro. Amberes. 1553.

La historia de los dos leales amantes Theagenes y Chariclea. Trasladada agora de nuevo de latín en romance por Fernando de Mena. Alcalá, 1587, &c.

Y por D. Fernando Manuel de Castillejo. Madrid, 1722.

HESIODO, *poeta griego.* 900 A. C.?

Obras y días, la Teogonía, el Escudo de Hércules.

Hesiodus ascræus, græce. Florentiæ, 1515.

HOMERO, el príncipe de los poetas griegos. 884 A. C.?

La Iliada, la Odisea, la Batrachomyomachia, (?) los Himnos.

Homeri Opera, græce. Florentiæ, 1488. 2 ts. &c.

HOSCHIO.—DE HOSSCHE *(P. Sidronio)*, jesuita belga. 1596–1653.

Elegiarum Libri VI. Antuerpiæ, 1667.

HOUDRY *(P. Vicente)*, jesuita francés. 1631–1729.
Ars Typographica. Carmen. MS.

IMBERDIS *(P. Juan)*, jesuita francés.
Papyrus. Carmen. MS. (Impreso en París, 1874.)

JÁUREGUI *(D. Juan de)*, poeta y pintor sevillano. 1570–1640.
Aminta de Torcuato Tasso. Roma, 1607. &c.
Rimas. Sevilla, 1618.
Orfeo, poema. Madrid, 1624.
La Farsalia de Lucano. Madrid, 1684?

JOUVANCY *(P. José de)*, jesuita francés. 1643–1719.
D. Junii Juvenalis Satyræ omni obscœnitate expurgatæ. Turonibus, 1685.

JUGLAR *(P. Luis)*, jesuita, natural de Niza. 1607–1653.
Christus Jesus, hoc est, Elogiorum pars prima, Divina continens. Pars secunda, Humana etc. continens. Venetiis, 1658.

JUVENAL *(Decio Julio)*, satírico latino. 42–
Satiræ (XVI). 1470. &c.

JUVENCO *(C. V. Aquilino)*, poeta latino español. Siglo IV.
Evangelicæ Historiæ Libri IV. Parisiis, 1499. &c.

KEMPIS.
L'Imitatión de Jésus Christ, traduite et paraphrasée en vers français, par P. Corneille. Rouen, 1656.

LABBÉ *(P. Pedro)*, jesuita francés. 1594–1678.
Elogia. Venetiis, 1674.
Quinquaginta virorum illustrum Elogia, hactenus nunquam edita. Lugduni, 1675.

LAGOMARSINI *(P. Rafael)*, jesuita genovés. 1698–1773.
De origine Fontium. Carmen. Venetiis, 1749.

LANDIVAR *(P. Rafael)*, jesuita guatemalteco. 1731–1793.
Rusticatio Mexicana. Mutinæ, 1781.—Editio altera auctior et emendatior. Bononiæ, 1782.

LEBRUN *(P. Lorenzo)*, jesuita francés. 1607–1663.
«Les Mémoires de Trévoux, Juin 1703, pág. 1042, parlent d'un poëme du P. Lebrun sur les *Confitures*, qui n'a pas été imprimé.» (PP. De Backer.)

LE MOYNE *(P. Pedro)*, jesuita francés. 1602–1671.
Saint Louis, ou la Sainte Couronne reconquise. Paris, 1656.

LEÓN *(Fr. Luis de)*, agustino. 1543–1591.
Obras del M. Fr. Luis de Leon, de la Orden de S. Agustín. Madrid, 1804–1816. 6 ts.

LIVIO *(Tito)*, historiador latino. 58 A. C.–17.
Historiarum Romanarum decades III. Venetiis, 1470. &c.

LOBO *(Eugenio Gerardo)*, poeta español. 1679–1750.
Obras poéticas. Madrid, 1758. 2 ts.

LOFRASSO *(Antonio de)*, natural de Cerdeña.
Los diez libros de Fortuna de Amor. Barcelona, 1573.

LONGINO *(Cassio?)*, escritor griego.
Liber de Grandi, sive Sublimi orationis genere. Basileæ, 1554. &c.
El Sublime de Dionisio Longino, traducido del griego por D. Manuel Pérez Valderrábano. Madrid, 1770.

LUCA *(P. Francisco)*, jesuita romano. 1609–
Iter Lauretanæ Domus, sive Pax castra morens. Carmen. Romæ, 1661.

LUCANO *(Marco Anneo)*, poeta épico latino. 38–65.
Pharsalia. Romæ, 1469. &c.

LUCAS *(P. Juan)*, jesuita francés. 1650?–
Actio Oratoris, seu de Gestu et Voce Libri II. Parisiis, 1675.

LUCILIO *(Cayo)*, poeta satírico latino. 149–110 A. C.
Lucilii Satyrarum quæ supersunt reliquiæ. Lugduni Batavorum, 1597.

LUCRECIO *(Tito)*, poeta latino. 95–51 A. C.
De rerum Natura Libri VI. Veronæ, 1486, &c.
Parece que el P. Alegre mezcla este poema con el *Anti Lucrecio* del Cardenal de Polignac, que tiene nueve libros y no seis:
Anti-Lucretius, sive de Deo et Natura Libri IX. Parisiis, 1747.

LUZÁN *(D. Ignacio de)*, zaragozano. 1702–1754.
La Poética, ó Reglas de la Poesía en general, y de sus principales especies. Madrid, 1789. 2 ts.

MACEDO *(P. Francisco)*, jesuita portugués. 1594–1681.
Apotheosis S. Francisci Xaverii, lyrico carmine, Libris III. Ulysiponæ, 1620.

MALAPERT *(P. Carlos)*, jesuita francés. 1581–1630.
De Ventis Libri II, apud *Poemata.* Antuerpiæ, 1616.

MALHERBE *(Francisco de)*, poeta francés. 1555–1628.
Les Œuvres. Paris, 1630.

MALLEVILLE *(Claudio de)*, poeta francés. 1597–1647.
Poésies. Paris, 1649.

MANILIO *(Marco)* poeta latino del siglo de Augusto.
Astronomicon Libri V. Nurembergæ (1472?)

MANTUANO.—SPAGNUOLI *(Fr. Bautista)*, carmelita italiano. 1448–1516.
Opera Omnia. Antuerpiæ, 1576,
Bucolica.—Contra Amorem, et de Natura Amoris.—Nicolaus Tolentinus, Parthenices, &c.

MANUEL DE MELO *(D. Francisco)*, natural de Lisboa. 1611–1667.

Las tres Musas del Melodino. Lisboa, 1649.

Obras métricas de D. Francisco Manuel. Leon (de Francia), 1665.

MARCIAL *(Marco Valerio)*, poeta epigramático latino. 40–

Epigrammata. Venetiis, (1470–72). &c.

MARIANA *(P. Juan de)*, jesuita español. 1537–1624.

Historia General de España. Madrid, 1780. 2 ts. &c.

MAROT *(Clemente)*, poeta francés. 1495–1544.

Les Œuvres de Clément Marot, de Cahors..... augmentées de deux livres d'Epigrammes, et d'un grand nombre d'autres Œuvres. Lyon, 1538.

MARSY *(P. Francisco María)*, jesuita francés. 1714–1763.

Pictura. Carmen. Parisiis, 1736.

MASCULO *(P. Juan Bautista)*, jesuita napolitano. 1583–1656.

Lyricorum sive Odarum Libri XV. Neapoli, 1625.

MASSELOT *(P. Juan)*, jesuita francés.

De Arte Ænigmatica in picturis. Catalauni, 1700.

MAYNARD *(Francisco)*, poeta francés. 1582–1646.

Ses Œuvres. Paris, 1646.

MEJÍA *(Hernando)*, poeta lírico del siglo XV, de quien hay composiciones en el Cancionero General.

MENA *(Juan de)*, poeta é historiador cordobés. 1411–1456.

Coronación. Las Trescientas &c.

Copilación de todas las obras del famosísimo poeta Juan de Mena. Sevilla, 1528. Repetidas ediciones.

MENANDRO, poeta cómico griego. 342–290 A. C.

Menandri et Philemonis reliquiæ, græce, edente Aug. Meinecke. Berolini, 1823.

MENDOZA *(D. Diego Hurtado de)*, granadino: poeta, novelista, historiador y diplomático. 1503–1575.

Obras. Recopiladas por Frey Juan Díaz Hidalgo. Madrid, 1610.

(Edición única. Estas poesías se incluyeron en el tom. XXXII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.)

MESA *(Cristóbal de)*, extremeño.

Las Eclogas y Geórgicas de Virgilio, Rimas, y el Pompeyo, tragedia. Madrid, 1618.

La Eneida de Virgilio. Madrid, 1615.

La Ilíada de Homero. MS.

METASTASIO *(Pedro)*, poeta dramático y lírico, italiano. 1698–1782.

Opere. Firenze, 1819–23. 10 ts. &c.

MÉZERAI *(Francisco de)*, historiador francés. 1610–1683.
Histoire de France. Paris, 1643-51. 3 ts.

MILLICO.—MILLIEU *(P. Antonio)*, jesuita francés. 1575–1646.
Moyses Viator. Lugduni, 1636.

MILTON *(Juan)*, poeta inglés. 1608–1674.
Paradise lost. A poem written in ten books. London, 1667. &c.

MOLIÈRE *(Juan Bautista Poquelin)*, dramático francés. 1622–1673.
Œuvres. Paris, 1734. &c.

MONROY Y SILVA *(D. Cristóbal)*, poeta andaluz?
Comedias.—Parte XLV de la Colección antigua.—Parte XLII de las *Extravagantes.*—Tomo XLIX de la *Biblioteca* de Rivadeneyra.

MONTALVÁN *(Dr. Juan Pérez de)*, madrileño. 1602–1638.
Primero tomo de las Comedias. Madrid, 1635.—*Segundo tomo de las Comedias.* Madrid, 1638.
Para todos. Madrid, 1632. &c.
Sucesos y prodigios de amor. En ocho novelas ejemplares. Madrid, 1624. &c.
Orfeo, poema. Madrid, 1624.

MONTEMAYOR *(Jorge de)*, poeta y músico, portugués. 1520?–1561.
Las Obras, repartidas en dos libros. Anvers, 1554.
Cancionero del excellentissimo poeta George de Montemayor, de nuevo emendado y corregido. Salamanca, 1571.
La Diana. Venecia, 1574.

MORET *(P. José)*, jesuita navarro. 1615–
Historia obsidionis Fontirabiæ anno 1638, frustra a Gallis tentatæ. Vallisoleti, 1655.

MORETO Y CABAÑAS *(D. Agustín)*, poeta dramático español. 1618–1669.
Comedias: primera, segunda y tercera parte. Valencia, 1676–1703. 3 ts.
Y en el tomo XXXIX de la *Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.*

NEBRIJA ó LEBRIJA *(Antonio de)*, gramático, lexicógrafo, retórico, historiador, español. 1444–1552.
Muchas obras latinas y castellanas, impresas varias veces.

NEMESIANO *(Marco Aurelio Olimpio)*, poeta latino. Siglo III.
Cynegeticon. Florentiæ, 1590. &c.

NOCETI *(P. Carlos)*, jesuita italiano. 1695–1759.
De Iride et Aurora Boreali. Carmen. Romæ, 1747.

NONNO PANOPOLITANO, poeta griego. Siglo V.
Dionysiaca. Antuerpiæ, 1569.
Paráfrasis en verso del Evangelio de S. Juan. Venecia, 1501.

OPIANO, poeta griego. Siglo II?

Cynegetica et Halieutica, græce et latine, emendavit J. G. Schneider. Lipsiæ, 1813.

OROZCO?—OSORIO *(Jerónimo)*, natural de Lisboa. –1580.

De Rebus Emmanuelis Regis Lusitaniæ invictissimi virtute et auspicio gestis libri XII. Olysippone, 1571.

OVIDIO NASON *(Publio)*, poeta latino. 43 A. C.–17.

Opera. Bononiæ, 1471.

Heroidas; Amores; Arte de Amar; Remedio de Amor; Metamorfosis. Fastos; Tristes; Pónticas, &c.

OWEN *(Juan)*, poeta inglés latino. –1622.

Epigrammata: editio prioribus auctior longeque emendatior. Parisiis, 1794. 2 ts.

Su traductor:

TORRE *(Francisco de la)*, tortosino.

Agudezas de Juan Oven, traducidas en metro castellano, ilustradas con adiciones y notas. Madrid, 1674.—Segunda parte. Ibid., 1682.

PACUVIO *(Marco)*, poeta trágico latino. 218–128? A. C.

Fragmenta poëtarum veterum Latinorum, quorum opera non extant: Enni, Accii, Lucilii, Laberii, Pacuvii, Afranii, Nævii, Cæcilii, aliorumque multorum. Parisiis, 1564.

PELLICER DE OSSAU *(D. José)*, escritor aragonés. 1602–

Autor de innumerables obras, cuya lista puede verse en la *Bibliotheca Hispana Nova*, de *D. Nicolás Antonio*, tom. I, pág. 811.

PÉREZ *(Gonzalo)*, aragonés, secretario de Felipe II.

La Ulyxea de Homero, traducida de griego en lengua castellana. Amberes, 1556. &c. (En verso suelto.)

PERLA DEL SACRAMENTO. Comedia Americana *(sic)*.

Sus personajes son: el Emperador Carlos V; el Duque de Sajonia; el Conde Palatino; el Conde de Monflor; el Rey D. Fernando; un alférez; un sargento; Corchete, gracioso; Margarita, dama; Cristina, criada; Gila y Bato, villanos; Ramiro, galán; un Ángel; soldados y música. Acaba así:

Corchete. Y el Bachiller Azevedo
Desta suerte ha discurrido
La preciosa Margarita
A quien con favores hizo
Todos. La Perla del Sacramento
El soberano rocío.

No está citada en el Catálogo de La Barrera. En el adicionado por su autor, que premió también la Biblioteca Nacional, se lee:

«AZEVEDO (Bachiller), Americano.»

(Nota comunicada por el Sr. D. Manuel Tamayo y Baus.)

Sin pretender que se trate de la misma persona, nos parece oportuno hacer notar que á fines del siglo XVII floreció en México *Francisco de Acevedo*, poeta, y acreditado profesor de Humanidades, á quien escogió el Ayuntamiento para que discurriese el Arco Triunfal que según costumbre debía erigirse en la entrada del nuevo Virrey Conde de Galve. Así lo efectuó, y la descripción corre impresa con este título:

Sylva || explicativa || del Arco,|| conque celebrò la entrada de el Ex-|| celentissimo Señor || D. Gaspar de Sandoval, Cer-|| da, Sylva, y Mendoza, Conde de || Galve,... || ... del Consejo de su Majestad, su || Virrey, Lugar-teniente, Governador, Capitan Ge-|| neral, y Presidente de la Real Audiencia, y || Chancilleria de la Nueva España.|| Recibiendolo por su Principe, la muy noble, y leal Ciudad de Mexico.|| Alegorizada en Paris || Por el Br. Francisco de Azevedo. Año de 1688.|| En Mexico, Por la Uiuda de Francisco Rodriguez Lupercio. 1689.|| En 4to., 26 ff.

Escribió también Acevedo, según Beristain:

Elogio Poético á la Canonización de S. Francisco de Borja. México, *Juan Ruiz*, 1672. 4º

Pero no se trata de un libro separado, como pudiera creerse, sino de cuatro décimas premiadas en el Certamen Poético en que se solemnizó aquella canonización, ó incluidas en la descripción de las fiestas, impresa con el título de *Festivo Aparato* &c., por *Juan Ruiz*, año de 1672, en 4º

PERRAULT *(Carlos)*, escritor francés. 1628–1703.

Recueil de divers ouvrages en prose et en vers. Paris, 1675.

Œuvres choisies. Ibid., 1826.

PERSIO *(Aulo)*, satírico latino. 34–62.

Satyrarum Liber. Salutiis, 1481. &c.

Sátiras de Persio traducidas en verso castellano por J. M. Vigil. México, 1879.

PETAVIO.—PÉTAU *(Dionisio)*, jesuita francés, autor de muchas obras. 1583–1652.

Opera poetica. Parisiis, 1642.

PETRARCA *(Francisco)*, uno de los *cuatro* poetas italianos. 1304–1374.

Sonetti, Canzoni e Triomphi. Venezia, 1470. &c. Innumerables ediciones.

Poëmata Omnia: bucolicorum Eglogæ XII; Africæ, hoc est de rebus in Africa gestis, sive de bellis Punicis, libri IX; Epistolarum libri III. Basileæ, 1541. &c.

PÍNDARO, príncipe de los poetas líricos griegos. 520–446 A. C.

Pindari Olimpia, Pythia, Nemea, Isthmia. Venetiis, 1513. &c.

Odas de Píndaro, traducidas en verso castellano por Ipandro Acaico (Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montesdeoca y Obregón), *con notas.* México, 1882.

PITILLAS *(Jorge).* Seudónimo de *D. José Gerardo de* HERVÁS. –1742.

Sátira contra los malos escritores de este siglo.—En el *Diario de los Literatos de España,* tom. VII. Reimp. muchas veces.

PLAUTO *(Marco Accio),* poeta cómico latino. 224–184? A. C.

Viginti Comœdiæ. Coloniæ, 1472. &c.

POLIGNAC.—V. LUCRECIO.

POLO *(Gaspar Gil),* valenciano. Siglo XVI.

La Diana enamorada, cinco libros que prosiguen los VII de Jorge de Montemayor. Nueva impresión con notas al canto del Turia. Madrid, 1778.

POLO *(Salvador Jacinto),* poeta murciano. Siglo XVII.

Obras en prosa y en verso, recogidas por un aficionado suyo. Zaragoza, 1664.

PONTANO *(Juan Joviano),* poeta y hombre de Estado, italiano. 1426–1503.

Opera: Urania, sive de Stellis libri V; Meteororum liber I; de Hortis Hesperidum libri II; Lepidina &c. Venetiis, 1513.

Amorum libri II; De amore Conjugali libri III; Tumulorum libri II; Lyrici liber I; Eridanorum libri II; Eclogæ duæ, Coryle et Quinquennius; Calpurni Siculi Eclogæ septem; Aurelii Nemesiani Eclogæ quatuor. Venetiis, 1518.

POPE *(Alejandro),* poeta inglés. 1688–1744.

Works. London, 1824. 10 ts.

PORÉE *(P. Carlos),* jesuita francés. 1675–1741.

«Il laissa inédit un poëme sur la manière de former un jeune homme aux Belles-lettres. Mém. de Trévoux, Juin 1703.» (PP. De Backer.)

POZZI *(José de Hipólito),* boloñés. 1697–1752.

Poesie. Venezia, 1788. 3 ts.

PRADÓN *(Nicolás),* poeta francés. 1632–1698?

Pyrame et Thisbé. Paris, 1674.

PROPERCIO *(Sexto Aurelio),* poeta elegíaco latino. 52–12 A. C.

Elegiarum libri IV. 1472. &c.

PRUDENCIO *(Aurelio Clemente),* poeta latino español. 348–

Psychomachia. Augustæ, 1506.

Sacra quæ extant. Poëmata omnia. Basileæ, 1562.

Prudentii quæ extant Carmina. Lipsiæ, 1860. &c.

PULCHARELLI *(P. Constantino),* jesuita italiano. –1610.

De acerbissimis Christi cruciatibus. Neapoli, 1618.

QUEVEDO VILLEGAS *(D. Francisco)*, escritor y poeta español. 1580–1645.

Obras. Colección completa, ordenada é ilustrada por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (los tomos 1º y 2º; el 3º por D. Florencio Janer). Madrid, 1852–1877.

(*Biblioteca* de Rivadeneyra, ts. 23, 48 y 69.)

QUINAULT *(Felipe)*, poeta dramático francés. 1635–1688.

Théâtre. Paris, 1739. 5 ts.

QUINTILIANO *(Marco Fabio)*, preceptista latino. 42–120?

Institutionum Oratoriarum Libri XII. Romæ, 1470. &c.

QUINTO SMIRNEO ó CALABRO, poeta griego. Incerto tempore.

Homeri Paralipomenon. Venetiis, 1505.

RACAN *(Honorato de Bueil*, Marqués de), poeta francés. 1589–1671.

Œuvres complètes. Paris, 1857. 2 ts.

RACINE *(Juan)*, poeta dramático francés. 1631–1699.

Œuvres. Paris, 1676. &c.

RACINE *(Luis)*, poeta francés. 1692–1763.

La Religion, poëme. La Grâce, poëme. Paris, 1742. &c.

RAMSAY *(Andrés Miguel de)* escritor escocés. 1686–1743.

Travels of Cyrus, with a Discourse on Mythology. London, 1730.

RAPIN *(P. Renato)*, jesuita francés. 1621–1687.

Hortorum Libri IV. Parisiis, 1665. &c.

REGNIER *(Maturino)*, poeta francés. 1573–1613.

Les Satyres et autres Œuvres. Leyde, 1652.

REINA CEBALLOS *(Miguel)*, abogado de la Real Audiencia de México.

La Elocuencia del Silencio. Vida y Martirio de S. Juan Nepomuceno. Madrid, 1738.

RENGIFO *(Juan Díaz)*, nombre con que ocultó el suyo el P. *Diego García* RENGIFO, jesuita español. 1553–1615.

Arte Poética Española con una fertilísima silva de consonantes comunes, proprios, esdrújulos y reflejos, y un divino estímulo del Amor de Dios. Salamanca, 1592, &c.

REY DE ARTIEDA *(El Capitán Micer Andrés)*, poeta valenciano. 1549–1613.

Los Amantes (de Teruel). Tragedia. Valencia. 1581.

Discursos, Epístolas y Epigramas de Artemidoro. Zaragoza, 1605.

RONSARD *(Pedro de)*, poeta francés. 1524–1585.

Les Œuvres. Paris, 1567. 6 ts.

ROZE *(P. Juan)*, jesuita francés. 1670-

Aviarium, seu de educandis Avibus. Carmen. Burdigalæ, 1700.

RUFO *(Juan Gutiérrez)*, poeta cordobés.

La Austriada. Madrid, 1584.

Las seiscientas Apotegmas, y otras obras en verso. Toledo, 1596.

RUIZ DE LEÓN *(Francisco)*, natural de Tehuacán de las Granadas.

Hernandia. Poema heroico. Conquista de México. Proezas de Hernán Cortés. Madrid, 1755.

[Beristain no menciona otra obra rarísima del mismo autor mexicano:

Mirra Dulce || Para Aliento de Pecadores.|| Recogida || en los amargos Lirios del Calvario.|| Consideraciones Piadosas || De los Acerbos Dolores || De Maria Santissima || Señora y Madre Nuestra || Al pie de la Cruz.|| Para agradecerle sus beneficios,|| acompañarla en sus penas,|| ó impetrar su intercesion,|| Para una buena Muerte.|| Recopiladas en tiernos afectos métricos || para mayor facilidad á la memoria.|| Por D. Francisco Ruiz de Leon.|| A instancias de un Devoto.|| Primera Edicion.|| Con Superior permiso: En Santafe de Bogotá: || Por D. Antonio Espinosa de los Monteros.|| M.DCC.XCI.

En 8vo., páginas orladas.—Portada.—Preliminares, j-xx.—Texto, 1-111.—Elogios, cxij y cxiij.—Consta de 330 décimas.]

SAFO, poetisa griega. 570 A. C.?

Fragmenta. Berolinii, 1827.

Traducidos por Canga Argüelles. 1797.

SAINT-AMANT *(Marco Antonio)*, poeta francés. 1594-1660.

Moïse sauvé. Paris, 1653.

SALAZAR Y TORRES *(D. Agustín de)*, poeta lírico y dramático español, educado en México. 1642-1675.

Cythara de Apolo: varias poesías. Madrid, 1681. 2 ts.

Comedias (2). En la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, tom. XLIX.

Descripción en verso castellano de la entrada pública en México del Virrey Duque de Alburquerque. México, 1653.

SALLENT *(María)*, monja franciscana española.

Vida de la Seráfica Madre Santa Clara, Virgen. Valencia, 1603.

SÁNCHEZ *(Francisco)*, llamado *el Brocense;* extremeño. 1523-1601.

Opera Omnia. Genevæ. 1766. 4 ts.

Minerva, sive de Causis Linguæ Latinæ Commentarius. Editio Septima. Ibid., 1789.

SANNAZARO *(Jacobo)*, poeta napolitano. 1458-1530.

De Partu Virginis Libri III. Neapoli, 1526.

Arcadia. Venetiis, 1502.

SARBIEVIO.—SARBIEWSKI *(P. Matías Casimiro)*, jesuita polaco. 1593–1640.

Lyricorum Libri III. Epigrammatum Liber I. Coloniæ Agrippinæ, 1625.

SARRASIN *(Juan Francisco)*, poeta francés. 1603–1654.

Dulot vaincu, ou la défaite des Bouts-rimés.—Œuvres. Paris, 1656.

SAUTEL *(P. Pedro)*, jesuita francés. 1613–1662.

Lusus Poëtici Allegorici, sive Elegiæ oblectandis animis et moribus informandis accommodatæ. Lugduni, 1656.

SCARRON *(Pablo)*, poeta francés. 1610–1660.

Le Virgile travesti en vers burlesques.—Typhon, ou la Gigantomachie.—Le Roman Comique. &c.

Œuvres. Amsterdam, 1737. 9 ts.

SCUDÉRI *(Jorge de)*, poeta francés. 1601–1667.

Le Temple, poëme. Paris, 1633.

Poésies diverses. Ibid., 1649.

Alaric, ou Rome vaincue, poëme heroïque. Ibid., 1654.

SCUDÉRI *(Magdalena)*, escritora francesa. 1607–1701.

Clélie. Histoire Romaine. Paris, 1654–61. 10 ts.

SEBASTIANO.—SAVASTANO *(P. Francisco Eulalio)*, jesuita napolitano. 1657–1717.

Botanicorum, seu Institutionum Rei Herbariæ Libri IV. Neapoli, 1712.

SEDULIO *(Cayo Celio)*. Siglo V.

Paschale Carmen, id est, de Christi miraculis Libri V. Mediolani, 1501.

SEGAUD *(P. Guillermo)*, jesuita francés. 1674–1748.

«Un poëme latin sur les eaux minérales, qui n'a pas été imprimé.» (PP. De Backer.)

SÉNECA *(Lucio Anneo)*, llamado el Filósofo; escritor latino cordobés. 3–68.

Opera Omnia. Neapoli, 1475. &c.

SÉNECA *(Marco Anneo)*, poeta trágico latino cordobés. 58 A. C.–32.

Tragœdiæ. Lugduni, 1491. &c.

(Creen algunos que los dos Sénecas, el *Filósofo* y el *Trágico*, son una sola y misma persona.)

SERENO SAMÓNICO *(Quinto)*, poeta latino del siglo III.

De Medicina præcepta saluberrima (in versibus latinis). Lipsiæ, 1786.

SILIO ITÁLICO *(Cayo)*, poeta latino. 25–100?

Punicorum libri XVII. Romæ, 1471. &c.

SIMONIDES, poeta y filósofo griego. 558–468 A. C.

Simonidis Cei Carminum reliquiæ. Brunswick, 1835.

Traducido por los hermanos Canga Argüelles. Madrid, 1797.

SÓFOCLES, trágico griego. 500 A. C.?

Sophoclis tragadiæ septem cum commentariis. Venetiis, 1502.

SOLÍS *(D. Antonio de)*, natural de Alcalá; poeta lírico y dramático, é historiador. 1610–1686.

Comedias. Madrid, 1681. &c.

Poesías. Madrid, 1692.

SOUSA *(Juan Mello de)*, poeta portugués. –1575.

Paraphrasis in librum Jobi.

En el tom. II del *Corpus Illustrium Pœtarum Lusitanorum*, de A. dos Reis. Lugduni, 1615.

STACIO *(Publio Papinio)*, poeta latino. 61–96.

Opera. Romæ, 1475. &c.

Silvas: Tebaida: Aquileida.

STEPHONI *(P. Bernardino)*, jesuita italiano. 1560–1620.

Crispus. Tragædia. Romæ, 1601.

Posthuma Carmina. Ibid., 1655.

STESÍCORO, poeta griego. 630 A. C.?

Stesichori himenerensis fragmenta, collegit.... O. F. Kleine. Berolini, 1828.

Traducido por los hermanos Canga Argüelles.

STROZZI (padre é hijo), poetas ferrarenses.—*Tito.* 1422–1505. *Hércules.* 1471–1508.

Hay poesías de ambos en el tomo II de la colección de Grutero *Delitiæ CC. Italorum Poetarum* (Francofurti). 1608. 2 ts.

SUÁREZ DE FIGUEROA *(Ignacio y Diego)*.

Obras de Ovidio en castellano, traducidas por D. Ignacio Suárez de Figueroa. Sácalo á luz el Dr. D. Diego Suárez de Figueroa, su hijo. Madrid, 1733–38. 12 ts.

SUSIUS.—SUYS *(P. Nicolás)*, jesuita belga. 1572–1619.

Lima Ciceroniana. Disceptatio Quodlibetica. Poemata. Elegiæ Marianæ. Lusus Anacreontici. Drama Comicum. Antuerpiæ, 1621.

TASSO *(Torcuato)*, uno de los *cuatro* poetas italianos. 1544–1595.

Gerusalemme liberata. Parma, 1581. &c.

Gerusalemme conquistata. Roma, 1593.

Il Rinaldo. Venetia, 1562.

Le Sette giornate del Mondo creato. Viterbo, 1607.

Aminta, favola boscareccia. Vinegia, 1581.

Opere. Pisa, 1821–32. 33 ts.

TASSONI *(Alejandro)*, poeta modenés. 1565–1635.

La Secchia rapita. Parigi, 1622. &c.

TEÓCRITO, bucólico griego. 277 A. C.?

Theocriti castigatissima Opera Omnia, grace. Florentiæ, 1515. &c.

TERENCIO *(Publio)*, poeta cómico latino. 192–158 A. C.
Comœdiæ sex. Mediolani, 1481. &c.

TESAURO *(El conde Manuel)*, de Turín. 1591–1677.
Il Cannocchiale Aristotelico, o sia idea delle argutezze eroiche vulgarmente chiamate imprese, e di tutta l'arte simbolica e lapidaria. Torino, 1654. &c.

TIBULO *(Albio)*, poeta latino. 42–18 A. C.
Catullus, Tibullus, Propertius et P. Papinii Statii Sylvæ. Venetiis, 1472. &c.

TORRE *(Br. Francisco de la)*, poeta desconocido.
Obras del Br. Francisco de la Torre. Dalas á la impresión D. Francisco de Quevedo Villegas. Madrid, 1631.
Muchos creen que el verdadero autor de estas poesías es el mismo Quevedo, por quien aparecen publicadas.

TORRES Y VILLARROEL *(Diego)*, poeta salmantino. 1698–post 1758.
Ocios políticos en poesías de varios metros de el gran Piscator de Salamanca, D. Diego de Torres Villarroel. Madrid, 1740.
Obras completas. Madrid, 1794–99. 15 ts.

TRISSINO *(Juan Jorge)*, poeta italiano. 1478–1550.
L'Italia liberata: Roma e Venezia, 1547, 1548.
Sophonisba, tragedia. Roma, 1524.

VALERIO FLACO *(Cayo)*, poeta latino. –111.
Argonauticon Libri VIII. Bononiæ, 1474. &c.

VANIÈRE *(P. Santiago)*, jesuita francés. 1664–1737.
Prædium rusticum. Tolosæ, 1730. &c.

VANNINI *(Guido)*, abogado y poeta de Luca.
Guidonis Vannini I. C. Civis Lucensis & Romani Carminum Libri Quatuor. Lugduni, 1611.

VAVASSEUR *(P. Francisco)*, jesuita francés. 1605–1681.
Jobus. Carmen heroicum. Parisiis, 1638.

VEGA CARPIO *(Lope Félix de)*, el *Fénix de los Ingenios*, poeta lírico y dramático. 1562–1635.
Innumerables comedias, poemas y poesías líricas.

VEGGIO *(Maffeo)*, poeta latino italiano. 1406–1458.
Libri XII Æneidos Supplementum. 1471. &c.

VELASCO *(Dr. Gregorio Hernández de)*, toledano.
La Eneida de Virgilio.... traducida en octava rima y verso castellano.... Hase añadido en esta octava impresión lo siguiente: las dos Eglogas de Virgilio, primera y cuarta. El libro tredécimo de Mapheo Vegglo. Una tabla, &c. Toledo, 1574.
(La *Eneida* está en verso suelto endecasílabo, como lo dice el Padre Alegre.)

VIDA *(Marco Jerónimo)*, cremonés, Obispo de Alva. 1490–1566.

Poeticorum Libri III. Romæ, 1527.

Christiados Libri VI. Cremonæ, 1535.

Bombycum Libri II. Lugduni et Basileæ, 1537.

VILLEGAS *(Estéban Manuel de)*, natural de Nájera. 1596–1669.

Las Eróticas y traducción de Boecio. Madrid, 1797. 2 ts.

VILLON *(Juan)*, poeta licencioso, natural de París. 1431–

Œuvres complètes. Nouvelle édition. Paris, 1854.

VIONNET *(P. Jorge)*, jesuita francés. 1712–1754.

Musæum Nummarium. Carmen. Lugduni, 1734.

VIRGILIO MARÓN *(Publio)*, poeta latino. 70 A. C.

Églogas, Geórgicas, Eneida, el Mosquito. &c.

Opera. Romæ, 1469. &c.

VIRUÉS *(Cristóbal de)*, poeta valenciano. 1550–

El Monserrate. Madrid, 1588.—Reformado, con el título de *El Monserrate Segundo.* Milán, 1602.

Obras trágicas y líricas. Madrid, 1609.

VIVES *(Juan Luis)*, filósofo valenciano. 1492–1540.

Opera omnia distributa et ordinata a Gregorio Majansio. Valentiæ, 1782–90. 8 ts.

VOLTAIRE *(Francisco María Arouet de)*, polígrafo francés. 1694–1778.

La Henriade, poëme en dix chants. Paris, 1770. 2 ts.

Œuvres. Kehl, 1784–89. 70 ts.

WERPÆO.—WERPEN *(P. Carlos)*, jesuita belga. 1593–1666.

De Raptu Manresano S. Ignatii de Loyola Libri IV. Antuerpiæ, 1647.

ZAPATA *(Luis)*, poeta estremeño.

Carlo Famoso. Valencia, 1556.

El Arte Poética de Horacio. Lisboa, 1592.

Miscelánea. MS.

Hay poesías suyas en el libro de Gabriel Laso de la Vega intitulado: *Elogios en loor de los tres famosos varones D. Jaime de Aragón, D. Hernando Cortés, y D. Alvaro de Bazán.* Zaragoza, 1601.

ZAPPI *(Juan Bautista)*, poeta italiano. 1667–1719.

Rime di Gioramb. Felice Zappi, et di Faustina Maratti sua consorte. Venezia, 1752. 2 ts.

ÍNDICE.

Págs.
Al lector V
Vida del autor XX
Arte Poética de M. Boileau 1
Epístola dedicatoria ..... »
Canto Primero 5
Notas al Canto Primero 18
Canto Segundo 41
Notas al Canto Segundo 52
Canto Tercero 73
Notas al Canto Tercero 93
Traducción de algunas piezas de Horacio 133
Sátira primera del Libro primero ..... »
Sátira tercera del Libro primero 141
Sátira sexta del Libro primero 152
Sátira novena del Libro primero 161
Epístola sexta del Libro primero 167
Homerii Batrachomyomachia, latinis carminibus expressa, nonnullis additis, liber singularis 173
In obitu Adolescentis. Epicedium 189
Horti dedicatio Dianæ 191
Ecloga. Nisus 192
In Obitum Francisci Plata 194
In Obitum ejusdem 196
Ad Joann. Berchmans Iconem ..... »
Ad B. Aloysii et Koskæ Iconem ..... »
Natalia Munera ..... »
Prolusio Grammatica De Syntaxi 197
Bibliografía sucinta 206